

117
DAD
CIÓN

26

BV4817

A71

c.1

009892

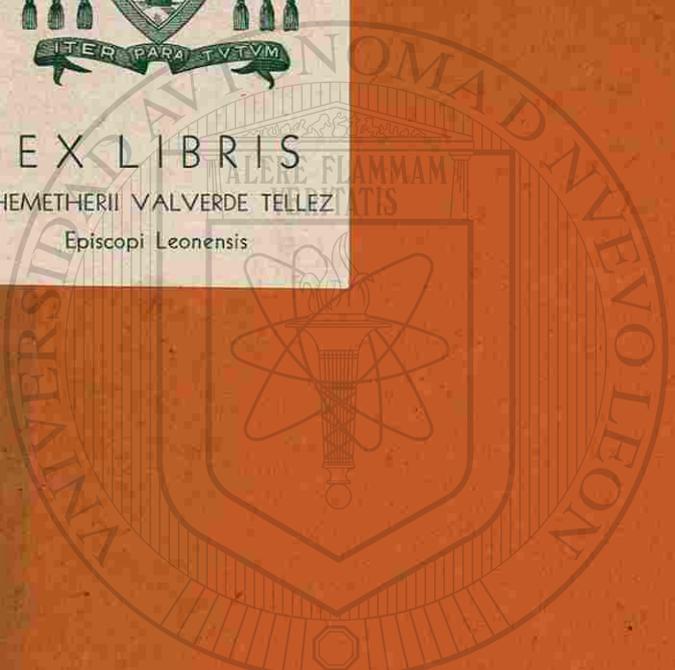


1080021728

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA

LEY DE AMOR

OBRA FILOSOFICA, CIENTIFICA Y MORAL,

Publicada por la Sociedad de Estudios Psicológicos, fundada
en San Luis Potosí, en Noviembre de 1882.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telles

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

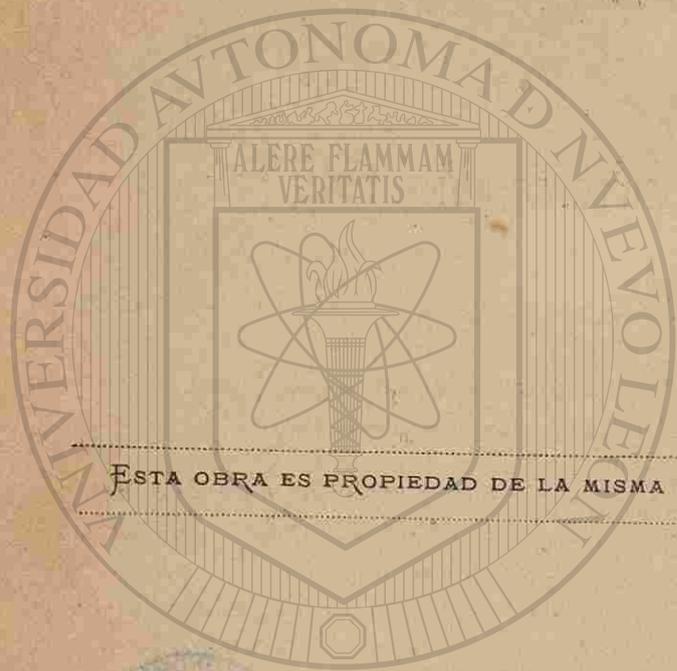
San Luis Potosí.—Imprenta popular.

1886

46303

BV4817

A71



ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE LA MISMA SOCIEDAD.



FONDO EMETERIO
VIVERDE Y TELLEZ

LA LEY DE AMOR.

INTRODUCCION.

Luz, este es el mas extendido de los agentes físicos y el principal de los elementos que deben estudiar los que buscan la explicacion de los movimientos de la materia. La luz en sus vibraciones nos comunica la impresion de los objetos: luz debe ser tambien la que nos dé el conocimiento de nuestros futuros destinos.

Alzad la vista; los soles que cintilan en el espacio nos presentan en sus rayos la imagen de los astros de donde emanan; los rayos de otra luz, que llega hasta nosotros, nos eleva al conocimiento de nuestro ser. ¿Cuál es esta luz? La inteligencia, fecundante sol, que toma sus emanaciones del potente foco creador.

La inteligencia es el don que el Criador ha concedido a la criatura, para que se pueda elevar por la infinita escala que fué vista en sueños por Jacob.

Aunque este solo vió seres alados subir por aquella escala, no puede ponerse en duda que todos los seres, toda la crea-

000892

cion, tiene que subir los infinitos peldaños que simbolizan el progreso indefinido.

¡Animo, estais en uno de sus múltiples peldaños; de vosotros depende ascender con velocidad inusitada si á ello os disponeis!

Esta escala la constituyen las leyes que Dios tuvo á bien imponer á la materia. ¡Leyes de infinita sabiduría que encierran en sí el progreso!

Investigar las causas es saber el *porqué* se producen los efectos.

La causa de vuestro ser es la que debéis investigar, y esta os debe mostrar el efecto que es vuestro progreso realizado.

No es este nada en comparacion del que teneis en perspectiva; adelante, pues, y esperad conocer lo que está mucho mas allá del punto en que os hallais, cuando sepais lo que ha sido vuestro pasado.

Estudio, trabajo y amor: el amor es la ley del espíritu; el estudio y el trabajo la ley de la materia.

LIBRO I.

I

¡Dios, palabra sublime con la cual designamos al Autor infinito de lo infinito!

Dios, como infinito, produce lo infinito, esto es, Dios Omni-criador cria desde la infinidad de su Ser.

¡Lo infinito criador, lo infinito criado! He aquí dos infinitos que parecen confundirse; no obstante, son bien distintos, porque el uno, el infinito Criador, es inmutable, y el otro, el infinito criado, esencialmente mutable.

Si esto os parece contradictorio é incomprensible, meditad y estudiad.

El infinito Criador está en toda la plenitud de perfeccion; el infinito criado, dentro del seno de la perfeccion absoluta realizando su perfeccion progresiva; es decir, que si lo criado es mutable. y como mutable no merece el título de infinito, en realidad lo es, porque viene de lo infinito y marcha hácia lo infinito.

Un átomo, un ser, un hombre, no son ni pueden ser infinitos; pero desde luego se deja comprender que ningun ser aislado constituye la creacion.

La creacion es la enormidad sideral con todo el gran conjunto-materia, y la materia que es mutable por sus múltiples manifestaciones, es inmutable porque es simple, y está regida por una ley sapientísima que le impone el carácter de ser finita y mutable en sus manifestaciones é infinita en su origen.

La voluntad divina es el origen de la materia, siendo causa á la vez de todas sus combinaciones.

Dios desde el principio, pero siempre Dios, esto es, Criador, y como Criador, estando en la creacion y la creacion en Dios.

Desde el principio, Dios; y la materia, su creacion, con Dios.

Dios inmutable, la materia mutable; pero ambos infinitos.

Esto no se ajusta á vuestro raciocinio; pero así es.

Dios, amor infinito, da el soplo de vida á la materia: este soplo, como emanacion del infinito amor, debe ser causa

cion, tiene que subir los infinitos peldaños que simbolizan el progreso indefinido.

¡Animo, estais en uno de sus múltiples peldaños; de vosotros depende ascender con velocidad inusitada si á ello os disponeis!

Esta escala la constituyen las leyes que Dios tuvo á bien imponer á la materia. ¡Leyes de infinita sabiduría que encierran en sí el progreso!

Investigar las causas es saber el *porqué* se producen los efectos.

La causa de vuestro ser es la que debéis investigar, y esta os debe mostrar el efecto que es vuestro progreso realizado.

No es este nada en comparacion del que teneis en perspectiva; adelante, pues, y esperad conocer lo que está mucho mas allá del punto en que os hallais, cuando sepais lo que ha sido vuestro pasado.

Estudio, trabajo y amor: el amor es la ley del espíritu; el estudio y el trabajo la ley de la materia.

LIBRO I.

I

¡Dios, palabra sublime con la cual designamos al Autor infinito de lo infinito!

Dios, como infinito, produce lo infinito, esto es, Dios Omni-criador cria desde la infinidad de su Ser.

¡Lo infinito criador, lo infinito criado! He aquí dos infinitos que parecen confundirse; no obstante, son bien distintos, porque el uno, el infinito Criador, es inmutable, y el otro, el infinito criado, esencialmente mutable.

Si esto os parece contradictorio é incomprensible, meditad y estudiad.

El infinito Criador está en toda la plenitud de perfeccion; el infinito criado, dentro del seno de la perfeccion absoluta realizando su perfeccion progresiva; es decir, que si lo criado es mutable. y como mutable no merece el título de infinito, en realidad lo es, porque viene de lo infinito y marcha hácia lo infinito.

Un átomo, un ser, un hombre, no son ni pueden ser infinitos; pero desde luego se deja comprender que ningun ser aislado constituye la creacion.

La creacion es la enormidad sideral con todo el gran conjunto-materia, y la materia que es mutable por sus múltiples manifestaciones, es inmutable porque es simple, y está regida por una ley sapientísima que le impone el carácter de ser finita y mutable en sus manifestaciones é infinita en su origen.

La voluntad divina es el origen de la materia, siendo causa á la vez de todas sus combinaciones.

Dios desde el principio, pero siempre Dios, esto es, Criador, y como Criador, estando en la creacion y la creacion en Dios.

Desde el principio, Dios; y la materia, su creacion, con Dios.

Dios inmutable, la materia mutable; pero ambos infinitos.

Esto no se ajusta á vuestro raciocinio; pero así es.

Dios, amor infinito, da el soplo de vida á la materia: este soplo, como emanacion del infinito amor, debe ser causa

6
del amor finito que es la criatura inteligente, la que en su actividad debe, en el dominio de lo mutable, investigar la ley inmutable que rige la materia.

Por esto os he dicho: el amor es la ley del espíritu, el estudio y el trabajo la ley de la materia.

“En el principio, crió Dios el cielo y la tierra.”—Entiéndase por cielo y tierra el espacio y la materia cósmica.

La voluntad divina obrando sobre el fluido cósmico engendra el movimiento. Este movimiento desarrolla calor, el calor produce vibraciones y las vibraciones engendran la luz.

He aquí el primer día del Génesis de Moises.

Tenemos en la materia cósmica incandescente, el principio de un sistema planetario.

Es ley que toda materia reducida á un estado gaseoso por el calor, sufra despues las sucesivas trasformaciones que causa el enfriamiento. Estas mutaciones son la condensacion, la congelacion y la cristalización, las cuales constituyen los principales estados del reino llamado mineral.

El centro de atraccion es el foco á donde convergen todas las moléculas de un cuerpo; pero aunque todas son atraídas con igual intensidad su peso varia, segun el estado de los cuerpos. Los mas pesados son, en lo general, los sólidos, vienen despues los líquidos y en el último lugar los gases, aunque esto no es de una manera invariable, porque las leyes que se derivan de la gran ley primitiva y única que rige la materia son tan numerosas, que solo el trabajo

7
aglomerado de toda la humanidad pobladora de un planeta, puede ir conociéndolas en el trascurso de muchos millares de años.

Mi objeto solo es reseñar los principales caracteres que concurren á la formacion de un planeta primitivo, como lo es vuestra tierra.

Despues de esta observacion dada con el fin de evitar objeciones, continúo.

En el principio de vuestro planeta, la materia cósmica que lo compone, solidificada superficialmente, luchaba con las primeras aguas, que condensándose en la atmósfera caian y volvian á ser evaporadas por un suelo ardentísimo; pero como las leyes que determinan el progreso en la naturaleza no reconocen ningun obstáculo insuperable, continúa el planeta su desarrollo, venciendo todo lo que se opone á su marcha.

El suelo, un poco ménos candente, contiene ya una gran cantidad de agua en su superficie; pero como otra permanece en la atmósfera en estado de vapor, Moises dice: **“Separó Dios las aguas superiores de las inferiores”** y fué el segundo día de la creacion.

La ley de progreso continúa. El fuego interior pone en continuas agitaciones la débil costra solidificada, y produce levantamientos.

Aquellos levantamientos forman continentes y mares y aquí exclama Moises: **“Separó el Señor la seca de la húmeda,”** es decir, la tierra de los mares.

La tierra empieza á cubrirse de la vegetacion primitiva por obra siempre de la ley de progreso, por la cual se va de lo simple á lo múltiple, de lo sencillo á lo compuesto y complicado, produciéndose así, de una en otra trasformacion, los primeros organismos que sirven de progenitores á otros mas avanzados por una escala no interrumpida de permutacio-

nes hasta llegar al punto mas culminante de dicha escala.

Quando Moises vió la tierra cubierta de vegetales dijo: "esto pertenece al tercero dia."

Pero otros fenómenos tenían lugar fuera del recinto tierra: sus dias eran alumbrados ya por el astro rey y sus noches por la pálida luz de la luna. Los infinitos globos del espacio se dejaron ver, porque el cielo ya no estaba cubierto por eternas nubes. He aquí porqué Moises designa en esta época la creacion del sol, la luna y las estrellas como el cuarto dia de su Génesis.

En el quinto ve los mares primero, y los aires despues poblarse de seres animados. — En el sexto ve en medio de los animales terrestres al hombre. Mas aquel hombre era de barro, es decir, producto tan solo de la elaboracion sucesiva de la materia. No era todavía el soberano de la tierra, porque le faltaba el soplo de inteligencia que debía recibir de la Sabiduría Infinita.

Este soplo de inteligencia con el cual adquiere la criatura el poder, hace del hombre la imagen de Dios sobre la tierra; pero entiéndase que esta inteligencia y este poder eternamente los poseerá en un grado finito, porque solo Dios es la sabiduría y poder absolutos.

III

El hombre fisiológicamente considerado, ó mejor dicho, en su envoltura material, no es mas que el animal perfeccionado que ha alcanzado un organismo propio para los ejercicios que debe practicar, segun el desarrollo que vaya adquiriendo.

su inteligencia; pero como ya he dicho que la parte corpórea no es solo la que constituye al hombre, puesto que lo mas precioso y sublime de su ser está en el espíritu, voy á ocuparme del hombre espíritu y materia.

La inteligencia, facultad que existe por el soplo divino, no es como todavía se cree un don mas ó menos perfecto concedido por Dios á cada criatura en particular, segun quiere hacer de esta un sabio ó un ignorante. Dios es, lo absoluto, y como absoluto que es, no puede producir mas que lo absoluto, y todo grado de perfeccion dado por Dios á aquella facultad debía haber sido en absoluto, lo que es imposible, porque constituiria otro Dios.

Dios al criar al hombre, criatura finita y mutable, determinó que fuera progresiva.

El hombre como finito que es no puede haber sido criado por Dios sino en estado de absoluta ignorancia; pero con suficiente aptitud para el desarrollo de una inteligencia que debe de ser el receptáculo de la luz, que de toda y por toda la eternidad irradia el Supremo Criador.

Esta luz, á medida del progreso de la inteligencia, da por resultado el raciocinio, por el cual comienza el hombre á darse cuenta de lo que le agrada, á lo que llama un bien, y de lo que le desagrada, á lo que llama un mal.

¿Qué es pues lo que llamamos espíritu?

El espíritu es el soplo de inteligencia que unida á la materia la hace susceptible de formar una individualidad progresiva, que en su desarrollo se asimila la luz que emana el sol por excelencia, el gran foco de la luz intelectual.

Esta inteligencia progresiva que obra sobre una materia cada vez mas simple, ó menos densa, es lo que se denomina un espíritu.

Su ser comienza á obrar como individualidad en el hom-

bre, continúa en el ángel, y pasa despues á otros muchos grados de mayor perfeccion.

*
* *
*

Dios, amor infinito, se ama á sí mismo, ama á su creacion y quiere ser amado por sus criaturas.

La creacion sin la inteligencia finita y mutable de la criatura racional, que puede en su progreso ir conociendo cada vez mas á su Criador y Padre, aunque sin conocerlo jamas en absoluto, seria como si no tuviera autor, seria como si Dios no existiera, porque ningun ser fuera de la Divinidad se daria cuenta de su Criador; pues si bien el animal tiene un principio que muchas veces puede confundirse con la inteligencia racional, en realidad no lo es, porque no pudiendo absorber la luz divina no razona, y por lo mismo, su deseo solo alcanza al presente, mientras que en el hombre se extiende hasta buscar é intentar comprender á Dios y conocerle.

Ahora bien, como Dios no da á sus criaturas ningun deseo legítimo que no pueda tener satisfaccion, de ahí es que el hombre que desea y pone los medios justos para alcanzar lo que desea va dando un cumplimiento siempre creciente á sus nobles aspiraciones.

Dios, sabiduría infinita, crió su imágen en el hombre. La sabiduría que pertenece al hombre, es la imágen de Dios sobre la tierra.

El hombre por el trabajo todo lo vence, y por el amor se eleva como un ser alado hácia la Divinidad.

He aquí porque se representa al ángel con alas, simbolizando con esto al ser superior por el progreso que ha realizado.

IV

Ya he dicho.—Dios que es lo absoluto cria en absoluto; pero lo absoluto perfecto es Dios y solo Dios.

La creacion es un absoluto mutable, esto es, perfectible y que marcha del **no ser al ser**.

La primera creacion material é infinita el cosmos, la materia en simplicidad absoluta; pero que debe por la ley de progreso alcanzar una infinidad de formas.

El espíritu, que es criado en absoluta ignorancia, debe por el estudio y el trabajo alcanzar la sabiduría sobre la materia, que es el conocimiento cada vez mas perfecto de sus múltiples formas, á la cual denomino leyes derivadas de la gran ley de progreso indefinido.

A la sabiduría sobre la materia he llamado ley de la materia; esto debe entenderse solo en lo que tiene relacion con la sabiduría humana.

El amor lo he denominado ley del espíritu, porque por su desarrollo alcanza el espíritu su progreso.

Puede decirse que el amor infinito se refleja en el espíritu humano cuando este ha llegado á cierto grado de perfeccion. De ahí torna hácia al Criador.

El amor del Padre engendra el Hijo, y el Hijo amando al Padre por mutualidad de amor, dá origen al Espíritu de Verdad.

El Hijo consustancial al Padre está solo en Dios, porque es Dios mismo, pues es la concepcion en Dios de la criatura perfecta.

Dios encuentra en sí mismo la manifestacion de su amor por el Hijo, que es el amor del Padre hácia la criatura perfecta, y la criatura perfecta en su amor al Padre, se reproduce, y su mútuo amor engendra al Espíritu de Verdad Absoluta.

El hombre es la imágen del Hijo perfecto fuera de Dios, porque como lo perfecto solo está en Dios, lo perfecto es Dios mismo.

El hombre progresivo y que va hácia la perfeccion sin límites, se perfecciona por el amor de sí mismo y el de sus semejantes.

De este mútuo amor debe proceder el espíritu de verdad fuera de Dios.

El espíritu de verdad, fuera de Dios, es producto del amor del Padre-Dios, y el amor del hijo fuera de Dios: el hombre perfectible.

Dios cria la materia perfectible por su sabiduría, y el hombre, imágen finita de lo infinito, cria la industria y el arte por la sabiduría finita, que es la sabiduría fuera de Dios.

Esta sabiduría la alcanza el espíritu del hombre por el estudio y el trabajo.

Dios crió por amor al hijo fuera de sí: el hombre y su espíritu, y el amor del hijo por el Padre y hácia el Padre, produce la verdad fuera de Dios. Verdad progresiva como todo lo que no es Dios; pero cuyo espíritu se revela cada vez mas con mayor perfeccion.

Cuando el hombre es todavía un niño por su poco desarrollo intelectual y moral, recibe por el hijo hombre la manifestacion de la voluntad del Padre-Dios, y cuando el hombre entra en madurez por su progreso en el amor, recibe la luz por el Espíritu de Verdad fuera de Dios.

Esperad por lo tanto esta manifestacion de amor sino quereis renunciar á la dicha de los ángeles.

El período se acerca en que todo aquel que ame será como ángel de luz, porque recibirá en sí al Espíritu de Verdad. Al contrario el que no ame será ángel de tinieblas, porque en su falta de amor rechazará la luz, y su espíritu indigno de habitar entre los ángeles, irá á un mundo inferior á vivir entre los hombres primitivos.

V

Dios es la sabiduría y el amor absoluto, y el espíritu del hombre criado á su imágen es la sabiduría y el amor progresivo.

La luz es el ser, la oscuridad su negacion ó el no ser. Por esta comparacion se comprende que la sabiduría es el ser y la ignorancia el no ser.

Dios es el Ser por excelencia, porque es la Sabiduría infinita y por cuyo soplo tiene origen la sabiduría humana, que pasa del no ser al ser, esto es, de la ignorancia absoluta á la sabiduría progresiva.

Ahora bien, si la sabiduría es el ser, el amor es el sentimiento, y en cierto modo, la manifestacion de la sabiduría, porque Dios que es la sabiduría absoluta la manifiesta por la creacion, y la creacion es producida por el amor á su hijo que es la criatura perfecta.

Del mismo modo la sabiduría del hombre se manifiesta por amor al hijo, el que es parte de su propio ser, su imágen y el producto de su amor; y si el hombre ama á su hijo es

porque se ama á sí mismo, y en el hijo ve la satisfaccion de su propio amor.

Esto solo puede comprenderlo aquel que ama.

*
*
*

El hombre no es un ser aparte en la creacion, pues está unido á una cadena cuyos eslabones enlazan los extremos donde se encuentra el infinito: DIOS.—Esta cadena es el amor.

Dios cria la criatura inteligente por amor, y esta criatura tiene que elevarse á Dios por el amor.

Repito.—El amor es el sentimiento por excelencia, porque es la abnegacion que nos conduce á hacer de toda la creacion un ser solidario.

Por este sentimiento todo se liga: amamos á los seres en quienes tuvimos nuestro origen por la carne; amamos el suelo en que vimos la primera luz material, la patria, y amamos tambien el planeta en que fuimos desarrollados como hombres.

En la humanidad terrestre, las creencias sobre la vida futura están en relacion con los sentimientos, y de ahí la duda de unos, la confianza de otros que creen que la muerte es un sueño eterno ó la cesacion del ser, y el temor de aquellos que por su fé en la doctrina que se les ha enseñado esperan, despues de la existencia terrestre, un juicio de vida ó de muerte eterna, es decir, de goces ó sufrimientos sin fin; pero yo pregunto: ¿quién de estos seres se gloriará ó podrá sentar la asercion práctica de lo que mas allá de la tumba existe?—Ninguno.—Entónces ¿dónde estará la clave de tantos modos de pensar ó de tan distintas esperanzas sobre el porvenir de ultra-tumba?—La clave está en el amor.

Los que dudan no comprenden la gran relacion que exis-

te entre los espíritus reincarnados y los seres que han dejado el cuerpo terrestre, porque les falta amor.

Los que nada esperan y creen en el sueño eterno, no han conocido el amor solidario ni aún el propio, puesto que muchos de ellos se quitan la vida.

Los que temen, porque esperan premio ó castigo eternos, tampoco han llegado á comprender lo que es el amor, y apenas alcanzan á concebir temor hácia el Gran Ser que solo debe inspirar amor.

Solo aquellos que han puesto todo su deseo en ser iluminados por los sublimes rayos del sol de amor infinito, son los que empiezan á comprender el amor.

Estos son los iniciados, son los que palpan los primeros eslabones de la cadena infinita de amor que enlaza toda la creacion.

El amor divino es el principio de todo ser.

La gran solidaridad de la creacion es el amor.

El amor la produjo, el amor es su medio y el amor su fin.

Los seres inteligentes forman por el amor la gran cadena que enlaza las diversas gerarquías de espíritus, desde los mas inferiores, el hombre, hasta los que reciben directamente los rayos de la divina luz.

Estos espíritus, que podemos llamar sublimes á falta de otro nombre, se han elevado por el amor; y el amor les hace descender para comunicar su luz á los que se encuentran mas abajo de la escala.

¡Oh espíritus sublimes! ya que no nos es dado alcanzar el amor infinito, saturad nuestro ser con el amor que os llena!

Y como el amor de sí mismo es la imagen del amor universal, amemos al Criador como al autor de todo lo que existe; amemos la creacion como la obra del amor infinito; amemos á la criatura; amémonos á nosotros mismos como un solo ser en espíritu y verdad.

Sí, amémonos en espíritu y verdad. El amor en espíritu es el amor verdadero, porque es el amor infinito que emana la Divinidad en cuyo océano de luz sin fin, vogan los espíritus superiores, é inundado su ser en el amor divino, descendiendo á los mundos inferiores como enviados del Padre, para derramar entre los hombres la verdad que han alcanzado.

Son enviados del Padre celestial, porque el amor que los llena, siendo solidario, los liga con la cadena de amor sin fin tanto al gran foco Supremo que es su destino infinito, como al medio que es el mundo progresivo, y al principio en donde tambien se encuentra al Gran Ser.

¡Oh cadena infinita de la cual jamas tocaremos los extremos los seres finitos; pero en cuyo medio gozaremos de felicidad sublime, aunque no infinita, cuando el amor en espíritu y verdad sea la norma de nuestras acciones!

¡Qué goce tan incomprendible para los humanos, debe proporcionar á los espíritus sublimes la abnegacion de venir como Cristo á revestir de la materia densa que constituye vuestro cuerpo, para derramar en ese planeta la luz del Verbo Divino!

Cristo fué concebido por obra del Espíritu de Verdad, esto se os ha dicho y es cierto, porque Cristo vino al mundo que habitais por amor á los hombres y por amor al Padre Celestial; y como el amor del Padre á la criatura, y de la criatura al Padre engendra al Espíritu de Verdad, el Padre y el Espíritu de Verdad engendran al Verbo fuera de Dios, que es la palabra de verdad que enseñó el Cristo.

Cristo, imagen del Padre por el amor, es como lo ha dicho Juan una misma cosa con el Padre, porque están confundidos en el mismo amor; pero no lo es como falsamente se ha interpretado por consustancialidad de origen.

VI.

Cuando la humanidad se aparta del camino de Dios y mira tan solo á la satisfaccion de sus necesidades, no busca sino el mayor goce para sí, y con este fin, pone en juego todos los recursos de su inteligencia.

La ley es el progreso, y los hombres ántes de la venida de Cristo, avanzaban ya en la ciencia; pero el amor les era desconocido. Necesitaban un Mesías que, se los enseñara desde los primeros rudimentos; y el Verbo Divino, la palabra de Dios, la ley sublime de amor, se revela por medio del Cristo en el Evangelio.

Jesús fué la personificación de la humildad, cuya virtud es contraria á las prácticas de los grandes de la tierra, que queriendo estar sobre los demas hombres sus hermanos, se separan completamente del amor, no mirando sino á la satisfaccion de sus mas torpes vicios y pasiones.

El deseo de ser mas que los otros por el egoismo y el abuso de los goces materiales, es lo que constituye el vicio en el hombre.

Cristo viene al mundo entre los humildes, y que no poseen las riquezas y vanas pompas de los que se engrandecen con el sudor de sus hermanos, y dice:

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,» y que buscan el reinado de amor que da á cada cual lo que le pertenece, por su mismo grado de amor, porque estos se encontrarán ántes que otros en el reinado del Padre.

«Bienaventurados los mansos,» puesto que no quieren sobreponerse á los demas por su soberbia.

„Bienaventurados los limpios de corazón,“ es decir, los que pueden recibir la semilla que purifica, porque no se pierde entre las malezas del orgullo.

„Bienaventurados los que tienen misericordia,“ porque esta sera de ellos supuesto que la poseen.

„Bienaventurados los humildes,“ porque por su propia humildad son ensalzados.

„Bienaventurados los que lloran por el reinado de Dios sobre la tierra,“ que es el reino del amor, porque estos lo han alcanzado.

He aquí la primera predicacion de Cristo. Toda ella es amor, porque en este se encierra toda la ley.

VII.

La moral y la ciencia son las palancas del progreso.

La materia, con sus necesidades, es la que empuja al hombre hácia las artes y la ciencia.

El hombre estudiando las leyes de la naturaleza sabe sacar partido de ellas, para proporcionarse el bienestar material.

Nadie puede oponerse á la ley de progreso, y dentro de la misma es lícito buscar el goce; pero es preciso tener presente que si la bienandanza es para unos en perjuicio de los otros, esto no es justo, porque todos los hombres somos hermanos.

Para establecer la fraternidad universal, es para lo que se necesita la ley de amor. Ley que obliga á las humanidades á avanzar como un ser colectivo.

Por eso el hombre, cuando procure la prosperidad, no debe hacerlo á costa de la indigencia de sus semejantes

La imperiosa ley de satisfacer la necesidad material y de establecer la mayor comodidad posible, ha dado origen á la ley absurda y abusiva del fuerte contra el débil.

Esto dió tambien origen á los privilegios de castas, y trajo sobre los mas humildes y pequeños la cadena y la esclavitud.

Roma dominadora del mundo conocido bajo el reinado de los Césares, impuso su yugo por el dominio del fuerte, y la nacion judía sufrió un terrible periodo en sus múltiples alternativas de opresora y oprimida.

Esta nacion aguardaba su Mesías; pero engañada en su orgullo esperaba un rey que la convirtiera de esclava en señora, siguiendo por este órden el camino de las represalias.

Mas esto no era conforme con el progreso que contra todo poder de la tierra tiene que cumplirse, y vino el Mesías, pero no el de los soberbios, no el de los que llamándose maestros y doctores de la ley, querian imponer su tiranía sobre los humildes, sino el Mesías lleno de caridad y de amor que predicó, por medio de la palabra y el ejemplo, la moral pura y la verdad sublime contenidas en el Evangelio.

Por eso los judios esperan aun su Mesías, no queriendo reconocerlo en el humilde Nazareno á quien persiguieron tenazmente hasta hacerlo espirar enclavado en una cruz; y Cristo sufrió la muerte, porque quiso sellar con su vida lo que predicaba y decia en su doctrina:

“**Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia de sus obras,**“ esto es, por ser sostenedores de la verdad contra el error de los poderosos.

VIII.

Cristo, en su Évangelio, nos da el conocimiento de la ley,

„Bienaventurados los limpios de corazón,“ es decir, los que pueden recibir la semilla que purifica, porque no se pierde entre las malezas del orgullo.

„Bienaventurados los que tienen misericordia,“ porque esta sera de ellos supuesto que la poseen.

„Bienaventurados los humildes,“ porque por su propia humildad son ensalzados.

„Bienaventurados los que lloran por el reinado de Dios sobre la tierra,“ que es el reino del amor, porque estos lo han alcanzado.

He aquí la primera predicacion de Cristo. Toda ella es amor, porque en este se encierra toda la ley.

VII.

La moral y la ciencia son las palancas del progreso.

La materia, con sus necesidades, es la que empuja al hombre hácia las artes y la ciencia.

El hombre estudiando las leyes de la naturaleza sabe sacar partido de ellas, para proporcionarse el bienestar material.

Nadie puede oponerse á la ley de progreso, y dentro de la misma es lícito buscar el goce; pero es preciso tener presente que si la bienandanza es para unos en perjuicio de los otros, esto no es justo, porque todos los hombres somos hermanos.

Para establecer la fraternidad universal, es para lo que se necesita la ley de amor. Ley que obliga á las humanidades á avanzar como un ser colectivo.

Por eso el hombre, cuando procure la prosperidad, no debe hacerlo á costa de la indigencia de sus semejantes

La imperiosa ley de satisfacer la necesidad material y de establecer la mayor comodidad posible, ha dado origen á la ley absurda y abusiva del fuerte contra el débil.

Esto dió tambien origen á los privilegios de castas, y trajo sobre los mas humildes y pequeños la cadena y la esclavitud.

Roma dominadora del mundo conocido bajo el reinado de los Césares, impuso su yugo por el dominio del fuerte, y la nacion judía sufrió un terrible periodo en sus múltiples alternativas de opresora y oprimida.

Esta nacion aguardaba su Mesías; pero engañada en su orgullo esperaba un rey que la convirtiera de esclava en señora, siguiendo por este órden el camino de las represalias.

Mas esto no era conforme con el progreso que contra todo poder de la tierra tiene que cumplirse, y vino el Mesías, pero no el de los soberbios, no el de los que llamándose maestros y doctores de la ley, querian imponer su tiranía sobre los humildes, sino el Mesías lleno de caridad y de amor que predicó, por medio de la palabra y el ejemplo, la moral pura y la verdad sublime contenidas en el Evangelio.

Por eso los judios esperan aun su Mesías, no queriendo reconocerlo en el humilde Nazareno á quien persiguieron tenazmente hasta hacerlo espirar enclavado en una cruz; y Cristo sufrió la muerte, porque quiso sellar con su vida lo que predicaba y decia en su doctrina:

“**Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia de sus obras,**“ esto es, por ser sostenedores de la verdad contra el error de los poderosos.

VIII.

Cristo, en su Évangelio, nos da el conocimiento de la ley,

y toda su enseñanza se sintetiza en una sola palabra: AMOR.

"Esta es toda la ley y los profetas," como el mismo lo ha dicho.

Cristo nos comunicó su enseñanza por la palabra, y para que esta pudiera llegar á todas las gentes era preciso que se repitiera.

Para esto eligió discípulos escogiéndolos entre las clases mas humildes del pueblo, porque su mision no era la ciencia sino el amor.

Despues de instruirlos les pregunta si le amaban; y cuando Pedro hubo contestado por todos: **Señor bien sabéis que os amo, porque sois el Cristo,** dijole, **¡Bendito seas, Pedro, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos!**

En esto le decia: tu amor solo es producto de la luz que emana del Padre Celestial, y por la solidez de tu amor eres piedra sobre la cual edificaré mi Iglesia.

Estas palabras manifiestan claramente que el amor de Pedro y no la persona de Pedro es lo que impone Cristo como base de su Iglesia.

Cuando Cristo tuvo la certeza del amor de Pedro, le dijo: **A tí te doy las llaves del reino de los cielos, y lo que atares en la tierra atado será en el cielo; así como lo que desatares, desatado será**

Pedro tu amas, y tu amor hácia á mí que soy el enviado, significa igualmente el que tienes Al que me envió y el que profesas á todos tus hermanos, porque yo soy una misma cosa contigo, y con el Padre y con todos los hombres, por el amor.

Por lo tanto, si tu hermano viniere á reconciliarse contigo, esto es, á pedirte perdon de las ofensas que te hubiere inferido, debes perdonarle inmediatamente, y no una vez

sola, sino setenta veces siete, y todas las demas que esto aconteciere, y hasta lo infinito si fuera posible, porque si tu no perdonares á tu hermano, en vano le pedirás á Dios que te perdone; de modo, que lo que ligares no perdonando á tus hermanos, no es sobre ellos la ligadura que impones sino sobre tí mismo, porque la falta de perdon indicio será siempre de que no estás en la ley, que es el amor.

El amor todo lo puede en el progreso moral, y por eso Cristo nos enseñó á elevar nuestro espíritu hácia el Padre Celestial orando de esta manera.

"Padre nuestro que estás en los cielos,"—esto es, que llena todos los ámbitos del universo.—**"Santificado sea tu nombre,"**—es decir, que sea conocido y venerado por todos los hombres como el infinito amor.—**"Venga á nosotros tu reino:"**—esto es, el conocimiento del amor y de todos los bienes que debe acarreamos.—**"Hágase tu voluntad así en la tierra como en los cielos,"**—Es decir, que siendo su voluntad el amor reine en todo el universo.

"El pan de cada día dánosle hoy," esto es, el pan consustancial del alma, el alimento que le es debido en amor. **"Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,"** es decir, que nuestras ofensas nos sean perdonadas por amor, como lo son por nosotros las flaquezas de nuestros prójimos.

Por tanto, ántes de orar, si tuvieres algo contra tu hermano, vé primero á reconciliarte con él, perdonándole sus ofensas, y á pedirle perdon de las tuyas. Esto nos enseñó Cristo, cuando dijo, que debiamos amar no solo á nuestros amigos sino tambien á nuestros enemigos.

* * *

Pedro es la piedra angular de la Iglesia de Cristo, porque él ántes que otro sintió el amor en espíritu y verdad.

El amor de Pedro es oracion, porque es la gratitud hácia el Criador, y ademas es llama purificadora, porque borra las ofensas de sus hermanos.

El amor de Pedro es causado por el mismo fuego que encendió el de Cristo, y al sentir que amaba confiesa que Cristo es el Mesías, es decir, el que era Verbo de Dios y nos traia la sublime enseñanza de amor.

Pedro siente que su amor le hace fuerte y promete á Cristo no negar que es su discípulo; pero no cuenta con la debilidad de la carne, y ante el peligro flaquea y lo niega tres veces; mas luego abundantes lágrimas de vivo amor y arrepentimiento le purifican de su falta.

Cristo, por amor, quizo y pidió al Padre Celestial venir á este planeta como Mesías. y en su doctrina de su mismo amor hace mandato cuando dice: "**Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon y entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo,**" porque del amor del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre se produce el Espíritu de Verdad, y el Espíritu de Verdad engendra al Verbo, la palabra de verdad, fuera de Dios.

Jesus por su enseñanza y para sello de ella tenia que padecer y morir. El amor le impuso este sacrificio, y como su propio ser es la manifestacion del amor del Padre, quizo ofrecer en figura este mismo ser á sus discípulos, dándose los como prueba de la inmensidad de su amor.

Por esto en la última cena, valiéndose de la forma de pan y de vino les dice al darles á comer el pan: **Tomad y comed,** que mi ser, que es mi amor, os sirva de alimento. Esto es cuanto soy y todo cuanto tengo. Os lo doy por el inmenso amor que os profeso y en vosotros á Dios y á la humanidad á quien perteneceis; y dándoles á beber el vino les dijo: "**Esta es mi sangre que derramé por el mismo amor.**"

Bellísimo ejemplo de abnegacion. Pedro fué el primero

en reconocerlo, y quizo corresponder á tan sublime sentimiento en cuanto lo permitia su pequeñez. De ahí que Cristo ponga el amor recíproco de Pedro como la base de la que llama su Iglesia, y que es la verdaderamente católica.

IX.

Los que buscan el dogma en las enseñanzas de Jesus, se separan del amor cuyo espíritu guió al Mesías.

Cristo fué siempre humilde en sus palabras y en su ejemplo; los dogmistas revestidos de soberbia, se encastellan en el dogma, y como en él cifran su poder, se declaran infalibles para sostenerlo.

Un error trae tras sí otros muchos. Se formó un juicio erróneo interpretando el Evangelio, y este tuvo que ser causa de una cadena de errores. Mas Cristo dice: "**Pasarán los cielos y la tierra y mis palabras no pasarán,**"

Las palabras de Cristo jamas pasarán, porque la enseñanza que de ellos sale es la ley de amor, hácia cuyo cumplimiento, por mandato de Dios, marchará eternamente el espíritu del hombre.

Por esto si en el Evangelio se busca la verdad, la encontrareis en un sin número de preceptos que se sintetizan en el amor; pero si en las enseñanzas de Cristo buscáis la base del dogma; podeis observar, que este solo está en la mente de los doctores que se han empeñado en darle tal interpretacion.

El dogma diviniza á Cristo primero y despues al Pontífice.

ce Romano que se ha querido llamar su representante; y los afiliados á Roma lanzan el anatema contra los que no aceptan las afirmaciones de su credo.

El dogma es el fondo principal de su enseñanza; y la intolerancia, el arma con la cual quieren triunfar del verdadero catolicismo que se extiende por todo el universo.

No se necesita reconocer á Roma para ser católico. Lo son, en verdad, todos los que practican el amor.

¡Escándalo! direis, el cordero enseña los dientes del lobo, combate al catolicismo Romano que es la única religion verdadera; pero ¿no veis, insensatos, los que esto decís, que Cristo no se conformó en su época con la enseñanza de los doctores? ¿No sabéis que estos mismos llamándose depositarios de la verdad y de la ley, fueron sus mas implacables enemigos, y que por ellos le vino la persecucion y la muerte? ¿No recordais que á estos les llamó Cristo hipócritas, raza de víboras, sepulcros blanqueados, etc. etc.?

Si deseais conocer la verdad, si creis en el poder infinito de Dios, levantad la vista, y en el sinnúmero de astros que pueblan el espacio, se os presentarán las muchas etapas de la vida futura.

¡Pluralidad de mundos habitados! ¡Pluralidad de las existencias del alma!

¿Por qué los dogmistas rechazan tan santa, consoladora y verdadera doctrina?—Porque es opuesta á sus miras de lucro y de dominio, como lo era la enseñanza de Cristo para los antiguos doctores.

¿Por qué divinizan el dogma con perjuicio de la moral que es la ley que comprende el amor?—Porque en el dogma está su poder.

Cristo se fué; pero nos quedaron sus palabras, y estas, son y serán la condenación de los dogmistas.

Cristo se fué; pero nos dió la promesa de derramar su espíritu sobre toda carne.

Cristo se fué; pero el espíritu de verdad será derramado, y estará en todo aquel que en su afán de alcanzar la luz se dirija hácia Dios, como al amor infinito.

X.

Hijos de Roma, oid. No investigueis, si así os place, de donde viene la voz que os habla; pero escuchad.

Maestros y discípulos del dogma, vosotros los que pretendéis ser los únicos depositarios de la fé y de las verdades eternas, venid y decidme. ¿Por qué si creéis—lo que es muy lógico y verdadero—que jamas la inteligencia y la razon finita del hombre podrá comprender ni abarcar en sí, la inteligencia y razon infinita de Dios, os atreveis á determinar en limitado número de misterios el misterio de lo infinito? ¿Por qué revestís de todas las pasiones humanas al Infinito Perfecto, cuando lo declarais vengativo, colérico, injusto y parcial, considerándolo tan solo Padre y Señor de los que están afiliados á vuestra bandera, y sobre esta calumnia otras muchas que lanzais á la Divinidad?

No cerreis los ojos á la luz ni os negueis á oír mis palabras, ántes meditadlas bien y guardadlas en lo íntimo de vuestra conciencia.

¿Creéis en el dogma? ¿Creéis que Jesucristo es Dios? En buena hora, creedlo; pero no humaniceis á la Divinidad revistiéndola de pasiones.

La base de vuestra fé es que la razon humana es muy pequeña para osar elevarse á la razon divina.

¡Verdad inconcusa, como ya lo he dicho, y benditos los que fundan su fé sobre cimiento tan sólido! Pero veamos

ahora, el edificio que vosotros tratais de elevar sobre esta base. ¿Qué material empleais en construccion tan trascendental?

¿Os remontais á buscar la causa por el efecto, esto es, buskais lo desconocido por lo conocido? ¿Procurais tener una idea del autor por su obra? ¿Investigais la creacion y sus leyes para que estas os hagan conocer al Hacedor? ó bien, ¿es ántes vuestra razon que la divina?

Vosotros decis: No es nuestra razon sino la revelacion divina la base del dogma y de nuestra religion; pero ¿no veis que lo que vosotros llamais revelacion no es sino la intuicion que el alma siente de su origen y de su fin que es Dios, y que por esto lo busca y tiene que encontrarlo manifestado en sus obras? ¿No veis, tambien, que esta revelacion escrita ha pasado y ha sido interpretada por los hombres y que estos, las mas veces, buscan ántes la satisfaccion ó sancion de sus propias ideas que el esclarecimiento y conservacion de la verdad alcanzada y conocida? ¿No veis, ademas de esto, que la luz de la verdad es progresiva para el hombre?

Todo lo que se ha escrito sobre el pasado ó sea la historia, sirve para corroborar mi aserto. El cristianismo nos da mayor conocimiento de verdad que la ley de Moises, y Cristo dijo: «Otras cosas tengo que decir os aún; pero que no podriais llevarlas ahora; mas á su tiempo vendrá el espíritu de verdad para enseñarlas.

Tomad los libros que sirven de fundamento á vuestras creencias, y con la mayor buena fé comparad lo que en ellos se dice con lo que la obra de Dios manifiesta, y cuando en lo íntimo de vuestra conciencia hagais la comparacion sin miras preconcebidas y sin buscar la satisfaccion de antiguas creencias, me direis si hay diferencia entre lo que se le atribuye á Dios y lo que su obra manifiesta y si resulta

contradiccion, como de seguro resultará, quiero me digais, ¿dónde está la adulteracion en los libros ó en la creacion?

En los libros, el hombre puede quitar ó agregar algo á sus conceptos ó falsear su sentido, miéntras que á la obra divina no puede ponerle ni un punto ni una coma; mostrándose siempre tal cual es, y siendo impotente el hombre para adulterarla.

Esto es evidente. Por lo mismo, no deben ser los libros, aunque se llamen santos ó sagrados, los únicos que formen la base de la filosofía, sino ántes bien aprovechad todos los medios que puedan estar á vuestro alcance, para dar solidez á vuestras creencias.

Consultad los libros; pero no desprecieis la inspiracion siempre que esta vaya conforme y sea confirmada por lo que enseña la ciencia, que es el estudio de la naturaleza, y sus leyes, sin olvidar que existe en esta misma naturaleza una ley que obra sobre el espíritu humano y que poco la estudian los que investigan las leyes de la materia.

Esta ley es la ley sublime de amor.

XI.

La Biblia desde sus primeras páginas pone en boca de Dios un mandato y una prohibicion, cuando dice al primer hombre: «De todos los árboles del paraíso comereis el fruto; pero no lo hareis del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque si de su fruto comiereis, morireis.»

De haber quebrantado este precepto es de donde se deriva y toma su principal fundamento el dogma Romano.

Un hombre, que en el uso de su albedrío, quebranta el precepto á instigacion de su muger, que al mismo tiempo

es instigada por la serpiente, por cuya boca hablaba el demonio, es el origen del mal segun los romanistas.

Por esta primera culpa, la humanidad se hizo enemiga de Dios, y en su incapacidad absoluta de redimirse á sí misma, fué necesario que el mismo Dios en la segunda persona de su Trinidad, se ofreciera y viniera á padecer y morir, para redimir al hombre de su falta.

Sobre esta base descanza el dogma que impone Roma á los fieles de la que llaman su Iglesia.

Este edificio debe ser sustentado por su fé, sobre lo cual nada puede, segun ellos, la razon humana; pero si creo tendrá gran valor la razon divina, la cual se manifiesta al hombre por la obra de su Omnipotente Autor.

Son afirmaciones Romanas:

Primera.—Dios crió al hombre perfecto é inmortal, y este, por su culpa, se hizo imperfecto y mortal.

Segunda:—Dios conocia que el hombre habia de pecar y tenia prevista la redencion.

A la primera de estas afirmaciones, diré: que la obra de Dios ó sea la creacion, nos manifiesta lo contrario, es decir, que el hombre no salió perfecto de sus manos; porque si perfecto hubiera salido, la naturaleza toda debia haber sido perfecta tambien, supuesto que Dios absoluto, solo puede obrar como absoluto.

A la segunda afirmacion, respondo: que el Autor Infinito es absolutamente perfecto, porque es inmutable; y la redencion del hombre verificada por Dios mismo, supondria mutabilidad en El, constituyéndolo un ser finito y que por lo mismo no seria Dios.

Acaso se argüirá que la culpa del hombre fué la que ocasionó la imperfeccion de la naturaleza; y se dirá tambien, que siendo la redencion prevision divina, quizo Dios, por este medio, manifestar al hombre su paternal amor. Pero

esta suposicion nada quita á lo que tengo dicho y es que, si esto fuera cierto, Dios no obraria como ser inmutable y absoluto, y por lo mismo dejaria de ser Dios.

La naturaleza criada por Dios, debió serlo, como en efecto lo es, en estado perfectible.

Sacada del no ser avanza hácia la perfeccion, sin que jamas llegue á ser perfecta en absoluto, pues si esto fuera así, llegaria á constituir otro Dios, lo que es imposible, ó bien se unificaria con la Divinidad haciendo una verdad del Panteísmo.

Observando y estudiando la naturaleza, no podemos menos de conocer y confesar que Dios la cria finita y mutable, para que avance hácia la perfeccion, por medio de la ley de progreso indefinido.

Para mayor afirmacion de que lo imperfecto de la naturaleza no es debido á la culpa del hombre, debo hacer notar un hecho que puede comprobar todo aquel que lo intente, y es que la naturaleza progresa con mucha mas rapidez bajo la mano del hombre, guiada por su inteligencia, apesar de que se dice que la imperfeccion le viene por su culpa.

Tambien es afirmacion Romana, que el mal vino al mundo por el hombre. Mas yo pregunto: ¿Cual es el mal?—Me direis que el primero es el pecado, despues el dolor y otra infinidad de sufrimientos que incesantemente agovian á la humanidad.

Esto puede tener alguna razon por el sentido que se pretende dar á la palabra mal; pero yo diré: que hablando con propiedad, el mal no existe, porque á lo que le dais tal nombre no es sino una negacion.

Decid si quereis expresaros con precision, que os falta bien. Decid tambien que esta falta de bien que todavia no alcanzais es por culpa del hombre que no pone en práctica el reinado del amor, y entónces estareis en lo cierto.

Amense los hombres como si fueran un solo individuo con un amor colectivo, y lo que llamais mal moral no lo encontrareis entónces, porque en el reinado de Dios este no existe.

Que la ciencia avance, tambien, guiada por un gran sentimiento de amor, dirigido á conseguir un profundo conocimiento de las causas que originan el dolor sabiendo encontrar el medio de evitarlo, y despues, decidme: ¿A que le llamareis mal? Forzosamente os vereis obligados á confesar que no existe sino como relativo.

Cuando realiceis el estudio que os propongo, que es la observacion de la obra divina, para conocer en ella la razon de su Autor, no podreis ménos de convenir en que la Biblia engaña ó que dais una mala interpretacion á una de sus principales afirmaciones.

XII.

Apesar de lo que llevo dicho, no faltará quien diga y sostenga que el hombre salió perfecto de las manos del Criador, y que su pecado es causa del mal y de la imperfeccion actual. Mas yo os digo: Abrid vuestros ojos á la luz y disponeos á oír.

La ciencia ha pronunciado ya su primera palabra, y empieza á estudiar y hacer sus observaciones sobre la genealogía del hombre. Por mas que el orgullo de algunos se resista, muy pronto habrá suficientes pruebas para ver que el hombre corpóreo, no es sino el animal perfeccionado.

La creacion marcha por el camino del progreso de una manera que se puede llamar lenta, pero segura; y el hombre, sin mas auxilio que la inteligencia, se dará cuenta y razon, por medio del estudio y el trabajo, de las etapas de su progreso realizado.

Si sois repulsivos á la ciencia, si os escandaliza la primera hipótesis de la teoría descencional, sino quereis seguir paso á paso el estudio y la observacion, recogeos, entónces, en vosotros mismos y escudriñad con toda atencion vuestros instintos y pasiones. Comparad estos con los del animal y marcadme la diferencia.

Decidme si el hombre materia no se confunde con el animal, y si notais alguna diferencia es porque no se hace abstraccion completa del espíritu, analizando puramente la parte corpórea.

Si esto se hace se verán luego en el hombre los mismos instintos, advirtiendo que muchas veces obran en este con mas ferocidad que en el bruto. Esto depende de que los primeros destellos de inteligencia hacen recordar al hombre los goces materiales con los mas vivos colores exaltando sus deseos, por lo que, en sus pasiones carnales, muchas veces va mas allá del límite de la saciedad, sobrepujando en esto á los demas animales.

Pero aunque el hombre materia no es sino el animal perfeccionado; hablando en términos precisos, diré: que solo es superior á los demas, porque en él es en donde empieza á reflejarse la luz intelectual que emana del Criador.

Poneos en lo justo, no exagereis vuestras ideas hasta tocar los extremos. Unos afirmais que el hombre ha sido criado perfecto, y que la parte espiritual goza despues de la descomposicion de vuestro actual cuerpo, de una inmutabilidad de dicha ó de sufrimientos.

Los otros pretendeis que el ser humano no es mas que un monton de materia; y que en el momento que esta se desorganiza viene el completo aniquilamiento del individuo, no concediéndole un mas allá, á no ser las generaciones que se suceden, y sin mas relaciones entre sí que las que les da la historia.

Amense los hombres como si fueran un solo individuo con un amor colectivo, y lo que llamais mal moral no lo encontrareis entónces, porque en el reinado de Dios este no existe.

Que la ciencia avance, tambien, guiada por un gran sentimiento de amor, dirigido á conseguir un profundo conocimiento de las causas que originan el dolor sabiendo encontrar el medio de evitarlo, y despues, decidme: ¿A que le llamareis mal? Forzosamente os vereis obligados á confesar que no existe sino como relativo.

Cuando realiceis el estudio que os propongo, que es la observacion de la obra divina, para conocer en ella la razon de su Autor, no podreis ménos de convenir en que la Biblia engaña ó que dais una mala interpretacion á una de sus principales afirmaciones.

XII.

Apesar de lo que llevo dicho, no faltará quien diga y sostenga que el hombre salió perfecto de las manos del Criador, y que su pecado es causa del mal y de la imperfeccion actual. Mas yo os digo: Abrid vuestros ojos á la luz y disponeos á oír.

La ciencia ha pronunciado ya su primera palabra, y empieza á estudiar y hacer sus observaciones sobre la genealogía del hombre. Por mas que el orgullo de algunos se resista, muy pronto habrá suficientes pruebas para ver que el hombre corpóreo, no es sino el animal perfeccionado.

La creacion marcha por el camino del progreso de una manera que se puede llamar lenta, pero segura; y el hombre, sin mas auxilio que la inteligencia, se dará cuenta y razon, por medio del estudio y el trabajo, de las etapas de su progreso realizado.

Si sois repulsivos á la ciencia, si os escandaliza la primera hipótesis de la teoría descencional, sino quereis seguir paso á paso el estudio y la observacion, recogeos, entónces, en vosotros mismos y escudriñad con toda atencion vuestros instintos y pasiones. Comparad estos con los del animal y marcadme la diferencia.

Decidme si el hombre materia no se confunde con el animal, y si notais alguna diferencia es porque no se hace abstraccion completa del espíritu, analizando puramente la parte corpórea.

Si esto se hace se verán luego en el hombre los mismos instintos, advirtiendole que muchas veces obran en este con mas ferocidad que en el bruto. Esto depende de que los primeros destellos de inteligencia hacen recordar al hombre los goces materiales con los mas vivos colores exaltando sus deseos, por lo que, en sus pasiones carnales, muchas veces va mas allá del límite de la saciedad, sobrepujando en esto á los demas animales.

Pero aunque el hombre materia no es sino el animal perfeccionado; hablando en términos precisos, diré: que solo es superior á los demas, porque en él es en donde empieza á reflejarse la luz intelectual que emana del Criador.

Poneos en lo justo, no exagereis vuestras ideas hasta tocar los extremos. Unos afirmais que el hombre ha sido criado perfecto, y que la parte espiritual goza despues de la descomposicion de vuestro actual cuerpo, de una inmutabilidad de dicha ó de sufrimientos.

Los otros pretendeis que el ser humano no es mas que un monton de materia; y que en el momento que esta se desorganiza viene el completo aniquilamiento del individuo, no concediéndole un mas allá, á no ser las generaciones que se suceden, y sin mas relaciones entre sí que las que les da la historia.

A los que todo lo atribuis á la materia, yo os digo: **Ex-**tended vuestra mirada y examinad no solo aquello que materialmente os rodea, sino tambien esforzaos en **ver**, por medio de la conciencia ó sentido íntimo, la abnegacion, el amor, **la** dignidad y muchos otros afectos del alma.

Escuchad y atended á vuestros propios sentimientos, buscad vuestras mas secretas aspiraciones y deseos, observad que **la** materia se transforma incesantemente sin aniquilarse jamas, y decidme: ¿será ménos vuestra inteligencia, vuestra razon, vuestro evidente Yo por el cual sois los soberanos de la tierra? ¿Pretendeis que todo esto no sea mas que la vida orgánica sobre la cual funciona un poco de fósforo?

Cierto que el alma no puede ir al anfiteatro donde bajo el escarpelo analizais la materia humana; pero esto no impide que en vosotros mismos y gozando aun de la vida orgánica podais interrogar á vuestro espíritu: si este no os habla de inmortalidad es por que todavia no se ama. Cuando movido por el sentimiento de amor pueda estudiarse á sí mismo, no podrá ménos de sentirse y confesarse inmortal.

Las palabras son infructuosas las mas de las veces para el que no está dispuesto á oirlas, deseando en este caso, poder convencerse de las verdades que de ellas emanan, por medio de los sentidos y que estas fueran visibles ó tangibles.

¡Mas mirad la creacion, contemplad su armonía, sus transiciones, su solidaridad! y decidme: ¿Qué otra cosa os indica la uniformidad de plan en la naturaleza sino la existencia del Espíritu Infinito que con sus leyes rige la materia?

Cuando esto hagais no negareis ya que todo se encadena y se sucede, y que vosotros no podeis ser la escepcion.—Advertid que me refiero á vuestro Yo inteligente y racional, no á vuestra materia.

El espíritu es la imagen del Ser por excelencia, porque en él se refleja la luz intelectual que emana de la Sabiduría Infinita.

La materia sin las leyes establecidas por la inteligencia ordenadora, seria un caos de confusion; pero como bajo su dominio es el instrumento dócil del principio espiritual, se plega á este y obedece los mandatos que le impone.

A este principio espiritual es á lo que llamais fuerza, y asegurais que es inherente á la materia; pero la fuerza molecular que existe, es debida á la voluntad divina que suponer en el fluido cósmico ó materia primitiva, una voluntad simple que, sujeta á la ley de progreso, obra como fuerza produciendo el admirable dinamismo que se observa en todo lo creado.

Esta voluntad aunque distinta de la Suprema es su efecto, porque de ella dimana.

La fuerza que en la naturaleza estudia la Física bajo el nombre de gravitacion universal, es la misma que con la denominacion de atraccion molecular, afinidad y cohesion, obliga á la materia á formar las múltiples combinaciones que sirven de base á la Química inorgánica, comprendida en el reino mineral.

Pero los efectos de esta fuerza no se detienen allí, porque en el vegetal se nota lo que se llama **tendencia**, la cual es una voluntad que obra con mas decision que en el mineral.

Preciso es confesar, pues, que si todo en la naturaleza es fuerza y materia, en el reino vegetal, la primera se transforma puesto que en este se presenta cierto orden que no se manifiesta en el anterior.

Si continuamos las observaciones en escala ascendente llegamos al reino que llamais animal, donde se producen en mayor extension los resultados del principio voluntad. Los

efectos de la pretendida fuerza inherente á la materia se multiplican á tal grado, que están muy distantes de ser bien definidos por la ciencia actual, tanto mas, cuanto que en este reino es donde ya se manifiesta de una manera mas clara la **vitalidad**, cuya causa es totalmente desconocida en vuestra ciencia.

Seudo-sabios y vosotros sus discípulos que pretendéis por un corto número de conocimientos adquiridos haber abarcado toda la creacion ¿Por qué sois tan osados en afirmar cuando apénas estais en las primeras letras del saber?

Todo es fuerza y materia, decís, que obrando de por sí, producen las innumerables combinaciones de la naturaleza.

Afirmáis, además, que el espíritu humano no existe, ó lo que es lo mismo, que nada queda de él despues de haber cumplido vuestro cuerpo con la ley que determina lo que llamais muerte.

¿Por qué sentais á priori un principio de tan grandes y trascendentales consecuencias? ¿Por qué ante el incomprendible arcano de la naturaleza, ó mas bien dicho de Dios que es su autor infinito, dais una afirmacion tal y con tanto aplomo, que es como si dijerais procede de un criterio infalible?

El hombre, segun vuestra ciencia, es clasificado como un individuo perteneciente al reino animal; mas esta clasificación si fué bien hecha y tuvo su razon de ser, empieza á dejar de serlo en esta época en que no solamente se inicia sino que es llegada la hora de hacer una cuarta division.

Esta es la **hominal** la cual hay que agregar á los reinos mineral, vegetal y animal.

Mas ya que de hominalidad se trata, el hombre materia y espíritu será asunto que desarrollaré extensamente.

XIII

Para el estudio de la naturaleza humana, preciso es remontarse á su origen. Voy, pues, á revelar lo que creo haber alcanzado á descubrir en el gran misterio del principio de nuestro ser.

Dios es lo absoluto, y por lo mismo, cria en absoluto.

Dios el absoluto inmutable; la creacion, su obra, el absoluto mutable.

Tal vez se objetará que estas afirmaciones encierran contradiccion, puesto que lo mutable parece no merecer el título de absoluto.

Veamos de que manera me explico esto.

Si Dios criara una perfeccion absoluta seria lo mismo que criar otro Dios; mas como esto es del todo imposible, cria el absoluto perfectible.

Este absoluto perfectible encierra la aparente contradiccion que acabo de hacer notar; la cual desaparece cuando se reflexiona con alguna madurez.

Dios dice á la simplicidad absoluta que es el no ser, mas claro, la negacion del ser: "Tú eres el instrumento, esto es, la materia" y á la ignorancia absoluta: "Tú eres la voluntad, es decir, la fuerza que debe obrar sobre la materia caminando eternamente hácia la perfeccion." Bajo este mandato, que es la ley de progreso, única que rige los universos, aparece el **cósmos**, materia en el mayor grado de simplicidad sobre la cual la voluntad simple obra como primera fuerza.

Esto tuvo lugar no en el tiempo sino en la eternidad, pues siendo Dios increado abeterno, y comprendiendo y a-

barcando en sus atributos el ser infinitamente criador, la creacion existe y es, por expresarme de alguna manera, simultánea al mismo Dios, sin ser Dios mismo, pues solo es la manifestacion del ser fuera del ser Creador.

He aquí como la ignorancia del absoluto no ser bajo el poder absoluto de Dios, constituye una voluntad distinta de la divina, si bien sujeta á ella; y esta voluntad es la fuerza primera que empieza á elaborar la materia simple que, obligada á la ley de progreso, pasa á lo múltiple y compuesto, sin que por esto deje de ser en su estado elemental lo absoluto.

Si hallais mis palabras oscuras culpad vuestro lenguaje ó mejor dicho, reconoced que lo finito jamas podrá abarcar lo infinito.

* * *

Ahora que hemos visto ya como tuvo origen la voluntad criada, observemos su desarroyo el cual obedece á una ley ineludible.

Esta ley es la voluntad creadora que le dice: "Marcha hácia la perfeccion absoluta;" pero como esta es infinita, no bastará la eternidad para alcanzarla, aproximándosele tan solo cada vez mas y mas.

Doy la denominacion de voluntad á la primera fuerza que obra sobre la materia, porque se deriva de la voluntad infinita, y aunque propiamente hablando no es sino un germen, produce, sin embargo, los efectos del reino inorgánico.

Mas tarde y ya en el dominio de organismos mas perfectos, por ser sus funciones mas variadas y complicadas, entra en un nuevo periodo de desarrollo en el cual aunque muy poco marcado, se observa un principio de voluntad que mas adelante se hace enteramente notable en el reino animal.

Pero esta voluntad no alcanza todavía las múltiples faculta-

des que le pertenecen cuando llega á mayor grado de libertad, por lo que, á la inteligencia animal se la califica de instinto; mas si seguimos su desarrollo llegamos al hombre, punto culminante de la escala en el círculo de progreso realizado en el planeta tierra.

Ya que he reseñado el paso del no ser ó de la ignorancia absoluta al ser, mejor dicho, á constituir y formar una personalidad con voluntad propia y con un principio de inteligencia y razon suficientes para asimilarse la luz que emana de la Sabiduría Infinita: os digo que ya hemos llegado á lo que se llama un alma ó espíritu humano, que constituye en cada individuo un ser indivisible é indestructible y progresivo hasta la infinidad.

* * *

El hombre siente una aspiracion hácia lo infinito: su deseo es insaciable, ambiciona el bienestar y busca la razon y el conocimiento de todo lo existente.

La ley de progreso lo empuja; no puede oponerse á ella, porque es la que le conduce del uno al otro extremo del absoluto, es decir, del estado del no ser hácia el Ser Infinito.

Su aspiracion es legítima puesto que es el cumplimiento de la ley.

Pero cuando levantamos una punta del velo que encubre lo infinito, quisiéramos descorrerlo del todo y abarcar de una sola mirada el gran conjunto de lo desconocido; mas debo advertir que si esto fuera posible, seria la realizacion de un privilegio y no estaria en las prescripciones de la ley que impone el progreso por el esfuerzo propio.

Dios quiere que el hombre sea el artífice de sí mismo.

He aquí porqué en la difícil senda que venimos recorriendo, no me es dado conducir vuestro criterio como si dijéramos de la mano, y guiarlo, punto por punto, patentizándole todo aquello que solo el tiempo y el trabajo podrá esclarecer.

Mi instruccion se limita á mostraros el camino que debeis seguir para ir con mas violencia á mayor conocimiento de verdad.

La ley de progreso es que se conozca y se posea hoy lo que ayer no se conocia ni poseia, cuando se trabaja por adquirir lo que el deseo nos hace ambicionar.

¿Queremos conocer lo que constituye nuestro individuo? Investiguémolo pues.

Tenemos un ser que se manifiesta bajo la forma corpórea. El cuerpo tiene necesidades é inclinaciones, las necesidades son las primeras que se hacen sentir, ocupando el primer lugar la del alimento.

Esto es porque la vida orgánica se sostiene por la nutricion, que no es otra cosa que el cambio de las partículas ó átomos de materia, que en su eterno movimiento se desprenden de nuestro cuerpo y que necesitan ser renovados.

La vida se sostiene de la vida, es decir, de la mútua destruccion de los seres organizados.—Esta es una de las etapas del progreso.

Despues se hacen sentir las inclinaciones entre las cuales la mas viva es la que se nota hácia el sexo; pero esta es ménos apremiante que aquella necesidad, si bien es sensible y violenta en la reproduccion de la especie, pues su fin es la renovacion del ser corpóreo.—Esta es otra de las etapas del progreso.

Viene despues la pasion; mas esta solo se manifiesta en el hombre engendrando los vicios. Entre ellos los que mayor estrago causan son la lujuria y la gula por la sensacion del placer que se experimenta. ¡No importa, adelante!—Esta es la etapa entre el animal y el hombre.

Entiéndase que hablo de la pasion carnal.

Vienen despues los deseos y sobre estos se eleva el de

inteligencia; aquí hemos llegado á donde el espíritu humano adquiere la individualidad y en donde se establece la lucha entre el hombre antiguo y el nuevo.

XIV.

El que desea está en aptitud de recibir aquello que desea.

El deseo de inteligencia forma, por decirlo así, el receptáculo de esta misma inteligencia; y á proporcion que se empieza á poseer es á su vez receptáculo de sabiduría.

El hombre en el estado primitivo, es decir, cuando solo es el animal superior y se halla casi confundido con el bruto, tiene que sostener una lucha terrible por la vida. Débil y bien inferior á un gran número de animales tanto en potencia física como en armas ofensivas y defensivas, busca el medio de combatir con ventaja y la manera de devorar en vez de ser devorado. Para esto toma, fuera de sí, los medios de ataque y defensa formulando ántes un deseo.

Este es el de la inteligencia para sacar de ella los recursos que pueden poner su vida á salvo de los innumerables é inminentes riesgos que la amenazan.

Como no se despierta ningun deseo legítimo en la criatura que no haya de tener satisfaccion, tras el deseo viene la primera chispa de inteligencia y con ella el primer razonamiento. Este solo se dirige á llenar las necesidades mas apremiantes, y como de día en día las satisface de un modo ménos fatigoso se entrega despues al ocio, encontrando muy agradable la pereza.

Pero bien pronto se ve amagado de otro peligro el cual proviene del mismo hombre, que por la pereza y considerándose mas fuerte, intenta quitar á su semejante lo que este con mayor trabajo ha recojido de la naturaleza.

Entonces la lucha es de una contra otra inteligencia, cooperando esta situación al desarrollo de sus facultades intelectuales, que vigorizándose llegan hasta formar y producir un razonamiento mas amplio.

Con el raciocinio, el hombre comienza á distinguir lo que le es propio y le pertenece. Desde este momento reconoce en sí una personalidad, es ya un individuo, es el hombre espíritu y materia. La materia es su cuerpo, la conciencia de su individualidad, el espíritu en estado primitivo.

Habrá quien sostenga que este pretendido espíritu no es un ser sino una pura abstracción, y que la serie de hechos que acabo de reseñar no son otra cosa que el producto de la elaboración de la materia á la que le es propia la fuerza que le da acción.

Hago presente que los conocimientos actuales de la humanidad están muy lejos todavía de poder apreciar todas las formas que le son propias y que es susceptible de afectar la materia, que puede ir, si me es dado expresarme así, hasta la inmaterialidad, esto es, próxima á lo absoluto que es el no ser; pero de que esto pueda suceder á deducir que todo lo existente es materia, hay una distancia infinita, y nadie podrá sostener que el pensamiento, la voluntad, ni mucho menos que todas las facultades que se deriban de estas son materia.

Tomemos como medio de comparación la electricidad que es uno de los fluidos materiales mas imponderables que se conocen, y decidme ¿podrá haber algun punto de contacto que sirva para establecer un paralelo entre el pensamiento y la electricidad, cuando el primero pone la segunda á sus órdenes? Dadme una potencia mayor que la suya, la cual encadena y domina á todas las demas. Dadme una velocidad y atrevimiento superiores á los de esta facultad,

y por último, mostradme el punto á donde no puede volar y remontarse el pensamiento humano.

Nada se destruye en la naturaleza.

Este es un principio que ha alcanzado la ciencia, la cual prueba que los átomos no se reducen á la nada, solamente pasan de uno á otro compuesto sin sufrir alteración en su esencia; si esto es exacto, ¿cómo os atreveis á decir que se destruye la inteligencia humana que es la productora del pensamiento?

Direis que entra como la materia á formar nuevas combinaciones; pero mientras que el átomo de oxígeno pasa de la planta al pulmon del hombre para efectuar la combustión de su sangre, y bajo nuevos compuestos vuelve á la planta, sosteniendo así el equilibrio en el gran laboratorio de la naturaleza, no podeis marcar iguales efectos á la inteligencia humana.

Todo lo que se observa es, que la inteligencia se encuentra en muy distintos grados de desarrollo entre los hombres, y que esta desigualdad no es debido á herencia.

Lo mismo pasa con las demas facultades del alma que mas tarde estudiaremos.

XV

Consultad las páginas del gran libro de la naturaleza, y si los conceptos que emito son ciertos, ellas deben ser la confirmación de mis palabras; pero, si son erróneos, demostrad que mi raciocinio es absurdo.

Meditemos y comparemos con detenimiento y una verdad será la confirmación de otra verdad.

Existe lo absoluto, puesto que hay una verdad que la inteligencia ha podido concebir como absoluta.

Entonces la lucha es de una contra otra inteligencia, cooperando esta situación al desarrollo de sus facultades intelectuales, que vigorizándose llegan hasta formar y producir un razonamiento mas amplio.

Con el raciocinio, el hombre comienza á distinguir lo que le es propio y le pertenece. Desde este momento reconoce en sí una personalidad, es ya un individuo, es el hombre espíritu y materia. La materia es su cuerpo, la conciencia de su individualidad, el espíritu en estado primitivo.

Habrá quien sostenga que este pretendido espíritu no es un ser sino una pura abstracción, y que la serie de hechos que acabo de reseñar no son otra cosa que el producto de la elaboración de la materia á la que le es propia la fuerza que le da acción.

Hago presente que los conocimientos actuales de la humanidad están muy lejos todavía de poder apreciar todas las formas que le son propias y que es susceptible de afectar la materia, que puede ir, si me es dado expresarme así, hasta la inmaterialidad, esto es, próxima á lo absoluto que es el no ser; pero de que esto pueda suceder á deducir que todo lo existente es materia, hay una distancia infinita, y nadie podrá sostener que el pensamiento, la voluntad, ni mucho menos que todas las facultades que se deriban de estas son materia.

Tomemos como medio de comparación la electricidad que es uno de los fluidos materiales mas imponderables que se conocen, y decidme ¿podrá haber algun punto de contacto que sirva para establecer un paralelo entre el pensamiento y la electricidad, cuando el primero pone la segunda á sus órdenes? Dadme una potencia mayor que la suya, la cual encadena y domina á todas las demas. Dadme una velocidad y atrevimiento superiores á los de esta facultad,

y por último, mostradme el punto á donde no puede volar y remontarse el pensamiento humano.

Nada se destruye en la naturaleza.

Este es un principio que ha alcanzado la ciencia, la cual prueba que los átomos no se reducen á la nada, solamente pasan de uno á otro compuesto sin sufrir alteración en su esencia; si esto es exacto, ¿cómo os atreveis á decir que se destruye la inteligencia humana que es la productora del pensamiento?

Direis que entra como la materia á formar nuevas combinaciones; pero mientras que el átomo de oxígeno pasa de la planta al pulmon del hombre para efectuar la combustión de su sangre, y bajo nuevos compuestos vuelve á la planta, sosteniendo así el equilibrio en el gran laboratorio de la naturaleza, no podeis marcar iguales efectos á la inteligencia humana.

Todo lo que se observa es, que la inteligencia se encuentra en muy distintos grados de desarrollo entre los hombres, y que esta desigualdad no es debido á herencia.

Lo mismo pasa con las demas facultades del alma que mas tarde estudiaremos.

XV

Consultad las páginas del gran libro de la naturaleza, y si los conceptos que emito son ciertos, ellas deben ser la confirmación de mis palabras; pero, si son erróneos, demostrad que mi raciocinio es absurdo.

Meditemos y comparemos con detenimiento y una verdad será la confirmación de otra verdad.

Existe lo absoluto, puesto que hay una verdad que la inteligencia ha podido concebir como absoluta.

Esta verdad es la existencia del ser, y todos nuestros sentidos son su manifestacion, al mismo tiempo que le sirve de instrumento para comprenderse á sí mismo y conocer á los demas.

Tenemos ya una verdad fundamental que nos puede servir de base para el descubrimiento de verdades sucesivas.

Dada la existencia del ser, preciso es confesar que existe un Ser Absoluto, sin principio y origen de todos los demas, puesto que es un axioma, que no se concibe obra sin obreiro ni efecto sin causa.

A este Ser Absoluto le llamamos Dios, otros le llaman fuerza y algunos el Gran-todo: pero sea cual fuere el nombre con que se designe este absoluto: el hecho es que existe.

Reconocida la existencia del Ser Absoluto, de ella debe emanar, como en verdad emana, una ley absoluta tambien, porque es invariable é ineludible. Tal es la ley de progreso, ley comprobada por la constante experiencia de los hechos.

Efectivamente, el progreso no se ha detenido hasta ahora, sus avances son continuos, y cada día le vemos ir adelante: luego es indefinido y por consiguiente, no se detendrá jamas.

El progreso se manifiesta de una manera visible por la sucesion. Hoy existe un ser que ayer no existia y se produce un hecho enteramente nuevo. Debemos convenir en que ni este ser, ni este hecho son absolutos; pero que vienen de la absoluta negacion, es decir, del no ser. Luego si del no ser se pasa al ser, solo puede efectuarse este tránsito por creacion, en la cual es necesario reconocer por autor al Ser Absoluto.

Examinemos ahora si el Ser que produce la creacion y le impone una ley, es un absoluto perfecto ó imperfecto. Des-

de luego se ve que si no fuera perfecto en absoluto, no estableceria una ley de perfeccion progresiva hasta lo infinito.

La imperfeccion es relativa, porque no es mas que la separacion accidental de la ley; pero como esta separacion tan solo tiene por causa la voluntad finita del hombre, es evidente que esta jamas podrá contrariar la marcha infinita de progreso.

El gran libro de la naturaleza nos presenta la ley de progreso por la seleccion natural: un ser da origen á otro semejante á su progenitor. Al decir que es semejante no es afirmar que sea idéntico, y por esta falta de identidad, ha podido en una multitud de etapas, llegar la materia elaborada por el principio que he llamado voluntad, á producir al hombre materia y espíritu.

He aquí ocupándome nuevamente del hombre despues de una digresion que he creido necesaria, para mas claridad y mayor comprension de lo que sigue.

* * *

Es ley que un organismo sea el progenitor de otro organismo, y que se hereden los defectos ó cualidades orgánicas.

La parte material del hombre está sujeta á todo lo que se sienten obligados los demas animales, de modo es, que todas las condiciones que se observan en el irracional las posee el hombre materia. Este ser lo he denominado el hombre antiguo en oposicion al hombre materia y espíritu que llamo el hombre nuevo.

De estos dos distintos seres que lo son en realidad, porque entre uno y otro media una etapa de progreso, el segundo comienza á sostener en su foro interno una lucha, pues lucha y no otra cosa debe llamarse las diferentes tendencias de que se siente animado.

El cuerpo ó la parte física del individuo, tiende siempre á la satisfacción de las necesidades materiales. El espíritu en un estado comparable al de un niño que acaba de nacer, no opone en el principio ninguna resistencia á la parte corpórea: ambos están formando un solo ser, y este no hace todavía la distincion de lo que mas conviene á cada una de las dos partes que lo componen.

Estando en el mundo de la materia y siendo esta de mayor edad, el principiante espíritu se encuentra dominado y forma íntimo consorcio con aquella, entregándose, como si se dijera, discrecionalmente á sus órdenes.

El hombre ya no es propiamente hablando un animal, pero lo parece en todos sus actos y aspiraciones. En tal estado, el espíritu avanza, es cierto; pero lo hace tan solo como instrumento de la materia, siendo así que debería efectuarse lo contrario, esto es, imponerse á ella.

Cuando el espíritu adquiere el rango que le está asignado, toma imperio sobre la carne; pero en la transicion es donde la lucha se efectúa representando cada quien su papel; el espíritu como ángel del bien, la materia como ángel del mal ó Satanás.

Aquí es fuerza hacer una aclaracion, porque de otro modo no se me entenderia.

Una sucesion de trasformaciones del principio que he llamado voluntad obrando sobre la materia, llega á constituir un espíritu que llamaré **vital**. Este espíritu puesto que no tiene conciencia de sí mismo, es perecedero luego que se destruye el organismo que vivificaba, y cuando por la ley de procreacion es transmitido á los seres de que es progenitor, cede á aquellos una parte, de modo que podemos sentar un principio como ley y es, que la vida solo la da la vida, y que cuando el organismo que la posee se destruye, esta tambien queda destruida.

Con lo que acabo de manifestar parece que contradigo lo que como ley he establecido mas ántes, de que nada se destruye en la naturaleza. Esto es una verdad, por lo tanto, si no quereis dar otra acepcion á la palabra destruir, podeis aplicar la de desorganizar, puesto que la vida es la sostenedora de un organismo.

La parte espiritual es el receptáculo de la inteligencia que emana de la Divinidad—Entiéndase que cuando hablo de inteligencia comprendo encerradas en ella todas las demas facultades que le son propias.

Pero esto de sintetizar, es preciso siempre que las ideas se dirijen al absoluto, porque es un solo acto que lo abarca todo sin necesidad de separar partes ó atributos, pues solo la inteligencia finita es la que necesita la sucesion en todo hasta en las ideas.

Como el receptáculo ó espíritu se amplia con el desarrollo, llega por fin á querer tomar posesion de sus derechos y entónces es cuando logra dominar la parte material.

He dicho que el espíritu representa al ángel del bien, la materia al genio del mal; ahora veamos porque me valgo de esta comparacion.

Es evidente que la materia por sí sola no puede originar ó causar efecto alguno; luego, todos aquellos que se observan en la naturaleza son debidos al principio llamado voluntad que, en íntima union con aquella, coopera á producirlos y desarrollarlos.

Pero como este principio proviene de la ignorancia absoluta, es claro, que el mal que muchos se empeñan en personificar en Satanás y en los demas ángeles caidos, no es otra cosa que la ignorancia que ya sabemos tiene origen en el no ser, ó mas claro, es la consecuencia necesaria del principio voluntad en sus primeras evoluciones de progreso.

El espíritu, como lo tengo manifestado, es el receptáculo

de la luz divina; por esto lo he llamado ángel del bien. Fáltanos ver, ahora, como verifica su desarrollo.

XVI.

Creo se habrá comprendido que la naturaleza toda es la manifestación de dos principios; uno de ellos, la voluntad, es la acción; y el otro, la materia, el instrumento; de modo que cuando he sentido que existe ó hay desorganización, debe entenderse que con esta palabra expreso la simplificación de los dos principios mencionados.

Esta simplificación jamás puede llegar hasta lo absoluto, porque Dios al dar el mandato de progreso indefinido, lo impuso como ley á la coalición de los dos principios, para que su acción fuera común.

Jamás podrá separarseles de una manera absoluta. porque esto traería por consecuencia la nada, que es el no ser ó la negación del ser material.

* * *

A cada paso me es preciso entrar en digresiones, pues las creo necesarias para evitar una falsa interpretación de los conceptos que emito.

Tratábamos del desarrollo del espíritu, lo he llamado receptáculo de la luz divina y en efecto lo es, porque ninguna voluntad independiente de la Suprema, podría dar un solo paso si recibiera los rayos de luz que emana la Sabiduría Infinita.

Esto se comprenderá mejor con una explicación.

Es ley que nadie puede dar lo que no tiene; pero como se ve, esto no es un impedimento para que se pueda recibir aquello de que se carece.

La ignorancia, pues, puede recibir la Sabiduría, y como

el que recibe en algún lugar deposita aquello que va adquiriendo, este lugar no merece otro nombre que el de receptáculo; luego, si el espíritu mismo es capaz de atesorar la sabiduría que emana del Criador, es receptáculo de ella.

El espíritu humano principia, como ya lo he dicho, por reconocer su individualidad, y desde este instante empieza á saber lo que le pertenece; pero como apenas se conoce no distingue todavía lo que le es más conveniente.

El cuerpo humano, que le sirve para efectuar su desarrollo, ejecuta una acción movido por la voluntad. Entónces los sentidos transmiten la sensación al espíritu que he llamado vital, y este, á su vez, la comunica al espíritu inmortal.

Lo que acabo de llamar espíritu inmortal no es una nueva creación como podría inferirse de mis últimas palabras; es el mismo espíritu vital, que en su desarrollo sucesivo, ha llegado al grado de reconocer su propia individualidad, y por lo mismo, desde este instante es indestructible é inmortal.

Fáltame manifestar, ahora, el porqué deja de ser perecedero desde el momento en que reconoce su individualidad.

Antes he dicho que la imperfección no es otra cosa que la separación accidental del camino del progreso, lo que equivale á decir, que el espíritu puede por su voluntad permanecer estacionado; pero nunca podrá retrogradar.

Si no puede retrogradar, es evidente que jamás podrá volver, no diré á la ignorancia absoluta, lo cual es imposible, pero ni al estado inconsciente de su ser.

Por otra parte, la ley de progreso lo empuja eternamente hácia mayor grado de perfección; luego para cumplir con el desarrollo que le impone esta ley, necesita ser inmortal, como en efecto lo es.

Pero este espíritu comienza en el momento que tiene cono-

cimiento de sí mismo, y puede darse cuenta de su existencia: luego es indestructible é inmortal desde que alcanza el conocimiento de su propia individualidad.

¡Anonadaos ante este inmenso porvenir y dad gracias á la Sabiduría Infinita por la eternidad de luz y progreso sin fin que os espera! ¡Es y será siempre, porque jamas podrá el ser finito abarcar en sí lo infinito!

*
*
*

Ya que os presento algo que os deja entrever un poco del mas allá, volvamos al desarrollo de nuestro ser.

Deciamos que el cuerpo, por medio de los sentidos, transmite las sensaciones al espíritu. Este las recibe con agrado ó disgusto calificando las unas como un bien y las otras como un mal.

Esta calificación está muy bien hecha tratándose solo de las sensaciones que afectan la materia. Es la calificación de un ignorante que no ve mas allá del presente, y que por lo mismo, no alcanza á comprender todas las consecuencias de sus actos, por agradables ó desagradables que aquellas sean.

Es como el niño que teniendo el fuego en la mano lo deja caer sobre un montón de pólvora, causando el incendio de esta potencia explosiva la destruccion de todo cuanto le rodea.

Esto que según vosotros entra en el dominio de lo que llamais mal, en términos precisos no lo es, siendo tan solo la consecuencia de una ley que dará igual resultado cuantas veces se cometa la misma acción.

Para que el mal fuera real y verdadero seria preciso encontrarlo en las leyes que se derivan de la ley única de progreso indefinido; es así que aquella nos conduce de un bien á otro mayor, luego el mal no existe.

Al efecto de la inmutabilidad en las leyes de la naturale-

za es á lo que impropriamente se le llama castigo divino.

Aun hay muchos ortodoxos que atribuyen á cólera del Padre Celestial las causas que originan los grandes meteoros, las plagas y las epidemias.

Igual significacion tienen para ellos las inundaciones, los terremotos, los hundimientos, las erupciones y todos aquellos cataclismos que se verifican en virtud de la ley sapientísima de que el efecto está en relacion constante con la causa que lo produce.

El niño que dejó caer el fuego sobre la pólvora, lo hizo por ignorancia completa del efecto que debia producir, y fué víctima de su inesperienza.

Un hombre que vió aquel resultado y quizo ejecutar un hecho semejante con el fin siniestro de hacer daño á otro, confiado en que él podria salvar su vida por medio de una pronta fuga; tambien por ignorancia llevó á cabo tal acción, y pereció á causa de la misma, porque ignorancia es si bien en menos grados que la primera.

Si un segundo y un tercero ú otro cualquiera obra lo mismo, aunque lo hagan con la mas grande malicia que se les quiera atribuir, víctimas serán siempre de aquella, ya en este ó en otro sentido, porque en el estado de ignorancia jamas alcanzará el hombre á poder medir todas las consecuencias de sus actos.

Así podriamos continuar con todos los hechos que llamais pecados los que, tened por cierto, jamas vienen de la verdadera sabiduría.

De aquí se sigue que el mal personificado en el Demonio, la creencia en el pecado por la falta del primer hombre y el castigo de la Divina Justicia, no tienen mas existencia que la que les da la ignorancia; pero como esta no es mas que la falta de saber, es claro que el mal, el pecado, el cas-

tigo y lo que se denomina Demonio desaparecerán á la influencia de los rayos de la progresiva luz, por la cual el hombre se eleva al conocimiento cada vez mas perfecto de que no existe sino el bien que emana del Infinito Ser, y que para alcanzarlo basta tan solo practicar la ley de amor.

Hemos llegado á un punto del cual no me es lícito pasar sin procurar que ántes se tenga la clara comprençion de los conceptos que acabo de exponer, pues ya me parece oír las siguientes palabras de anatema: ¡Impiedad! ¡Blasfemia! ¿Qué clase de doctrina es esta que confunde en un solo rango todas las acciones humanas?

Negar el mal, negar que existe la falta ó pecado, negar que hay un castigo, esto equivale á decir que Dios no es justo, pues se le niega el atributo de justiciero y con esto se destruye todo sistema moral y religioso,

Esto podrá decirme el que no comprenda el sentido de mis palabras, pues lo repito, niego el mal, el pecado y el castigo; pero el mal lo niego como absoluto, el pecado como una ofensa que se hace á la Divinidad, y el castigo como impuesto por Dios para causar á la criatura un sufrimiento eterno, si no llena con arrepentimiento el requisito de la confesion ántes de morir y resarce el daño en lo posible, segun disponga el confesor.

En este caso la pena será temporal en el purgatorio, hasta que sus faltas sean totalmente lavadas.

Voy á dar una explicacion de las negaciones que emito para mayor claridad y conocimiento de la verdad que encierran.

Jamas se podrá afirmar y mucho ménos probar que el bien y el mal son una misma cosa; pero si se puede comprender fácilmente que el mal es tan solo falta de bien, y que cuando este se haya alcanzado aquel habrá desaparecido.

Luego si una cosa no puede ser y dejar de ser á la vez,

al desaparecer el mal por el progreso en la perfeccion moral é intelectual de la humanidad, solo habrá bien sobre la tierra.

El bien existe como absoluto en el Infinito Criador.

El mal es solo producto de la criatura finita; luego es lógico afirmar que el mal absoluto no existe.

Niego tambien el pecado como una ofensa que se hace á Dios, porque la criatura es finita y por lo mismo limitada ó nula en acciones de trascendencia infinita.

Todas las faltas en el hombre son por ignorancia y la Sabiduría Infinita no ve en esto sino el cumplimiento de la ley que determina este principio; "Nadie puede dar lo que no tiene"

Se me dirá que le sobra malicia con solo saber que ofende á Dios. Mas ¿qué cosa es esta por grande que se suponga, sino otra faz de la ignorancia? ¿Qué hombre puede concebir la trascendencia toda de su delito por mucha que sea la malicia con que obre?

Como una prueba de que se ignora lo que significa tal ofensa es, que los mismos que hacen tal afirmacion no alcanzan á comprender el significado de tal palabra, porque si pudieran apreciarlo en todo su valor convendrian en que solo puede ofenderse el ser mutable.

La Inmutabilidad Infinita solo encuentra en la culpa del ser mutable, una faz del desarrollo de la voluntad finita.

El hombre tiene libertad para dejar de obrar el bien; de otra manera carecería de personalidad y no seria responsable de sus actos ante la ley de perfeccion.

Sin albedrío seria tan solo el instrumento ciego de la Voluntad Infinita; pero no es así.

El Omnipotente ha querido que la criatura tenga una voluntad libre aunque finita.

Esto quiere decir que su libertad nunca alcanzará hasta ponerlo fuera del cumplimiento de la ley infinita de progreso. Podrá si se quiere retardarse, pero no estacionarse fuera del bien, de una manera infinita, porque esto solo tendría lugar si poseyera la malicia infinita que es la única que puede encerrar la maldad absoluta.

En este caso serian verdaderos los dos términos enteramente falsos de esta disyuncion.

La maldad ha sido criada por Dios ó es de toda eternidad.

Si fuera criada habria salido del Ser Eterno y entonces el Infinito Perfecto poseeria la maldad infinita.

La maldad infinita es la negacion de la bondad absoluta; luego una de las dos no puede haber existido jamas, porque es imposible ser y no ser á la vez.

Hay mas todavía. Si la infinita maldad fuera eterna, tendríamos entonces una dualidad de principios ambos increados y sosteniendo una lucha que no podria ser indefinida, porque uno llegaria á sobreponerse al otro, y este seria el único infinito.

Basta lo expuesto para probar que el pecado, por grande que se suponga, es solo producto de la ignorancia finita del hombre y que está muy léjos de poder ofender á la Sabiduría Absoluta.

Los que no esten conformes con las exposiciones que hago; pueden fundar una filosofía sobre la dualidad de poderes infinitos. Esto está muy léjos de mí que no concibo sino el Infinito Perfecto.

Ahora solo me resta probar la tercera de las negaciones que he sentado, y es que Dios no necesita imponer ningun castigo, para corregir ó vengarse de la supuesta ofensa del pecador.

Hago uso de la palabra vengarse, porque es la única

que se puede aplicar al hecho de que el Criador impusiera un tormento eterno á la criatura para castigarla.

Si alguno encuentra blasfemo lo que digo, medite con detenimiento mis palabras, y verá que la blasfemia está en los labios de aquellos que afirman que la Infinita Bondad, se complace en imponer un castigo á la criatura, aunque se trate de encubrirlo con el ropaje de la justicia.

Nótese que no por eso digo que Dios no es justo, porque basta negarle uno de sus atributos para despojarlo de la perfeccion absoluta, lo que equivale á negarlo y esto se llama ateismo. Luego siendo Dios justiciero y no pudiendo conformarnos con la existencia de un castigo eterno, como un acto de su justicia, esta debemos buscarla en la ley absoluta ó sea la ley de progreso indefinido.

Los que por un grosero antropofornismo, atribuyen á Dios las pasiones del hombre, tienen que suponérselas en un grado absoluto, y en este caso se deberá probar que la soberbia, la ira, la cólera y la venganza son virtudes, es decir, productos de la perfeccion, y de no demostrarlo queda sentado que blasfeman de la Divinidad todos los que presentan á Dios como un ser colérico, iracundo y vengativo.

* *

Repetidas veces he dicho que el mal es solo falta de bien, y como lo finito jamas podrá poseer lo infinito, resulta de aquí la consecuencia precisa de que el bien de hoy será el mal de mañana.

Esto debe tomarse en sentido figurado, pues lo repito, el mal solo es carencia del bien; y por lo mismo el mal no existe.

En términos precisos podreis decir que el hombre caminará eternamente de un bien á otro mayor.

De la acepcion que dais á ciertas voces en vuestro idioma procede muchas veces el error.

Con la palabra mal sucede lo mismo que con la palabra frío la cual empleais como para expresar la existencia de un fluido imponderable contrario al calórico.

Pero el frío no existe, no es mas que la sensación causada por el mismo calórico en sus efectos de ménos grados de intensidad.

Mas como esto no es sino cuestion de palabras, volvamos al asunto que nos ocupa.

Dios al dar á sus leyes el carácter de inmutabilidad, nos manifiesta con ellas cuales son los actos de su justicia.

La ley es el goce en la práctica del bien, y jamas el hombre vicioso alcanzará con sus torpes acciones, lo que el justo en la práctica de la virtud.

Pongamos un ejemplo material.

Comparemos vuestro mundo á una gran casa en la que se dan todos los goces y comodidades que pueden apetecerse.

Para esto solo hay que observar la voluntad de su dueño, quien ha dispuesto para que la dicha sea verdadera, que le amen y se amen entre sí.

Cuando tan justo veis y considerais el único requisito que se os exige, pues que sin él, es imposible alcanzar la felicidad, ¿diréis que los que no participan de ella, porque no quieren cumplir la voluntad del dueño de la casa, es un castigo que este les impone?

Esta es la justicia de Dios cuya ejecucion está confiada á sus leyes, las que constante y eternamente serán la confirmacion de estas palabras de Cristo: **A cada cual segun sus obras.**

El que medite lo expuesto tendrá que convenir forzosamente en las deducciones siguientes: **No existe el mal. No existe el pecado. No existe el castigo. Solo la Perfeccion Absoluta tiene una existencia real.**

Difícil es que las palabras penetren los oídos del sordo y que la luz sea vista por un ciego: y ciego es el que cierra los ojos para no ver, y sordo el que no quiere oír.

Por eso me dirijo á los hombres de buena voluntad, que son aquellos que buscan y aman la verdad.

XVII

Para que el desarrollo de las facultades del alma sea bien comprendido, exige que ántes explique las que son del espíritu animal.

Estas facultades empiezan su desenvolvimiento desde que la materia adquiere el ser.

Esto es suficiente para tener una idea de que la escala del progreso en sus dos extremos toca el infinito, y que jamas los seres finitos podremos alcanzar ninguno de dichos extremos; por lo mismo, me limito á expresar lo que del principio he podido comprender.

La materia—como se ha dicho ya—es la accion de la voluntad sobre la simplicidad absoluta.

¡Esta simplicidad me anonada: está fuera de mi comprension y se me confunde con lo infinitamente pequeño!

El primer efecto perceptible de la materia es el movimiento que la voluntad engendra en sentido rotatorio, cuyo movimiento se produce sobre la primera agregacion molecular.

Esta agregacion de moléculas la considero como el elemento único y explica la variedad de compuestos que presenta la naturaleza, por los diversos modos con que se operan sus combinaciones, produciendo las distintas sustancias consideradas como elementales; y es sabido que de las sesenta y seis que reconoce hoy día la ciencia, se derivan los incalculables compuestos de vuestro planeta.

Con la palabra mal sucede lo mismo que con la palabra frío la cual empleais como para expresar la existencia de un fluido imponderable contrario al calórico.

Pero el frío no existe, no es mas que la sensación causada por el mismo calórico en sus efectos de ménos grados de intensidad.

Mas como esto no es sino cuestion de palabras, volvamos al asunto que nos ocupa.

Dios al dar á sus leyes el carácter de inmutabilidad, nos manifiesta con ellas cuales son los actos de su justicia.

La ley es el goce en la práctica del bien, y jamas el hombre vicioso alcanzará con sus torpes acciones, lo que el justo en la práctica de la virtud.

Pongamos un ejemplo material.

Comparemos vuestro mundo á una gran casa en la que se dan todos los goces y comodidades que pueden apetecerse.

Para esto solo hay que observar la voluntad de su dueño, quien ha dispuesto para que la dicha sea verdadera, que le amen y se amen entre sí.

Cuando tan justo veis y considerais el único requisito que se os exige, pues que sin él, es imposible alcanzar la felicidad, ¿diréis que los que no participan de ella, porque no quieren cumplir la voluntad del dueño de la casa, es un castigo que este les impone?

Esta es la justicia de Dios cuya ejecucion está confiada á sus leyes, las que constante y eternamente serán la confirmacion de estas palabras de Cristo: **A cada cual segun sus obras.**

El que medite lo expuesto tendrá que convenir forzosamente en las deducciones siguientes: **No existe el mal. No existe el pecado. No existe el castigo. Solo la Perfeccion Absoluta tiene una existencia real.**

Difícil es que las palabras penetren los oídos del sordo y que la luz sea vista por un ciego: y ciego es el que cierra los ojos para no ver, y sordo el que no quiere oír.

Por eso me dirijo á los hombres de buena voluntad, que son aquellos que buscan y aman la verdad.

XVII

Para que el desarrollo de las facultades del alma sea bien comprendido, exige que ántes explique las que son del espíritu animal.

Estas facultades empiezan su desenvolvimiento desde que la materia adquiere el ser.

Esto es suficiente para tener una idea de que la escala del progreso en sus dos extremos toca el infinito, y que jamas los seres finitos podremos alcanzar ninguno de dichos extremos; por lo mismo, me limito á expresar lo que del principio he podido comprender.

La materia—como se ha dicho ya—es la accion de la voluntad sobre la simplicidad absoluta.

¡Esta simplicidad me anonada: está fuera de mi comprension y se me confunde con lo infinitamente pequeño!

El primer efecto perceptible de la materia es el movimiento que la voluntad engendra en sentido rotatorio, cuyo movimiento se produce sobre la primera agregacion molecular.

Esta agregacion de moléculas la considero como el elemento único y explica la variedad de compuestos que presenta la naturaleza, por los diversos modos con que se operan sus combinaciones, produciendo las distintas sustancias consideradas como elementales; y es sabido que de las sesenta y seis que reconoce hoy día la ciencia, se derivan los incalculables compuestos de vuestro planeta.

Pues bien, el principio voluntad que es el que produce la cohesión de los cuerpos y que es también el que engendra la afinidad que tienen unos con otros; va adquiriendo en el curso que sigue el reino inorgánico, las propiedades de facultad, considerada por algunos como potencia exclusiva del alma.

Más tarde este reino comienza lentamente á transformarse en orgánico por medio de los litófitos hasta venir á formar el reino vegetal, en el cual empieza á manifestarse otra facultad, es decir, el entendimiento, considerada como la anterior.

Por medio de ella la planta conserva la vida, pues le muestra de cuales jugos se ha de nutrir y que gases ha de respirar.

Siguiendo siempre la escala ascendente, el vegetal empieza á producir los más simples organismos animales conocidos con el nombre de zoófitos, los que se confunden con sus progenitores.

Pero bien pronto llega á constituir, de una manera bastante perceptible, los seres pertenecientes al reino animal, en donde toma origen una tercera facultad, la memoria, que también figura como potencia del alma.

Las tres facultades referidas constituyen el espíritu animal, al cual he dado también el nombre de espíritu vital, dimanando de este lo que se denomina instinto.

Evidentemente estas facultades forman un espíritu; pero como no alcanza todavía la conciencia de su individualidad, es divisible, y por lo mismo, susceptible de transmitirse pasando á los seres engendrados, sin que lo pierda el que engendra hasta el momento de la desorganización del cuerpo por la muerte.

El espíritu vital pasa entonces á unirse con la vida de o-

tros seres, permaneciendo inmortal en la serie sin límites de todos aquellos que sigue vivificando.

Debo advertir que las facultades que acabo de enumerar se encuentran en muy distintos grados de progreso en la naturaleza, según el período de su trabajo.

Por esto en el animal se nota una voluntad libre y bulliosa de la que carece el vegetal, porque ha llegado casi á su total desarrollo.

El entendimiento es bastante limitado en los animales inferiores; pero toma creces en ciertas especies superiores. No obstante, la memoria es muy escasa en estos, hasta que en el hombre alcanza toda su plenitud.

He aquí el ser en quien estas facultades tienen una extensión incalculable puesto que no se limitan aquí. En él, la voluntad alcanza el deseo, el entendimiento la inteligencia, y la memoria la intuición, quedando desde luego constituidas estas facultades como las primeras del espíritu inmortal.

En el hombre, existen, pues, simultáneamente el espíritu vital y el inmortal; transmitiendo á sus hijos parte del primero porque es divisible.

Más el espíritu inmortal permanece intacto, porque es el yo que constituye su personalidad, es la unidad esencial del individuo que no puede descomponerse en partes.

Habrán muchos que no comprendan ó no quieran comprender mis últimas palabras, pues les sería preciso admitir que existe alguna razón para creer que no todo termina con la muerte.

* *

Como la inteligencia del asunto que me ocupa es de consecuencias trascendentales, no es de extrañar que me extienda en repetidas explicaciones, sobre los principios que sirven de base á mis exposiciones.

Puede notarse que el fundamento de esta enseñanza estriba en el principio de contradicción, esto es, en el ser y el no ser.

Siendo de todo punto imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, puesto que el ser es una afirmación y una negación el no ser, resulta de aquí una dualidad de principios que son indispensables para la comprensión y desarrollo de la doctrina que vengo estableciendo.

Puesto que la nada no puede dar cosa alguna, ó más claro, que todo lo existente no puede haber salido de la nada, hay que suponer forzosamente una causa primera y sin principio, y este es el Ser por excelencia.

De aquí se deduce el principio fundamental de mi doctrina.

Si el Ser existe es por oposición al no ser.

Tenemos dos absolutos: el Ser y el no ser. La naturaleza nos presenta un relativo, es decir, el no ser marchando al ser, luego esto tiene lugar por la acción del Ser sobre el no ser y este acto es la creación.

Es una verdad evidenciada por la experiencia constante que aquel tránsito es continuo, puesto que á cada momento vemos que todos los seres pasan á ser lo que no eran ántes, luego la creación está en actividad y es lógico afirmar que, es tan eterna é infinita como el ser que le da origen, sin haber más diferencia que la inmutabilidad en el Criador y la mutabilidad en lo criado.

Tal es la razón por la cual se ha establecido en algunas doctrinas el dualismo de seres infinitos, personificando en uno el bien y en otro el mal, no siendo esto otra cosa que el principio de contradicción, pues el Ser es lo absoluto perfecto y el no ser su negación.

La naturaleza es el paso del no ser al ser, por eso se en-

contrará siempre en ella una oposición, la cual es inseparable de los seres finitos y que es á la que se ha dado el nombre de bien y de mal.

Pero si se medita detenidamente, se comprenderá entonces que solo hay falta de bien, porque vamos hacia el Ser Supremo, y cuanto más avanzamos, más nos apartamos también del no ser que es la ignorancia absoluta, y por lo mismo, la falta de todo bien.

De aquí se sigue que á lo que se ha llamado Satanás ó Demonio no tiene más personalidad y significación, si así puede decirse, que el no ser, lo que equivale á no darle ninguna.

*
* *
*

He tratado de demostrar de la manera más comprensible que me ha sido dado, como por una cadena no interrumpida va la creación del no ser hacia el Ser, y como la voluntad creadora da origen á la voluntad finita.

Esta voluntad es esencialmente mutable y siendo inconsciente en sus primeros pasos, necesita de la voluntad increada que, en su actividad eterna, la conduce y guía en su desarrollo desde el mineral, hasta constituir el espíritu inmortal.

Una vez llegado á este punto el hombre realiza su progreso por el esfuerzo propio.

No ha de faltar quien desee una prueba de mis asertos, no quedando conforme con lo que llevo expuesto. Pues bien, la prueba material la obtendrán por el trabajo y la observación, y la prueba lógica quedará fundada en el siguiente raciocinio.

Los que afirman que todo es fuerza y materia en la naturaleza, y que la primera es inherente á la segunda, deben convenir que según este principio, la materia sería causa y efecto á la vez, lo que es contradictorio, pues en términos ló-

gicos equivale á decir que la materia es origen de si misma, lo que es imposible.

Ademas, si la materia es causa, el efecto no puede ser ella misma, y si se dice que una modificacion de esta, es causa de otra modificacion, nos encerramos en un círculo del cual no podremos salir, porque jamas encontraremos la modificacion primera.

Este tránsito de una en otra modificacion no significa sino que un ser es de otro modo ó que ha habido cambio en él, pero no que haya un nuevo ser.

No hay efecto inmediato cuando no hay causa en actividad, luego el paso del no ser al ser que es lo que llamamos creacion debe conocer una causa que no puede ser la materia.

Explico la formacion de la materia que es la transicion del no ser al ser por la accion de dos principios. Llamo **voluntad** al primero que es el activo, y al segundo **instrumento** que es el pasivo.

Tal vez de aquí se quiera deducir que estoy de acuerdo con los corifeos y apóstoles del materialismo, y que sostenemos el mismo principio con solo la diferencia de que doy la denominacion de voluntad á lo que ellos llaman fuerza.

Pero si se reflexiona con algun detenimiento se verá que nos separa un abismo, porque además de que el principio voluntad lo presento como activo, establezco una primera causa que es de donde toma origen este principio. Esta causa que eternamente se halla en actividad es Dios.

De modo, que la enorme diferencia que existe entre una y otra doctrina, consiste en que los adoradores de la materia dicen que la fuerza es inherente á la materia, y yo sostengo que la voluntad creadora da origen á la voluntad mutable y que esta es el principio activo que produce el tránsito del no ser al ser.

En el curso de nuestra doctrina se verá á quien pertenece la razon.

Si he dado el nombre de voluntad al principio activo, no es por darle distinta denominacion de los que le llaman fuerza, sino para manifestar que este principio reconoce por causa la voluntad creadora.

Con esto patentizo también que Dios cria por un acto espontáneo de su voluntad infinitamente libre, es decir, que el Ser Absoluto no necesita de la creacion para ser perfecto, mientras que esta no podría subsistir y perfeccionarse, sin la emanacion eterna de la causa primera.

Esta explicacion la creo indispensable, porque ántes he dicho que sin la presencia en la naturaleza del ser inteligente que siente la necesidad de buscar al Criador y de conocerle á medida que se eleva, sería como si Dios no existiera para la creacion, porque los demas seres no lo comprenderian.

Dios cria al hombre por un acto de puro amor y de su libre voluntad, y no por la necesidad de que los seres finitos aspiren á conocerle.

Se comprenderá mejor esto por el amor que se desarrolla en la criatura finita, el cual se manifiesta tan solo por actos de espontaneidad.

El amor finito es la imágen del amor infinito.

En mis exposiciones anteriores queda manifestado de que manera se desarrolla el espíritu animal, alcanzando en el hombre el primer deseo de inteligencia y como llegado este momento comienza el desarrollo de otra facultad que es la conciencia.

El hombre en tal estado, tiene ya el íntimo conocimiento de su yo individual, el que le da el carácter de espíritu inmortal.

Pero este conocimiento del yo individual no es todavía la conciencia de su inmortalidad, la cual solo se adquiere por la perfeccion en el sentimiento amor.

Ahora creo necesario explicar de donde viene la dualidad de seres que ántes he dicho existen en el hombre, y como se separan el uno del otro siendo así que tienen un mismo origen.

Tratando del espíritu animal hemos visto que existen en él tres facultades, voluntad, entendimiento y memoria, y que estas se perfeccionan alcanzando la voluntad el deseo.

Con esto quiero dar á comprender que la voluntad del espíritu inmortal es mas decidida y libre, y si le llamo deseo en el hombre es á falta de otra palabra, pues nadie negará que este es un acto de voluntad, que no creo oportuno llamarlo ambicion, pero que se le parece cuando es vehemente.

Lo expuesto basta para comprender que en la criatura humana existen dos voluntades distintas, y miéntras una, solo se inclina á llenar las necesidades enteramente materiales, la otra aspira á satisfacer las del espíritu.

Igual cosa pasa con el entendimiento y con la memoria y de aquí que el ser se dualice, permaneciendo el uno divisible y mortal y el otro se eleve á la inmortalidad.

El yo inmortal en su principio, es tan confuso que no se distingue de la personalidad material: es tan débil que esta lo domina.

Cuando el hombre tiene la primera conciencia de que existe, no sabe de donde le viene este conocimiento, pues no distingue todavía las acciones internas de las externas. No puede afirmar si la certeza que tiene de su individualidad le ha venido por los sentidos, es decir, por ver seres semejantes á él; pero así le parece, porque no tiene suficiente discerni-

miento para comprender que su raciocinio no puede ser efecto de la parte corpórea.

Nada extraño es esto: son los primeros momentos en que el ser se reconoce á sí mismo; mas si reconcentrándose pudiera distinguir en su interior lo que es obra del sentimiento, vería de una manera clara y convincente que su yo brota de su conciencia y que es la que se unifica con el conocimiento del ser.

Pero es tan vaga esta primera conciencia y tan lento el progreso que se verifica en el sentimiento que nos da la íntima convicción de nuestro espíritu inmortal, que aun hay muchos que no lo sienten no obstante su progreso intelectual, atribuyendo el yo únicamente al ser material.

El hombre primitivo, desarrollado bajo los impulsos del espíritu animal, siente la acción del ser inmortal, pero de una manera tan poco perceptible que solo aprovecha su luz para satisfacer las necesidades mas apremiantes de la materia.

Se nota, sin embargo, que su instinto ya no es dócil, esto es, que no se conforma con satisfacer únicamente las necesidades materiales, sino que desea el goce; y como no conoce otro que el de la carne, se entrega á la gula y á la lujuria mas desenfrenada. Todo lo emprende para saciar sus apetitos, y nada le detiene ante el fuego que le devora.

El desenfreno en el vicio le conduce á la muerte; pero ¿qué es para él la muerte cuando ni aún se ha dado cuenta que ha de morir?

La ley se cumple y muere por fin, pareciéndose en este acto á los demas animales. Su espíritu inmortal queda turbado, mas aún que como lo estaba en tan borrascosa vida.

Tal es el primer periodo del espíritu inmortal.

Mas tarde se une á otro cuerpo humano, y su fuego de gula y de lujuria es encendido de nuevo; pero en esta vez

ya no puede gozar sin sostener una lucha con sus semejantes. Entonces el mas débil cae á los rudos golpes del mas fuerte que en sus brutales instintos atropella y mata, resultando de aquí que aquel que comete una ó mas muertes, ante la presencia de sus víctimas hace un raciocinio y conoce que él tambien ha de morir.....

Pasa otro periodo.—El hombre le ha tomado cariño á la vida: no quiere perder la existencia y tiene miedo á este momento; sin embargo, como los peligros le rodean por todas partes, cree que llegará su fin, y la noche es causa para él de todos los temores. El día es su felicidad y la aurora le colma de dicha y de contento. Hay algo en este periodo que le halaga á mas de los placeres de la carne; y como la luz le llega tanto al exterior como al interior, esto es, la luz solar bañando su cuerpo, y la luz divina penetrando su espíritu, toma las lumbreras del espacio como las únicas capaces de darle un goce inmaterial y siente la necesidad de rendirles homenaje. Esta es la época de la **astrolatría** en que el hombre adora á su modo, el sol, la luna y las estrellas.....

Otro periodo.—Su conciencia se ha desarrollado, todo lo que le causa admiracion lo diviniza y cae en el **politeísmo**. Se forja dioses benéficos y maléficos y le viene la idea de ofrecerles sacrificios. Los primeros de estos actos los ofrece á los dioses maléficos para que no le perjudiquen; pero como segun le parece esto no es suficiente para saciarlos, tributa mayores ofrendas á los benéficos, con el fin de que lo libren de las asechanzas de los otros.....

Nuevo periodo.—El alma humana siente los primeros destellos del sentimiento de lo bello, admira en la naturaleza lo que le parece mas perfecto y lo sacrifica á las divinidades. Ya no se conforma con rendir culto al sol y á los demas astros que adoraba, sino que trata de hacer imágenes simbólicas de aquello que mas admira y viene la **idolatría**....

Bien se habrá comprendido que en estas últimas etapas, el hombre ha dejado ya sus hábitos y costumbres salvajes, para fundar el primer vínculo social, la familia. La reunion de familias constituyó los pueblos que nómadas y errantes en su principio, vinieron despues á formar las naciones y á dar origen á los gobiernos, que mas ó ménos imperfectos dieron sus leyes y establecieron sus autoridades.

Periodos subsecuentes.—Los hombres se han extendido por toda la superficie del planeta. El mayor número de ellos profesa un culto; pero el sentimiento de adoracion está mas avanzado en unos que en otros, porque entre los seres que constituyen la humanidad terrestre, se encuentran espíritus encarnados que han habitado mundos de mas adelanto y progreso. Los ritos y las ceremonias se establecieron al instituirse el sacerdocio, entre cuyos individuos se cultiva la ciencia y con ella hacen cosas ante sus fieles, que estos en su falta de cultura, las toman por verdaderos prodigios ó patentes milagros.

*
*
*

Espíritus cada vez mas avanzados vienen á este mundo con la mision de derramar la luz que han alcanzado: profetizan la venida de mesías y redentores que librarán á los hombres de todo aquello que en su ignorancia atribuyen al Demonio, para conducirlos al conocimiento del verdadero amor, cuya facultad no se inicia todavía en unos corazones acostumbrados tan solo á la crueldad y á la dureza. ®

*
*
*

Las distintas razas comienzan á traslucir la existencia de un solo Dios; pero el pueblo judío es el primero que rinde culto al **monoteísmo**.

Este es ya un gran paso dado hácia el progreso; pero no alcanzando todavía el conocimiento de la Divinidad sino de una manera muy imperfecta, reviste á Jehová de todas las pasiones humanas.

* * *

Nuevos profetas anuncian la venida del Cristo, mas las gentes no les comprenden. Sin embargo, en esta época es cuando empieza á hacerse sentir en su espíritu la sublime facultad del amor, con la cual tiene origen el verdadero sentimiento moral.

XVIII.

No me he propuesto hacer la historia del género humano sino reseñar tan solo la marcha ascendente del espíritu.

Lo que dejó sentado en los párrafos anteriores, será para unos motivo de escándalo y para otros de sarcásticas burlas, siendo los escandalizados los que no hallan en todo lo que llevo dicho al hombre del paraíso, y que en lugar de ver una humanidad condenada al trabajo y á morir por el pecado, la encuentran marchando, desde su principio, hácia la perfeccion sin término; y los de las burlas aquellos que ven unidos al avance de las sociedades los profetas y redentores.

Para los últimos tal vez estén bien las sucesivas etapas que he reseñado; pero no podrán menos de sonreír con desden cuando encuentran mezcladas en mis exposiciones, ideas tan añejas como las que se refieren á profetas y redentores, porque esto no puede convenir á un siglo de ilustracion, como el presente, en que la ciencia hace adelantos tan rápidos.

Pero ántes he dicho que el progreso en lo material se alcanza por el estudio y el trabajo, así como el espiritual se obtiene por el amor. Esto no quiere decir que no haya trabajo en adquirir el amor, ni que el espíritu deje de mezclarse en la ciencia.

Si hago una distincion entre lo que concierne á la materia y lo que toca mas directamente al espíritu, es porque las investigaciones del origen de la materia son del dominio de la ciencia, y el conocimiento del ser inmortal y el deseo de virtud se adquieren por el desarrollo en el amor.

Siendo esto así, yo pregunto: ¿Qué hubiera sido de la moral sin la palabra de los profetas y demas hombres inspirados? ¿En qué estado se encontraría la humanidad sin la salvadora enseñanza de amor que trajo á este planeta el sublime espíritu de Cristo?

Escandalizaos, pues, los unos y reid los otros que no por eso dejaré de hacer la explicacion de la verdad.

* * *

Aquellos que ven en la Cosmogonia Bíblica y en los demas libros del Pentateuco la palabra de Dios, están en un error. Si Moises, su autor, fué un hombre inspirado, su inspiracion no le vino directamente del Ser Infinito como lo creen algunos; por lo mismo, para mayor claridad de este punto tan falsamente interpretado por los que son titulados lumbreras entre los Romanistas, debo advertir que **la moral y sus verdades se deben á las revelaciones de la colectividad espiritual, así como el conocimiento de la ciencia y sus descubrimientos se deben á la colectividad humana.**

Nada extraño es lo primero, pues así como los hombres se ponen en comunicacion con el mundo corpóreo por medio de los sentidos, los espíritus lo hacen por ciertas aptitudes que les son propias.

Mas tarde veremos estos medios de comunicacion.

Hago esta ligera explicacion para seguir ocupándome de Moises.

La inspiracion de este hombre superior á su época, no podia alcanzar mas verdad que la indispensable para inteligencias rudas y espíritus poco desarrollados.

He aquí porque en los seis días de la creacion que figuran en su Génesis, no se adelanta á la ciencia poco estudiada entónces y conocida solamente de los iniciados en sus secretos; pero sí pudo hacerlo en cuanto al espíritu, revelando una gran verdad cuando dice: que el soplo de Dios infunde el espíritu inmortal en un cuerpo de barro para la creacion del hombre.

La profunda verdad que se encierra en esta metáfora, no será cambiada ni en los tiempos futuros.

En el cuerpo de barro, se figura al hombre animal y en el soplo de vida para infundirle el espíritu, la emanacion del Gran Ser que el espíritu humano, al que tambien he dado el nombre de receptáculo de la luz divina, se va asimilando á medida de su progreso.

Fijando la atencion en las páginas del Antiguo Testamento se observa, desde luego, que Moises despues de tratar de la genealogía del pueblo hebreo llegada hasta él por tradicion, se ocupa de legislarlo, estableciendo un gobierno totalmente teocrático.

La necesidad en que se encontraba de hacer pasar todas sus leyes como mandatos divinos, le obliga á ello, pues solo de esta manera pudo hacer germinar los primeros rudimentos de moral en aquel pueblo que á cada paso se rebelaba quejándose de su Dios.

Se vió, ademas, precisado á establecer un culto externo para preservarlo de la idolatría, conociendo lo indispensable

de afectar los sentidos corporales con ceremonias simbólicas, y á imitacion del pueblo egipcio, instituyó el sacerdocio para practicarlas.

Por su inspiracion, llegó á comprender la unidad del Ser Infinito, y en su primer mandamiento, dice: **que solo á Dios se ha de adorar, haciendo la prohibicion de fabricar toda clase de figuras que lo representen.**

En los demas preceptos del Decálogo, le impone al pueblo un código de moral que debia ser la preparacion para la doctrina sublime que mas tarde fué enseñada y practicada por el Cristo.

Los que en la escritura de Moises no quieren ver ningun fondo ni la preparacion para mayor conocimiento de verdad, pueden hacer un análisis de las diversas doctrinas morales, y encontrarán que los profetas que han tenido todas las religiones y los pueblos, son hombres que en su inspiracion se han anticipado á su época entreviendo el desarrollo de la ley de amor.

XIX.

Debiendo progresar la criatura finita por un acto espontáneo y libre, nada extraño es que en el uso de su albedrío se lance al impetuoso torrente de los goces materiales.®

Careciendo de la fuerza de voluntad suficiente para dejar el camino del vicio, no toma, desde luego, la recta senda que conduce al amor y progreso del espíritu, donde se encuentra el complemento de todas las aspiraciones que se encaminan hácia un mayor bien.

Nada extraño es esto cuando se comprende que los primeros pasos en aquella senda son como un sacrificio para

Mas tarde veremos estos medios de comunicacion.

Hago esta ligera explicacion para seguir ocupándome de Moises.

La inspiracion de este hombre superior á su época, no podia alcanzar mas verdad que la indispensable para inteligencias rudas y espíritus poco desarrollados.

He aquí porque en los seis días de la creacion que figuran en su Génesis, no se adelanta á la ciencia poco estudiada entónces y conocida solamente de los iniciados en sus secretos; pero sí pudo hacerlo en cuanto al espíritu, revelando una gran verdad cuando dice: que el soplo de Dios infunde el espíritu inmortal en un cuerpo de barro para la creacion del hombre.

La profunda verdad que se encierra en esta metáfora, no será cambiada ni en los tiempos futuros.

En el cuerpo de barro, se figura al hombre animal y en el soplo de vida para infundirle el espíritu, la emanacion del Gran Ser que el espíritu humano, al que tambien he dado el nombre de receptáculo de la luz divina, se va asimilando á medida de su progreso.

Fijando la atencion en las páginas del Antiguo Testamento se observa, desde luego, que Moises despues de tratar de la genealogía del pueblo hebreo llegada hasta él por tradicion, se ocupa de legislarlo, estableciendo un gobierno totalmente teocrático.

La necesidad en que se encontraba de hacer pasar todas sus leyes como mandatos divinos, le obliga á ello, pues solo de esta manera pudo hacer germinar los primeros rudimentos de moral en aquel pueblo que á cada paso se rebelaba quejándose de su Dios.

Se vió, ademas, precisado á establecer un culto externo para preservarlo de la idolatría, conociendo lo indispensable

de afectar los sentidos corporales con ceremonias simbólicas, y á imitacion del pueblo egipcio, instituyó el sacerdocio para practicarlas.

Por su inspiracion, llegó á comprender la unidad del Ser Infinito, y en su primer mandamiento, dice: **que solo á Dios se ha de adorar, haciendo la prohibicion de fabricar toda clase de figuras que lo representen.**

En los demas preceptos del Decálogo, le impone al pueblo un código de moral que debia ser la preparacion para la doctrina sublime que mas tarde fué enseñada y practicada por el Cristo.

Los que en la escritura de Moises no quieren ver ningun fondo ni la preparacion para mayor conocimiento de verdad, pueden hacer un análisis de las diversas doctrinas morales, y encontrarán que los profetas que han tenido todas las religiones y los pueblos, son hombres que en su inspiracion se han anticipado á su época entreviendo el desarrollo de la ley de amor.

XIX.

Debiendo progresar la criatura finita por un acto espontáneo y libre, nada extraño es que en el uso de su albedrío se lance al impetuoso torrente de los goces materiales.®

Careciendo de la fuerza de voluntad suficiente para dejar el camino del vicio, no toma, desde luego, la recta senda que conduce al amor y progreso del espíritu, donde se encuentra el complemento de todas las aspiraciones que se encaminan hácia un mayor bien.

Nada extraño es esto cuando se comprende que los primeros pasos en aquella senda son como un sacrificio para

el que no conoce mas amor que el carnal. En este estado ve lleno de espinas, por decirlo asi, el camino que debe tomar para salir de la esclavitud de la materia y de la ignorancia moral.

Pero sabed que todo aquel que tenga ánimo resuelto por entrar en la dichosa senda del verdadero amor, le florecerán las espinas y se encontrará, ántes que otro, en el reino de los goces puros, donde una paz imperturbable lo llevará de una en otra felicidad.

Desde el momento que entre las facultades del espíritu se inicia el amor, empieza á manifestarse la moral, haciéndose perceptible entónces la dualidad de seres que hay en el hombre y que sostiene la lucha entre lo que he llamado hombre antiguo y hombre nuevo.

La materia con sus leyes de reproduccion y trasformacion ha sido la dominadora del jóven espíritu, que no solo se ha prestado á sus insinuaciones, sino que se entrega á ellas con pasion enardecida por el deseo.

Mas el espíritu aunque jóven, goza de libertad y puede plegarse ó no á las instigaciones de la carne.

Además, si esta le arrastra al vicio, no le falta tampoco la inspiracion de seres elevados que le indiquen el camino del progreso en la virtud; pero le son tan desconocidos al hombre los goces del espíritu, que no debe sorprender, busque con preferencia todos aquellos que proporciona la materia y repita sus actos sin orden ni medida.

Incauto como la pequeña mariposa va hácia el fuego que le devora, y el desenfreno en las pasiones es lo que le acarrea todo aquello que se conoce como un mal.

Come del fruto que Moises llamó del **bien** y del **mal**, esto es, al dar cumplimiento á sus nacientes deseos abusa de

todo y en particular de la lujuria, hasta que por fin es presa de la impotencia y del hastío.

Cuando el espíritu quiere dedicar su principiante amor, se extravía aplicándolo á la materia, porque no alcanza á comprender que el amor en espíritu es aquel que se inclina á la verdad y al bien, esto es, á su fin que es Dios.

En tal estado, el hombre no tarda en conocer la desnudez de su concupiscencia, porque en su foro interno hay ya una voz que le indica que se ha apartado del camino recto.

Desde este instante se siente arrojado del paraíso y alejado de lo que constituye la verdadera felicidad, que son los goces inmortales del alma, por haberse entregado á los fugaces y perecederos de la carne.

Entónces tiene momentos en que separándose del fuego que le debora, empieza á conocer que el verdadero amor y felicidad está en la virtud.

Muchos dirán: He aquí diseñado claramente el pecado ó la culpa causada por la instigacion del Demonio, que en su soberbia quizo enardecer el orgullo del hombre, obligándole á quebrantar la prohibicion que Dios le habia impuesto en el árbol del bien y del mal.

Se acaba de hacer la confesion de que el pecado existe, quedando tambien confirmado con esto la necesidad de la redencion por el Verbo, como una prueba del amor sublime que Dios profesa á la criatura.

Yo no debo oponerme, de ningun modo, á que se le llame pecado al vicio en las pasiones, pues es fuerza que de alguna manera os entendaís; pero lo que no podré tolerar es que se crea que Dios se ofende por este pecado, porque el Gran Ser se encuentra á una distancia infinita de la criatura.

Si hecha esta salvedad quereis dar los nombres de culpa,

mal y Demonio á lo que yo llamo ignorancia, y aceptais que la redencion se efectúa por el amor del Criador á la criatura y de esta al Criador, y que de este mútuo amor se produce el Espíritu de Verdad fuera de Dios, que es el que engendra al Verbo que encarnó en Cristo, estamos de conformidad, y en este caso, solo existe diferencia en las palabras; pero si al contrario quereis sostener todas vuestras aserciones en su rigurosa acepcion, no debeis extrañar que condene con energía vuestros errores.

¿Creeis que Dios es absoluto é infinito en sus atributos? Siendo así que esto afirmáis; como es que desde luego os empeñais en negarle la perfeccion de su sabiduría y bondad, puesto que á esto equivale la caída de los ángeles tal cual vosotros la interpretáis?

Para vosotros es evidente que de aquí tomaron origen los demonios, que por las pinturas que de ellos haceis, son criaturas que se oponen al bien, siendo rivales por toda la eternidad del Ser Infinito.

Les atribuis, ademas, un poder tan grande y tan funesto, que en su terrible soberbia arrastran á la mayor parte de los hombres para hacerlos tambien enemigos de Dios, maldiciendo sin cesar ¡¡¡oh blasfemo disparate!!! al Exelso Criador, cuyo nombre se debe solo pronunciar con el mas profundo respeto y veneracion.

Esto afirman vuestros doctores; mas por amor al Ser Supremo á quien decís adorais, medita con recogimiento sobre esta parte del dogma.

Si esto hicieris en lo íntimo de vuestra conciencia valiendos de un solo argumento **amor infinito é inmutable**, no podeis ménos de convenir conmigo en que el dogma del demonio es **esencialmente ateo**, porque niega á Dios, negándole la perfeccion absoluta.

Y si el dogma se encuentra falso en este punto que es, por decirlo así, la base ó cimiento de la Iglesia Romana, todo el edificio tiene que venir por tierra un dia. Mas yo os digo: cuando esto suceda no llloreis al ver que dicha Iglesia se derrumba, como aconteció con el templo de Jerusalem y la Sinagoga, sino antes regocijaos, porque entonces recobrará su imperio el Evangelio y la Iglesia que Cristo fundara sobre el amor de Pedro.

La religion del hombre debe ser el amor á la verdad y al bien. El templo su corazon y el sacerdote su espíritu.

Esta será la religion en el porvenir de toda la humanidad de este planeta.

* * *

Cuanto al leer las palabras que anteceden exclamarán indignados: ¡Solo de Satanás puede venir semejante odio á la Iglesia Romana! ¡En esta pretendida doctrina, únicamente se trata de apartar de la fé católica á los fieles, para hacerlos esclavos del Demonio!

A los que así se expresen, puedo decirles: que no cesarán de ver actos y hechos del pretendido genio del mal, hasta que el amor sea la norma de su criterio y puedan abandonar el espíritu de secta.

Y digo secta, porque no se puede calificar de otra manera á toda doctrina que como la Romana, no quiere apartarse de los absurdos con que la ha revestido la ignorancia, hasta el grado de preferir las prácticas exteriores de un culto ridículo á la mas santa de las enseñanzas.

Ejemplo de esta verdad la Sinagoga, cuyos doctores á pesar de ser confundidos por los principios y prácticas verdaderamente morales del Cristo, le acusaban de obrar por espíritu de Beelcebúb, y en lugar de dejar el fausto en las ceremonias y las vanas pompas del mundo, se reunieron en

consejo para acordar y preparar la muerte del Nazareno, llevando adelante sus inícuos propositos hasta su consumacion, y el Justo fué condenado á morir en un ignominioso y cruento patíbulo.

En tal virtud, ¿qué extraño es que en mi doctrina pretendan ver puras sugerencias del Demonio? Pero sepan que el espíritu de amor y de verdad de que estaba animado el Cristo, comienza á tener cabida en este planeta como cumplimiento necesario de su promesa, y será derramado sobre toda carne, esto es, sobre ancianos y jóvenes, sobre sabios é ignorantes, porque la bondad divina no prefiere á los unos sobre los otros, ántes bien se inicia á los pequeños de la tierra, porque estos son con frecuencia los que mas preparados están para recibirlo.

Por eso combato con insistencia contra los modernos fariseos, que son todos aquellos que intentan apagar la antorcha de la verdad, que los espíritus llenos de amor tratan de hacer brillar en los hombres de voluntad recta y sincera.

Pero los nuevos fariseos serán arrojados del Templo por el látigo del progreso, como lo fueron los antiguos por el Cristo.

Si mis palabras parecen vertidas con dureza y dictadas por el ódio, debe comprenderse que si el amor es benigno, luego que el espíritu ha logrado algun desarrollo en esta facultad, se hace sentir tambien la justicia que es otra de las facultades del ser inmortal; bien entendido que la justicia no es el ódio ni tampoco la venganza de que se supone revestido al Criador, sino la correccion por medio del amor, de los desvíos ó retenciones en la senda del progreso.

Hay un ejemplo de justicia en aquellas palabras de Cristo, cuando en lugar de condenar á la adúltera á la pena de lapidacion que le asignaba la ley de Moises, quizo que le tirara la primera piedra el que se hallase sin culpa, lo cual

equivale á perdonarla por su arrepentimiento, sin que por eso la libere de sufrir las consecuecias indispensables que experimenta todo aquel que se aparta del cumplimiento de su deber.

En igual caso se encuentran los que fueron perdonados por el Cristo, como la Magdalena, la Samaritana y Dímas; así como aquellos que le dieron muerte, por los que rogaba al Altísimo diciendo: **Padre perdónalos que no saben lo que hacen.**

En esta oracion manifestaba el deseo de que sintieran pronto el amor, para que desapareciera la oscuridad de su espíritu.

*
* *

La justicia divina es impuesta por el amor, lo que quiere decir que no es el castigo ni la satisfaccion de una ofensa, sino el correctivo de la criatura dejándola privada del bien que voluntariamente abandona, cuando no quiere seguir la senda del progreso.

Pero como el hombre podria seguir apartándose del buen camino indefinidamente, porque es frágil y débil, Dios en su infinito amor, permite que espíritus avanzados presten su ayuda á otros mas pequeños.

He aquí porque Cristo descendió á ese planeta con el carácter de redentor, y que por obra del Espíritu de Verdad que en absoluto solo está en Dios, existiera en Cristo encarnado el Verbo que es la palabra de verdad fuera de Dios, y cuya palabra habia de redimir al hombre de su ignorancia, elevándolo sin cesar á esferas de mas perfecta libertad.

No obstante la luz que se desprende de estas verdades, los hijos del dogma no podrán deshacerse del espíritu de secta, prefiriendo errores preconcebidos al Espíritu de Ver-

dad que siente la criatura por amor al Padre Celestial, y que ellos envueltos en el misterio llaman tercera persona de la Trinidad.

Pero esta tercera persona, que tambien se conoce con el nombre de Espíritu Santo, no es mas que la infinita verdad que eternamente emana del Ser Increado, y como lo finito jamas podrá abarcar lo infinito, resulta de ahí, que la verdad es siempre progresiva para el hombre, y que este tenga la necesidad de ir en pos de ella para aprovechar sus enseñanzas cada vez mas luminosas y sublimes.

Por eso deseo que mis instrucciones sean conocidas de toda la humanidad, para que fructifique en todos mis hermanos la semilla de amor que procuro esparcir en mi doctrina.

XX.

Parece que solo combato el dogma Romano, porque paso en silencio el nombre de otras sectas; y muchos creerán ver en mis palabras un ódio á la doctrina que se llama católica, apostólica, romana.

Mas debo advertir que cuando hablo de los dogmistas, comprendo tambien á todas las demas sectas; y si especialmente hago una distincion al dirigirme á los Romanistas, es porque estos pretenden ser poseedores de la verdad absoluta, y los únicos intérpretes y depositarios de la revelacion mas avanzada que se conoce ó sea el Evangelio de Cristo.

La verdad que esta revelacion encierra fué la poderosa palanca para el progreso moral de los primeros siglos de la era cristiana; pero despues comenzó á eclipsarse, poco á

poco, hasta quedar casi totalmente cubierta por la ambicion de los que se adjudican el título de sucesores de Pedro.

Si decís que tal no es vuestra pretencion, clero romano, venid y decidme: ¿Qué habeis hecho de la doctrina del Cristo de quien vuestro jefe se juzga representante? ¿Procurais hacer fructificar la semilla de amor que con tanta abundancia fué sembrada por el Mesías ó ántes bien quereis que se extienda y propague el ódio hácia aquellos que su conciencia les indica una creencia distinta de la vuestra? ¿Vais como el Maestro tras la obeja descarriada, ó la separais de vuestro redil con el anatema? y si haceis lo último, ¿dónde está vuestro amor para ser dignos sucesores de Pedro?

Vuestras afirmaciones, pues, no son ciertas, ni es verdad que el Espíritu de Dios os asiste, puesto que no encontráis mas razones que la excomunion para todos aquellos que, sin mas sentimiento que el amor á la verdad, combaten apoyados en las leyes eternas é inmutables que rigen lo criado, es decir, en la razon divina, lo absurdo de vuestro dogma esencialmente ateo.

¿Por qué á los que declaran que sosteneis un error no les contestais con las luces irrefutables que emanan del Espíritu de Verdad? y por último, ¿por qué vosotros y vuestros adeptos os apartais de los que llamais incrédulos en lugar de amonestarlos cariñosamente con la verdad que aconseja el amor? Creéis que el Espíritu Divino es tan débil que le tema á la luz?

Haciendo abstraccion, ahora, de los que expulsais de vuestro redil, y hablando solo de los que permanecen en vuestra secta, sembráis, al ménos entre estos, la tolerancia, el perdon, es decir, la virtud por amor al bien mismo?

¡Oh temblad y llorad! Porque lo que haceis es cubrirles las enseñanzas mesiánicas con los oropes de una falsa ostentacion y de unas prácticas ridículas!

Tratais solamente de hacer cargar á vuestros fieles la pesada cruz de todas aquellas simonías que contribuyen á proporcionaros algun lucro, y no intentais, ni pensais tampoco colocar sobre sus hombros la suave y benéfica cruz del amor, que trae consigo la oracion y el culto en espíritu y verdad. Esta es la adoracion al Padre Celestial que Cristo recomendaba y la que yo trato nuevamente de restablecer en su primitiva pureza.

Andais tan apartados de los caminos que el Maestro dejó trazados á sus discípulos, estais á una distancia tan enorme de ellos, que fuerza es que os dirija las siguientes preguntas.

¿Por qué en lugar de infundir la santidad en las conciencias por el sentimiento de amor sublime, solo tratais de formar sectarios por el dogma? ¿Por qué de una religion que su espíritu es todo caridad, solo procurais en materializarla, puesto que si el cuerpo no asiste y coopera á todos los actos de mera fórmula de que la habeis revestido, le negais al alma todos sus consuelos y auxilios?

Negadme, si podeis, una verdad y es, que la mayor parte de los que están algo instruidos en las prácticas materiales de lo que impropriamente llamais cristianismo, casi ninguno conoce ni se imagina siquiera el gran fondo de amor que encierra el Evangelio.

Cristo lo dijo y vosotros no quereis que se entienda, que toda la ley y los profetas es, "Amar á Dios y al prójimo." Y si esto es tan claro en el Evangelio ¿por qué, pues, tratais solamente de dominar por el temor en vez de elevar el espíritu humano por el amor hácia el Criador? ¿Creéis que

el infierno con que amenazais á vuestros fieles es mas poderoso para hacer que se obre el bien, que decirles, Dios es la infinita bondad y solo por la práctica del amor se alcanza el reinado del Padre Celestial?

Borrad, os digo, ese catálogo de blasfemias entre las que figuran la cólera, la ira, la maldicion y otras muchas pasiones ruines que atribuis á la Divinidad, sino quereis que los ménos indiferentes en instruirse sobre su futuro destino abandonen vuestra comunión; y que mas tarde, la Iglesia Romana compuesta tan solo de los que cierran los ojos para no ver en materia de verdades religiosas, se desplome y os sepulte entre sus ruinas.

Mirad que miéntras os lamentais del descreimiento del siglo y de la frialdad de los católicos, la ciencia que solo estudia la materia y que no cree en el espíritu por los absurdos de que habeis cubierto el cristianismo, hace numerosos prosélitos.

Y entre tanto vosotros, enorgullecidos con vuestro frágil poder, no acogeis las enseñanzas reveladas por el Espíritu de Verdad, ni aún os dignais fijar vuestra atencion en el Evangelio para ponerlo en práctica.

Pero no lo olvideis ni os ciegue la vanidad: vuestras excomuniones y anatemas no son ya bastante poderosos para detener los avances de esa soberana, la ciencia, que va en pos de la luz, y que cada dia se levanta mas potente y magestuosa.

XXI.

Antes he dicho que el espíritu humano es el receptáculo de la luz divina y que en ella deben comprenderse las demas perfecciones que emanan de la Divinidad.

He dicho tambien que el hombre realiza su progreso espiritual por el esfuerzo propio, y que la perfeccion no le viene por privilegio; pero debe entenderse que esto no quiere decir que la criatura finita pueda por si sola salir del no ser y pasar al ser, pues es evidente que sin el concurso divino permanecería eternamente en el no ser.

Pero dada la accion del Criador para que el no ser siga la infinita escala que conduce al Ser Infinito, debe la criatura por su propia y libre voluntad asimilarse la perfeccion que le dona su Autor y Padre.

Desde el principio de mi instruccion he manifestado que el amor es la ley del espíritu, ó lo que es lo mismo, la senda de su progreso. La razon de esto es que del amor mútuo del Criador y la criatura se produce el Espíritu de Verdad, que es la santidad divina comunicada al hombre, por el amor que este siente á la verdad absoluta, esto es, á Dios.

Veamos de qué modo se manifiesta este Espíritu á los hombres.

Desde el momento que el espíritu humano alcanza la individualidad por el conocimiento de su ser empieza á recibir las emanaciones del amor divino.

Esto no quiere decir que los demas seres de la creacion no sean el puro efecto del amor de Dios; pero nótese bien que he dicho recibir en la significacion apropiarse, porque todo aquel que recibe posee lo que se le da.

Sin duda parecerá singularmente extraño que recibiendo el espíritu humano las emanaciones divinas, sean sus primeros pasos tan inciertos y que siga una senda tan tortuosa, como lo es la del vicio en las pasiones.

Mas esto se verá como una cosa natural sino se olvida

que dicho espíritu viene de la ignorancia absoluta, cuyo principio opuesto á la Sabiduría Infinita, es causa desde tiempos remotos, de que se atribuyan al Demonio las funestas consecuencias que de ella dimanar, porque parece luchar con la Divinidad.

En efecto, el espíritu humano al seguir la ineludible ley de progreso que lo impele hácia el Absoluto Perfecto, tiene que sostener una lucha terrible en las primeras etapas de su adelanto; y como es libre—libertad que le es necesaria para constituir la verdadera personalidad que lo hace responsable de sus actos—no es de admirar que ofuscado por su ignorancia se considere una potencia, ni que en su orgullo trate hasta de negar á Dios no reconociendo mas ser que el material.

No obstante este extravío, el hombre es disculpable, porque sus errores son el efecto inmediato de su propia pequeñez; y la lucha que sostiene, el cumplimiento de las eternas leyes del espíritu, pues manifiesta por ella que recibe las emanaciones de la Sabiduría Increada, sin las cuales no podría elevarse marchando del no ser al ser.

Las palabras que preceden explican porqué el espíritu humano tiene en su desarrollo épocas inciertas y extraviadas, y porqué, tambien, en los primeros pasos de la humanidad, vengán hácia los pueblos y las naciones, profetas para alentar y conducir á los hombres por la senda del bien con la promesa de ser redimidos, cuyos seres son mas ó ménos elevados, segun el estado de adelanto de aquéllos á quienes profetizan.

De aquí que todos los pueblos de la tierra tengan su **Escritura ó Historia Sagrada**, y esto que parecerá extraño á cada secta en particular, debe confundirlas á todas, pues se ve de una manera irrecusable que Dios es el amor infinito

y el Padre de toda la humanidad y que no prefiere unos pueblos á otros, sino que cada cual recibe sus dones á medida del progreso que verifica.

Los Romanistas siempre han querido que se tome la Biblia como producto de la revelacion única dimanada directamente de Dios, y al condenar á las que sirven de base á otras sectas, declaran, tambien, que no hay mas que un solo culto—aquel establecido por ellos—para tributar al Todopoderoso una verdadera adoracion.

Desde luego hago la advertencia, que al dirigirse la criatura hácia á Dios por medio de un culto cualquiera, es al verdadero y único al que adora, y que el Ser Supremo no tiene predileccion por fórmulas compuestas de simples exterioridades, siendo actos de oracion todos aquellos en que el espíritu se eleva inspirándose en la verdad por amor á su Criador.

El politeísmo no es otra cosa que la deificacion de distintos atributos del mismo Ser, y las diferentes personalidades que le da á la Divinidad, es por la carencia del conocimiento de un Ser Absoluto; pero cualquiera que sea el número de personas ó nombres con que se trate de rendirle culto, es al Dios Uno á quien se ofrece.

Las prácticas y sacrificios bárbaros que se llevan á cabo es por efecto del atraso, cuya ignorancia hace desaparecer el mayor conocimiento de verdad.

Por eso el pueblo hebreo, mas adelantado en su progreso, alcanzó grandes revelaciones y obtuvo por medio de su inspirado legislador el conocimiento de un solo Dios, y por sus profetas la promesa de la encarnacion del Verbo, esto es, de la palabra de verdad mas elevada que ha descendido á ese planeta.

Para que esta verdad se haga extensiva y pueda ilumi-

nar á toda la humanidad terrestre, solo es necesario despojarla de la forma parabólica que le da cierta oscuridad, y de algunos errores que le han mezclado los hombres por cuyas manos ha pasado.

Tambien es preciso hacer comprender en su legítimo sentido la mision que quedó confiada al Consolador prometido por el Cristo.

Esta mision lo mismo que la promesa de su advenimiento no es otra cosa que el deseo de verdad que hoy se inicia en el espíritu humano como otra de las etapas de su progreso, y que por medio de la comunicacion espiritual el hombre trata de rasgar el tupido velo que le priva de ver que cosa es en su esencia, de donde viene y á donde va.

Y si Cristo le dió el nombre de Consolador, es por el ánimo y consuelo que infunde en el corazon de la criatura la explicacion clara y terminante de la ley de amor y de progreso sin fin, cuyo primer perfeccionamiento se alcanza por la pluralidad de las existencias del alma.

El espíritu verifica sus encarnaciones en cuerpos apropiados á su estado de progreso, efectuando estas en distintos planetas que son las moradas, anunciadas por Cristo, de la casa de su Padre y en las que se da á cada cual segun sus obras, esto es, su felicidad está en relacion con los conocimientos y virtudes que lleva consigo.

XXII.

La Biblia, como puede verse, es la historia del pueblo hebreo, encontrándose mezclados en ella los hechos mas bárbaros con las revelaciones mas sublimes.

y el Padre de toda la humanidad y que no prefiere unos pueblos á otros, sino que cada cual recibe sus dones á medida del progreso que verifica.

Los Romanistas siempre han querido que se tome la Biblia como producto de la revelacion única dimanada directamente de Dios, y al condenar á las que sirven de base á otras sectas, declaran, tambien, que no hay mas que un solo culto—aquel establecido por ellos—para tributar al Todopoderoso una verdadera adoracion.

Desde luego hago la advertencia, que al dirigirse la criatura hácia á Dios por medio de un culto cualquiera, es al verdadero y único al que adora, y que el Ser Supremo no tiene predileccion por fórmulas compuestas de simples exterioridades, siendo actos de oracion todos aquellos en que el espíritu se eleva inspirándose en la verdad por amor á su Criador.

El politeísmo no es otra cosa que la deificacion de distintos atributos del mismo Ser, y las diferentes personalidades que le da á la Divinidad, es por la carencia del conocimiento de un Ser Absoluto; pero cualquiera que sea el número de personas ó nombres con que se trate de rendirle culto, es al Dios Uno á quien se ofrece.

Las prácticas y sacrificios bárbaros que se llevan á cabo es por efecto del atraso, cuya ignorancia hace desaparecer el mayor conocimiento de verdad.

Por eso el pueblo hebreo, mas adelantado en su progreso, alcanzó grandes revelaciones y obtuvo por medio de su inspirado legislador el conocimiento de un solo Dios, y por sus profetas la promesa de la encarnacion del Verbo, esto es, de la palabra de verdad mas elevada que ha descendido á ese planeta.

Para que esta verdad se haga extensiva y pueda ilumi-

nar á toda la humanidad terrestre, solo es necesario despojarla de la forma parabólica que le da cierta oscuridad, y de algunos errores que le han mezclado los hombres por cuyas manos ha pasado.

Tambien es preciso hacer comprender en su legítimo sentido la mision que quedó confiada al Consolador prometido por el Cristo.

Esta mision lo mismo que la promesa de su advenimiento no es otra cosa que el deseo de verdad que hoy se inicia en el espíritu humano como otra de las etapas de su progreso, y que por medio de la comunicacion espiritual el hombre trata de rasgar el tupido velo que le priva de ver que cosa es en su esencia, de donde viene y á donde va.

Y si Cristo le dió el nombre de Consolador, es por el ánimo y consuelo que infunde en el corazon de la criatura la explicacion clara y terminante de la ley de amor y de progreso sin fin, cuyo primer perfeccionamiento se alcanza por la pluralidad de las existencias del alma.

El espíritu verifica sus encarnaciones en cuerpos apropiados á su estado de progreso, efectuando estas en distintos planetas que son las moradas, anunciadas por Cristo, de la casa de su Padre y en las que se da á cada cual segun sus obras, esto es, su felicidad está en relacion con los conocimientos y virtudes que lleva consigo.

XXII.

La Biblia, como puede verse, es la historia del pueblo hebreo, encontrándose mezclados en ella los hechos mas bárbaros con las revelaciones mas sublimes.

Algunos pretenden que todos los acontecimientos de ese pueblo que pasó de esclavo á conquistador, fueron verificados por mandato divino, y otros no quieren ver en las faces de su vida el sello de la revelacion; pero en esto se equivocan tanto los unos como los otros.

Estando fundada la revelacion en una ley divina, esta no puede ser el patrimonio de un solo pueblo con exclusion de los demas, sino que tiene que ser extensiva á toda la humanidad.

Moises educado por los sacerdotes egipcios, fué iniciado en sus misterios; pero así como he dicho que el espíritu es el receptáculo de la luz divina, así tambien es preciso que este procure adquirir la suficiente aptitud para recibir sus emanaciones.

La revelacion mas grande que descendió á los pueblos de la antigüedad: el conocimiento de la existencia de un solo Dios, fué recibido por Moises, porque estaba preparado por el vehemente deseo de alcanzar la verdad que cada vez ensanchaba mas su espíritu.

Pero esta revelacion no podia encontrar eco en el seno del sacerdocio que la pasaba muy bien con su politeismo y ritos. Así lo comprende Moises y siente la necesidad de dar libertad al pueblo de Israel, porque no ignora que solo en el legítimo uso de ella pueden fructificar las grandes ideas. Entónces resuelve sacarlo de la esclavitud y establecer un culto al Dios único.

Liberta, por fin, al pueblo haciéndolo huir al desierto y comienza, desde luego, á hablarles de la unidad de Dios; pero poco ó nada preparado el espíritu de ese pueblo para recibir grandes verdades, murmura de su caudillo, pareciéndole preferible la esclavitud que acababa de dejar á la adoracion de un solo Dios del cual tambien murmura.

Entónces Moises ofrece el primer sacrificio conteniendo así la rebelion, y les instituye, ademas, á su hermano Aaron por sacerdote entretanto recibe la inspiracion de la ley que debe darles.

Pero en el trascurso de este tiempo, no solamente el pueblo sino tambien el mismo Aaron, hacen sacrificios á los ídolos, por lo que Moises se encuentra contrariado y se arrepiente de lo que habia hecho.

Calmado despues, promulga los preceptos del Decálogo, logrando con esto dar el primer paso hácia la ley de amor.

Mas tarde se ve precisado por la rudeza del mismo pueblo á instituir un culto y multiplicar los sacerdotes, señalando ciertas ceremonias; mas no por esto logra acallar la murmuracion.

Colocado en tan espinosa situacion, considera indispensable hacer pasar todas sus leyes por mandatos divinos, resultando de aquí que pone en boca de Dios los mas minuciosos preceptos, figurando entre estos algunos que bien pueden ser calificados de indecorosos.

El pueblo se multiplica en el trascurso del tiempo, y haciéndosele imposible la vida en el desierto empieza la conquista de la tierra de Canaan, en cuya empresa, Moises, —como legislador y no como hombre inspirado,—manda tambien en nombre de Dios pasar á cuchillo á los vencidos.

Despues de sus conquistas vienen á este pueblo profetas de mas elevada inspiracion y le anuncian el nacimiento del verdadero libertador. Llegada la época nace el Mesías. Aparece humilde porque su mision no es la de un rey ni la de libertar al pueblo de la esclavitud de los tiranos por medio del derramamiento de sangre, sino la de redi-

mirlo sacándolo del oscuro vasallage de las pasiones; con la potencia de su palabra y la sublimidad de su doctrina.

Los judíos no quieren reconocerlo; porque ¿quién de los hombres se fija en los humildes? Pero no obstante su aparente pequeñez, promueve una revolución sin armas que la palabra y el ejemplo: busca discípulos que le sigan; estos continúan su obra: el cristianismo triunfa y se propaga, dominando por más de diez y ocho siglos sobre la parte más civilizada del planeta.

Los que se titulan cristianos después de las persecuciones que sufrieron los discípulos de Jesús, se olvidan que el amor es la piedra fundamental de su Iglesia; y los llamados sucesores de Pedro se enseñorean de la mayor capital del mundo antiguo, y con el título de Romanos se convierten de perseguidos en perseguidores, logrando con su *statu quo* convertir en secta la iglesia universal de Cristo.

Cuando esto hacen es evidente que no reina Cristo entre ellos, cuyo espíritu es todo mansedumbre y caridad, y los principales jefes de la Iglesia Romana, entregados á su propio entendimiento, no solamente aspiran á la grandeza mundana, sino que viven en el fausto que ostentan al lado del mísero pueblo de Roma.

Sus abusos para adquirir tesoros ocasionan la rebelión religiosa promovida por Lutero, y varios satélites de Roma, se separan y forman distintas sectas, que si bien son menos abusivas en su poder, tampoco invocan el espíritu de Cristo por medio de actos de puro amor.

Pasa el tiempo, el progreso físico se inicia en todas partes, mas en el seno de las sectas sopla el viento helado del indiferentismo. El espíritu de empresa y bienestar no encuentra más Dios que el oro, y todo lo sacrifica á las comodidades materiales.

Cristo en sus enseñanzas predicó la libertad y la igualdad diciendo: **“Todos los hombres son hermanos”** mas el despotismo vino apesar de tan humanitario principio, invadiendo hasta la que pretende llamarse su Iglesia.

Cierto es que en estas últimas épocas se ha venido proclamando nuevamente la libertad; pero mientras esta no sea hija del amor no será verdadera.

*
* *

Cuando el Ser Infinito da al no ser el mandato de ir hácia la Perfección Absoluta, le impone la ley inmutable de progreso sin fin, dándole al mismo tiempo la libertad de acción.

Debe advertirse, desde luego, que el no ser forma en su desarrollo y progreso un ser colectivo, esto es, un compuesto de distintos seres que deben elevarse por el esfuerzo mútuo y formar ese conjunto solidario de todo lo creado, y de donde se deriva la **LEY DE AMOR** para todas las humanidades de los mundos del espacio.

Inútil me parece decir que esta ley no solo debe ligar entre sí á los seres finitos, sino que también debe unirlos al Ser Increado; y aunque no lograrán alcanzarlo, porque es el **Absoluto**, pueden sí aproximársele, cada vez más, aspirando á poseer sus perfecciones.

Esto solo puede conseguirse amando la verdad que es su esencia, y como no se puede amar al Criador sin amar su obra, de ahí la necesidad de amarse cada uno á sí mismo como un ser individual y á los demás como un ser colectivo en la creación.

Habrán muchos que no encuentren el albedrío en el hombre al verlo sujeto á la ley de progreso por aquel mandato divino dado al no ser: **“Avanza hácia el Ser Absoluto”** y

ótroz seguirán sosteniendo que la criatura racional fué dotada por Dios de absoluta libertad.

Debo advertir á los que estén por lo primero, que si Dios diera al no ser una libertad sin sujecion ninguna, lo que equivale á ser infinita, seria lo mismo que concederle la perfeccion absoluta y se confundiria la criatura con el Criador, lo que es imposible; y á los segundos, les hago notar, que si el hombre fuera absolutamente libre, podria, ademas de lo expuesto, tomar la resolucion firme y terminante de no marchar mas hácia el progreso, lo que es imposible tambien, porque Dios seria impotente para criar puesto que una voluntad absoluta podria oponerse al ser.

Por las razones que dejó sentadas se ve que Dios cria una voluntad libre distinta de la criadora, y que como finita no puede oponerse á la infinita que la sujeta á la ley inmutable de progreso.

La libertad que goza la voluntad del hombre se reduce, pues, á poder retardar temporalmente su progreso ó efectuarlo con mayor rapidez.

* * *

Lo últimamente expuesto trae consigo el conocimiento tambien, de que una de las condiciones para el progreso de los pueblos és la libertad, y que no hay derecho legitimo para ponerle trabas, ni mucho ménos para impedir el albedrío del individuo.

Solo pueden ser consideradas como justas las leyes restrictivas cuando estas tienden á contener el vicio que redunde en perjuicio del mayor número; pero si este solo afecta á la persona que lo posee, jamás podrán ser legales los medios represivos que se empleen para corregirlo.

De modo que dado el caso de que un individuo estuviera entregado á vicios que solo á él fueran nocivos, no cabe otra aplicacion que la ley de amor, advirtiéndole del mal que á sí mismo se ocasiona, conduciéndolo por el consejo amoroso á separarse de una senda en donde no es posible encontrar la felicidad y exhortarlo á la práctica del bien.

Mi propósito al marcar las leyes divinas es patentizar lo que de estas pertenecen á la sociedad en general y á cada individuo en particular.

Demasiado claro me parece que la libertad en la ley es un derecho concedido al hombre por su Autor y Padre; por lo tanto, en ninguna sociedad adelantada en el progreso moral, pueden ponerse trabas ni impedir la libertad de conciencia y libre manifestacion de las ideas, ni aun bajo pretexto de que estas son extraviadas y falsas, porque ¿quién de los hombres ha recibido el derecho de ser juez de las ideas de sus hermanos?

Solo el individuo por sí mismo tiene la facultad de apropiarse para norma de sus actos lo que le parezca bueno y justo, y rechazar lo que considere un absurdo.

El criterio de cada criatura racional está exactamente en relacion con su progreso realizado; y solo la conciencia individual es juez competente para las acciones de sí mismo.

La consecuencia de esto será: que si sus juicios van conformes con la ley de progreso, avanzará. En el caso contrario, tendrá que modificarlos de conformidad con dicha ley, para que su camino no sea torcido.

Recuérdese lo que anteriormente queda sentado, que "cada cual es el artífice de sí mismo;" sin que esto quiera decir que Dios no sea el Juez Supremo; pero debo adver-

tir que á la Divinidad le corresponde solo y exclusivamente la aplicacion de la ley inmutable que determina que nadie puede poseer mas de lo que alcanza por sus esfuerzos, ayudado sí, por sus hermanos y por las emanaciones de luz que vienen del Criador.

Nótese bien que digo ayudado y no conducido, lo que quiere decir, que nadie logra su adelanto por privilegio ni por virtud ajena sino por la propia.

Fijense en esto los indiferentes ó fríos en el progreso moral y que lo esperan todo de los últimos momentos de una vida que si no ha sido del todo viciosa, no ha dejado de ser, cuando ménos, floja y tibia en la elevacion y perfeccionamiento de su espíritu.

He aquí la razon porqué en este siglo de rápido progreso material se hace indispensable la tercera revelacion, es decir, **el advenimiento del Espíritu de Verdad** prometido por el Cristo, cuya venida se tiene empeño en hacer creer que tuvo su verificativo el día de Pentecostés descendiendo sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego.

No es mi propósito negar que los apóstoles fueran inspirados, ni que otros despues de aquella época hayan recibido la sublime luz de la revelacion espiritual, lo que trato es de marcar una época que ya se inicia, y que será tan notable en acontecimientos como lo fué la venida del Mesías.

* * *

Ante los ojos de los moralistas y de la mayoría de los filósofos, aparece muy grande la época de la predicacion de Cristo, por los miles de mártires que dieron su vida por no faltar á su fé.

Pero si es notable, porque su doctrina ha conducido á la

práctica del amor á muchos millares de criaturas humanas, lo es mas aún, porque apesar de haber pospuesto á un gran número de prácticas y fórmulas estériles el fondo de las enseñanzas de Jesus, sin embargo dominan sobre mas de cincuenta millones de seres racionales; y si bien la mayoría son cristianos tan solo de nombre, es á consecuencia de haber querido inmovilizar una doctrina esencialmente progresiva, como lo es el amor que ella establece como ley.

Cristo con la palabra y el ejemplo trató siempre de infundir la fraternidad en el corazon de los hombres; y si esta no se halla establecida como debiera, culpa es de la que se llama su Iglesia y se adjudica el título de esposa suya.

Mas mirad vuestra responsabilidad, padres y doctores de la Iglesia Romana; y vosotros los jefes de las demas sectas que pretendéis ser cristianos. Habeis querido ser maestros del Evangelio; esto es, de las enseñanzas que contiene; y los Romanistas principalmente han procurado dominar la conciencia de sus sectarios, y ¿habeis logrado mejorar las costumbres de los que solo esperan la verdad pronunciada por vuestros labios, ó los habeis hecho indiferentes al progreso moral?

Es cierto que algunos son un poco observadores de las prácticas que habeis establecido; pero estas son inútiles, porque no afectan mas que los sentidos del cuerpo, sin que tome ningun participio el espíritu.

Vosotros consultais el Evangelio, es verdad; pero ¿no veis que cuando lo haceis vais prevenidos para deducir de sus enseñanzas la parte que puede servir para vuestras miras, aunque para esto sea preciso darle una interpretacion forzada? No os dice la razon que buscais ántes la letra que mata en lugar de ateneros al espíritu que vivifica? Investigad en el Evangelio el fondo de las enseñanzas de

Cristo y vereis que todo él es un código sublime de amor.

Es cierto que en algunas partes parece que se ensalza la division y en otras se habla de castigos; pero debéis advertir que se dirijia á gente oscura y que estaba poco, muy poco iniciada en el conocimiento del amor.

Aquellos hombres no comprendian mas Dios que aquel de quien Moises les hablaba, presentándolo lleno de ira y de venganza, pues se vió obligado á ello por lo limitado de sus inteligencias, debiendo advertir que estas eran de las mas adelantadas, puesto que los otros pueblos divinizaban hasta las pasiones humanas mezclándolas en su politeismo.

Si ahora creéis que todavía se pueden hacer semejantes pinturas de la Divinidad os engañais, porque un Dios con pasiones humanas, solo puede considerarse como tal condenando la razon.

He aquí el porqué en este siglo de progreso, se entrega el hombre á creer mas bien en la materia, pues los muchos absurdos con que habeis encubierto el cristianismo han arrastrado á una gran parte á la frialdad religiosa primero, y luego al escepticismo.

Por lo tanto, vosotros sois los únicos culpables de que el imperio ó reinado de Satanás, como llamais vosotros al descreimiento religioso se entronice en lugar del reinado del espíritu de amor y de verdad.

¿Mereceis ó nó los reproches que Cristo dirijió á los Phariseos? cuando dijo: **“Sobre la Cátedra de Moises se sentaron los Escribas y Phariseos hipócritas”**—S. Mateo, cap. XXIII, v. 2.

“Mas ¡ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres: Pues ni vosotros entráis ni á los que entrarían dejais entrar.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 13.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas haciendo largas oraciones: por esto llevareis un juicio mas riguroso.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 14

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estais llenos de rapiña y de inmundicia”—S. Mateo, cap. XXIII v. 25.

“Phariseo ciego, limpia lo interior del vaso, para que sea limpio lo que está fuera”—S. Mateo, cap. XXIII, v. 26.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepuleros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muerto y de toda suciedad.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 27.

“Así tambien vosotros de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres: mas de dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad.”—S. Mateo, cap. XX v. 28.

Los siete versículos del Evangelio que acabo de citar, ademas de que parecen haber sido escritos para condenar los abusos del clero romano, manifiestan claramente, que así como yo combato lo superficial y absurdo para dejar la parte esencial de la doctrina de Cristo, tambien él combatió al sacerdocio de su tiempo.

XXIII

El hombre cuando está en el principio de su progreso intelectual sufre la esclavitud con la misma mansedumbre que los animales domésticos. Siente la necesidad de libertad; pero no obstante este deseo tolera el yugo que se le impone.

A proporcion que su inteligencia se desarrolla, experimenta mayor necesidad de ser libre, hasta que llega un momento en que rompe con energía las cadenas que lo esclavizan

Cristo y vereis que todo él es un código sublime de amor.

Es cierto que en algunas partes parece que se ensalza la division y en otras se habla de castigos; pero debéis advertir que se dirijia á gente oscura y que estaba poco, muy poco iniciada en el conocimiento del amor.

Aquellos hombres no comprendian mas Dios que aquel de quien Moises les hablaba, presentándolo lleno de ira y de venganza, pues se vió obligado á ello por lo limitado de sus inteligencias, debiendo advertir que estas eran de las mas adelantadas, puesto que los otros pueblos divinizaban hasta las pasiones humanas mezclándolas en su politeismo.

Si ahora creéis que todavía se pueden hacer semejantes pinturas de la Divinidad os engañais, porque un Dios con pasiones humanas, solo puede considerarse como tal condenando la razon.

He aquí el porqué en este siglo de progreso, se entrega el hombre á creer mas bien en la materia, pues los muchos absurdos con que habeis encubierto el cristianismo han arrastrado á una gran parte á la frialdad religiosa primero, y luego al escepticismo.

Por lo tanto, vosotros sois los únicos culpables de que el imperio ó reinado de Satanás, como llamais vosotros al descreimiento religioso se entronice en lugar del reinado del espíritu de amor y de verdad.

¿Mereceis ó nó los reproches que Cristo dirijió á los Phariseos? cuando dijo: **“Sobre la Cátedra de Moises se sentaron los Escribas y Phariseos hipócritas”**—S. Mateo, cap. XXIII, v. 2.

“Mas ¡ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres: Pues ni vosotros entráis ni á los que entrarían dejais entrar.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 13.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas haciendo largas oraciones: por esto llevareis un juicio mas riguroso.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 14

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estais llenos de rapiña y de inmundicia”—S. Mateo, cap. XXIII v. 25.

“Phariseo ciego, limpia lo interior del vaso, para que sea limpio lo que está fuera”—S. Mateo, cap. XXIII, v. 26.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepuleros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muerto y de toda suciedad.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 27.

“Así tambien vosotros de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres: mas de dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad.”—S. Mateo, cap. XX v. 28.

Los siete versículos del Evangelio que acabo de citar, ademas de que parecen haber sido escritos para condenar los abusos del clero romano, manifiestan claramente, que así como yo combato lo superficial y absurdo para dejar la parte esencial de la doctrina de Cristo, tambien él combatió al sacerdocio de su tiempo.

XXIII

El hombre cuando está en el principio de su progreso intelectual sufre la esclavitud con la misma mansedumbre que los animales domésticos. Siente la necesidad de libertad; pero no obstante este deseo tolera el yugo que se le impone.

A proporcion que su inteligencia se desarrolla, experimenta mayor necesidad de ser libre, hasta que llega un momento en que rompe con energía las cadenas que lo esclavizan

sin que haya poder bastante para contenerlo en su furor. Odia la opresion y mata y destruye todo lo que se opone á su libertad.

Este periodo de la humanidad ha pasado por lo que toca á la opresion corporal ó física, pues si bien todavía se encuentran algunos seres humanos que gimen en la cadena, son muy pocos y ya se prepara su libertad; pero no sucede lo mismo con respecto á la esclavitud moral ó del espíritu, porque esta se encuentra en toda la plenitud de su época reinante.

Así como en el período de la formación del planeta la materia ígnea oprimida por la costra solidificada ocasionó grandes cataclismos por la rotura y levantamiento de la parte condensada; en la actualidad también se preparan grandes y espantosos trastornos, porque el espíritu humano se halla atado moralmente y se dispone para destruir á sus opresores.

Ocultar la verdad no es conjurarla; pero ¿sabeis de dónde dimana la opresion del espíritu humano en la inmensa mayoría de lo que llamais pueblo?

En primer término figura la ignorancia, viene despues la falta de amor, y por último, las clases elevadas, que se creen nobles y privilegiadas, siendo estas últimas las únicas culpables de que impere el egoísmo en lugar de la caridad y las tinieblas del entendimiento en vez de la luz.

Pero ellas son también las que deben sufrir con mas intensidad las consecuencias de la gran revolucion social que de día en día, se hace mas inevitable, puesto que no se ponen los medios para extirpar el mal.

Los que pertenecen á las clases mencionadas, dirán: Nosotros no somos culpables de la pereza del pueblo ni de

su poco espíritu de empresa. Si nosotros nos encontramos á mayor altura que las masas, es debido á nuestra inteligencia y trabajo; que haga lo mismo el que quiera llegar hasta igualarnos y saldrá de su triste estado.

A primera vista parece estar muy bien fundada esta razon; mas examinada á fondo no tiene ninguna solidez; y solo manifiesta una gran dosis de ignorancia y la falta completa del conocimiento en la ley del progreso humano, porque deberian comprender que esta no se extiende sobre determinadas clases sino que abraza á toda la humanidad.

Manifiesta, ademas, que el que trata de apoyarse en ella no conoce que el amor es la senda del progreso espiritual, pues examinando detenidamente el punto de que se trata, se puede ver que este sentimiento es necesario en todo, aun para el bienestar material de aquellos que solo buscan los goces de los sentidos.

Decis que vosotros no sois culpables de la ignorancia y pereza del pueblo; mas en verdad que lo sois, porque debéis saber que la humanidad es un ser colectivo para el progreso moral lo mismo que para las comodidades de la vida.

Vosotros sois los poseedores del oro que proporciona todos los elementos para la instruccion y goces, y yo quiero conceder lo que afirmáis, que todo es el producto de vuestro trabajo y que el capital acumulado lo representa; pero ¿es esta riqueza debida al trabajo individual de las familias que lo poseen, ó es producido por el pueblo que acusáis de perezoso?

Negad, si podeis, que los metales preciosos son recojidos por el pueblo; negad que las sustancias con que os alimentais son regadas con el sudor del pueblo; negad que

los artefactos de vuestro lujo y comodidades son producto del pueblo; negad, por último, que el pueblo es quien lo produce todo y que las clases acaudaladas son las que gozan de su trabajo.

Por lo que acabo de exponer se ve que es muy injusto tacharlo de perezoso, y que si es ignorante, la culpa es de los que lo oprimen con un trabajo material largo y rudo, el cual se ve obligado á desempeñar para satisfacer de una manera miserable las primeras necesidades de una vida del todo corporal.

De modo que lo que llamais pereza en él no es sino el hastío causado por el poco producto que le proporciona su trabajo.

No es que no tenga aspiraciones á una vida mejor, sino que viendo la imposibilidad de alcanzarla se entrega al ocio cuantas veces puede como su mayor felicidad, ó bien la busca por otros medios que las leyes condenan.

El cuadro que acabo de bosquejar, aunque con colores sombríos, es tan cierto como verdadero.

¿Sabeis cual es la causa de esta opresion que imponen los potentados sobre los menesterosos? La causa es la falta de amor, y como en donde este no reina no puede establecerse el orden basado en el principio de justicia "No hagas á otro lo que no quisieras te hicieran," de ahí la consecuencia del odio contra las clases elevadas, que lentamente va fermentando en el espíritu de los oprimidos, es decir, de todos los que están atados con la cadena moral, que la falta de amor les impone.

Observad con toda atencion lo que está pasando en este siglo en que se ha deificado el oro.

En los pueblos que se llaman libres no son todavía muy sensibles las trepidaciones causadas por la fermentacion de

los ánimos, pero ya son bastante notables manifestándose por el odio á los Soberanos, en los que están mas esclavizados.

Marcar el origen del mal es indicar el remedio.

La falta de amor á la verdad y al bien es el origen de todos los males.

La limosna que haceis algunas veces bajo el título de caridad con la cual encubris vuestra falta de amor mal disimulada, se debe á la falsa interpretacion de las doctrinas salvadoras y á la inmovilizacion religiosa.

Muchos ejemplos de esto os puede prestar la Historia.

La inmovilizacion religiosa ha traído siempre la revolucion religiosa, porque estando la creacion bajo la ley ineludible de progreso, este no puede faltar en ninguna de sus partes componentes.

La religion es el lazo que une el Criador con la criatura, de donde resulta que es una de las necesidades mas grandes del hombre; y cuando éste avanza en todos sus conocimientos y la religion no se conforma con la ciencia, sino que por el contrario condena sus afirmaciones como heréticas por mas que sean bien comprobadas, el hombre entonces dice: Estoy tan cierto de esta verdad científica como de que existo; luego la religion que la condena no es verdadera. De ahí deduce que no hay mas verdad que la ciencia, y como esta se dirige especialmente á la materia sienta esta afirmacion: No hay mas ser que el material.

¿Y quienes son los responsables de todas estas falsas deducciones, sino los monopolizadores de las verdades reveladas que quieren ser los únicos depositarios de ellas y árbitros de las conciencias, no permitiendo el progreso religioso, antes bien, condenan á sus iniciadores con la excomunion?

Mirad lo que haceis clero Romano, vuelvo á deciros: mientras en vuestras prácticas y predicaciones tratais de

propagar y extender el culto al nombre de María por medio de la veneración á su pureza, y les enseñais á vuestros fieles que por el amor que tiene á la humanidad, Ella es la única tabla salvadora en el naufragio de las pasiones; habeis sembrado el terror hácia la Divinidad en el corazón de los hombres, hablándoles hasta la saciedad de la ira y la cólera del Señor haciéndoles temerle en lugar de enseñarlos á amarle.

Solo una chispa de esperanza les habeis dejado, la que activais, pretendiendo que abraza los corazones. Esta es el amor hácia María.

Por eso en las mayores aficciones, en los instantes mas decisivos, como le llaman los Romanistas, al momento de la muerte, me invocan y me ruegan con todo el fervor de que es capaz una alma dominada por el temor, dándome el dulce nombre de madre. Mas cuando mi ser conmovido por su súplica intenta prestarles el auxilio que de mí imploran, encuentro las mas veces un espíritu cerrado, por decirlo así, á las emanaciones de amor.

No hay semilla que pueda fructificar en un espíritu seco. El que no ha sido regado con las aguas saludables y fertilizadoras de la fuente purísima de amor, es decir, el que no ha recibido el bautismo del amor de Cristo, no puede esperar los consuelos del Espíritu de Verdad.

Me llaman "auxilio de los desamparados, consuelo de los afligidos" y no abren su espíritu para recibirme. Me invocan como madre de las misericordias para que les de por gracia lo que Dios solo concede por justicia. ¿Cómo puede descender la luz en aquellos que no quieren recibirla porque su espíritu está satisfecho con el mito de verdades que la razón del clero ha fraguado? ¿Cómo es posible que entre multitud de plantas parásitas florezca la verdad?

Ya sé el lugar que dareis á mi doctrina: en vez de ser

juzgada con gran meditación, será condenada ántes de conocerla y examinarla á fondo.

Una lectura superficial de mis enseñanzas os hará exclamar: ¡Esta es una doctrina destructora! Despues de quitar todo freno á las pasiones negando el pecado y el castigo, exalta el ódio del pobre contra el rico! Mas, meditad, os digo, vuestras palabras y ved que mientras enzalsais mi nombre llamándome la madre de Dios, y llegais casi á idolatrar en mi ser, condenais mis palabras.

Esto lo digo porque sé que las habeis de condenar y que en vuestra conciencia no puede fructificar la simiente de verdad, porque no está preparada para recibirla.

Apesar de esto, como Cristo mi amado hijo, me recomendó la maternidad adoptiva de la humanidad terrestre estaré siempre como madre amorosa al lado, aun, de aquellos hijos que me desprecian despreciando las enseñanzas de mi amor. Sabed que la misión de una madre es velar por los hijos más enfermos, porque estos son los que mayor necesidad tienen de sus cuidados.

¡Venid pues hijos míos! venid y atended el llamamiento de mi amor! Acaso no creéis que es vuestra madre la que os llama porque mis palabras no han sido dictadas á una de las grandes dignidades de la Iglesia Romana? ¿Cómo queréis que así fuera, si mientras mayor es la altura que alcanzáis mas confiados os entregais á vuestra pretendida infalibilidad? ¿No veis que apoyados en ese falso título ensordeceis á toda palabra de verdad que no venga de vuestro criterio?

¡Oh, volved en vosotros! ¡Haced abstracción de vuestra dignidad mundana: recojeos en sí mismos, mirad en vuestra conciencia que sois soberbios y acordaos de las palabras de Jesus, mi hijo, cuando dijo al hablar de los niños: "El que no se hiciere como uno de estos pequeñitos no entrará

en el reino de los cielos," y cuando esto hubiereis hecho, es decir, cuando humildemente busqueis la verdad, meditaad mi doctrina sin prevencion.

Remontad vuestro espíritu á las causas para que de allí podais deducir los efectos. Buscad al Ser Criador como el infinito perfecto, y ved si de la perfeccion infinita puede haber tomado origen el mal eterno que afirmais existe para castigo del pecador.

¿Creéis que en Dios existe la bondad infinita cuando sus criaturas estan entregadas á un sufrimiento sin fin? Si tal cosa creéis sabed que es porque el amor os es del todo desconocido, y llorad, sí llorad, porque miéntras estéis en este estado, vuestro espíritu no podrá recibir mis palabras amorosas que son las de una madre.

¡Oh, no cerreis vuestros ojos ni ensordezcáis, oíd y ved! ¿Creéis que la humanidad es todavía un niño á quien se trata de corregir en su tierna edad por el temor? Si tal es vuestra creencia os engañais, porque esta, por la ley de progreso, ha llegado ya á su virilidad, y cuando en esta edad se trata de atemorizarla se ríe de la candidez de los que tal cosa pretenden todavía.

Por lo tanto, no hay mas que mostrar la verdad desnuda, la cual es, que se debe obrar el bien por amor al bien mismo.

Todavía es tiempo, hijos míos, Procurad hacer ménos cruel el cataclismo social que sin duda ninguna se prepara. Teneis todavía un gran dominio sobre las conciencias; haced á un lado las prácticas de pura fórmula: procurad infundir el amor en el corazon de los hombres: enseñadles á que se amen mutuamente como si fueran un solo ser, inculcadles el amor á la verdad y á rendir culto á Dios en espíritu, y adorarle como el infinito amor.

MARIA, madre del CRISTO, y madre adoptiva de la humanidad terrestre.

LIBRO II.

I.

Para que la semilla de mi doctrina fructifique preciso es que sea sembrada en un espíritu limpio.

Esto no es decir que se necesite que sea puro, pues en este caso nada que no conociera le mostrarían mis enseñanzas, si he dicho limpio es para hacer comprender que estos deben ser sus deseos y que es indispensable se despoje de toda preocupacion y con especialidad de aquellas que han hechado profundas raíces en su ser.

Con este fin procuro extirpar todos aquellos errores de secta que no sirviendo sino para entiviar el sentimiento han tomado el carácter de esenciales y precisos, y que por la forma material que representan matan el espíritu religioso.

Mi doctrina es solo la interpretación clara y terminante de las enseñanzas de Cristo, y si algo nuevo parece encontrarse en ella, es porque se hace necesario el conocimiento de mayor verdad para la buena inteligencia del Evangelio.

en el reino de los cielos," y cuando esto hubiereis hecho, es decir, cuando humildemente busqueis la verdad, meditaad mi doctrina sin prevencion.

Remontad vuestro espíritu á las causas para que de allí podais deducir los efectos. Buscad al Ser Criador como el infinito perfecto, y ved si de la perfeccion infinita puede haber tomado origen el mal eterno que afirmais existe para castigo del pecador.

¿Creéis que en Dios existe la bondad infinita cuando sus criaturas estan entregadas á un sufrimiento sin fin? Si tal cosa creéis sabed que es porque el amor os es del todo desconocido, y llorad, sí llorad, porque miéntras estéis en este estado, vuestro espíritu no podrá recibir mis palabras amorosas que son las de una madre.

¡Oh, no cerreis vuestros ojos ni ensordezcáis, oíd y ved! ¿Creéis que la humanidad es todavía un niño á quien se trata de corregir en su tierna edad por el temor? Si tal es vuestra creencia os engañais, porque esta, por la ley de progreso, ha llegado ya á su virilidad, y cuando en esta edad se trata de atemorizarla se ríe de la candidez de los que tal cosa pretenden todavía.

Por lo tanto, no hay mas que mostrar la verdad desnuda, la cual es, que se debe obrar el bien por amor al bien mismo.

Todavía es tiempo, hijos míos, Procurad hacer ménos cruel el cataclismo social que sin duda ninguna se prepara. Teneis todavía un gran dominio sobre las conciencias; haced á un lado las prácticas de pura fórmula: procurad infundir el amor en el corazon de los hombres: enseñadles á que se amen mutuamente como si fueran un solo ser, inculcadles el amor á la verdad y á rendir culto á Dios en espíritu, y adorarle como el infinito amor.

MARIA, madre del CRISTO, y madre adoptiva de la humanidad terrestre.

LIBRO II.

I.

Para que la semilla de mi doctrina fructifique preciso es que sea sembrada en un espíritu limpio.

Esto no es decir que se necesite que sea puro, pues en este caso nada que no conociera le mostrarían mis enseñanzas, si he dicho limpio es para hacer comprender que estos deben ser sus deseos y que es indispensable se despoje de toda preocupacion y con especialidad de aquellas que han hechado profundas raíces en su ser.

Con este fin procuro extirpar todos aquellos errores de secta que no sirviendo sino para entiviar el sentimiento han tomado el carácter de esenciales y precisos, y que por la forma material que representan matan el espíritu religioso.

Mi doctrina es solo la interpretación clara y terminante de las enseñanzas de Cristo, y si algo nuevo parece encontrarse en ella, es porque se hace necesario el conocimiento de mayor verdad para la buena inteligencia del Evangelio.

Ademas, es necesario tambien purgarlo de algunos absurdos que le ha mezclado el hombre al dar su interpretacion.

* *
*

Juan, el Bautista, fué el precursor del Mesías para preparar el espíritu de aquellos que debian recibir el Evangelio, que significa la buena nueva, y así como Cristo fué precedido por los profetas, mi doctrina lo ha sido tambien por otros espíritus que han abierto nuevamente el camino de la comunicacion espiritual, y viene como precursora del Espíritu de verdad.

Pero su verdadero precursor es Cristo, y como dicho espíritu no puede descender sino á aquellos que están poseídos del amor á la verdad y al bien, y por consiguiente al Padre Celestial, como lo estaba el Salvador, de aquí que al Espíritu de Verdad le preceda la ley de amor que se desprende de mis enseñanzas.

Estas son las tiernas flores de mi alma. Aceptadlas, pues lo repito, vengo como madre adoptiva, cuya maternidad me fué encomendada por mi amado hijo; cuando simbolizó la humanidad terrestre en la persona de Juan el Evangelista.

He dicho que para que pueda fructificar la semilla de mi doctrina no es necesario la pureza del espíritu sino el deseo de alcanzarla; pero entiéndase bien, que este deseo sea vivo y ardiente para que los resultados sean inmediatos.

El bautismo establecido por Cristo no es mas que el deseo vehemente de poseer su amor. Por eso el Evangelio dice que Juan bautizaba en agua y Cristo en espíritu y en fuego, porque comunicaba en los corazones la divina llama sin la cual no es posible recibir el Espíritu de Verdad.

Juan aplicaba el bautismo en agua como señal de peni-

tencia, es decir, como una manifestacion de que aquellos que lo recibian estaban arrepentidos de sus faltas.

Los apóstoles tambien administraban el bautismo en agua; pero su significacion ya era distinta, pues solo se apreciaba como un signo exterior para confirmar que los que acudían á él lo habían ántes recibido en espíritu por su deseo.

La misma aplicacion del agua quiere aún hoy la Iglesia Romana que sea un verdarero bautismo; mas esto es uno de tantos errores que es necesario extirpar de raíz, pues es causa de las muchas preocupaciones, que como plantas parásitas debilitan el espíritu de los llamados cristianos.

Como he dicho anteriormente; un error trae tras sí otros muchos.

Los Romanistas despues de interpretar de una manera falsa la redencion, no pudieron ménos de caer en gravísimos errores, lo que prueba, que ni el espíritu de amor que poseía Cristo, ni el Espíritu de Verdad, ha estado con la Iglesia desde que se titula Romana.

Roma afirma que la humanidad quedó redimida con la sangre del Hijo de Dios consustancial al Padre, ó lo que es igual, con la muerte del mismo Dios, puesto que la esencia es una.

Dios, que no previó el poder de Luzbel convertido en Lucifer, no encuentra otro medio que hacerse hombre para morir en satisfaccion de sí mismo, y arrancar del poder del demonio algunos seres humanos, pues ni siquiera consiente Roma que sea toda la humanidad.

¡Véase que modo de raciocinar tan absurdo y herético de los que se adjudican el título de representantes de Cristo!

¡Qué manera tan ignorante de interpretar la redencion!

Si me valgo de la palabra ignorante para combatir este error, no es con la intencion de ofender con dicha palabra,

sino porque la ignorancia es la única que en este caso les disculpa.

No obstante, ella es también la que á su vez les acusa, puesto que cuando esto hicieron, alejaron de ellos al Espíritu de Verdad, porque se separaron del amor abandonando voluntariamente el espíritu de Cristo.

He aquí la causa de la falsa interpretación. No poseyendo ya el amor, ni estando con ellos el Espíritu de Verdad, no tuvieron ninguna idea de lo que constituye en Dios el Ser inmutable é infinito en perfecciones.

Por eso le imponen á un Dios la muerte, sin advertir que con esto lo declaran mutable, sucediendo lo mismo cuando lo creen ofendido por la culpa del pecador; y lo tachan de injusto al sostener que la muerte del inocente debe servir para satisfacer las faltas del culpable.

Este principio del dogma de la encarnación del Hijo de Dios—que según afirman se efectuó por obra del Espíritu Santo—es esencialmente ateo; pues le niegan á Dios la sabiduría infinita en la creación de los ángeles caídos, si suponen que no la tenía prevista, ó si creen que lo sabía, le niegan su bondad.

¡Hasta cuándo, clero Romano, se ha de prolongar vuestra seguedad! ¿Cuándo quereis tener el deseo de amor para que el Espíritu de Verdad descienda á vosotros y os arranque la venda que, con el nombre de misterio, os habeis impuesto voluntariamente, y no conformes con tenerla vosotros, la imponeis á los demás con el nombre de fé católica? ¿Cómo es posible sembrar el amor donde lo esterilizan los abrojos de la ignorancia voluntaria?

En el estado que guarda vuestro espíritu solo puede realizar esto la ley de progreso indefinido, el que hace que las doctrinas purificadoras vengan á ocupar un lugar en el

corazón de los hombres, cuando el fuego del sufrimiento consuma los mencionados abrojos de la ignorancia.

El falso modo de interpretar la redención, según lo acabo de manifestar, es la causa de los errores en que ha caído la Iglesia Romana.

La redención de la humanidad, efectuada por el Cristo, estriba en la práctica de sus enseñanzas, cuya doctrina, y no Jesús, es el Verbo de Dios descendiendo á los hombres por boca de su Enviado.

Ninguna comprobación mejor de esta verdad que el Evangelio.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.” S. Juan C. I. v. 1.

“Este era en el principio con Dios.” S. Juan C. I. v. 2.

“Todas las cosas fueron hechas por El, y nada de lo que se hizo fué hecho sin El.” S. Juan C. I. v. 3.

“En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.” S. Juan. C. I. v. 4.

“Y la luz en las tinieblas resplandecía, mas las tinieblas no la comprendieron.” S. Juan C. I. v. 5.

—Aquí se expresa claramente que la verdad divina—á la que Juan llama luz—desciende á los hombres por la emanación de Dios; pero que estos no la reciben, porque abismados en las tinieblas del error, por su voluntaria ignorancia, les falta el deseo para asimilársela.

“A lo suyo vino y los suyos no le recibieron.” S. Juan. C. I. v. II.

—Aquí se manifiesta la necesidad de la redención por el Verbo, la palabra fuera de Dios, por no querer los hombres recibir directamente la emanación de verdad.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, vimos la gloria de El, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” S. Juan c. I. v. 14.

“A Dios nadie le vió jamás: El hijo Unigénito que está en el seno del Padre, él mismo lo ha declarado.” S. Juan C. I. v. 18.
—Aquí se le dá á Cristo el nombre de Unigénito por antonomasia.

Ahora oigamos la palabra del Cristo, pues esta nos manifiesta su verdadera naturaleza.

“Muchas cosas tengo que deciros de vosotros, y que juzgar. Mas el que me envió es verdadero y yo lo que ví de él eso hablo en el mundo S. Juan. C. VIII. v. 26.

“Porque descendí del cielo no para hacer mi voluntad, sino para hacer la voluntad de aquel que me envió.” S. Juan C. VI. v. 38.

“Porque yo de Dios salí y vine y no de mí mismo, mas él me envió.” S. Juan C. VIII. v. 43.

“Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatár de la mano de mi Padre.” S. Juan C. X. v. 29.

“Lo que el Padre dió á Cristo es su amor. Por eso dice:

“Yo y el Padre somos una misma cosa.” (por el amor) S. Juan. C. X. v. 30.

“Si no hago las cosas de mi Padre no me creais.” S. Juan C. X. v. 13.

“Mas si las hago aunque á mí no me querais creer, creed las obras para que conozcais, y creais que el Padre esta en mí y yo en el Padre.” S. Juan. C. X. v. 38.

—Mas tarde dirijiéndose á sus discipulos, dice:

“Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he dado.” S. Juan C. XV. v. 3.

“Estad en mí y yo en vosotros; como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto sino estuviera en la vid; así ni vosotros, sino estuviarais en mí.” S. Juan. C. XV. v. 4.

“Como el Padre me amó así tambien yo os he amado; perseverad en mi amor.” S. Juan C. XV. v. 9.

“Si guardais mis mandamientos perseverareis en mi amor,

así como yo tambien he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor.” S. Juan C. XV. v. 10.

“Este es mi mandamiento, que os ameis los unos á los otros como yo os amé.” S. Juan C. XV. v. 12.

“Ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su vida por sus amigos.” S. Juan C. XV. v. 13.

“Aún tengo que deciros muchas cosas: mas no las podeis llevar ahora.” S. Juan C. XVI. v. 12.

“Mas cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, os enseñará toda la verdad, porque no hablará de sí mismo; hablará de todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir.” S. Juan. C. XVI. v. 13.

“El me glorificará: porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros.” S. Juan. C. XVI. v. 14.

“Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os digo: que de lo mio tomará y lo anunciará á vosotros.” S. Juan. C. XVI. v. 15.

—Oigamos al Espíritu de Verdad.

La verdad procede del amor del Padre Dios y del Hijo hombre: y la verdad engendra el Verbo fuera de Dios.

Todo lo que está fuera de Dios viene de Dios, pero no es Dios.

El Universo viene de Dios por la accion de su Verbo, la palabra, y el Verbo viene de Dios por emanacion de amor, como si dijera, sale de Dios por amor á la criatura, y esta la recibe por un acto de amor al Criador.

El Verbo en Dios es Dios mismo, por eso es desde el principio y viene de sí mismo.

El Verbo en Cristo es recibido por emanacion de amor mútuo, es engendrado por el Espíritu de Verdad que procede del Padre Dios y del hijo hombre, Jesucristo.

Por eso dice Cristo que no viene de sí mismo, y queda plenamente demostrado que no es Dios.

Cuando Cristo dice: “Yo y el Padre somos una misma cosa,” da á entender que su amor no reconoce mas origen que el amor del Padre, puesto que el amor fuera de Dios no es mas que la refraccion del amor infinito del Criador.

Por esto es que dice despues á sus discípulos: Estad en mí, es decir poseed mi amor, porque así como el Padre me amó, así tambien yo os he amado, esto es, así como el Espíritu de Dios es todo amor, así lo es el mío, y si guardareis mi mandamiento de amaros los unos á los otros sereis una misma cosa conmigo y con el Padre, porque nos unirá el mismo amor.

La verdad no puede dar testimonio de si misma sin el Verbo: por eso dice Cristo que de lo suyo tomará para anunciáoslo.

Lo que precede manifiesta de una manera irrefutable que la Iglesia Romana se engaña al afirmar que en Cristo está unida la naturaleza divina con la humana.

Este error queda de manifiesto con las mismas palabras de Cristo, y ademas en varios puntos de mi doctrina se hace ver tambien que son muchos los que se engañan creyendo que puede ser Dios lo que está fuera de su Ser, cuando no es sino su creacion ó la emanacion del Infinito.

Lo grave de este error está no en que se divinice á Cristo, sino en creer que él fué la víctima expiatoria para el pecado de la humanidad, pues de aquí nacen la mayor parte de los abusos de casi todos los que se titulan cristianos.

Tambien se deriva de esta falsa creencia la aplicacion por gracia y no por justicia de los méritos de Cristo, concediendolos á los que reciben ó practican ciertas fórmulas llamadas sacramentos, por lo que, no deteniéndose aquí los Romanos, llevan el abuso hasta lo ináudito con las bulas de indulgencia, siendo esta la causa de la formacion de sectas y que se excluyan las unas á las otras.

¿No veis ó no habeis querido ver que el Evangelio es todo un código de tolerancia y perdon, y que solo al amor tienden cuantas enseñanzas encierra? ¿No os dice la conciencia que si esto no se ha presentado á vuestra razon sois en este caso de los que tienen ojos y no ven?

¿Creeis que si los sacramentos fueran de la importancia

que les dais en la aplicacion de la fórmula exterior, que es lo que esencialmente los constituye para los Romanistas, no hubiera Cristo recomendado muy particularmente su práctica? ¿No os dice el propio criterio que si fueran indispensables los hubiera colocado en primer término agregándolos á su mandamiento de amar á Dios y al prójimo?

Decidme: ¿en qué parte del Evangelio—esceptuando el bautismo y la confirmacion—se recomienda ningun sacramento? Y aun esta recomendacion del Evangelio, ¿la habeis siquiera comprendido?

Los hechos dicen que no. Vuestro bautismo—segun afirmáis—es la aplicacion de los méritos de Cristo, en cuyo acto descende el Espíritu Santo sobre aquellos que lo reciben; pero seguramente la tercera persona de la Trinidad no acude á vuestro llamamiento ó se resiste á entrar en el cuerpo de los recién bautizados, puesto que hay la necesidad de llamarlo de nuevo en la confirmacion.

¿Por qué una gran multitud de seres apesar de haber recibido la gracia del Santo Espíritu y los méritos de Jesucristo, se quedan en un estado idéntico á muchísimos otros que no han conocido las ceremonias de bautismo y confirmacion?

Si vosotros no lo decis, lo diré yo. Esta identidad es porque la aplicacion de agua y de óleo al exterior, es decir, al cuerpo, es nula y de ningun valor, pues no es la fórmula la que constituye un don del Espíritu de Verdad, sino la conviccion del que la recibe.

Voy á explicarme: El bautismo del Cristo, como ya lo he dicho, es su amor, esto es, son cristianos aquellos que aman su espíritu; pero debo advertir que no basta una simple manifestacion, sino que debe ser el deseo ardiente de

poseer un amor igual al suyo, para que este haga proceder al Espíritu de Verdad.

Cristo amaba á los hombres como hijos del Padre Celestial, á quien adoraba en espíritu, y sabed que á Dios no se le ama en verdad si no se tiene amor á la humanidad toda, como hija de su infinito amor.

Aplicad este bautismo considerándolo indispensable para conseguir la felicidad eterna, pues podeis estar seguros que el que no lo reciba, no logrará la dicha de conocer el reino de Dios, que es la paz que procede del amor mútuo.

Bautizad, si os place, con agua; pero sabiendo ya que el único y verdadero es el deseo de amor, por lo que se llama bautismo de fuego.

Cuando esteis cerciorados de que el amor que acabo de exponer, empieza á manifestarse en aquellos que lo han deseado, podeis decir sin temor de equivocaros, que ellos están confirmados en la fé de Cristo, la cual consiste, en creer firmemente que el amor del Criador es infinito y que descendiendo á la criatura, y que por lo infinito del mismo amor eternamente esta se eleva hácia el ser Absoluto.

II.

El conocimiento exacto de la naturaleza de Cristo, se hace preciso, porque la mala inteligencia de esta verdad puede ser causa de muchos y muy perjudiciales errores.

El sentido extraviado que se dió al modo de efectuarse la redencion, fué la causa primera de que la parte esencial del Evangelio haya sido vista y tratada como punto secundario, y que muchas veces algunos espíritus exaltados

hayan pretendido conducir las prácticas del catolicismo á un punto de exagerado misticismo.

El Evangelio, por su estilo parabólico, se presta para que se puedan hacer interpretaciones, tanto para apoyar en algunos de sus textos la divinidad de Cristo, como para combatirla en otras.

Esto es lo que en el trascurso de diez y ocho siglos ha dado lugar á multitud de largas é inútiles discusiones, siendo tambien un motivo de las continuas divisiones que han tenido los que han querido **dogmatizar**.

Los dogmistas han puesto mas interes en convertir á Cristo en víctima divina, que en considerar sus enseñanzas como el producto de la emanacion del Verbo de Dios, la que recibida por el Mesias, forma en su ser—si me es dado expresarme así,—una segunda naturaleza.

Entregada la humanidad á los vicios por la falta de conocimiento de la verdad y del bien, necesita hoy mas que nunca la enseñanza, con toda claridad, de la doctrina de Jesus, para que la luz que ella derrama la aparte de las tinieblas del error, y la arranque de la ignorancia, principio único que puede oponerse á Dios, sabiduría infinita.

Lo he dicho varias veces: el mal es solo falta de bien; y como no se puede amar el bien si no se sabe en qué estriba, de aquí que la humanidad deja de seguir por ignorancia el camino del progreso por el amor, que es la senda única que conduce al Bien Sumo.

La personalidad que se le da al Demonio no tiene mas origen que la misma ignorancia humana. Tanto es así, que si quereis podeis decir que los espíritus de algunos hombres atrasados, y por consiguiente ignorantes y empeñados en apartarse del bien y de la verdad, en cuanto lo permite su albedrío; son los ministros del error, á los cuales pueden

poseer un amor igual al suyo, para que este haga proceder al Espíritu de Verdad.

Cristo amaba á los hombres como hijos del Padre Celestial, á quien adoraba en espíritu, y sabed que á Dios no se le ama en verdad si no se tiene amor á la humanidad toda, como hija de su infinito amor.

Aplicad este bautismo considerándolo indispensable para conseguir la felicidad eterna, pues podeis estar seguros que el que no lo reciba, no logrará la dicha de conocer el reino de Dios, que es la paz que procede del amor mútuo.

Bautizad, si os place, con agua; pero sabiendo ya que el único y verdadero es el deseo de amor, por lo que se llama bautismo de fuego.

Cuando esteis cerciorados de que el amor que acabo de exponer, empieza á manifestarse en aquellos que lo han deseado, podeis decir sin temor de equivocaros, que ellos están confirmados en la fé de Cristo, la cual consiste, en creer firmemente que el amor del Criador es infinito y que descendiendo á la criatura, y que por lo infinito del mismo amor eternamente esta se eleva hácia el ser Absoluto.

II.

El conocimiento exacto de la naturaleza de Cristo, se hace preciso, porque la mala inteligencia de esta verdad puede ser causa de muchos y muy perjudiciales errores.

El sentido extraviado que se dió al modo de efectuarse la redencion, fué la causa primera de que la parte esencial del Evangelio haya sido vista y tratada como punto secundario, y que muchas veces algunos espíritus exaltados

hayan pretendido conducir las prácticas del catolicismo á un punto de exagerado misticismo.

El Evangelio, por su estilo parabólico, se presta para que se puedan hacer interpretaciones, tanto para apoyar en algunos de sus textos la divinidad de Cristo, como para combatirla en otras.

Esto es lo que en el trascurso de diez y ocho siglos ha dado lugar á multitud de largas é inútiles discusiones, siendo tambien un motivo de las continuas divisiones que han tenido los que han querido **dogmatizar**.

Los dogmistas han puesto mas interes en convertir á Cristo en víctima divina, que en considerar sus enseñanzas como el producto de la emanacion del Verbo de Dios, la que recibida por el Mesias, forma en su ser—si me es dado expresarme así,—una segunda naturaleza.

Entregada la humanidad á los vicios por la falta de conocimiento de la verdad y del bien, necesita hoy mas que nunca la enseñanza, con toda claridad, de la doctrina de Jesus, para que la luz que ella derrama la aparte de las tinieblas del error, y la arranque de la ignorancia, principio único que puede oponerse á Dios, sabiduría infinita.

Lo he dicho varias veces: el mal es solo falta de bien; y como no se puede amar el bien si no se sabe en qué estriba, de aquí que la humanidad deja de seguir por ignorancia el camino del progreso por el amor, que es la senda única que conduce al Bien Sumo.

La personalidad que se le da al Demonio no tiene mas origen que la misma ignorancia humana. Tanto es así, que si quereis podeis decir que los espíritus de algunos hombres atrasados, y por consiguiente ignorantes y empeñados en apartarse del bien y de la verdad, en cuanto lo permite su albedrío; son los ministros del error, á los cuales pueden

llamarles demonios los que tienen empeño en la existencia de esas personalidades. Este calificativo, no por exagerado será erróneo, pues estos son los espíritus obsesores que Cristo lanzaba de los poseídos.

Siendo siempre constantes los hechos de la naturaleza, y presentándose éstos al hombre por medio de los sentidos corporales, los divide en buenos y malos y busca la razón ó el porqué de los unos y de los otros.

Cuando ya su espíritu se eleva á concebir la existencia de un Dios, ó mas bien dicho, cuando el Criador se hace sentir en el espíritu humano, el hombre dice: Hay un Dios del cual viene todo lo bueno; pero como su ignorancia no le deja ver que á lo que le llama mal, él tiene la culpa de la mayor parte, cree que así como existe el principio del bien, hay también el principio contrario.

En esto no se engaña la humanidad, puesto que este principio no es mas que la oposicion al bien. El error está en personificar el mal en Luzbel, y abuso es de los que sostienen tamaño absurdo en concederle una existencia eterna.

Cuando el atrazo de la humanidad no le permite fijarse en los atributos de perfeccion que son indispensables al Ser Absoluto, este error es disculpable, lo que equivale á decir que no hay malicia mientras no se conoce á Dios.—Adviértase que me refiero á un conocimiento relativo;—pero que toma un carácter de gravedad entre aquellos que no conformes con decir que lo conocen se atribuyen su infalibilidad, cuyo hecho, si no fuera producto de la ignorancia—la que jamás logrará el hombre vencer en absoluto—sería un crimen de lesa Divinidad.

¿Quereis, vosotros, todos los ciegos del alma abrir vuestros ojos á la luz? En este caso, pues, no teneis mas que invocar con fervor el espíritu de Cristo, y uniros á él por el amor.

Donde el amor impera, que es lo que ha venido á constituir una nueva naturaleza en Cristo, está el reino de Dios, en donde nada puede haber opuesto á la perfeccion, porque el fuego de amor todo lo purifica; y los demonios, como seres mitológicos, quedan evaporados al contacto de esta purificadora llama, de cuyo crisol sale mas puro que el oro el Espíritu de Verdad.

En el reino de perfeccion y amor, que es el reinado de Dios, no cabe enviar víctimas puras para que carguen con las faltas de los delincuentes: no cabe que el justo sufra para que el pecador sea purificado. Tampoco tiene cabida la predileccion para la felicidad de algunos y el abandono de los demas, ni mucho ménos puede haber, en el reino de la justicia, que se aplique por indulgencia el mérito del justo para dejar exento al culpable que se ha apartado del amor, cuyo alejamiento le trae el sufrimiento por la privacion voluntaria del bien.

Por último, en el reino de Dios no se ha concebido ni cabe la redencion de la humanidad efectuada por la muerte de Cristo, ni aun suponiéndolo víctima divina, pero si es propio de los espíritus llenos de amor condolerse del sufrimiento de los demas y pedir al Padre Celestial la mision de encarnar en aquellos mundos que, en medio de los adelantos de las ciencias naturales, se encuentran dominados por la ignorancia del progreso espiritual, que es la moralidad, producto del amor.

También es justo que el que está poseído del sentimiento de caridad, quiera cargar con grandes dolores, revistien-

do una naturaleza inferior, para que los espíritus materializados se conmuevan ante los sufrimientos y tambien en presencia de la muerte, con que se pone el sello de abnegacion sublime á las enseñanzas de verdad y amor.

Cristo es el tipo mas avanzado en la perfeccion á que puede aspirar la humanidad terrestre en su marcha hácia el Absoluto Perfecto. Por eso le fué anunciada su venida con el título de Mesias divino.

Cristo es uno de los seres que poseen toda la emanacion divina, es decir, que siendo facultad del espíritu humano asimilarse la perfeccion que emana del Ser Supremo, todo lo que el Gran Ser tiene manifestado fuera de sí, Cristo lo posee.

Por eso se expresaba de esta manera: **Todas cuantas cosas tiene el Padre mias son;** queriendo decir con esto, yo he absorbido y seguiré absorbiendo todos los rayos de la divina luz, por ser esta una de las facultades de mi espíritu, concedido por el Infinito Amor.

Y como el Espíritu de Verdad procede del mútuo amor del Criador y la criatura, por eso decia, anunciando el Consolador: **“De lo mio tomará y lo comunicará á vosotros.”**

Tambien es palabra de Cristo: **“Antes que Abraham fuese yo soy.”** Aquí manifiesta que la creacion es eterna; por eso hablaba en presente, soy. S. Juan. C. VII. v. 58.

Parece que ningun argumento mejor que este podria determinar la divinidad de Cristo, pues lo da á comprender con esta palabra: soy. Pero esto no indica sino que es la manifestacion del Padre, es decir el Verbo fuero de Dios.

Algunos habrá que les parezca forzada la interpretacion de estas palabras, empeñados en sostener á todo trance la divinidad de Cristo; pero adviertan que con su empeño no hacen otra cosa que tratarlo de embustero cuando dice:

“Yo de Dios vine y no de mí mismo.” sin que para esto sirva de excusa la interpretacion que dan los Romanistas á estas palabras, de que en este caso hablaba como hombre; pues si Dios como absoluto viene de sí mismo, el hombre, como todo lo criado, viene de Dios.

Por lo tanto, si Cristo fuera Dios vendria de sí mismo en cuanto Dios y en cuanto hombre.

* * *

Muchos de los titulados cristianos, cegados por el fanatismo, encontrarán odiosa mi doctrina. No querrán ver sino un odio maligno á la Iglesia Romana y considerarán los reproches que á esta dirijo, combatiendo las fórmulas, como el combate del enemigo mas temible que tiene el hombre, esto es, del Demonio, cuyo nombre les presta grandes servicios para infundir el temor, no encontrando otro medio mas eficaz para arrancar á la humanidad de la senda del vicio.

Mas sepan los que tal suposicion hagan que mi mision es totalmente opuesta al odio que falsamente me atribuyan, pues no me guia sino el sentimiento profundo de amor.

Si combato es por limpiar al espíritu de todas aquellas prácticas formularias, bajo cuyas exterioridades se esconden los vicios, que están mas arraigados miéntas mas se pretende disimilarlos encubriéndolos con el manto de una falsa piedad.

Solo una prueba les exijo á los que de tal modo juzguen mis palabras y es la siguiente: que recogidos en sí vean su interior, y tomando por juez su propia conciencia me digan. ¿Son hoy mejores que ayer? ¿Ha producido en ellos el cristianismo el fruto de santificacion que es su objeto?

Si su contestacion fuera negativa; si en lugar de aproxi-

marse á la santidad se encuentran esclavos del vicio, no sean en este caso los primeros en arrojar piedras sobre mi doctrina.

No digais que combato el catolicismo, ántes bien creed que trato de reedificarlo y que para ello empleo el único material necesario, el amor.

Esto es lo indispensable para que el catolicismo salga del estado de postracion en que se halla; pero sabed que no basta un amor tibio, no, esto es estéril. Es necesario un amor que lleve ópimos y abundantes frutos; **y como el árbol por su fruto es conocido y apreciado, todo aquel que no le dé bueno debe ceder su lugar á otro que lo produzca.**

Muchos hablan de verdad diciendo: Esta solo está aquí y nosotros somos los únicos que la poseemos.

Pero aunque esto oigais de sus labios no los creais por solo su palabra, haced que os muestren con ejercicios de virtud el fruto de su verdad, sin olvidaros que la virtud es el cumplimiento de la ley, esto es, la caridad basada en el amor, sentimiento el mas puro y sublime, puesto que solo se satisface con actos de abnegacion.

El amor es la vida del alma. Por eso Cristo, cuyo espíritu es todo amor, vino á dar con su doctrina la vida espiritual al hombre, arrancándolo de la muerte del vicio y de la esclavitud de la ignorancia.

El hombre que no ama vive solamente la vida orgánica del cuerpo, porque su espíritu inactivo por falta de amor, se encuentra entregado á una especie de somnolencia que entorpece sus facultades.

Solo en este estado puede tolerar el yugo de las pasiones, y cuando por momentos despierta de su letargo y experimenta el astío de una vida del todo material, se siente agoviado por tan fatigosa existencia.

Agotada ya su naturaleza no encuentra ningun atractivo en el placer, porque sabe que un instante de goce viene acompañado de prolongados sufrimientos.

En este estado anhela el no ser, ambiciona la muerte eterna; y en el colmo de la insensatez pone fin á sus días, creyendo que la destruccion del organismo es tambien el aniquilamiento del ser espiritual.

Los que así obran, despues de una vida convertida por ellos mismos en un suplicio, por no comprender que solo bajo el cumplimiento de la ley se encuentra la felicidad, se les convierte el mas allá de la tumba en un tormento del cual no pueden librarse, hasta que la intensidad del sufrimiento les obliga á tomar nuevamente un cuerpo humano y á marchar con mas ó ménos resolucion, segun su adelanto, por la senda del progreso.

Luego que el espíritu se reviste de firmes propósitos, conoce al momento que solo él es el verdugo de sí mismo, y que únicamente el mal uso que ha hecho de su albedrío es quien lo tiene apartado del bien que tanto desea. No obstante, le acompaña la esperanza de alcanzarlo, porque empieza á distinguir que para ello solo necesita poner en práctica el amor.

Ved el contraste entre la sabiduría y la ignorancia.

Dios, sabiduría infinita que ha impuesto á su creacion la ley de progreso, no tiene necesidad de castigar al que por el extravío de una voluntad ignorante trata de apartarse de esta ley. Bástale para que el que hace mal uso de su libertad se corrija, haber dispuesto en su justicia que cada quien sea el artifice de sí mismo.

La criatura se aparta voluntariamente del bien; pero como su voluntad no es infinita para poder seguir eternamente por caminos extraviados, viene un momento en que

se cansa, y por su mismo albedrío vuelve al cumplimiento de la ley que le ha impuesto la Voluntad Inmutable.

Debe pues comprender el hombre que cualquier sufrimiento que experimente no es un castigo impuesto por Dios, como generalmente se cree, para que expie sus culpas ó probar su virtud.

El fundamento de esta creencia no tiene mas base que la ignorancia de la criatura que la prohija; pero se engaña el que tal suposición hace. Dios es infinito en perfecciones, y por lo tanto, muy injustamente y en vano trata el hombre de poner límites á su amor.

Debe sentarse, pues, un principio que disipe la falsa creencia que se tiene de la justicia divina y es: **Todo cuanto la criatura sufre es solo originado por su misma naturaleza que, viniendo del no ser, necesita del estímulo que le impulse á elevarse marchando sin cesar hácia el Ser Absoluto.**

*
* *

Por mas empeño que de mi parte ponga para hacer ver que en Dios no existe el castigo, porque es el **Infinito Perfecto**, pudiendo aventurarme á decir que su mismo Ser y perfecciones no son sino la plenitud del amor, siempre la ignorancia de la criatura encontrará que el Criador no ha hecho las cosas bastante bien.

Mas esto mismo es una confirmacion de que la Sabiduría Infinita existe, pues la vemos manifestada en el espíritu del hombre con el deseo inagotable de mayor felicidad, la que solo Dios posee en absoluto; pero siendo este el punto á que aspira la humanidad, eternamente será para el hombre un aliciente que le impulsará á seguir de continuo, la ley infinita de progreso.

Creo que todo lo que tan extensamente he venido exponiendo será suficiente para hacer comprender que mi objeto, al desarrollar lo que he llamado mi doctrina y que no es sino la interpretacion fiel de las enseñanzas de mi amado hijo Jesus, solo se reduce á hacer visible el error y arrancar de raíz el falso amor que se tiene á los goces materiales y á las prácticas que ofuscan la inteligencia, y á que el espíritu humano no sienta mas necesidad que la de un deseo vivísimo de recibir el amor divino.

Si mi afan es correspondido diré á todos los que experimenten este deseo, que en ellos he cumplido el primer deber de la madre, que es el de darles la vida feliz del espíritu, haciéndolo capaz de recibir las emanaciones del Infinito Amor.

Esto equivale á decir, que quedan hechos amantes hijos del Padre Celestial y hermanos de Jesucristo, porque de adoptivos míos que eran, han pasado á ser hijos legítimos.

Ahora solo me resta el deber de daros el primer alimento para que no perdais la vida que os he dado.

III.

Siendo el amor la facultad que sirve de base al espíritu para su progreso moral, cuando siente sus primeros movimientos no sabe como dirigirlos.

Pero bien pronto vienen en su ayuda nuevas facultades siendo la primera que se inicia el sentimiento de justicia que es inmediatamente seguido por el de prudencia, á los que se suceden la fortaleza y templanza.

En posesion el espíritu del amor y acompañado de las

se cansa, y por su mismo albedrío vuelve al cumplimiento de la ley que le ha impuesto la Voluntad Inmutable.

Debe pues comprender el hombre que cualquier sufrimiento que experimente no es un castigo impuesto por Dios, como generalmente se cree, para que expie sus culpas ó probar su virtud.

El fundamento de esta creencia no tiene mas base que la ignorancia de la criatura que la prohija; pero se engaña el que tal suposición hace. Dios es infinito en perfecciones, y por lo tanto, muy injustamente y en vano trata el hombre de poner límites á su amor.

Debe sentarse, pues, un principio que disipe la falsa creencia que se tiene de la justicia divina y es: **Todo cuanto la criatura sufre es solo originado por su misma naturaleza que, viniendo del no ser, necesita del estímulo que le impulse á elevarse marchando sin cesar hácia el Ser Absoluto.**

*
* *

Por mas empeño que de mi parte ponga para hacer ver que en Dios no existe el castigo, porque es el **Infinito Perfecto**, pudiendo aventurarme á decir que su mismo Ser y perfecciones no son sino la plenitud del amor, siempre la ignorancia de la criatura encontrará que el Criador no ha hecho las cosas bastante bien.

Mas esto mismo es una confirmacion de que la Sabiduría Infinita existe, pues la vemos manifestada en el espíritu del hombre con el deseo inagotable de mayor felicidad, la que solo Dios posee en absoluto; pero siendo este el punto á que aspira la humanidad, eternamente será para el hombre un aliciente que le impulsará á seguir de continuo, la ley infinita de progreso.

Creo que todo lo que tan extensamente he venido exponiendo será suficiente para hacer comprender que mi objeto, al desarrollar lo que he llamado mi doctrina y que no es sino la interpretacion fiel de las enseñanzas de mi amado hijo Jesus, solo se reduce á hacer visible el error y arrancar de raíz el falso amor que se tiene á los goces materiales y á las prácticas que ofuscan la inteligencia, y á que el espíritu humano no sienta mas necesidad que la de un deseo vivísimo de recibir el amor divino.

Si mi afan es correspondido diré á todos los que experimenten este deseo, que en ellos he cumplido el primer deber de la madre, que es el de darles la vida feliz del espíritu, haciéndolo capaz de recibir las emanaciones del Infinito Amor.

Esto equivale á decir, que quedan hechos amantes hijos del Padre Celestial y hermanos de Jesucristo, porque de adoptivos míos que eran, han pasado á ser hijos legítimos.

Ahora solo me resta el deber de daros el primer alimento para que no perdais la vida que os he dado.

III.

Siendo el amor la facultad que sirve de base al espíritu para su progreso moral, cuando siente sus primeros movimientos no sabe como dirigirlos.

Pero bien pronto vienen en su ayuda nuevas facultades siendo la primera que se inicia el sentimiento de justicia que es inmediatamente seguido por el de prudencia, á los que se suceden la fortaleza y templanza.

En posesion el espíritu del amor y acompañado de las

nuevas facultades que acabo de enumerar, encuentra en ellas, para sus primeros pasos, los consejeros que deben guiarlo.

¿Qué sería del amor sin ir acompañado de la justicia que debe distribuirlo, y de la prudencia que debe ordenarlo enfrenando las pasiones? ¿Qué sería, digo, sin la fortaleza que debe hacerlo fructificar aun á costa del sacrificio propio, y de la templanza que debe darle su verdadera direccion apartándolo de la gula y de la lascivia?

Para practicar el amor, preciso es ántes conocerlo. ¿Qué es, pues, el amor?

Es un sentimiento sublime por el cual se produce y se unifica la creacion.

Voy á explicarme: La creacion se produce por un acto del amor divino, por lo que me parece ocioso decir que Dios la ama, y se unifica por la mutualidad, es decir, que la criatura debe retornar el amor que recibe del Criador, lo que constituye una verdadera unificacion.

De modo, que siendo el Ser Increado el manantial primitivo de amor, es el punto hacia donde debe dirigirse el amor del ser criado.

¿Cual es ó cómo debe manifestarse el amor que la criatura profesa al Criador?

—Primeramente por el agradecimiento, y cuando al tender la vista en torno de sí se encuentra en el punto mas culminante de la escala entre los seres terrestres, esto es, en el reino hominal, debe gobernarse de tal manera en virtud de que la sociedad le es necesaria para su progreso y bienestar, que si quiere ser bien tratado por sus hermanos, es preciso que obre con ellos como quisiera que con él obraran.

La sociedad actual, aunque cuenta con algunas excep-

ciones, desconoce el amor práctico si bien no ignora su teoría. Conoce la flor; pero no procura el fruto.

Es cierto que hay algo en sus acciones que esparce el perfume de la caridad; pero este está muy léjos todavía de convertirse en abundante semilla para alimentar á los hambrientos de felicidad.

¿Cual es el principal ó mas bien dicho, el único medio para alcanzarla?

—Este se encuentra en la práctica de la verdad y del bien; y como esta no se alcanza sin amar una y otro, de aquí que la necesidad primera sea el amor, de donde se deduce, que la caridad no consiste en la limosna sino en el sentimiento de abnegacion, el cual debe guiar todos los actos de la vida.

La caridad no solo se ejerce con los que se encuentran en la indigencia material, sino con todas las clases sociales.

Decidme, sino, ¿quién es aquel que no necesita de la caridad, cuando es tan indispensable para el millonario como para el infeliz, para él que se cree sabio, porque conoce las especulaciones de las ciencias naturales, como para el ignorante?

Cuanto mas juzgan los hombres hallarse á cubierto de las exigencias materiales, mas léjos están de poseer la verdad, que es la mas indispensable para subvenir á las primeras necesidades del espíritu.

La verdad es el don mas precioso que el Criador ha concedido á la criatura; pero como Dios ha dado al hombre una voluntad propia, es fuerza advertir que el que desea hacer de la verdad una posesion de su alma, tiene que procurarla por sí mismo.

Hay muchos á los que parece no les hace falta la verdad, segun la indiferencia con que la ven ó el poco caso

que le hacen en todo; pero si me es dado expresarme así, diré: que este desprecio no es efecto de su propia voluntad, es decir, no están decididos á no querer sus luces, sino que la ignorancia de su necesidad para adquirir el progreso espiritual les hace no ir en busca de ella.

Aquí es donde queda el campo abierto para que los que la procuran para su perfeccionamiento, hagan partícipes á sus hermanos de aquella que han alcanzado; pero esta es la ocasión tambien en que deben hacerse uso de las facultades mencionadas ántes, para que la semilla no se pierda.

La prudencia para saber como y á quien se dá; la justicia para repartir con equidad; la fortaleza para no temer el daño que puede sobrevenir, y la templanza para que el ejemplo no sea contrario á la palabra.

La verdad solo puede descender á aquellos que están poseidos del espíritu de amor y ponen los medios necesarios para alcanzarla.

El bien conocido es una verdad, y á su práctica no interrumpida debe seguir el conocimiento y el goce de un bien mayor.

La aspiración incesante de la humanidad es la felicidad porque tiene la conciencia que aquella es un bien, y como al mismo tiempo se quiere que sea inmediata al deseo, por eso el hombre sacrifica el bien eterno cuando cree que puede conseguir la satisfaccion de algunos goces temporales que á su parecer le deben hacer feliz.

Pero hay un error craso en hacer una separacion absoluta entre lo temporal y lo eterno. Esto depende de la falsa

creencia que se tiene de que la presente vida es muy diferente de la otra.

Se espera encontrar en la eternidad una dicha inmutable para cuya adquisicion basta que en esta corta existencia se hayan llenado ciertos requisitos, entre los que se consideran mas meritorios aquellos que unidos á la práctica de alguna virtud ó á las austeridades y demas sacrificios que se conocen con el nombre de una vida penitente, constituyen lo que se llama santidad.

Pero como se ha repetido hasta la saciedad que esta no la puede alcanzar sino el que ha recibido una gracia especial de la Divinidad, de aquí que muy pocos aspiren á conseguirla.

Luego le sigue á este estado de santidad una vida arreglada que consiste en no hacer el mal, y que en muchos forma la opinion de que esta es toda la virtud que puede atesorar la parte de la humanidad que, mas numerosa que la anterior, no cree haber recibido la gracia que santifica.

Viene despues la generalidad que, en la parte que no es del todo indiferente á las prácticas religiosas se conforma en observar aquellas de puro rito que Roma ha impuesto, y algunas otras devociones, creidos en que por estos medios se gana la gloria, esperando en Dios que les hará la gracia de concederles una buena muerte.

Segun creen los Romanistas, el bien morir consiste en que cuando se pierde la esperanza de conservar la vida, se llama un sacerdote á quien se le divulgan las culpas, cuyo acto debe ir acompañado de un arrepentimiento de haber pecado; pero sepan que en este momento dificilmente se logra la contricion, que es el arrepentimiento por amor, máxime cuando han vivido acostumbrados á temer á Dios mas que amarlo.

Igual cosa esperan los cristianos indiferentes: mas á todos los que esto aguardan y adoptan tal sistema de vida, les quiero preguntar: ¿Creen que la Divinidad es juguete de las criaturas? Cuando pasan la vida entregados con mayor ó menor vehemencia á los vicios, haciendo solo de uno en otro periodo un simulacro de enmienda por medio de la confesion, ¿pueden siquiera argüir que este es todo el bien que han podido practicar?

No son exageradas mis apreciaciones, pues no merece otro nombre que el de simulacro el reiterado arrepentimiento que no alcanza á mejorar las costumbres de los que practican aquel acto, ni es bastante para corregir algunos de los vicios mas arraigados y perjudiciales.

Ved aquí el motivo por el cual vengo combatiendo tanto la exterioridad en las prácticas religiosas, pues la mayoría de los que las observan creen que con ellas se les ha de conceder por gracia lo que solo se consigue por justicia.

Pero sepan los que tal creen que al Ser Supremo no se le puede engañar ni hacer cambiar sus decretos con vanas fórmulas, y que no hace un regalo de la felicidad eterna, sino que la tiene establecida en sus leyes inmutables para cada criatura en particular lo mismo que en colectividad. El hombre solo puede gozar de la dicha que él mismo se proporcione, la que solo es legítima y verdadera en la práctica del amor mútuo.

Sean, además, que la vida eterna que les espera no es distinta de la que en el presente gozan, porque si bien es cierto que su actual organismo debe dejar de funcionar, no sucede lo mismo con el espíritu, que aun estando en este mundo se encuentra en la eternidad de su ser.

De este modo de estar en la vida eterna, se deduce: que los que atesoran bienes para la vida corporal los

pierden con la muerte, y que solo constituyen un tesoro imperecedero, los bienes espirituales.

No es mi propósito estimular el progreso en el amor por la amenaza ni por la promesa: solo quiero que se examine el edificio que levanta la humanidad sobre la base que le corresponde á cada una de estas dos felicidades. Expreso en una, la que está cifrada en los goces perecederos del cuerpo, y en la otra los que solo son del espíritu inmortal.

Demasiado conocido es el modo con que la humanidad edifica sus moradas las que siempre se procura que tengan solidez; pero el mayor número de los hombres no quiere comprender que por muy fuertes que las construyan, atendiendo á que todo tiene fin, es como si tuvieran por cimiento la arena mas deleznable.

En el mismo caso se encuentran aquellos que todo lo esperan del capital, pues este por muy afianzado que se tenga, su seguridad es como la de una débil flama que se expusiera á un huracan.

Tan cierto es así, que lo inesperado de la muerte los ha de privar de toda su fortuna; y si dicen que no la acumulan para sí sino para procurar la felicidad de su familia, tambien esta se encuentra en el mismo peligro de perderla.

En cambio, el que edifica en su espíritu construye sobre una roca inquebrantable, porque siendo el espíritu inmortal y la virtud indestructible, su riqueza no solamente es incabable sino que jamas podrá perder ni la mas pequeña parte de lo adquirido.

En las palabras que preceden, no intento ensalzar el ascetismo ni combatir el progreso material; mi deseo es que el espíritu humano no tome un apego nocivo á los bienes terrestres y perecederos, para que comprendiendo el poco valor que estos tienen ante la vida eterna del alma, esté

pronto á sacrificarlos todos ántes que consentir el mas leve quebranto en la virtud.

Este es el caudal del espíritu, el cual no debe ser visto jamas con indiferencia y mucho ménos por lograr una satisfaccion material que, por muy duradera que parezca, es demasiado corta ante lo infinito que le está asignado á los bienes del espíritu, los que todos se sintetizan en el amor.

Veamos ahora el modo de capitalizar los bienes de amor, para lo que son un poderoso auxilio las cuatro facultades mencionadas ántes: justicia, prudencia, fortaleza y templanza, las que se desarrollan practicando tan sublime sentimiento.

La primera facultad, la justicia, sirve para grabar en la conciencia del hombre que ningun sufrimiento pesa sobre él como una prueba ó castigo impuesto por su Criador, sino como consecuencia de la ley de progreso la cual obedeciendo la voluntad de la Sabiduría Infinita, determina que solo pueda poseer el bien aquel que lo conquista.

Para lograr esta posesion se debe unir al deseo de felicidad los medios que á ello conducen. Uno de los mas poderosos es la prudencia, precursora de la felicidad.

Tomad empeño decidido por desarrollar esta facultad, es decir, sed prudentes de palabra, pensamiento y obra, y esta será el preventivo contra todas las discordias y actos de violencia.

En un principio quizá se haga sentir la prudencia despues de haber estallado la cólera; pero lentamente este defecto será dominado, y no habrá despues poder que sea bastante para conmover al espíritu que esté revestido de prudencia; y cuando esta facultad en su desarrollo alcanza la humildad, entónces el orgullo, padre de la soberbia, ha-

brá desaparecido del catálogo de los vicios.

Venced de una vez este enemigo formidable del amor, el mayor de todos, puesto que miéntras tan terrible vicio domine al espíritu, la paz será siempre una palabra sin sentido.

Nada significa el amor ante un espíritu soberbio, pues no hay prenda ni ser amado que en un acto de ciego furor no sea tronchado como debil caña, llegando hasta herir su propio cuerpo á falta de otro objeto en quien saciar su encono.

Por lo tanto, la tranquilidad del alma, que debe ser la precursora de la felicidad, no puede existir miéntras la prudencia y humildad no extirpen el orgullo, del cual proceden la ira y la cólera, enemigos irreconciliables de la paz.

Para el prudente y humilde no hay injuria que pueda alcanzarle, pues solo ve en el que trata de dirigírsela una debilidad perdonable, ocasionada por la ignorancia de los bienes que trae consigo la práctica del amor.

Cuando el soberbio se excede y llega con sus hechos á maltratar y aun á causar la muerte al ser en quien sacia su ira, ante el humilde no solo es merecedor del perdon sino que viendo en su amor la pequeñez de aquel que no sabe lo que hace, pide y desea que la luz divina disipe las tinieblas de su entendimiento, haciéndole conocer que la felicidad solo en el reino del amor se alcanza.

No me es desconocido el poder del orgullo en la humanidad terrestre; este es el hijo predilecto de la ignorancia la que no ha podido arrojar el hombre todavía léjos de sí por impedirselo la soberbia, cuyas ramas se bifurcan envolviendo y oprimiendo con poderoso lazo su ser.

Por esto es que me propongo llamar vuestra atencion de la manera mas enérgica que me es posible sobre un asunto

que es, por decirlo así, la cadena mas poderosa que esclaviza al espíritu teniéndolo fuertemente atado á los halagos de la materia, siendo su nudo tanto mas difícil de romper en cuanto ménos hace sentir su poderosa ligadura, que se envuelve y disimula perfectamente bajo el falso y ostentoso manto que impropriamente se llama dignidad.

No se vaya á interpretar por esto que la humildad es la bajesa, antítesis de aquella, porque entendedlo bien: se puede ser humilde y muy digno, y soberbio sin decoro.

La humildad jamás se rebaja á mendigar, y no merecen otro calificativo todos aquellos medios que pone en juego el hombre para conseguir lo que á él le parece grandeza, siendo así que solo es una falsa ostentacion de lo que no le pertenece.

Tampoco la humildad encuentra satisfaccion en la lisonja, pues sabe demasiado lo que merecen los que tan poco aprecio hacen de la verdadera dignidad, la cual destruyen con la adulacion ante los poderosos, para retornarse soberbios con los infortunados.

La dignidad humana, oidlo bien y poned atencion á mis palabras, consiste en ser humilde.

La dignidad es la realidad, no la apariencia, porque ¿de qué le sirve al hombre aparentar ser digno, si ante sus propios ojos no lo es?

Solo una conciencia limpia es la que da elevacion al hombre, es decir, aquella trasparencia de virtud sin manilla que no la enturbia ni el mas lijero cieno del orgullo.

La humildad empieza por empequeñecer al ser y aligerarlo.

El humilde se considera ante sus propios ojos como un átomo perdido en la inmensidad; no osa levantar su voz ni ante el ser mas miserable porque le consta su excesiva pe-

queñez; su peso es nulo en la balanza de las grandezas humanas.

Por eso es que se eleva con mas ligereza que el hidrógeno comprimido por la atmósfera terrestre. La tierra no es su centro: sus congéneres están en las regiones hácia donde dirige su espíritu, en las que todo es ligero, y consigue la paz precursora de la felicidad.

Recordad las palabras de Cristo cuando decia: **En el reino de Dios el menor será el mayor.**

IV.

La moral es la práctica del amor: por lo tanto, no pueden ser calificados como verdaderos actos morales sino aquellos que tienen su origen en alguna de sus manifestaciones.

La prudencia es un acto moral, porque los que la poseen se sienten obligados por el amor que profesan á su prójimo, á tolerar todo aquello que si bien algunas veces solo es molesto, en otras llega hasta lo perjudicial.

El prudente aun cuando tiene toda la razon de su parte la sacrifica en aras del bien que desea á sus hermanos, y no se arredra ante la crítica que tal accion puede merecer, mal juzgada por una sociedad que lo pesa todo por el criterio de añejos y arraigados errores.

Por el mismo amor, se conforma en ser la víctima de la murmuracion, que burlándose de su sacrificio, lo presenta cuando ménos como un cobarde y tonto, sin tener en cuenta otra multitud de calificativos considerados como deshonorosos por todos aquellos que en su pecho no arde el fuego de la abnegacion.

Pero ¿en qué consiste el valor? ¿Cual es la sabiduría de los que tales reproches lanzan sobre el que prefiere ser la víctima y no el verdugo, dando pruebas con esto de un valor el mas heroico?

Juzgando con sano criterio, decidme: ¿Cuando se muestra mas entereza, haciendo aquellas acciones que son por muchos aplaudidas solo por que se ajustan a sus preocupaciones, ó contrariando estas obedeciendo á un sentimiento de amor que, en el seno de la verdad, tiende incesantemente al bien de los demas?

¿Se debe seguir siempre el camino de la injusticia que es el que sigue el poderoso oprimiendo al débil—esto en cuanto á lo material—ó se debe hacer comprender que la moral está sobre todo poder?

En lo moral la prudencia es tan poderosa que, cuando está bastante desarrollada en el espíritu, ninguna fuerza física es capaz de vencerla; y cuando alcanza la plenitud de su progreso se llama humildad. Esta hace pequeño al hombre ante sí mismo; pero ante la adversidad y la injusticia su accion es tan enérgica que lo mantiene inalterable.

Veamos como se desarrolla esta fuerza.

El verdaderamente humilde conoce su pequeñez, se considera débil para llevar á cabo toda accion trascendental; porque siempre siente en su conciencia que nada posee.

No ignora, ademas, que vive en una sociedad materializada y positivista que ha dado á la costumbre la fuerza de ley, y que no conformes muchos individuos con la costumbre lo posponen todo á la conveniencia personal.

La fuerza, pues, que desea y procura adquirir el humilde no puede hallarla en una sociedad como á la que está ligado; pero como en medio de esta existe la religion, á ella dirige su vista como el navegante hácia el puerto donde

espera encontrar la seguridad. Mas ¡oh fatalidad! La religion que es una, se encuentra multiplicada en sectas, muchas de ellas intolerantes, por el orgullo y la ignorancia de los hombres; lo que hace que tampoco allí encuentre la fuerza que necesita para practicar con valor sus sentimientos, porque apesar de que estos tienen su origen en el amor, todas ellas condenan sus acciones tan solo porque no se ajustan á sus prescripciones de rito.

¿Qué hacer el débil en esta situacion? Si no quiere trocarse en soberbio despreciando los demas credos y suponerse que está en el seno de la religion verdadera, como un privilegio concedido por Dios, debe investigar la verdad de su creencia.

Pero como el humilde reconoce la falibilidad de su criterio, se anonada ante su pequeñez y solo se siente fortalecido invocando al Ser Fuerte. Eleva su alma al Infinito Perfecto al que primero llama Dios y despues Padre, cuando lo contempla en su interior como al autor de todo lo que existe.

Desde este momento ¿qué puede temer cuando Dios responde á su llamamiento dándole la virtud sublime de la fé?

¡Fé, virtud, luz, conocimiento intuitivo de la Divinidad! ¿porqué te representan ciega? ¡Ah esta es una de las aberraciones de secta.!

Eres ciega, en verdad, para los que te quieren hacer encubridora del absurdo; pero para los que verdaderamente le han recibido eres la vista del alma, la única con que á las criaturas finitas les es dado contemplar las perfecciones infinitas de nuestro Dios.

La fé, es, pues, la fuerza inquebrantable del humilde, porque se apoya en el amor infinito que reconoce en Dios, y unida á la humildad, es la virtud que ademas de hacernos

conocer nuestra pequeñez, nos muestra con toda claridad la fealdad en que nos tiene la imperfeccion de la soberbia.

Cuando estamos convencidos de que nada somos y advertimos que estamos llenos de defectos, nos sentimos anadados ante la bondad del Infinito Ser.

Entonces es cuando empezamos á sentir el don de piedad cuya primera manifestacion es el agradecimiento que debemos al Padre Celestial, y el que nos infunde una sincera veneracion hácia nuestro Criador.

Este don nos obliga á rendirle como culto todo nuestro amor; y como á Dios no se le puede ver sino con los ojos de la fé, es claro que al sentimiento de piedad debe estar unida tan subime virtud.

V.

Siendo el amor el manantial de donde emanan todas las acciones morales, debe ser inmediatamente seguido del sentimiento de justicia, porque este es necesario para medir y pesar nuestras acciones, formando un recto criterio y una calificacion severa que separe los actos morales de los que no lo son.

Tomemos la balanza de la justicia y pongamos en uno de sus platillos el amor. Todo lo que se ajuste á este peso será lo verdaderamente moral y por consiguiente bueno, y todo lo contrario malo é inmoral.

No podemos alegar ignorancia en el peso, pues este debe ser siempre el mismo que quisieramos para nosotros.

Dadas las razones que preceden se comprende que el espíritu que desea seguir la senda del progreso moral, que

es la que conduce á la verdad y al bien por la práctica del amor, debe tener siempre ante sí la balanza de la justicia.

No debe fijarse jamas si el bien que hace es demasiado ó de un mérito excesivo, pero si pondrá mucho cuidado que su amor en ningun caso sea vencido.

Esta es la razon por la cual el sentimiento de justicia debe ser en seguida acompañado del de prudencia, pues este es necesario para no estar expuesto á continuas fluctuaciones, que vendrian precisamente, cuando en la balanza mencionada se pusiera en el platillo contrario al que está el amor; el desprecio, la crítica, la burla, el insulto, la inconsecuencia, la injusticia y aun la muerte.

En todos estos casos el espíritu prudente debe estar siempre aumentando mas y mas la dosis de amor, para que ningun otro peso sea capaz no solo de superarlo, pero ni aun de igualarlo.

De aquí se deduce: que el amor debe ser sin medida y que solo está en el deber de tazarlo con igualdad, el que tiene la obligacion de administrar justicia.

* * *

Ya he procurado explicar de que modo la prudencia alcanza la humildad, don especial de la Verdad Infinita, mas debo advertir que esta es una virtud; y aunque toda la naturaleza—y por consiguiente nuestro propio ser—es un don del Padre Celestial para la criatura, lo es aquella en un grado mucho mayor.

Este es como si se dijera el acto por el cual el Criador donándonos la virtud nos hace partícipes de su propio Ser, pues esta nos hace mas semejantes á Dios, asimilándonos una parte cada vez mas valiosa de su perfeccion en cuanto mas mérito tiene el grado de virtud que nos apropiamos.

conocer nuestra pequeñez, nos muestra con toda claridad la fealdad en que nos tiene la imperfeccion de la soberbia.

Cuando estamos convencidos de que nada somos y advertimos que estamos llenos de defectos, nos sentimos anonadados ante la bondad del Infinito Ser.

Entonces es cuando empezamos á sentir el don de piedad cuya primera manifestacion es el agradecimiento que debemos al Padre Celestial, y el que nos infunde una sincera veneracion hácia nuestro Criador.

Este don nos obliga á rendirle como culto todo nuestro amor; y como á Dios no se le puede ver sino con los ojos de la fé, es claro que al sentimiento de piedad debe estar unida tan subime virtud.

V.

Siendo el amor el manantial de donde emanan todas las acciones morales, debe ser inmediatamente seguido del sentimiento de justicia, porque este es necesario para medir y pesar nuestras acciones, formando un recto criterio y una calificacion severa que separe los actos morales de los que no lo son.

Tomemos la balanza de la justicia y pongamos en uno de sus platillos el amor. Todo lo que se ajuste á este peso será lo verdaderamente moral y por consiguiente bueno, y todo lo contrario malo é inmoral.

No podemos alegar ignorancia en el peso, pues este debe ser siempre el mismo que quisieramos para nosotros.

Dadas las razones que preceden se comprende que el espíritu que desea seguir la senda del progreso moral, que

es la que conduce á la verdad y al bien por la práctica del amor, debe tener siempre ante sí la balanza de la justicia.

No debe fijarse jamas si el bien que hace es demasiado ó de un mérito excesivo, pero si pondrá mucho cuidado que su amor en ningun caso sea vencido.

Esta es la razon por la cual el sentimiento de justicia debe ser en seguida acompañado del de prudencia, pues este es necesario para no estar expuesto á continuas fluctuaciones, que vendrian precisamente, cuando en la balanza mencionada se pusiera en el platillo contrario al que está el amor; el desprecio, la crítica, la burla, el insulto, la inconsecuencia, la injusticia y aun la muerte.

En todos estos casos el espíritu prudente debe estar siempre aumentando mas y mas la dosis de amor, para que ningun otro peso sea capaz no solo de superarlo, pero ni aun de igualarlo.

De aquí se deduce: que el amor debe ser sin medida y que solo está en el deber de tazarlo con igualdad, el que tiene la obligacion de administrar justicia.

* * *

Ya he procurado explicar de que modo la prudencia alcanza la humildad, don especial de la Verdad Infinita, mas debo advertir que esta es una virtud; y aunque toda la naturaleza—y por consiguiente nuestro propio ser—es un don del Padre Celestial para la criatura, lo es aquella en un grado mucho mayor.

Este es como si se dijera el acto por el cual el Criador donándonos la virtud nos hace partícipes de su propio Ser, pues esta nos hace mas semejantes á Dios, asimilándonos una parte cada vez mas valiosa de su perfeccion en cuanto mas mérito tiene el grado de virtud que nos apropiamos.

Dios hace de ella un don continuo é infinito, y para convertirla en posesion nuestra solo se necesita recibirla, esto es, no practicar actos contrarios á sus prescripciones. Ya en este estado con facilidad podemos alcanzar su propiedad, haciéndola parte del propio ser individual.

Esto equivale á decir que es preciso individualizar la virtud, identificándonos con ella, hasta lograr que sea inseparable de nuestro yo inmortal.

Las facultades del espíritu, lo mismo que las virtudes, son las unas auxiliares de las otras. De modo, que se necesita la accion simultánea de todas ellas para obtener un verdadero adelanto.

Pero hay la necesidad de hacerlas conocer sucesivamente y marcar el enlace que tienen entre sí, dando la preferencia, al mencionarlas, á aquellas sin las cuales no podrían ejercerse las demas.

Esta es la razon por lo que me veo en la precision de presentarlas no con el orden que se las ha asignado hasta ahora, sino del modo que se van sucediendo en el espíritu del que trata de poseerlas.

El amor es la ley ante la cual tiene el espíritu humano que presentar sus acciones; la conciencia es el acusador.

El sentimiento de justicia tiene que fallar, y siempre que aquellas no hayan tenido por móvil el amor, la humildad nos las presentará como contrarias del bien. Entónces el primer deber del hombre es combatir las hasta su total extirpacion.

El amor debe manifestarse íntimamente unido con todas las virtudes, pues de su inseparable union es de donde nace la moral, y cuando este sentimiento se inclina al bien y hácia la Verdad Absoluta, infunde la fe en el alma del que desea poseerlas.

La fe es una virtnd que para afianzarse necesita unirse

con la esperanza, pues siendo la primera la que nos conduce á conocer las perfecciones de la Divinidad, este conocimiento no puede conseguirse sin tener la intuicion de alcanzar lo que la fe nos muestra como el Bien Sumo.

Toda verdad para ser invulnerable debe tener un fundamento y una prueba. Como fundamento el raciocinio, como prueba las manifestaciones de la naturaleza.

Se me dirá que la fe debe ser ciega y que pierde su carácter esencial si deja de serlo; mas deben advertir los que tal cosa digan, que el raciocinio que declaro como necesario de ninguna manera es aquella, sino su apoyo.

Esta es la base en que debe descansar, y estad seguros que la fe será tanto mas firme en vuestro espíritu cuánto mas sólido sea su fundamento, pues es sabido que de la firmeza del cimiento depende lo inquebrantable de toda construccion.

Los enemigos de la razon humana son aquellos que la temen porque mina por su base los edificios que han levantado á su soberbia, en los cuales no procuran deificar la virtud sino sus preocupaciones que, apoyadas en un falso raciocinio nacido de la errónea interpretacion de las Escrituras, les ha conducido hasta el punto de abrogarse un atributo exclusivo de la Divinidad.

La infalibilidad es el baluarte tras el cual han creído poder resistir á los avances del progreso; pero no será bastante para detener el huracan de verdad.

Y digo huracan, por que no será la brisa de una verdad que no pueda arrasar los obstáculos que traten de poner á su paso, sino que á pesar de la decidida oposicion tiene que abrirse camino y triunfar de todos los poderes humanos.

Jamas podrá ser cierto que la luz tema á la razon humana, por lo mismo que esta es finita y la verdad absoluta.

Se ha dicho que de la discusion nace la luz y es cierto, mas como á muchos les convienen las tinieblas, por eso huyen de la discusion que la razon promueve.

Que la razon humana está expuesta al error, ni yo ni otro ninguno podrá negarlo con fundamento; pero si esto es exacto, tambien lo es que la humanidad no poseé mas medio para alcanzar la verdad que el racionio.

Si este encuentra apoyo en las manifestaciones de la naturaleza será verdadero, y si no tiene ningun hecho natural que lo justifique será falso.

Muchas veces cuando la razon aspira al conocimiento de la verdad se engaña, aun que parece estar apoyada en algunos hechos; pero decidme: ¿en qué puede dañar á la verdad un falso racionio? ¿cambiará por esto su modo de ser?

No y mil veces no. Luego, el único perjudicado—si perjuicio puede haber en un error pasajero—será el que racionia partiendo de un punto falto de base.

¿Por qué, pues, tanta prevencion y anatema contra el racionalismo? ¡Ah! esto no es sino el temor á la verdad, mas debeis de advertir que á esta sola la temen los malhechores y aquellos que no se atreven á poner sus absurdos ante la vista de los hijos de la luz.

Sirviendo la razon como fundamento de la fe, esta será mas sólida cuanto mas bien fundada esté aquella. Y ¿qué sucederá si el racionio no es verdadero?—Que aquellos que pretenden haber alcanzado toda la verdad—lo que no es cierto—y afirman que su fe no se apoya en la razon, inmobilizando con ayuda de este error, el progreso religioso se verán abandonados aun de sus mas fervientes fieles.

Estos desertarán de la secta al no encontrar en ella nutritivo alimento para sus almas, ávidas de luz, y se alistarán en la religion universal.

Entónces los partidarios del *statu quo* se dispersarán, como los judios sin patria, hasta la renovacion del planeta, esto es, hasta el establecimiento del reinado del Espíritu de Verdad, en el que solo pueden encontrar dicha y felicidad los que pertenecen á la Iglesia católica, fundada por Cristo, sobre el amor de Pedro.

Los que tienen por fundamento de sus creencias la verdad progresiva, no porque su racionio sea falso se hundirá su fe por falta de base, pues estos procuran renovar constantemente el material que la constituye; y cada vez con el mayor conocimiento que puede alcanzar el que desea con anhelo ser iluminado. El cimiento de su fe, unido á la práctica de la virtud, se irá solidificando, hasta alcanzar la dureza que posee el amor, comparado, por Jesus, á una roca inquebrantable.

VI.

El hombre nace débil, el llanto es la primera manifestacion de su vida; sin los desvelos de la madre ¿bien pronto moriria. Tiene el instinto de tomar el alimento que se le da pero no puede proporcionárselo por sí mismo.

Solo ella es la que con ternura y cariñosa solicitud se encarga de reglamentar su nutricion, porque sabe que sin un cuidado esmerado no puede darle la fuerza que proporciona el alimento, aunque este sea sano y administrado con abundancia.

El niño cuando se atiende á sus necesidades se fortalece y desarrolla apareciendo bien pronto su sonrisa atraida por los halagos de aquella que le dió el ser, y su vida empieza luego á tener una manifestacion distinta á la del bruto. Esto

se debe á que el espíritu comienza á tomar posesion del cuerpo que le ha de servir para su progreso.

No es un simple azar el que determina esta union: el espíritu la efectúa por su voluntad y deseo, para llenar las necesidades é inclinaciones que le son propias, siendo estas distintas en cada criatura, segun su progreso realizado.

Muchas veces sucede que al poco tiempo el cuerpo muere quedando bien pronto libre el espíritu que lo eligió, mas esto—que no puede entrar en su prevision al tomarlo por morada—no es un entorpecimiento para él; pues el dolor que muchas veces acompaña á la enfermedad que ocasiona la muerte, es el que lo hace ir en busca de los goces verdaderos.

La impresion viva de los últimos dolores y el estado confuso é indeciso en que se encuentran muchos espíritus despues de abandonado el cuerpo, es á lo que algunos de ellos califican de expiacion; pero deberian comprender—si su ignorancia lo permitiera—que sin el sufrimiento no sentirian la necesidad de procurar el mayor bien.

Lo he dicho varias veces que el dolor no es ningun castigo sino la condicion de la naturaleza finita, y la Sabiduría Absoluta, en su infinito amor, ha dispuesto que sea el poderoso estímulo para que el hombre ame y procure la felicidad.

Una sola encarnacion, que se podria llamar vida infructuosa sino pudiera renovarse despues de haber habitado el planeta, no es bastante para que la humanidad adquiriera ni aun las primeras nociones del progreso.

De aquí dimana que no se comprenda todavía esa ley y que no sea admitida la doctrina que declara el perfeccionamiento sin fin de la criatura, por aquellos que no creen ni aceptan la pluralidad de las existencias del alma, como justo medio de depuracion.

La vida corporal le sirve al espíritu para despertar y poner en práctica el sentimiento de amor, pues este se aviva en presencia de los seres que en sus necesidades físicas lo reclaman, cuando estas traen algun sufrimiento.

El dolor es propiedad exclusiva del organismo, el espíritu solo siente falta de bien; pero este sentir es muy distinto al sufrimiento físico, pues los separa, en su modo de ser, una grandísima distancia.

Uno y otro son bien conocidos de la mayor parte de la humanidad, puesto que no ignora la horrible sensacion de un dolor agudo y la no ménos penetrante del sentimiento, que se origina por lo que se llama un pesar.

Con esto creo se comprenderá lo que trato de manifestar y es, que todo lo que es propiedad del organismo lo sufre el espíritu cuando está unido á él y que el pesar no afecta mas que al alma, ó lo que es lo mismo, solo ella lo siente.

He querido reseñar la diferencia que existe entre la sensacion que experimenta el espíritu cuando está encarnado y el sentimiento que la acompaña en estado libre, para que sea fructuosa la enseñanza de las virtudes que estoy desarrollando y procuro inculcar.

*
* *

Como la senda del amor es infinita, por ser la que nos conduce á Dios, el periodo de una vida terrestre es demasiado corto no solo para practicarlo, pero ni aun para comprenderlo.

La esperanza de ver el éxito de una empresa es la que conduce al hombre á ejecutarla, y ¿cúal podria ser el aliciente del espíritu que se propone la práctica del amor, sin la fe de llegar á poseer la virtud que es síntesis de todo bien?

Esta es la razon por lo que muchos no se sienten con la

fuerza necesaria para dar los primeros pasos y alcanzarla, pues careciendo de una y otra consideran aquella superior á sus fuerzas, resultando que á falta de méritos propios aguardan conseguir la bienaventuranza por gracia.

El bien en la virtud es infinito, porque es la escala que eternamente nos eleva hácia Dios. Así es que solo por una infinidad de etapas en la vida de la humanidad, puede la criatura ir connaturalizando el bien con su ser.

Sois muy pequeños en la vida de la perfeccion; pero no por eso desfallezcáis, ántes al contrario tomad el alimento que os da vuestra madre. Procurad nutrirnos de amor y no desmalleis si no podeis apropiaros todo el bien que podria daros una práctica exclusiva de mis enseñanzas. Esforzaos en corresponder á mis cuidados con las primeras sonrisas, que serán manifestadas, por vuestros primeros pasos en la senda de la virtud.

* * *

La fortaleza y templanza son tan necesarias al espíritu para su progreso moral, como lo son la justicia y prudencia; por que ninguna otra virtud seria posible alcanzar sin tener estas por base.

La fortaleza es la que sostiene al espíritu en sus decisiones para continuar en la práctica del amor, mas ¡quién lo dijera! que siendo este el camino que conduce al hombre á la verdadera felicidad, no parece sino que se trata de un gran sacrificio para seguir sus prescripciones.

Como si la ley que se ha impuesto á la humanidad fuera la mas fatigosa y difícil de cumplir, es necesario alentarla continuamente para que no falte á ella, mostrándole en perspectiva la mansion del bien á cuyo goce aspira incesantemente.

¿Por qué será el juicio de la ignorancia tan erróneo que supone hallar abrojos en donde solo hay flores, y donde reina el invierno mas desolador cree alcanzar una perpétua felicidad?—¡Ah! La razon de un juicio tan equívoco está en las pasiones entregadas al vicio.

¡Pobre humanidad, vuelve en tí! ¡Reconoce la senda por donde vas y mira que te apartas á cada momento de tu objeto!

Dime, ¿cual es tu ambicion? ¿qué es lo que incesantemente deseas? ¿no es tu bienestar y felicidad?—Pues si esto es así ¿por qué te apartas voluntariamente de ellas? Siempre que la satisfaccion de un vicio te vence ¿no sientes despues de saciado el hastio y la fatiga que te hace muchas veces pesada y aun fatigosa la vida?

Esto solo deberia ser bastante para hacerte repulsiva la caída en brazos del vicio, pero no es así; sino que infinidad de veces se busca mayor refinamiento en aquello que ya parece se ha hecho ordinario por frecuente, y que por lo mismo no satisface, esperando á conducirlo hasta lo excepcional, hasta la cúspide de la prostitucion, desde cuya cima se ve que aquello tampoco es el goce que se ambiciona, sino que muy léjos de satisfacer las aspiraciones del hombre ha estragado su naturaleza dejándolo débil y con enfermedades penosas, las que muchas veces le conducen á una muerte prematura.

¡Oh! es tan fácil caer en el potro del vicio dado el estado actual que guarda la sociedad en su modo de ser, que se va hácia él de una manera qua se puede llamar inconciente. Es tal el descuido con que se ve el desarrollo de la facultad denominada fortaleza, que no se sabe en que emplear una vida que no parece útil sino para los goces mundanos.

Esta es la razon porque no se busca la virtud ni se tiene

la fuerza para emprender y seguir su senda, haciéndose tanto mas difícil esta, cuanto mas natural es la pasión que en vicio se convierte.

Por eso es tan temible la lujuria, por que dimanando esta pasión de la ley de reproducción obliga al hombre á su cumplimiento por el estímulo del goce; pero bien se comprende que de esto al abuso hay una distancia tan grande como la que media entre la sana razón y la locura.

Tratamos del vicio que en la actualidad domina todavía con absoluta soberanía sobre el planeta, y que después de la soberbia es la que mayores estragos causa.

Parece que se ha querido hacer de este vicio una antítesis llamándole amor, pues es su oposición cuando no es el deber el que conduce al cumplimiento de la ley en el ser que forma la unión, y que bien puede ser amado.

La lujuria no sería tan nociva sino ocupara tanto el pensamiento de los que se entregan á ella y aun el de aquellos que les es desconocida por la obra, pues se encuentra muchas veces una alma prostituida en un cuerpo virgen, **así como puede darse el caso de contener un espíritu virgen un cuerpo que no lo sea.**

Sabed que no es el acto el que mancilla el ser espiritual sino el deseo, ese fuego incesante del lascivo que á cada momento le recuerda el goce y que le hace emprenderlo todo para saciarlo.

No hay antídoto ni razón bastante que pueda contener los impulsos del que está poseído de este vicio; le devora una ansiedad tan sojuzgadora que si tuviera la certeza de las tan mentadas llamas del infierno iría á ellas, antes que retroceder en sus instintos de lujuria,

Solo la templanza puede, por un desarrollo sucesivo, poner freno á tan terrible pasión. Por esto debe moderarse ante todo el pensamiento para que solo la imperiosa necesi-

dad de cumplir con la ley sea lo único que conduzca al hombre á la unión que debe regir el matrimonio, advirtiéndole que ni aun en este es legal la inmoderación.

La reproducción de la especie viene precedida de muchos estímulos por las cuales la naturaleza llama al cumplimiento de la ley. La misión del espíritu no está en contrariarla sino en cumplirla dentro del orden.

El hombre cuando está dominado por la sed de goce no tiene en consideración la ley, y por eso es que se entrega al vicio; pero si el espíritu en su aspiración al progreso trata de hacer uso de sus facultades y de desarrollar los buenos sentimientos que empiezan á germinar en él, puede poner medida á la pasión.

El vicio es un hábito de gozar inmoderadamente de lo que, en sus leyes varias, nos ofrece la naturaleza; y cuando este domina en el hombre lo ciega en tanto grado que casi anula su poder para oponerse á la consumación de aquellos actos á que se siente como arrastrado. Sin embargo, la fortaleza da señales de existencia tratando de que el espíritu se muestre señor y soberano de la materia, y como la templanza se manifiesta también, cuando este la desea, empieza, en este caso, la lucha tenaz contra la pasión.

El hombre siente las insituciones de la carne, y tratando de rendir su tributo á la ley de una manera legítima, busca el modo de satisfacerlas.

Conoce los caminos que con el calificativo de lícito é ilícito ha podido apreciar, y según la sociedad en que vive procura la sanción de sus actos en el matrimonio, el cual contrae bajo los ritos de la Iglesia ó ceremonias civiles del centro en que se halla.

Cuando el estímulo de la pasión—si no es el de otras miras mas ruines—es lo que lo conduce á tomar estado, cumple

con una ceremonia y se cree legalmente unido. Mas yo pregunto: ¿Cómo se considera lícita esta unión y ánte quien se trata de legalizarla? Si ha de ser ánte la sociedad, con la ceremonia civil ó religiosa está legitimada; pero si ha de satisfacer la propia conciencia y la moral del individuo, es preciso saber primero cuales fueron los móviles de su matrimonio.

Si este se verifica por amor á la progenie es de toda legitimidad, si por amor á la persona que ha de ser consorte y no con el fin de tener fruto es legítimo á medidas, por que no es la ley la que se desea satisfacer.

El matrimonio se funda en el cumplimiento de la ley de reproduccion, de modo, que su primera mira debe ser la familia. Por esto se debe buscar para verificarlo una persona á quien se ame con el fin de que el amor sea el lazo que una los conyugues y el que de proteccion á los seres que vienen al mundo sin que tengan que avergonzarse de su origen.

Cuando la union se efectua solo para satisfacer la pasion no hay matrimonio aunque aquella se verifique con multitud de ceremonias y se dé cumplimiento á todas las leyes humanas, y si se consuena tan solo por miras de mundano interés, es entónces la inmoralidad y abominacion encubiertas con el manto de la ley.

VII.

Los conocimientos que el hombre puede poseer para la aplicacion de las leyes naturales, se adquieren por la experiencia y la comprobacion, pero la ciencia llamada don del Espíritu de Verdad se consigue por la práctica del amor.

El estudio de la naturaleza conduce á la humanidad al

progreso material; la perfeccion espiritual se efectúa por el amor á la verdad, y como esta es la más real y estable que se conoce, de aquí la aspiracion incesante que se tiene de alcanzarla y poseerla.

En la creacion hay una necesidad que se hace palpable en los seres que forman la colectividad humana, y es la de saber hácia donde marcha en su progreso incesante; y como cada uno de sus individuos desea saber de donde viene y á donde vá, de aquí resultan los varios sistemas filosóficos y religiosos que existen entre los hombres.

Mas ¿cuál de ellos merecerá el título de verdadero siendo así que todos se proponen la solucion del mismo problema?

Conteniendo cada uno de ellos un número de verdades adquiridas en relacion á su estado de progreso, el mal no consiste en la diversidad de sistemas sino en que todos pretenden estar en posesion de la verdad absoluta, cuya pretension da origen á que aquellas se encuentran tan íntimamente ligadas con el error que parece imposible poder separarlas.

Sin embargo: nada más fácil que esto si para ello se tiene una voluntad perseverante en seguir la senda del progreso moral.

Revistiéndose del deseo de poner en práctica el amor, móvil y fin de toda virtud, vendrá sobre aquel que tenga los propósitos que acabo de indicar, el don de sabiduría, y este le hará separar en lo íntimo de su conciencia lo verdadero de lo falso.

La filosofía, como todas las ciencias humanas, no es una palabra vana. Ella busca, en la naturaleza, leyes que le sirvan de apoyo para establecer un sistema; pero debe advertirse que todo aquello que tiene un carácter exclusivista

con una ceremonia y se cree legalmente unido. Mas yo pregunto: ¿Cómo se considera lícita esta unión y ánte quien se trata de legalizarla? Si ha de ser ánte la sociedad, con la ceremonia civil ó religiosa está legitimada; pero si ha de satisfacer la propia conciencia y la moral del individuo, es preciso saber primero cuales fueron los móviles de su matrimonio.

Si este se verifica por amor á la progenie es de toda legitimidad, si por amor á la persona que ha de ser consorte y no con el fin de tener fruto es legítimo á medidas, por que no es la ley la que se desea satisfacer.

El matrimonio se funda en el cumplimiento de la ley de reproduccion, de modo, que su primera mira debe ser la familia. Por esto se debe buscar para verificarlo una persona á quien se ame con el fin de que el amor sea el lazo que una los conyugues y el que de proteccion á los seres que vienen al mundo sin que tengan que avergonzarse de su origen.

Cuando la union se efectua solo para satisfacer la pasion no hay matrimonio aunque aquella se verifique con multitud de ceremonias y se dé cumplimiento á todas las leyes humanas, y si se consuena tan solo por miras de mundano interés, es entónces la inmoralidad y abominacion encubiertas con el manto de la ley.

VII.

Los conocimientos que el hombre puede poseer para la aplicacion de las leyes naturales, se adquieren por la experiencia y la comprobacion, pero la ciencia llamada don del Espíritu de Verdad se consigue por la práctica del amor.

El estudio de la naturaleza conduce á la humanidad al

progreso material; la perfeccion espiritual se efectúa por el amor á la verdad, y como esta es la más real y estable que se conoce, de aquí la aspiracion incesante que se tiene de alcanzarla y poseerla.

En la creacion hay una necesidad que se hace palpable en los seres que forman la colectividad humana, y es la de saber hácia donde marcha en su progreso incesante; y como cada uno de sus individuos desea saber de donde viene y á donde vá, de aquí resultan los varios sistemas filosóficos y religiosos que existen entre los hombres.

Mas ¿cuál de ellos merecerá el título de verdadero siendo así que todos se proponen la solucion del mismo problema?

Conteniendo cada uno de ellos un número de verdades adquiridas en relacion á su estado de progreso, el mal no consiste en la diversidad de sistemas sino en que todos pretenden estar en posesion de la verdad absoluta, cuya pretension da origen á que aquellas se encuentran tan íntimamente ligadas con el error que parece imposible poder separarlas.

Sin embargo: nada más fácil que esto si para ello se tiene una voluntad perseverante en seguir la senda del progreso moral.

Revistiéndose del deseo de poner en práctica el amor, móvil y fin de toda virtud, vendrá sobre aquel que tenga los propósitos que acabo de indicar, el don de sabiduría, y este le hará separar en lo íntimo de su conciencia lo verdadero de lo falso.

La filosofía, como todas las ciencias humanas, no es una palabra vana. Ella busca, en la naturaleza, leyes que le sirvan de apoyo para establecer un sistema; pero debe advertirse que todo aquello que tiene un carácter exclusivista

pone sobre sí el sello del error, desde el momento que niega de una manera absoluta lo que sirve de base principal á otros investigadores.

Nada hay inútil ni cosa que sea capaz de producir un perjuicio que abarque la naturaleza entera. Así como por multitud de caminos se puede ir á parar en un mismo punto, de igual manera en filosofía por conceptos opuestos y contradictorios se llega al conocimiento de la verdad.

Cada filósofo concurre con su sistema á la formación de un gran edificio; mas como todos tratan de que solo el suyo contenga la última palabra del saber, caen irremisiblemente en el error de querer encerrar lo infinito dentro lo finito.

Por lo visto se comprende que no es prudente negar en absoluto ningún sistema filosófico, sino considerarlos todos como un testimonio de los muchos esfuerzos que hace el hombre para conseguir el gran fin de la verdad, que es la satisfacción de todo bien y de toda necesidad en el goce de una perpetua paz.

Cuando se camina por una senda escabrosa y con una luz que carece de firmeza, preciso es tomar todas las precauciones para no caer en el abismo.

No conociendo el camino que se sigue, se ignora, en este caso, hácia que punto se marcha en esa aspiración de llegar á su término; mas teniendo en cuenta la falibilidad humana para no confiar demasiado en sus afirmaciones y sabiendo al mismo tiempo que el hombre aunque pequeño está dotado de cierto poder investigador, no debe confiarse á ciegas en lo que dá como cosa cierta ni negar rotundamente la verdad que puede alcanzar en sus investigaciones.

En esta necesidad imprescindible de paz y bienestar que siente la humanidad, no hay más medio para satisfacerla que la práctica del amor.

He aquí la ciencia donada al que está convicto de esta verdad. Ella es la luz que evitará caer en el precipicio al que siga el camino del progreso si anda previsto de tan luminosa antorcha,

* * *

Cuando en la conciencia se percibe ó siente la lucha que las pasiones entablan con el espíritu tratando de arrastrarlo al vicio, puede advertir el hombre, que en los momentos en que reflexiona para oponerse á ser vencido, le asiste cierta rectitud de juicio que le deja ver con bastante claridad el pro y el contra de la acción que medita.

Las razones incuestionables que encuentra en su foro interno para no dejarse vencer, puede estar seguro que no son el fruto de su trabajo, sino que el don de entendimiento desciende á él y unido con el de fortaleza, le saca vencedor en la terrible lucha.

Por lo conocida que es la debilidad humana, cuando trata de oponerse á las pasiones, se ha creído que el hombre es una criatura degenerada por el pecado, lo que es un gravísimo y muy triste error.

Esta creencia es porque en épocas anteriores—en que era menos conocida la ley de progreso ó ignorado el principio de las manifestaciones de la naturaleza—no se sabía que la creación es el tránsito del no ser al ser. Descorrido el velo en este punto nada se ve mas natural que la falta de fuerza en el espíritu del hombre para ser el vencedor del ser material, hijo de las necesidades de la carne, el cual debe en gran parte su desarrollo y progreso al imperio de la ley que nos conduce á satisfacerlas.

Pero como sobre el desarrollo y progreso material está el del espíritu, que es el que gobierna y engrandece la hu-

manidad, por esto es que la Sabiduría Criadora hace dones al hombre de todo aquello que puede servirle para elevarlo por la práctica del amor, desde lo material y tangible, primero, á un mundo ideal de bienestar, para seguir despues, cuando ha sabido vencer, á moradas reales de inmarcesible felicidad.

Las luces cada vez más perfectas de la verdad conducen al espíritu humano á una especie de deificación, pues lo elevan sobre sí mismo y le dan el dominio de todo lo criado, cuando es poseedor de los dones de consejo y sabiduría.

Este último don es como si se digera el complemento y síntesis de todos, pues así como la Sabiduría Absoluta está sobre lo infinito y eterno, la inteligencia humana uua vez alcanzado el don de sabiduría estará sobre lo finito y mutable, esto es, será el soberano y señor de todo lo criado.

Hay una virtud sublime, la caridad, que es el resúmen de todas, pues es el amor y la abnegacion puestos en práctica en cada uno y en todos los hechos de la criatura.

He dicho varias veces que el estudio y el trabajo son las leyes de la materia y que el amor es la ley del espíritu, pues bien; hoy puedo aventurar una afirmacion que tiende á hacer de todos los principios uno solo, cuya unidad la encuentro en el amor.

Amor es el origen de la creacion, pues ella es su manifestacion. Amor es el que engendra al principio voluntad en sus pirmeras evoluciones. Amor es la misteriosa fuerza química que produce la formacion de los cuerpos. por la cohesion y afinidad. Amor es el que impulsa á los vegetales en la renovacion de la vida, y es por amor el cambio que las fuerzas químicas experimentan convirtiéndose en plasto-dinámicas para la múltiple manifestacion de los fenómenos biológicos

La vida se sostiene por amor al ser. Sin este desapare-

cería del planeta, puesto que no es otra cosa el llamado instinto de conservacion.

Es incuestionable que el amor promueve el progreso científico é industrial de la humanidad, puesto que solo puede emprenderse y llevar á su término aquello que se ama.

El mas perezoso si alguna vez sacude su pereza es por amor á sostener su vida, sin él no intentaría buscar ni el más pequeño mendrugo de pan.

Por último, debo deciros, que hasta en el vicio y por el vicio hay amor.

El amor, móvil y principio eterno del Universo, es el que puesto en accion, como ya lo he manifestado, produce la virtud por excelencia, la CARIDAD,

No pregunteis jamas cual es la mejor de las filosofias sino podeis entrar en investigaciones que os lleven al conocimiento de la religion verdadera.

Si dudais, aunque sea de la existencia de Dios; si la práctica de las virtudes os parece supérflua, pero sentís en vuestro pecho una pequeña chispa de *caridad*, no os desconsoléis, porque debeis saber que una partícula de ese fuego, por insignificante que sea, produce, en el espíritu, un verdadero incendio.

Por lo tanto podeis creer y afirmar, sin cuidaros de la religion que profesais, y si aun no teneis ninguna, que no obstante este descreimiento la caridad será bastante poderosa para conduciros del punto en que os encontrais, por apartado que esté de la verdad, hácia el fin de felicidad sublime que les espera á los que, las religiones, llaman los escogidos.

VIII.

Conocidas ya las facultades del espíritu, réstame hacer co-

nocer sus sentidos ó medios de percepcion.

El alma humana no es un ser tangible ni tampoco una simple abstraccion, si bien constituye una individualidad real y efectiva. Ella es tan distinta de todo lo conocido bajo forma material, que ningun objeto puede servir como punto de comparacion para darla á conocer.

El espíritu humano es una potencia que puede obrar sobre la materia: pero no necesita de esta para subsistir. Solo está obligado á unirse á un cuerpo cuando debe obrar todavía como hombre en la infinidad de mundos que, en número variable, forman en el espacio lo que vosotros conoceis con el nombre de sistemas planetarios.

El espíritu, segun su estado de adelanto, está mas ó menos ligado á la materia. Al abandonar el cuerpo que reviste la humanidad en este planeta, permanece unido á otro menos denso, el que adquiere mayor fluidez á medida que el alma realiza su perfeccion.

En este primer estado, se creen con los mismos sentidos propios del cuerpo que acaban de dejar; mas el modo de percibir se va como afinando con el progreso, llegando en su delicadeza á suplir los unos á los otros.

De modo, que marchando el alma hácia la inmaterialidad, se aproxima cada vez al sentido único que poseen los espíritus puros. Este sentido es como una especie de absorcion para recibir y de irradiacion para comunicar, alcanzando á mayor distancia en cuanto más elevado es tambien, su grado de pureza.

Campo bastísimo para la controversia y sobrado motivo para la duda encierran mis palabras, ante los sostenedores de que la fuerza es inherente á la materia y que no pueden subsistir la una sin la otra.

En cuanto á que no puede existir nada material sin la fuerza concedo, puesto que la materia no es otra cosa que

su manifestacion; pero no es lo mismo tratándose solo de la fuerza, pues esta subsiste, aun cuando no tenga la voluntad de manifestarse.

Pongamos un ejemplo: "Una idea tiene su existencia real en la mente que la concibe; pero esta puede ó no ser manifestada ya sea por la palabra, por la accion ó por escrito, segun la voluntad del que le da origen.

Así, pues, pido á los que no estén conformes con la teoría que acabo de exponer que ántes de sentar negativas á priori, de alguna manera prueben; que la idea—que podemos llamar la forma ó el ser del pensamiento—deja de ser una realidad.

No queramos por eso entender que trato de dar á la idea una personalidad material, sino la de ser, aun cuando solo sea en abstracto.

Considerando la idea como una cosa real pido—para que se me pruebe que es producto de la materia ó su secrecion—que se me de la fórmula química para producir en el cerebro este ó el otro género de ideas.

Si lo que pido os parece exagerado y decis que es muy fácil negar ó afirmar, pero que es muy difícil probar, estais en el punto que deseo veros colocados; pues esto mismo servirá para que si no quereis pasar por fanáticos intransigentes en vuestras ideas, midais las palabras, y peseis en la balanza de estricta justicia los racionios que hagais antes de lanzar opiniones que anulen mi teoría acerca del modo de ser espiritual.

Mi doctrina nada tiene de absoluta; es un sistema como cualquier otro de los humanos. No busqueis, por lo tanto, el conocimiento de principios invulnerables en las teorías que llevo expuestas; sabed, si, que hay una verdad que no puede ser alterada—la que he querido manifestar desarrollándola con el cuerpo de todo un sistema, porque la considero in-

mutable—y es, que el universo es la manifestacion del amor divino, y que el amor es la ley única é infinita que lo rige.

El hombre para comprender necesita de la forma aunque esta sea en el estado de mayor simplicidad en que puede existir; y esta forma simple es la idea ó el pensamiento dirigiéndose á lo infinito, en cuyos piélagos insondables, la humanidad es un punto casi perdido.

La vista aun de los espíritus de mayor elevacion, se pierde en este oceano sin fin, porque todo lo criado lleva sobre sí el carácter ó sello de lo infinito.

Dios, ser perfecto en plenitud de todo lo absoluto, es la estrella luminosa que sirve de guia á los caminantes en la via eterna de progreso. Millones de sistemas, incontables para una vida inmortal, forman los archipiélagos del infinito.

¡Amor, sentimiento sublime! ¡tú que eres la cadena que liga lo finito con lo infinito y la ley solidaria que rige el universo, eres la escala por donde la creacion se eleva hácia el Criador! ¡Tú, amor sublime, eres el Verbo Divino cuando se siente tu manifestacion, pues posees el poder, la sabiduría y la fuerza, por lo que sintetizo en tí toda la creacion!

Nada, nada puedo saber del infinito. Mi concepcion es imperfecta y solo alcanzo á presentar un sistema que podrá ser deleitable para una sabiduría como la humana.

Sobre todo Dios, Ser infinitamente perfecto, en cada uno de sus infinitos atributos. Ante su poder, todos de hinojos, por lo mismo que eternamente permanecerá como Infinito.

Adorémosle, hijos míos, ofreciéndole como culto, todo nuestro amor.

MARÍA,

LIBRO III.

ADVERTENCIA.

En el principio de mi instruccion, os dije: “Esperad conocer lo que está mas allá del punto en que os hallais cuando sepais lo que ha sido vuestro pasado.”

Las etapas que habeis verificado por las sendas del infinito, han sido reseñadas en mi doctrina, que ha dado fin, en cuanto lo que habeis sido y en lo que atañe á la ley absoluta que rige el universo.

Ahora vais á comunicar con distintos espíritus de ultratumba, los que, con sus exposiciones, os facilitarán el poder ver algo del camino que teneis que recorrer.

Estais en el caso de poner esmerada atencion en los trabajos sucesivos, para que no perdais el mas pequeño de los incidentes que se pueden presentar, pues todo, en esta línea, es de grandísimo interés para el que desea tener sólidas creencias, sobre este más allá de lo que llamais muerte.

Confíad en que me tendreis á vuestro lado para ayudaros con mis observaciones, siempre que las considere de alguna utilidad. *MARIA.*

mutable—y es, que el universo es la manifestacion del amor divino, y que el amor es la ley única é infinita que lo rige.

El hombre para comprender necesita de la forma aunque esta sea en el estado de mayor simplicidad en que puede existir; y esta forma simple es la idea ó el pensamiento dirigiéndose á lo infinito, en cuyos piélagos insondables, la humanidad es un punto casi perdido.

La vista aun de los espíritus de mayor elevacion, se pierde en este oceano sin fin, porque todo lo criado lleva sobre sí el carácter ó sello de lo infinito.

Dios, ser perfecto en plenitud de todo lo absoluto, es la estrella luminosa que sirve de guia á los caminantes en la via eterna de progreso. Millones de sistemas, incontables para una vida inmortal, forman los archipiélagos del infinito.

¡Amor, sentimiento sublime! ¡tú que eres la cadena que liga lo finito con lo infinito y la ley solidaria que rige el universo, eres la escala por donde la creacion se eleva hácia el Criador! ¡Tú, amor sublime, eres el Verbo Divino cuando se siente tu manifestacion, pues posees el poder, la sabiduría y la fuerza, por lo que sintetizo en tí toda la creacion!

Nada, nada puedo saber del infinito. Mi concepcion es imperfecta y solo alcanzo á presentar un sistema que podrá ser deleitable para una sabiduría como la humana.

Sobre todo Dios, Ser infinitamente perfecto, en cada uno de sus infinitos atributos. Ante su poder, todos de hinojos, por lo mismo que eternamente permanecerá como Infinito.

Adorémosle, hijos míos, ofreciéndole como culto, todo nuestro amor.

MARÍA,

LIBRO III.

ADVERTENCIA.

En el principio de mi instruccion, os dije: “Esperad conocer lo que está mas allá del punto en que os hallais cuando sepais lo que ha sido vuestro pasado.”

Las etapas que habeis verificado por las sendas del infinito, han sido reseñadas en mi doctrina, que ha dado fin, en cuanto lo que habeis sido y en lo que atañe á la ley absoluta que rige el universo.

Ahora vais á comunicar con distintos espíritus de ultratumba, los que, con sus exposiciones, os facilitarán el poder ver algo del camino que teneis que recorrer.

Estais en el caso de poner esmerada atencion en los trabajos sucesivos, para que no perdais el mas pequeño de los incidentes que se pueden presentar, pues todo, en esta línea, es de grandísimo interés para el que desea tener sólidas creencias, sobre este más allá de lo que llamais muerte.

Confiad en que me tendreis á vuestro lado para ayudaros con mis observaciones, siempre que las considere de alguna utilidad. *MARIA.*

I.

La muerte es la continuación de la vida: no distingo ningún cambio que me indique una nueva faz en mi actual existencia. Siento mi ser tan cabal como cuando vivía entre mis muy queridos, y el lugar en que me encuentro casi en nada difiere del que acabo de dejar, esto es, del punto donde hace poco, abandoné mi cuerpo carnal.

En mi viaje voy encontrando seres que pertenecen al mundo espiritual, los que en su mayor parte me son desconocidos; pero no tardo en ver entre ellos algunos parientes y amigos á quienes pregunto por mis amados padres.

Logro, por fin, saber donde están: voy hacia ellos; les miro y les estrecho entre mis brazos, con el afecto propio del que ha sufrido una larga ausencia.....

Pasado el dichoso instante de vernos reunidos, vuelvo mi vista hacia atrás, es decir, hacia mi familia terrestre, y observo que solo produce en mi ser el efecto de un grato recuerdo.

Hago un esfuerzo de voluntad y me encuentro entre ella; pero seguramente hemos cambiado de lenguaje, porque no nos entendemos.

Igual cosa me sucede con todos los conocidos y extraños, lo que me hace buscar el modo de comunicarme—como si se dijera por intérprete—mas. ¡cuanta dificultad hay que vencer para lograrlo!

Vivimos en la tierra como náufragos que han abordado á una isla desierta, en la que adquirimos nuevas costumbres y perdemos el recuerdo del pasado, incluso el idioma patrio. De modo, que cuando volvemos al punto de nuestra antigua residencia; vemos á los seres queridos y desde el

momento nos comprendemos; pero con los que allí dejamos nos sucede que no nos entienden, y nos hacen el mismo caso, en este sentido, como si hubieran perdido tan noble facultad.

Esto es lo que me pasa con mi familia y amigos. Yo distingo lo que me dicen por que me hablan en la lengua universal del pensamiento; pero ellos no están aptos para apreciar lo que por igual medio les comunico.

*
* *

Soy el viajero que periódicamente relata las impresiones que experimenta. Así, pues, comienzo por reseñar las costumbres y el modo de ser de los que aquí vivimos.

En la parte que esencialmente nos caracteriza os digo: que en nada aparentemente, se diferencia de la vuestra, pues nuestra corporeidad es tan palpable para nosotros, como lo es todo organismo humano á vuestro tacto.

No tenemos la imperiosa necesidad del alimento pero sí podemos sentir el apetito, si fuimos viciosos en el placer que se encuentra en el uso de manjares delicados. Igual cosa nos sucede con todos los demás goces materiales, los que nos están vedados en su satisfacción.

Los ramos del saber humano tienen un horizonte infinito. Entre los estudios de mayor importancia figuran aquellos que tratan de la formación y modo de ser de los cuerpos, es decir, la Física, á cuya ciencia he resuelto dedicarme; pero hay que advertir que lo que aquí es material, para vosotros no lo es.

Esto da por resultado: que todo cuanto os de á conocer

de nuestro estado físico para vosotros será metafísica, pues to que pertenece al mundo espiritual.

¡Cosa extraordinaria y que sin duda provocará vuestra risa!

Estamos reunidos en un punto como si se dijera aéreo, por la falta de campos de cultivo y de viviendas en que habitar; pero no obstante poseemos escuelas ó colegios en los que podemos recibir instrucción, la que no por ser distinta de la vuestra es menos necesaria.

Debo advertir que aquí lo mismo que entre vosotros, cada ser manifiesta distinta inclinación y aptitud. Unos están por la vagancia buscando la distracción á toda costa; otros entregados á grandes cálculos que les hacen sufrir por sus combinaciones frustradas, y muchos hay que les es tan querido y necesario el mundo que han dejado, que no se separan por nada de la materialidad á la cual han consagrado sus afecciones.

Volvamos á mis impresiones. He dicho que estoy en la escuela, esto es, estudiando las leyes que rigen el mundo que actualmente habito.

Es digno de notarse que podamos recibir la instrucción sirviéndonos de libro nuestro propio ser, y que las lecciones se toman por medio de la comparación, es decir, comparándonos con los seres que ocupan un puesto mas elevado por su progreso realizado, los que son respetados, entre nosotros, como verdaderos maestros.

Lo que principalmente ha llamado mi atención es nuestra personalidad, pues tenemos un cuerpo que lo vemos y palpamos; pero ¡cosa rara! que careciendo de lo que en vuestro mundo se puede decir que constituye el individuo, como es el traje, no he notado su falta, sin embargo de la desnudez en que nos encontramos.

Esto, en el primer momento, me hizo pensar en las palabras de la Biblia, que nos pinta á Adán y á Eva sin conocer que estaban desnudos—porque gozaban del estado de inocencia—lo que me indujo á practicar un pequeño examen de mis hechos, dando por resultado que no me considero inocente.

¡Nueva sorpresa, para mí, al descubrir en que consiste el no haber notado la falta de vestido! pues esto depende únicamente de que en el mundo espiritual, se carece de sexo. Con todo, tal estado no es un obstáculo para que muchos crean tenerlo, acompañado de las necesidades que le son propias.

Con lo expuesto podeis comprender que es muy distinto el modo de entrar en este mundo del que se efectúa en vuestro planeta, pues nuestra aparición es en estado de adulto, en el que creo que permanecemos, porque aun los que llevan mas tiempo de estar aquí parecen tener la misma edad.

Otra de las cosas que me extrañan es ver que en este lugar también se muere, esto es, desaparece el ser, como sucede entre vosotros cuando sepultais un cadáver. Hay individuos que habiendo llegado en este mundo después que yo, han desaparecido ya para volver á la tierra.

¿Que ley rige la entrada y salida de los seres en este lado de ultratumba? Esta pregunta me he dirijido; y estudiando la contestación en el libro de mí mismo, he encontrado la mitad de la respuesta, es decir, que la muerte en vuestro mundo ocasiona el nacimiento en la vida espiritual; pero todavía no me explico satisfactoriamente, el modo y circunstancias con que se muere aquí para nacer allá.

Este es el punto principal de mi actual estudio.

*
* *

Aparición y desaparición de los seres en un mundo, es lo que constituye el nacimiento y la muerte.

El nacimiento de la parte corpórea del hombre, entre vosotros, os es bien conocido; pero no sucede lo mismo con respecto á la unión del espíritu con el cuerpo, cuya época dista mucho de ser la misma para todos.

Ya he dicho que la muerte de un ser racional en ese planeta ocasiona el nacimiento ó una aparición en el mundo espiritual; pero como muchos llegados á él últimamente han vuelto luego á desaparecer, esto llamó seriamente mi atención, y quise saber el porqué ó la ley que determina estas repentinas deserciones.

Pues bien: esta ley reconoce por causa la voluntad del individuo; pero en este hecho se encuentra una gran diversidad de resultados en el modo con que se procede al dar impulso á esta voluntad, la que, á pesar de ser individual, obedece á una fuerza colectiva.

Voy á explicarme: El espíritu del hombre se identifica, por decirlo así, con su progreso realizado. De aquí que los menos avanzados les es imposible la vida espiritual, pues desde que dejan un cuerpo caen en una turbación, de la que no salen, hasta que vuelven á recobrar la conciencia de su yo en posesion de otro organismo.

En aquellos que empiezan á notarse ya ciertas tendencias hacia el progreso, su único deseo es vivir, mas como todavía no pueden apreciar mas goces que ofrece la materia, procuran luego encarnar en el primer feto humano que no les presenta dificultad.

He aquí la clave de la desaparición, en este mundo, de los que se han presentado después de mi venida.

Siguiendo siempre la escala ascendente se nota, que en cuanto mayor es el progreso del espíritu mas tarda en verificar su nueva reencarnación, la que efectúa en el cuerpo de un niño suficientemente desarrollado, para no estar suspenso por mucho tiempo del uso de la razón.

He dicho que la reencarnación se verifica por la voluntad del espíritu, y he hecho notar, también, que esta voluntad constituye una fuerza colectiva.

Veamos como: Los espíritus que ya marchan resueltos por la senda del progreso, forman reuniones que constituyen una cosa parecida á lo que se conoce con el nombre de familia. Es sabido que éstas se desmiembran por la muerte, la que como os he manifestado, es tan común en nuestro mundo como ordinario en el vuestro; y así como es cierto que existen los lazos del parentesco entre los hombres, también lo es que de toda familia una parte ocupa el mundo terrestre y otra el espiritual.

Sucede en los tránsitos de una á otra vida, que los espíritus procuran acercarse y unirse á aquéllos que le son más allegados por el sentimiento de mutuo amor, cuyo sentimiento constituye la fuerza que antes he manifestado.

Lo mismo aquí que entre vosotros son frecuentes las adopciones, y por este medio ó unión de voluntades, las familias aumentan más y más; siendo esto el porqué en un mundo avanzado todos sus moradores se encuentran unidos, por la dulce cadena de amor. ®

Los espíritus atrazados no tienen familia, porque faltos de amor, no han llegado á constituirla. Por esto es que se apoderan del primer ser cuya paternidad es debida á aquellos que tampoco se han unido por estos indisolubles lazos, los que, en realidad, son los que establecen el verdadero parentesco.

¡Grande campo para el estudio y profundas meditaciones encierran mis últimas palabras!

Réstame aún manifestar porqué los espíritus entrados en progreso tardan más en reencarnar.

Todo cuerpo de un niño, hijo del amor legítimo de sus padres, es como si se digera una habitación que solo puede ser propiedad del espíritu que, atraído por la afinidad de aquellos sentimientos, se constituye en guardián suyo para reencarnar en él más ó menos tarde, puesto que cierta fuerza de repulsión le impide unirse en familia, con aquellos seres, cuya unión no reconoce otro móvil que el de satisfacer la pasión.

Las luchas fratricidas que tienen lugar en la tierra son debidas á que ciertos espíritus encarnan en centros que les son extraños, apoderándose de un cuerpo que no les pertenece. Esto mismo es la causa de los grandes crímenes que se registran verificados dentro el mismo santuario del hogar y de la familia; pero debo advertir que todo esto solo acontece cuando el hombre realiza sus primeros pasos en la senda del progreso.

*
* * *

El estado de mi sér actual comparado con el que guardaba en la tierra, me hace comprender que la individualidad del hombre se halla contenida en el espíritu. Esto es lo que soy para vosotros, y para muchos he dejado de existir; y sin embargo de estos modos de apreciación, para mí soy el mismo individuo, poseyendo todas mis cualidades y defectos, en un grado idéntico al que alcanzaban cuando vivía entre vosotros.

De lo expuesto se deduce; que mi personalidad no estaba en manera alguna en el organismo carnal, pues á pesar

de estarse verificando en él la descomposición, me siento poseedor de un cuerpo semejante al que he dejado, menos en la edad y en los achaques ocasionados por las enfermedades. Soy jóven y fuerte como corresponde á tal edad, cuando se goza de una completa salud.

Voy ahora á formar mis deducciones sobre la observación de estos hechos.

Mi estado actual no es el de puro espíritu, y aun abriego la duda de si se llega á la completa inmaterialidad. Me encuentro en posesión de un cuerpo que si para vosotros nó es material, para mí si lo es, porque está organizado como el vuestro, con solo la diferencia, de que no tiene las mismas necesidades.

¿Qué clase de materia es la que reviste mi ser? En qué grado se encuentra de condensación que aquello que para vosotros es impenetrable no lo es para mí? ¿Por qué mi cuerpo actual me es ahora más tangible que la materia terrestre? Pues mientras esta envoltura que me acompaña la encuentro tan densa como la que dejé, me sucede todo lo contrario con los cuerpos de la tierra que son para mí tan penetrables como la niebla. ¿Depende esto del modo de apreciar las cosas ó es ley que todo lo que es materia para los de un mundo no lo sea para los de otro?

Estos son los fenómenos que me llaman la atención y ante los que me confundo. ¿Es una la materia y una é invariable la ley que la rige, ó bien la del mundo corpóreo se compone de distintos elementos que la que existe en el espiritual? Mas aquí me ocurre una duda y es la siguiente: ¿Cuál es el mundo que en verdad debe llamarse material, el vuestro ó el nuestro?

He aquí una série de preguntas las cuales considero muy interesantes, y creo no poderlas resolver sin un poderoso

auxilio. ¿Podremos esperar este auxilio?

*
* *

Nota: La siguiente explicación se debe al Espíritu Guía del Círculo.

La materia es una como la ley que la rige y á la cual obedece.

La palabra condensación, es una calificación arbitraria, porque mientras un cuerpo puede ser en unos casos apreciado como sólido, puede en otros ser considerado como gaseoso.

Esto depende de que el hombre siempre juzga las cosas según los medios de que está revestido.

Más explícito: Estando atado el espíritu á la tierra, por los lazos fluidicos que le unen á un organismo carnal, considera impenetrable la materia, que constituye los llamados cuerpos sólidos.

Cuando ha dejado aquella envoltura, se encuentra unido, en virtud siempre de lazos fluidicos, á una materia menos densa. En tal estado, está dotado de unos sentidos tan sumamente finos que le permiten poder palpar la materia de que se halla revestido.

Debido á esto le parece que su cuerpo tiene todavía la misma densidad del que acaba de dejar, porque así le dice su delicado tacto; y como en la tierra no conocía la costumbre de que su ser penetrara los cuerpos compactos, como observa en el estado de espíritu, se le figura que el sólido terrestre se ha vuelto gaseoso y penetrable como la niebla.

De lo expuesto se deduce que el error está en la apreciación.—Vuestro Guía.

*
* *

La materia es el instrumento de que el espíritu se vale para sus manifestaciones. Este hecho me inclina á creer que son inseparables.

Las leyes que determinan esta unión las considero infinitas, pues encontrándome en la vida espiritual y poseyendo un cuerpo que, si bien no tiene las mismas necesidades, es tan material como el vuestro, presumo que en el dominio de lo eterno la variedad de formas de que es susceptible de afectar la materia, llega hasta lo infinito.

Estas reflexiones me han sido sugeridas por el estudio de los fluidos, que no por imponderables dejan de ser materia, pero que parece obra en esta una fuerza tanto más potente cuanto más simple se puede considerar aquella sobre que se ejerce.

Volviendo á mi estudio, que es el que trata de la época y manera de efectuar el espíritu la reencarnación en un cuerpo terrestre, he dicho: que cuanto mayor es el progreso del ser espiritual, más tardá en verificar su unión con el organismo que ha elegido.

Veamos el porqué de esta tardanza. El espíritu posee un cuerpo que es ménos denso, cuanto más alto es el rango que ocupa en la infinita escala de la perfección; y esta misma elevación le va dando cada vez mayor dominio sobre la materia, porque su potencia ó fuerza fluidica alcanza un radio mucho más amplio.

Desde el momento que un espíritu ha realizado ya cierto grado de progreso, es dueño de sí mismo, y puede elegir el cuerpo que le ha de servir para ejecutar sus propósitos. Una vez hecha la elección establece sus primeros lazos

flúidicos, los que se van estrechando día á día hasta quedar verificada la unión.

Esto hace comprender que cuanto más elevado es el espíritu, menos siente la densidad de la materia terrestre, y por lo mismo, la turbación que acompaña al reencarnar casi es nula para él, mientras no se consuma la unión.

Además de las explicaciones que acabo de hacer, debidas á mi estudio, se me ha comunicado—como premio á mi afán—que los espíritus eminentemente elevados, cuando por alguna misión encarnan en un mundo como el vuestro, casi no experimentan turbación ninguna, aunque su unión se haya verificado, pues su sér no sólo satura todo el cuerpo, sino que radia fuera de él.

*
*
*

Los lazos de unión entre el espíritu y la envoltura carnal, son más estrechos en aquellos que menos se han elevado sobre la materialidad.

Esto es porque no habiendo verificado mayor progreso, su periespíritu es más material, lo que equivale á decir, que aunque flúidico, sólo encuentra afinidad con los cuerpos humanos de los mundos poco adelantados.

El conocimiento del estado que guarda la envoltura espiritual con relación á los cuerpos terrestres, es de suma importancia en el asunto que nos estamos ocupando.

Es motivo de duda entre los hombres, la preexistencia del alma, y apoyan su argumento, cuando niegan, en que ningún recuerdo conservan de haber tenido una existencia anterior.

Esta duda también me asaltaba cuando vivía en la tierra; pero veamos si con ayuda de las nuevas luces que he

adquirido en la etapa presente de mi vida espiritual, puedo aclarar un punto que es para todos de muchísimo interés.

La causa principal de la falta de este recuerdo consiste en que despojado el espíritu de la materia carnal, está muy lejos de poder conservar en su cuerpo espiritual lo que solo es una propiedad orgánica.

El cerebro humano, reconocido como el receptáculo y motor de las facultades intelectuales, es para el espíritu un poderoso instrumento en el cual imprime los movimientos de su voluntad, para que este los transmita al resto del organismo.

El cerebro entre las muchas cualidades que le son propias, posee la de ser depósito de ciertas impresiones que, recibidas sin afectar la inteligencia—facultad espiritual—no pasan de dicho depósito formando lo que se llama memoria.

Debo advertir que esta facultad está muy mal definida entre los hombres, pues se ignora hasta donde alcanza su potencia, es decir, no se conoce cual es su límite. Hay error en querer darle un alcance ilimitado, pues antes debería observarse si sólo es memoria lo que lleva tal nombre, ó si invade los dominios de la intuición, que es otra de las facultades del espíritu.

Los resultados de mis observaciones son: que la memoria es de extensión bastante reducida, y que los individuos que entre vosotros se llaman privilegiados en este sentido, son aquellos que poseen la intuición de uno ó varios conocimientos adquiridos en anteriores existencias.

Aquí considero necesario dar una explicación. Cuando el espíritu es primitivo forma su primera intuición por medio del organismo carnal, y más tarde, cuando ya ha progresado, presta su intuición á la memoria; sin que por esto

deje de recibir de esta su ayuda en todo aquello que va adquiriendo, ensanchando así los horizontes de tan preciosa facultad.

* * *

He dicho ya que el cuerpo humano le sirve al espíritu para sus manifestaciones, afirmando también, que el cerebro es el punto de donde parte toda acción corporal.

También he hecho notar que el espíritu encarnado se sirve de muchas propiedades de dicho órgano, que le son necesarias para su progreso; pero me falta decir, que así como existen entre el cerebro y el espíritu unas relaciones —que pueden llamarse de amistad— las hay también de oposición.

Entremos en materia. El espíritu al abandonar el cuerpo terrestre, pierde la memoria lo mismo que las demás facultades propias de aquel organismo; pero conserva la intuición de lo pasado, si bien en un estado confuso y latente. Luego tenemos que al reencarnar, no posee sino la intuición de sus inclinaciones y conocimientos, y aun estos sólo puede manifestarlos por el intermediario del espíritu al cuerpo, esto es, del cerebro.

He aquí un instrumento cada vez nuevo para el espíritu, el cual le es preciso conocer antes cuando se propone cumplir alguna misión; mas como en el mayor número de los casos el obrero que lo ha de manejar no viene como maestro, porque no es un profundo conocedor en muchos ramos del saber humano, encarna sólo por inclinación y se dedica, más tarde, á los trabajos que por intuición más le agradan, haciendo funcionar el cerebro, á cuyos movimientos obedece el resto del organismo,

Aunque el cuerpo humano esté guiado por un espíritu conocedor del ejercicio que emprende, sus primeros ensa-

yos siempre son torpes, y todas las apariencias dicen al observador que aquel individuo es un aprendiz que adquiere los primeros rudimentos de aquello que practica; sin embargo, nótase que algunos ejecutan, desde un principio, los trabajos más complicados con suma facilidad, lo que prueba que en aquel organismo funciona un espíritu, que es maestro en aquel arte.

Esto es lo que entre vosotros se llaman disposiciones naturales.

Vamos á tratar, ahora, de otro asunto que no por ser muy distinto deja de relacionarse con el que nos ocupa.

¿De qué manera se efectúa la comunicación entre los espíritus libres y los encarnados?—Esta pregunta me hacía cuando quise verificar mi primer acto de manifestación, y no supe encontrar ninguna respuesta satisfactoria.

Deseaba comunicar y como no me era conocido otro medio que la palabra articulada, lo primero que me sorprendió fué, que mi voz no era oída de los hombres.

Entonces me pareció que el defecto no estaba en mí sino que otra debía ser la causa de que no se contestara á mis preguntas, y me decía: esto es una confusión imposible de aclarar, pero la perseverancia y observación me llevaron después de algunos trabajos al conocimiento del enigma, esto es, que nuestro lenguaje no es articulado.

¡Nuevas trabas y grandes dificultades para satisfacer mi deseo de comunicarme con seres terrestres! Ansiaba encontrar el medio de hacerme comprender; pero todo inútil, hasta que en un momento—ya cuando casi desesperanzaba—encuentro al fin quien me sirva para llenar mi objeto, si bien con bastante dificultad y sin desaparecer del todo el enigma para mí.

Sin embargo, seguí aprovechándome del camino que en-

contraba abierto para hacer llegar mis pensamientos hasta vosotros, porque esto, en parte, llenaba mi deseo; pero como quería conocer el modo de efectuarse esta comunicación, me fué preciso estudiar, y la constancia, por fin, me condució á felices resultados.

Voy á explicarme. Mi deseo de comunicar alcanza las proporciones de un frenesí, y vosotros también deseais lo mismo.

La mutualidad de deseo es como si se dijera los contactos de batería eléctrica, pero no produce sino movimientos y manifestaciones infructuosas, las que es preciso ordenar, estableciendo la armonía y mutualidad de acción.

Este es el primer período de mis observaciones en el modo de efectuar la comunicación.

*
* *
*

¡Los lazos fluídicos! He aquí una expresión que en vuestro idioma equivale á no decir nada.

Conoceis, es cierto, los efectos del fluido eléctrico; pero estais muy lejos de poderlo definir. Yo tampoco puedo hacerlo; mas como en mi estudio me ocupo en conocer el modo con que se efectúa la comunicación espiritual, observo, que sin necesidad de ningún hilo conductor se puede establecer tan perfecta, cuando menos, como la que obteneis por medio del teléfono, si bien nuestro trasmisor y receptor son muy diferentes del vuestro.

Una voluntad formulando un pensamiento es el trasmisor; otra voluntad procurando recibir la inspiración es el receptor; el contacto de pensamientos es el medio. He aquí lo que yo llamo lazos fluídicos.

Os es conocido—gracias al fluido eléctrico del que tanto partido puede llegar á sacar la inteligencia humana—la tras-

misión del pensamiento á larga distancia. En virtud de esto, creo no dudareis que pueda alcanzarse, por medio del fluido cósmico, un resultado más sorprendente que aquél que se obtiene por las manifestaciones eléctricas, pues mientras en esta invención se necesita todavía de conductores, los seres desencarnados pueden en proporción de su adelanto comunicar su pensamiento cada vez á mayores distancias, y éstas pueden llegar á ser inconmensurables.

Con las explicaciones que acabo de dar no dudo será mejor comprendido lo que sigue.

Mi pensamiento, puesto en acción por mi voluntad, llega hasta vosotros, sucediendo otro tanto con el vuestro cuando á mí se dirige.

Sucede con el pensamiento lo mismo que con vuestro trasmisor eléctrico: jamás deja de funcionar cuando hay una voluntad que lo impulsa; pero no pasa otro tanto con los receptores que no pueden obrar sino quedan establecidos los contactos. Esto quiere decir que es necesario el intermediario lazo fluídico de que he hablado, para lograr la comunicación espiritual.

No es esta la única dificultad que es preciso vencer; queda todavía la de las corrientes contrarias que es la más difícil de allanar.

En la primera, se encuentra establecida la comunicación de una manera que puede llamarse inconsciente, porque el encuentro de voluntades casi así se efectúa; pero viniendo á la segunda, esto es, á las corrientes contrarias, se presentan muchos tropiezos, provenientes nada menos que de nuestro propio sér.

Expliquémonos. Cada espíritu, esté ó no encarnado, tiene su pensamiento que le es propio, y con él forma su ca-

rácter ó una cosa que en cierto modo constituye parte de su individualidad.

Un ejemplo de esto lo teneis en las controversias que en plática se entablan entre vosotros. Si notais en ellas ideas contrarias á las vuestras las rechazais ó bien las interpretais á vuestro modo.

La imparcialidad es muy rara entre los hombres, y precisamente esta es la cualidad indispensable que debe poseer el que intenta la comunicación espiritual, la cual se manifiesta por el esfuerzo en hacer abstracción de la individualidad, es decir, de las ideas propias, concretándose á que su mente no sea más que el receptor del pensamiento ajeno.

El pensamiento se comunica del espíritu al cerebro con tal perfección, como si fuera producto de este órgano; pero no sucede lo mismo con el que pasa de un espíritu á otro.

Repito: el pensamiento es el idioma por el cual los espíritus comunican sus ideas y expresan sus sentimientos; no obstante, este lenguaje está muy lejos de ser la sucesión de palabras con las que el hombre manifiesta un raciocinio, aunque podría parecer de un exámen hecho á la ligera, que precede á la emisión de cada una de las frases que vienen á desenvolver una idea manifestada de viva voz ó por escrito.

Esto constituye un error sobre el cual llamo la atención, porque diré, á falta de otra palabra con que expresarme, que el pensamiento es un principio que pone únicamente en movimiento al cerebro, el cual, á su vez, trasmite al organismo sus distintas funciones, para la realización de todo cuanto el espíritu desea llevar á cabo.

El pensamiento de un espíritu libre del cuerpo carnal,

es emitido—según nos parece por la sensación que experimentamos—del mismo modo que se emplea en la tierra, esto es, por la palabra y por el órgano de la voz; pero ¡cosa rara! que esto no es notado por los espíritus que no hacen un estudio especial, con el fin de darse cuenta de ello.

Además, nuestra voz atraviesa distancias cada vez mayores á medida del progreso que realizamos, siendo en toda ocasión apercibida por aquéllos á quienes nos dirigimos.

Pero un estudio formal de comparación puede hacernos comprender que todo esto es mera ilusión y efecto tan solo de la costumbre, porque entre nosotros no hay distintos idiomas, sino que la idea emitida por nuestra voluntad pasa al sér á quien nos dirigimos, por unos hilos misteriosos—que he llamado **lazos flúidicos**—y el espíritu que la recibe la encuentra en sí mismo, por una impresión semejante á la que siente el espíritu encarnado por medio del cerebro cuando su nervio auditivo es herido por la vibración aérea.

¡Cuánta similitud hay aparentemente entre el mundo nuestro y el vuestro! y sin embargo, si se toma el trabajo de observar con atención ¡qué notable es la diferencia!

Esto, que parece una digresión del asunto que nos ocupa, no es sino una aclaración indispensable sobre la posibilidad y el modo de entablar relaciones entre los que se llaman vivos y muertos.

La comunicación que los hombres reciben de los espíritus, no siendo efectuada por los medios ordinarios que acostumbra la humanidad terrestre, es muy natural que esté llena de tropiezos é infunda desconfianza, y que muchas veces, también, no pase de ser un engaño; mas no por esto debe dejar de buscarse las ventajas que proporciona el estudio de ultra-tumba, puesto que los más de los conoci-

mientos humanos están sujetos á las mismas alternativas y no por eso deja de avanzar la ciencia.

Ya he dicho repetidas veces, que los lazos fluidicos ponen en comunicación el pensamiento del espíritu desencarnado con el encarnado, réstame decir de qué modo y por cuántos medios éste puede ser interpretado.

El pensamiento es el motor del cerebro en el cual imprime sus distintas inflexiones, según lo que el espíritu desea manifestar.

Cuando la buena disposición del que se denomina **medium** en la comunicación espiritual, permite que su mente sea fiel receptor de la idea del espíritu que se comunica, la manifestación se produce por el medio más rápido que se puede obtener, esto es, por la palabra, porque sucediéndose sin interrupción produce como si se dijera una unificación de espíritus, pues la dualidad, que en verdad existe, desaparece en cierto modo con la identidad de pensamientos.

Por esto, cuando se establece este género de comunicación, la palabra posee todo el carácter y energía de aquel que la inspira; pero como ésta, además de necesitar gran flexibilidad por parte del medium, es fugaz, de ahí resulta que la comunicación se procura más bien por la escritura, recibiendo la inspiración intuitivamente.

Sigue después una escala que se puede llamar descendente, porque los resultados son menos perfectos y más pasajeros, puesto que hay mayor dificultad en comprenderse.

Los métodos por los cuales se puede poner en práctica la comunicación son muy numerosos, pues basta que se

produzca cualquier clase de señal sensible á la cual se le determine una significación convencional, para que, aun en el caso de necesitarse un trabajo laborioso y lento, constituya un lenguaje.

Ya he manifestado que el pensamiento establece ó produce una corriente en el fluido cósmico, y que dos pensamientos movidos por el mismo deseo de comunicar se ponen en contacto. Fáltame agregar que el punto donde este se efectúa es en el que se produce el fenómeno, sea el lugar que fuere.

En efecto, una vez establecido el contacto, basta que uno de los dos pensamientos se detenga en algún objeto; bien sea animado ó inerte, para que allí se efectúe la manifestación, sin que pueda servir de obstáculo la materia de que esté compuesto. Se necesita sin embargo, hacer una aclaración para evitar motivos de decepción entre los que pretenden obtener la comunicación espiritual.

Hasta aquí me he ocupado tan solo de la comunicación individual, esto es, entre dos seres. Ahora voy á tratar de la que se efectúa en colectividad, es decir, cuando uno se dirige á varios ó al contrario; ó también cuando queda establecida de cierto número de individuos á otro mayor ó menor.

En estos distintos casos, se presentan circunstancias favorables las unas y adversas las otras. Las primeras son aquellas en que todos los pensamientos van dirigidos á un mismo fin, y adversas las otras en las que cada individuo se encamina ó pretende obtener una manifestación distinta; en cuyo caso hay una diversidad de corrientes que no sirven sino para nulificar todo éxito ó cuando menos para hacerlo inapreciable.

La gran variedad de pensamientos en una reunión, pue-

de interceptar sino interrumpir del todo la manifestación, aun entre un *medium flexible* y un espíritu que en cierto modo le sea familiar por la frecuencia de comunicación.

Observando con atención y haciendo un estudio especial se nota que un círculo poco numeroso, cuyos miembros estén animados del mismo sentimiento, produce los mejores resultados en el fondo y filosofía de los dictados obtenidos, al paso que una reunión numerosa, unida también por las ideas y el deseo, provoca felices manifestaciones en los hechos llamados físicos.

Esto, sin embargo, no debe considerarse como ley absoluta, pues sucede que por una gran potencia medianímica —que depende de la afinidad entre los que comunican— un pequeño grupo de individuos alcanza á producir fenómenos, que no podrían tener lugar en la reunión más numerosa.

*
* * *

Después de los estudios verificados sobre la ley que determina la comunicación entre los seres encarnados y desencarnados, cautivan toda mi atención los grandes prodigios de la naturaleza, los que observo con especial cuidado, procurando fijarme en lo que más pueda seros útil para daros cuenta de ello.

¡Mi vista se fatiga siguiendo inútilmente las múltiples evoluciones de los mundos y de los soles que ruedan en miríadas infinitas!

¡Fenómenos de luz y magnetismo embargan mi sér, sintiéndome obligado á concentrar mi admiración en un objeto, para no ser deslumbrado por la variedad!

Los mundos desaparecen primero, después los soles; pero apesar de esto me encuentro inundado de luz.

¡De dónde viene esta potencia luminosa que me envuel-

ve cuando no se descubre ningún foco que la envíe? ¡Misterio! ¿Será, por ventura, que mi espíritu se ha remontado á las regiones de la luz ó es que ésta descende á mi pobre individualidad? Lo ignoro: sólo comprendo que me encuentro bajo un fenómeno extraordinario; y puesto que mi ambición constante ha sido penetrar lo desconocido, me entrego á él impulsado por el deseo ardiente de entrever los grandes misterios de la creación.....

La Tierra pasa bajo mis pies; la reconozco, porque veo su distribución geográfica. Sigue el planeta Marte y procuro detenerme en él.

Se me figura estar viendo nuevamente vuestro mundo; pero tal como podrá ser dentro de algunos miles de años. ¡Qué vegetación tan sorprendente! ¡Cuánto gozo en contemplarla!

Mas no se detiene aquí mi admiración, causándome mayor sorpresa distinguir ciudades y también poblaciones de distinta importancia.

Penetro en una de ellas y exclamo: ¡He aquí la verdadera ciudad de los palacios! pues tal me parecen sus más secundarias viviendas.

El tráfico existe en estos centros; pero las condiciones que aquí reinan no son las de la tierra.

Seres humanos son también los pobladores de este mundo; pero ¡qué hombres! ¡qué bello sexo tan admirable!—¿Se ocupan de la industria y del comercio como en vuestro planeta?—No lo sé todavía ni puedo asegurar que tengan agricultura, pues soy el viajero que acaba de llegar á un punto totalmente desconocido.

Me parece que todo lo que existe en la Tierra al lado de lo que aquí miro, es como si se compararan entre voso-

tros las edades salvajes con los centros civilizados de la actualidad.

Sus pobladores que he calificado de seres humanos, porque tengo la convicción de que lo son, distan tanto de los más privilegiados de vuestro mundo, como éstos se diferencian de los monos antropomorfes.

Me considero entregado á un sublime sueño y temo despertar sin poder referir lo que he visto. ¿Qué costumbres imperan en este punto habitado por seres que me parecen angeles? Procuraré conocerlas aunque sea superficialmente.

No sé si llamar industrial una ciudad en la cual no se percibe el humo del vapor; pero sí puedo decir, que el lugar en que me encuentro no debe aplicársele otro nombre que el de paraíso, puesto que es un jardín, el más delicioso, bañado por primorosas fuentes, y en el cual se pasean en bien ordenadas direcciones sus angelizados habitantes.

Los hay de todas edades si bien todos son hermosos, y no se encuentra uno solo que no vista con lujo. Su andar es tan ligero que parece se deslizan por el suelo.....

Todos se dirigen hácia un gran edificio; y al penetrar en él yo les sigo. Nos encontramos en una espaciosa fábrica; ha pasado la hora de recreo y se va al trabajo. La máquina está en movimiento, todos vigilan: veo que de tiempo en tiempo algunos se mueven, pero no comprendo cuál es su ocupación.

Mi atención se redobra y observo que recogen magníficas telas. Esto aumenta mi curiosidad, pues todo funciona sin causar el ruido de vuestras fábricas tan imperfectas como insalubres.

El silencio cesa interrumpido por infinidad de voces formando un coro colosal. Son los trabajadores que buscan

distracción con sublimes melodías, mientras los productos de fabricación aumentan de una manera increíble.

¡Gran movimiento! El trabajo ha cesado cuando yo creía que estaba en su principio: ¡tan corto así me pareció el tiempo!

Todos salen y mi deseo es conocer el motor de esta fábrica. Sin duda será el vapor; pero ¡no se percibe el humo!¿Será la electricidad? Lo presumo, mas no puedo afirmar, porque no lo he visto todavía.

*
* *

Embargada mi atención por los resultados de un mecanismo que he visto funcionar sin comprender cómo, he lamentado la falta de conocimientos científicos que me pudieran servir de guía, para darme cuenta de su sencillez á la par que de sus ventajas y potencia.

Todos mis cálculos, todos mis pensamientos han salido frustrados. No es el vapor, no es la electricidad el motor que aquí tiene lugar: otro es el elemento impulsivo y no puedo determinar el principio en que se funda.

La utilidad que de estos conocimientos podría resultar á la humanidad terrestre, me tiene en el sitio donde, por un impulso de extraño afán, me siento como clavado; pero nada puedo por mí mismo. Necesito quien me ayude para poder en dualidad de trabajo, investigar la ley á la cual obedece este movimiento que puede llamarse continuo. ®

Dejando, pues, este asunto de mi estudio pendiente, paso á ocuparme de otra cosa.

Este planeta lo encuentro sorprendente en todo lo que contemplo, y el progreso de sus habitantes está en un grado tan superior al vuestro, que mi estado entre ellos es el del salvaje que por primera vez penetra en un centro civilizado.

No sé si me encontraría satisfecho formando parte de un mundo en donde vendría á ocupar un puesto entre los más inferiores seres humanos que lo pueblan, ó si preferiría mejor volver á vuestro planeta.

Tales son las reflexiones á que me conduce todo cuanto se presenta á mi vista; mas conozco en mi pequeñez que estas cuestiones sólo pueden ser resueltas por el sentimiento, es decir, por la simpatía que nos impulsa hacia los seres más semejantes á nosotros por su estado de progreso, cuyo lazo nos estrecha con aquellos que más afinidad tenemos por el amor.

Siguiendo mi deseo de ver y conocer me separo del lugar que tanto me atrae, para ir en busca de nuevas sorpresas. Me remonto hasta poder contemplar el panorama que presenta la ciudad y trato de saber el número de templos que su recinto encierra; pero ¡intento vano! pues no los puedo distinguir entre los demás edificios y dudo aún si los habrá. Quizá más tarde podré satisfacer esta inocente curiosidad.

¡Qué locomoción la de aquí tan desusada en vuestro mundo! Los medios son extraños y desconocidos para mí; pero sabed que las distancias se salvan con gran velocidad, y que el tránsito se efectúa sobre la tierra, sobre el agua y por el aire.

Mi admiración no cesa: siento que mi sér se turba á causa de tanta variedad y tan repetidas emociones. Por lo tanto, espero que este anormal estado termine, para poder explicar razonadamente las sorprendentes maravillas que tanto me afectan, y dar un giro ordenado á mi excursión.

En primer lugar, ¿qué ciudad es ésta en que me encuentro? Su nombre lo juzgo de poco interés tanto para mí como para vosotros; pero no es lo mismo tratándose de otra clase de investigaciones, para las cuales necesito ponerme

en contacto con sus habitantes. Mas ¡oh fatalidad! no conozco su idioma y es probable que ellos tampoco conozcan el mío. Sin embargo, probemos.....

¡Necio de mí! se me olvidaba que el pensamiento es el idioma universal de los espíritus y que en este mundo no represento otro papel. He sido comprendido y se me contesta.

¡Cuántas explicaciones demandan mi estado y la permanencia en este planeta!

La luz que ha llegado hasta mí y que desconocía el foco de donde emanaba, es el resultado del contacto del pensamiento de algunos de sus habitantes con el mío, es la chispa producida por el magnetismo ó electricidad de este contacto.

He sido atraído por un vehemente llamamiento ó evocación á la que ha correspondido mi ardiente deseo de remontarme á lo desconocido, aunque no sea más que para descubrir una pequeña parte de lo maravilloso que la creación encierra.

Heme, pues, transportado á un mundo en que se trata de obtener mi materialización como espíritu, para servir al estudio y conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual.

Así es, que me hallo en el caso de poder desempeñar un doble papel, es decir, puedo prestar mis servicios á los de aquí y á los de allá. ¡Qué ésto sea, como lo espero, para el mayor bien de la colectividad.

*
*
*

La moral manifestada en este mundo bajo el sentimiento ¡AMOR! es más poderosa para impulsar al progreso, que lo que en la tierra lo es la sed de riquezas, que obliga á buscar el adelanto en los centros civilizados.

Este planeta, Marte, que según la Mitología terrestre lleva el mismo nombre con el cual se designa al **Dios de la guerra**, en la actualidad es un contrasentido; pues me encuentro en un mundo de paz, sin que por esto se entienda que en épocas remotas no hayan sido sus pobladores, los autores de sangrientas guerras y tremendas hecatombes.

La marcha de la humanidad se efectúa por leyes tan invariables, que sólo parece que las anteriores y presentes que han determinado el progreso en la tierra, son las mismas por las que ha pasado este planeta y quizá igual cosa acontece en todos los de nuestro sistema solar.

Con respecto á los demás, es preciso no aventurar suposiciones, pues nada hay que nos induzca á juzgar las condiciones que corresponden á mundos remotos y á sus pobladores.

Según los datos históricos que respecto de Marte puedo entrever, su población ha sido guerrera y ha tenido que conquistar su bienestar actual por el fuego y la sangre; la que se ha derramado á torrentes en el último trastorno tan aciago como terrible, pues se cree que las tres cuartas partes de sus habitantes perecieron en él. Mas por un principio de la ley inmutable de progreso, parece que esta sangre vertida ha sido el principio fecundante de la paz, prosperidad y amor, que hoy reina entre sus moradores.

La libertad, esa aspiración incesante del oprimido que lo elimina de la esclavitud elevándolo sobre el poder de los opresores, ha sido el grito de guerra; pero como son muy pocos los que comprenden lo que esta bendita palabra significa, he aquí que cuando la humanidad se lanza sobre la parte que la oprime no es sino para tornarse en opresora.

De esto es natural que se sigan las luchas sangrientas y

las crueles matanzas que traen consigo todo género de represalias.

En épocas como éstas, se levantan siempre algunos seres verdaderamente amantes de la libertad, y sin más armas que la palabra, la defienden con fe, guiados por el sentimiento amor; mas estos son quitados de en medio por las turbas combatientes como estorbos para sus bastardas miras.

Pero la sangre derramada multiplica el número de predicadores. El desorden, no obstante, continúa de una manera creciente y todo se debasta y arruina. Las voces de amor son desoídas; mas no por eso dejan sus apóstoles de predicarlo y de enseñar con sus hechos que este debe ser practicado sin medida.

La lucha sigue y los sostenedores de ella desaparecen de día en día por la matanza, mientras los propagadores del reinado del bien aumentan sus filas.— El triunfo de la paz no está lejano.

Por fin, el planeta se encuentra habitado—con muy raras excepciones—por los defensores del amor. Estos son víctimas todavía, por corto espacio de tiempo, de las fechorías de los pocos malvados que aun quedan, hasta que por último, desaparecen estos bajo la acción de sus propias maquinaciones y entonces es cuando la felicidad se ha conseguido para no perderse jamás.

Cierto que ha costado millares de víctimas y muchísimos sacrificios; pero ¡oh satisfacción de los que logran tan maravillosa conquista! Ellos, como apóstoles de la fraternidad, no han arrancado ni una lágrima de dolor, ni una sola gota de sangre á sus hermanos; pero sí han sabido ofrecer y derramar la suya en holocausto.

Dueños, al fin, de un mundo, no han podido menos que hacerlo el reinado de sus doctrinas; y donde impera el

amor, no hay necesidad de individuos que gobiernen en su nombre, pues no se conoce distinción de clases y sólo es reconocido el mérito del saber y de la virtud.

Las almas se elevan á Dios para darle gracias por sus bondades, lo mismo en el campo que en las ciudades, y tanto en las horas de trabajo como en las de recreo.

Así los templos se multiplican hasta lo infinito, pues cada habitante lo lleva en su pecho, y con su sentimiento de gratitud prodiga alabanzas sin cesar á su Criador y Padre. . . .

Ahora, es fuerza que nuestro trabajo tenga un paréntesis, para daros cuenta luego de los resultados de mi materialización.

VALERIANO LOZA.



Los dictados de Valeriano Loza, lo mismo que los demás que se siguen, han sido recibidos medianímicamente por los mismos individuos que hoy los dan á la luz pública.

El orden que estableció la Sociedad en sus trabajos fué la de reunirse dos veces por semana, en cuyas reuniones, por espacio de año y medio sólo se comunicaron los espíritus que en esta obra figuran por los nombres y apellidos que llevaron en la Tierra.

La parte filosófica-moral que constituye los libros primero y segundo, se obtuvo sin ninguna interrupción, es decir, todas las sesiones fueron ocupadas únicamente por el sublime espíritu que da su venerando nombre.

En la última parte ó sea el tercer libro, las comunicaciones vinieron alternadas, esto es, en una sesión asistía un espíritu y otro en la siguiente; pero los encargados de hacer la publicación, dispusieron darles el orden que guardan para mejor inteligencia del lector.

Los miembros que componen la Sociedad de Estudios Psicológicos, se consideran demasiado pequeños para alterar ni modificar en lo más mínimo ninguno de los conceptos aquí emitidos; en tal vir-

tud, protestan con la mano puesta sobre su conciencia, que esta obra está publicada con toda fidelidad.

Así, pues, íntimamente convencidos de que en tan noble y laudable tarea sólo han sido unos humildes servidores de la Providencia—que en su infinito amor se sirve aún de sus más pequeñas criaturas para el cumplimiento de la ley inmutable de progreso—su alma se siente verdaderamente satisfecha en poder hacer partícipes á sus hermanos—todos los hombres—de los consuelos que proporciona al espíritu la sublime luz que con tanta profusión se encuentra esparcida en todas las hojas de este libro.

Llenos de reconocimiento y gratitud hacia el Omnipotente, ofrecen estos dictados de ultra-tumba á la luz pública.

Por la Sociedad,

J. S.

*
* *

¡Qué grande es el amor de una madre! Ella es amorosa hasta con aquellos hijos que no la aman sino de nombre.

¡María, madre amantísima de los mortales, tú eres el faro que me guía en la borrasca deshecha en que se encuentra mi pobre sér! ¡A tí elevo mis humildes preces! Mas. . . . ¿qué puedo temer cuando bondadosa y tierna me recibes en tus maternales brazos?

Soy, es verdad, el hijo pródigo; pero siempre me ha guiado la buena fe que encierra una alma temerosa de Dios—¡Oh Sabiduría Infinita, cuánto es tu amor! ¡Gracias, Dios mío, Padre de bondades infinitas!

*
* *

¡Qué confusión de ideas! ¿Dónde estoy? ¿Cuáles son mis aspiraciones?—No lo sé: el mundo es un caos de opiniones encontradas: todos los hombres tienen un deseo y a-

brigan una esperanza. Yo también espero; pero mi esperanza se eleva hacia los dones infinitos.

¡María, tú eres mi norte, porque en tí se cifra el consuelo del afligido! Amor es tu lema y se une á tí todo sér que ama.

Yo también amo, también he amado y te he visto siempre como el objeto de mi veneración.

¿Mas acaso no he sabido amarte? ¡Ah! no, lo conozco, madre amorosa! Ya soy dócil á tus insinuaciones. ¿Cuál es el amor que tú deseas? ¿Qué debo hacer?

—Amar y sin más sentimiento que amor á Dios sobre todo y después al prójimo sin distinción; todas las criaturas somos hermanos.

—Siempre lo he creído así, pero siendo unos fieles y otros extraviados, ¿debo amar de igual modo á los unos que á los otros? Al infiel le compadezco, pero no es oveja de mi aprizco.

—No hay extraviados que lo estén en mayor grado que los fieles.

— ¡Cómo! ¿es esto posible? ¿qué la justicia divina no es inexorable?

—No, porque Dios es amor, y nada más que infinito amor.

— ¡Me confundo! me siento vacilar y temo caer en el naufragio de la duda! Mas no: soy católico, apostólico, romano, y en esta fe y creencia quiero vivir y morir.

*
* *
*

¡He muerto! he aquí la clave de mi confusión. He visto á María, pero no sé si en realidad se me ha aparecido su sér, ó ha sido sólo efecto del delirio en los momentos de agonía.

¡Justicia divina! aguardo tu fallo por momentos. ¿Qué

suerte me cabrá en la vida eterna?—Lo ignoro, y en la misma incertidumbre que yó, se encuentran una gran multitud que esperan el fallo del Supremo Juez. ¡María, abogada del pecador, tú eres mi único consuelo! Siendo tú el refugio de los mortales, en tus manos pongo mi espíritu para que sea presentado ante la Misericordia Infinita.

Es cierto que he pecado; pero también lo es que he creído y confío que los méritos que nos alcanzan por la muerte de nuestro Redentor Jesucristo han de ser suficientes para lavar mis faltas.

¡Dios eterno! espero ser juzgado hace ya largo tiempo ó tal me parece, y no llega aún esta terrible hora. ¡Fieles católicos rogad por mí!.....

En virtud de las últimas palabras de este espíritu, los individuos que asistieron á la sesión, se disponían á hacerle algunas observaciones sobre su angustioso estado, con el fin de sacarlo del error en que estaba; pero acto continuo se recibió la pequeña á la par que muy significativa comunicación.

Las leyes divinas son inmutables; por lo tanto, no puede ningún sér oponerse á ellas. No es posible dar la luz al que cierra los ojos para no ver.

*
* *
*

¡Nada, mi juicio no se ha efectuado todavía! ¿Qué misterio es este? Sabemos que el fallo es inmediato á la muerte y para nosotros no llega. ¡Dios Omnipotente! ¿es esta tu justicia? ¡Qué tormento tan ináudito el de la incertidumbre!

¡Madre piadosa de los mortales, en tus manos he puesto mi espíritu para que lo presentes al Divino Hacedor!....

¡Oh María! no inútilmente he depositado en tí mis esperanzas; ya distingo en mi alma tu bienhechora luz. Oigo

que me dices que en vano espero un nuevo juicio, porque la sentencia está dada por mi propia conciencia.

Sí, he delinquido y mis faltas merecen reparación; pero ¡oh misericordia! esta reparación no es el castigo: no soy condenado al infierno de tormentos sin fin, sino que nuestras culpas y miserias debemos purgarlas en el crisol de nuestro propio amor.

¡Dios eterno! Yo quiero amar, quiero dar mi vida por amor á los hombres como la dió Cristo.

¡Qué leyes tan extraordinarias son las leyes divinas! María es mi amor y mi esperanza y de sus purísimos labios brotan las palabras que hacia mí llegan, llenas de verdad y de consuelo.

¡Oh, sí! yo quiero amar, pero más, mucho más de lo que he amado: quiero sentir un amor vivísimo, pero no al misterio sino á la luz.

¡Bendita seas, oh, luz! Tú eres la que me muestras que he de volver á la vida humana, renacer en espíritu y recibir el bautismo en el amor del Padre.

¡Tú, amor Infinito, eres el único misterio ante el cual se anonada mi sér.

* *

El amor es la ley: por esto es que el que ama está en ella como en el seno de Aquel de quien emana.

Amor, senda misteriosa del progreso, ¡qué mal se te conoce! ¡Cuántos creyéndose poseedores de un profundo amor, se encuentran más tarde, que ni aún en sus primeras manifestaciones les es conocido! ¡Qué frecuente es tomar por lazos de amor aquéllos que solo envuelven una ruín conveniencia!

* *

Voy á tratar de mi humilde persona.

Mis propósitos al penetrar en ese mundo, fueron de poner en práctica el amor; pero sabed que si al reencarnar posee alguno una resolución, no consigue ponerla en práctica durante su transitoria existencia, sino luchando con energía y sin descanso, tomando siempre por gafa los más secretos impulsos de su íntima conciencia.

De esto se origina que el hombre no adquiere el progreso por dón, sino por esfuerzo propio. Ciertó que todo en la creación es un dón del Padre Celestial; pero no de parcialidad, sino de justicia, porque los grados de perfección solo puede alcanzarlos aquél que con ardiente deseo trata de poseerlos.

He deseado la luz y luego ha descendido sobre mi humilde persona: deseo amar y el amor hácia toda la humanidad constituirá mi misión en la nueva y próxima reencarnación que he resuelto efectuar.

Me siento turbado ya Mis fuerzas se debilitan como acontece cuando la enfermedad se apodera de nosotros. Esto es porque mi espíritu empieza á establecer los lazos que deben unirme á un nuevo cuerpo humano.

Estos lazos los constituye la vehemencia del deseo, cuya intensidad produce al espíritu una verdadera perturbación.

Los espíritus son más moderados en sus deseos, cuanto mayor es su adelanto, porque su misma elevación les dá dominio sobre la materia: por eso verifican su encarnación casi sin perturbación ninguna.....

* *

Vuelvo á presentarme ante vosotros después de una momentánea ausencia.

Mi misión está al empezar. Poco tiempo de libertad me:

queda para daros cuenta de lo que pasa en el mundo que he resuelto habitar.

Las soberanas leyes emanadas de esa inteligencia á quien llamamos Dios, están llenas de sabiduría. Las escalas que marcan el progreso no sólo se manifiestan en los seres de la creación, sino también en los puntos de su residencia á los que llamamos mundos.

Mi propósito, como ya lo he dicho, es amar, cooperando al progreso de los hombres aun á costa de mi propia vida. Pues bien, mis esfuerzos de voluntad me han puesto en disposición de llenar este deseo y voy á llevar la poca luz que he alcanzado á una humanidad que todavía no tiene formada la idea de la existencia de un Dios único.

Mi misión, que en este caso es la de profeta será desempeñada en ese mundo que le llamais Vénus.

Me retiro para dar lugar á que se comunique otro espíritu.

* * *

El dictado que sigue es dado por un espíritu que abandonó la vida terrestre acudiendo al suicidio. Al efectuar la comunicación se posesionó del *medium* de una manera tal, que éste manifestó con gritos y movimientos horripilantes el deseo que dominaba á dicho espíritu de acabar con su existencia.

La impresión que esto causó á los que asistieron á la sesión, es de aquellas que jamás se borran de la memoria.

¡Maldición, no quiero la vida!! ¿por qué no podré morir?

—¿Qué causa os motiva el desprecio á la vida?

—La falta de los goces; por eso trato de arrancármela, porque sin ellos me es odiosa.

—Vuestra vida en el estado actual, que es el de espíritu, es invulnerable. Por lo tanto, no intentéis destruirla por-

que es imposible. Procurad, sí, aprovecharla para vuestro progreso.

—Nada quiero, sólo deseo el aniquilamiento eterno.

—Esto no puede ser: reconoced que las leyes de Dios son inmutables.

—Sois muy despreciables os, dejo.

No debe inspiraros desconfianza esta comunicaci6n; es para vuestra instruccion y debéis tomar nota de sus manifestaciones.

Vuestro Guía.

¡Sigue mi mal! Tengo una herida mortal; pero no obstante no me causa la muerte.....¡Me desespero cada vez más.....

¡No puedo morir, esta es mi ira! Mas, ya que me es imposible romper los lazos de la vida, voy á satisfacer mi ambición de grandeza y poderío.

JUAN BALBONTÍN.

* * *

¡Dios sea loado! Mi misión se presenta feliz. Llevo conmigo un espíritu que sufre: es al que di lugar para que se comunicara. ¡Que Dios me ayude á guiarlo por la senda del bien! ¡Quiera el cielo concederme el poder dominar su soberbia y hacerle aceptar la humildad en vez de la grandeza!.....

Voy á daros la poca luz que en mi corta erraticidad he alcanzado.

Los mundos son la imagen de sus moradores. Un mundo en muy altos grados de perfección es la morada de aquellos seres que se encuentran en igual estado; un mundo adelantado es ocupado por una humanidad que ama y procura el progreso, y atrazado será el planeta que pertenezca á una humanidad primitiva.

Sin embargo, no es este dato suficiente para sentar afirmaciones generales; pues entre las leyes establecidas está una, que no sólo permite sino que manda que las humanidades no sean distintas ni se aislen las unas de las otras; obligándolas á formar una cadena solidaria por el amor. Esta es la que sólo debe llevar legítimamente el nombre de humanidad.

He sentido un deseo, y sin que por mi parte hayan mediado miras ulteriores de conveniencia, este me ha llevado al cumplimiento de la ley. Resolví encarnar y encuentro un cuerpo del todo formado, que me estaba como reservado.

Mi contacto con él ha sido inmediato al nacimiento, lo que quiere decir, que estoy ligado á un cuerpo recién nacido. Tengo, sin embargo, momentos de lucidez que me permiten darme cuenta de la misión que he emprendido, sirviéndome al mismo tiempo para prepararme á cumplirla.

El mundo que he tomado por habitación se encuentra en los tiempos Bíblicos. No tiene el estado de ignorancia que yo había creído en todos sus habitantes, pues ya se encuentran algunos iniciados en la idea de un solo Dios; pero los pocos que han llegado á esta gran verdad, ¡qué lejos están de comprenderla! Por lo tanto, tengo campo bastísimo para practicar mi propósito.....

Deseo, por último, manifestar cual ha sido el resultado de mis primeros esfuerzos con el espíritu soberbio que intenté conducir á la humildad.

Este atrazado ser en vez de tomar carne en familia humilde, como conviene á su progreso, la ha tomado en familia reinante. Quizá le está reservado ocupar un trono y sea yo el que en cumplimiento de mi ministerio trate de conducirlé por el camino de la paz; si mi voz no fuere oída y sigue el camino de la soberbia, que conduce á todas las

iniquidades, no será remoto que en él haya traído á mi verdugo.

NICANOR CORONA, OBI SPO.

* * *

Amigos míos, felicidad. ¿Qué soy yo para vosotros?. ¿Por qué no me escucháis.

—Si os escuchamos, somos vuestros amigos y estamos dispuestos á prestaros atención.

Las palabras se me aglomeran, pues me vienen como torrente. ¡Qué difícil es darle toda la expresión á la *eufonia* de mi voz! ¡Mucho es lo que ambiciono; pero poco, muy poco lo que puedo obtener.

—Decidnos si sufrís.

—No, solamente me siento contrariado, porque no puedo lograr aquello que deseo.

—¿Podrémos saber cuáles són vuestros deseos?

—Ser comprendido de todos como lo era en otra época.

—¿No os dais cuenta que habeis dejado la vida terrestre?

—No la he dejado.

—¿Conoceis dónde estais?

—Estoy entre vosotros.

—Comprendeis el medio de que os valeis para comunicaros con nosotros?

—No me ocupo de eso: solo sé que experimento dificultad en que se entiendan mis palabras.

—¿Podreis decirnos á qué venisteis aquí?

—Buscando amigos: la soledad siempre me ha fastidiado.

—Estais, pues, entre amigos y todos deseamos seros útiles.

—Sí; pero son muchas las veces que os haceis el sordo.

—No hay tal, mas como perdisteis la vida orgánica, en el estado que guardais, que es el de espíritu, vuestras pala-

bras no pueden afectar nuestros oídos.

—Mi vida no la he perdido, pues, oid bien: el día que la pierda, todo, todo habrá concluido para mí.

—La vida que no ha terminado para vos es la del sér espiritual, pues ésta es imperecedera, pero perdisteis el cuerpo carnal con el cual os haciais visible entre nosotros, y esta es la causa de todo lo que encontrais de extraño en el trato con los amigos.

—¡Ya me fastidian vuestras sandeces! me voy.

Instrucción del guía del Círculo.

No debeis hacer á un lado ninguna manifestación del espíritu que acaba de comunicar. No conoce su estado ni quiere conocerlo, sufre la decepción de encontrarse solo y de que sus amigos no le oyen; pero se resiste á confesarlo, porque se siente rebajado en sus altas pretensiones.

Nota de los miembros de la Sociedad.

Este espíritu en su vida terrestre, fue un consumado materialista. Hizo una brillante carrera como médico, no siendo menos distinguido como profesor en el bello arte de la música.

* * *

No hay fuerza de voluntad en mí, para permanecer en el aislamiento. Dadme una explicación de lo que me pasa. ¿Será que la fiebre aún no me abandona?

—¿Sois el mismo que se manifestó en la sesión pasada?

—Sí.

—Pues debeis persuadiros que habeis dejado la vida terrestre y que la turbación que experimentais es la consecuencia del cambio de vuestro modo de sér.

—¿Cómo es posible la muerte cuando me siento en el goce de la vida?

—Es verdad que gozais de la vida; pero no de la orgánica sino la del espíritu.

—Tengo mi cuerpo, no lo he perdido.

—Conviene que sepais que el hombre se compone de cuerpo carnal, de cuerpo espiritual y de alma ó espíritu. El cuerpo que os acompaña es la envoltura espiritual. Ya os hemos dicho que el cuerpo terrestre lo perdisteis para siempre.

¿Será verdad? ¡Nunca lo creí! Esto que me decís siempre me han parecido cuentos.

Al llegar aquí la comunicación quedó interrumpida. El *medium* esperó gran rato á que este espíritu continuara su manifestación pero sin obtener resultado. Cuando dábamos por terminada la sesión el Guía del Círculo, comunicó lo siguiente:

Esperais inútilmente por esta noche que se reanude la comunicación que tenía lugar. El espíritu que la efectuaba ha huído avergonzado, porque engolfado en su saber no quiere convenirse que lo que él llama verdadera ciencia lo haya conducido á un error.

* * *

Ridículo y aun expuesto me parece el continuar visitando vuestro manicomio, sabiendo por experiencia propia que la locura es contagiosa.

A punto habeis estado de hacerme perder la *chaveta* cuando, con la gravedad de frailes en coro, os expresasteis de esta manera: ¡Habeis muerto! la vida y el cuerpo que poseis son la vida y el cuerpo espiritual, inmortal é indestructible.

¡Qué ignorancia, por no decir qué tontería! Vuestro modo de raciocinar es bastante sándio al querer hacerme partícipe de vuestra demencia.

¿Con que hablais y comunicais con los muertos? Pretendeis que sí, y esto sólo prueba que habeis llegado á un periodo de locura incurable.

Desconociendo la ciencia os habeis dejado arrastrar por una alucinación que ha llegado hasta el punto de arrebatarse.

vuestra razón. Volved á ella si aun es tiempo, y oíd con atención; pues os voy á describir qué cosa es la vida y cuál es el motivo y carácter de la muerte.

El organismo humano, lo mismo que una máquina arreglada ejerce sus funciones con orden y regularidad, funciones que la enfermedad desequilibra y altera. La vida en el individuo puede manifestarse de dos modos, bien sea en el estado fisiológico ó bien en el patológico, siempre que este último no llegue á destruir ó paralizar por completo las funciones esenciales del organismo. De aquí resulta que la muerte no es más que la paralización de una máquina descompuesta, es decir, la desorganización parcial que bien pronto se hace general, llevando las moléculas de un cuerpo al gran laboratorio de la naturaleza.

Para que el hombre llegue al conocimiento de la verdad, no existe más que un solo camino y este es el del estudio de las ciencias naturales.

Emprendiendo este trabajo el hombre produce la descomposición y síntesis de todos los compuestos, que son la causa de las incontables manifestaciones de la naturaleza.

Desde toda y por toda la eternidad fuerza y materia; ambas coexistentes é inseparables.

La materia es en sí misma una potencia indestructible; pero nada deja de esta indestructibilidad en los seres que vivifica.

La eternidad es sólo de los dos principios ó más bien dicho, **del principio inseparable, fuerza y materia.**

El hombre, cuando muere, cede á la naturaleza las moléculas componentes de su cerebro, centro de toda producción intelectual y motivo de la individualidad del sér humano, y estas entran por una série de trasformaciones eternas, en la formación de nuevos seres. Esto dice la ciencia y esto es la verdad.

¡Lejos, muy lejos de mí la gente que se alucina con patrañas! Reservad vuestros caritativos propósitos para embaucar con ellos al vulgo ignorante, al que podeis convertir en maniquí de ruines y bastardas miras.

La muerte es la desorganización del sér, y cuando esta se efectúa nada queda del hombre si antes no ha sabido conquistar un puesto en la historia.

*
*
*

Otra vez entre vosotros y héme aquí loco también; pero mi locura es menos ridícula que la vuestra, puesto que mi monomanía es la de estar sólo.

—¿Os dais explicación clara del estado que guardais?

—No tiene más explicación que la locura en que la fiebre me ha dejado.

—¿Habeis pensado en si es curable vuestra locura?

—¡Lo sé acaso! jamás he sabido de un loco que se cure á sí mismo, ni sé si buscar el modo de que mi estado cambie. No hallo con quien tratar mas que con vosotros, y esto es muy natural, pues es costumbre que todos los que pierden la cabeza se encierren en el mismo manicomio. Un loco sólo puede tener trato y ser escuchado por otros locos.

Nota del mismo Gufa.

—No lograreis con vuestras razones convencer á este espíritu. Siendo la voluntad el móvil de las acciones humanas, jamás podrá ningún individuo vencer la voluntad de otro.

El que no espera un porvenir después de la muerte no puede creer en ella, tanto más cuando en ultra-tumba se siente con vida y aptitudes iguales á las que tenía antes; pero como en la vida espiritual siempre hay algo que difiere de la material ó terrestre, cada espíritu busca á esta diferencia una explicación conforme á sus ideas y conocimientos, hasta tener la conciencia clara de su nuevo modo de ser.

El espíritu que acaba de comunicar estuvo á punto de conocer su estado; pero un acto enérgico de su voluntad, en rechazar vuestra instrucción, le condujo al caos.

en que se halla; y no pudiendo salir de él, se explica á su manera los cambios que experimenta.

Tratando con individuos de ideas contrarias á las suyas les da el calificativo de locos; porque tal le parecen; mas como con esto no alcanza á disipar su turbación, se estudia á sí mismo, procurando darse cuenta de lo que le pasa, y como no puede entrar en el trato y ejercicio ordinarios de su vida como antes, no encuentra explicación mas satisfactoria que la de atribuirlo á la locura.

Esta se manifiesta con un caracter pacífico y burlón; pero con la mayor facilidad puede pasar á la desesperación, manifestándose poseído de la ira mas desenfrenada.

Su estado es lamentable, porque es ocasionado por una voluntad enérgica; y todo lo que se emprenda para sacarlo de su error será rechazado; porque lo extraordinario que le pasa lo atribuya á su falta de razón.

Nota del Círculo.

En virtud de la advertencia dada por nuestro Guía suspendimos la comunicación, pues la flexibilidad del medium, en ser poseído de los espíritus, nos obligó á tomar esta resolución, temerosos de presenciar escenas desagradables.

Pasados veintidos días reanudamos—no sin temor—los trabajos con dicho espíritu, dándonos, entonces, las muy interesantes comunicaciones que siguen.

*
* * *

Los fenómenos, que sólo por ser hechos raros se les aplica tal nombre, dejarán de serlo cuando un conocimiento más amplio de las leyes que los rigen sea alcanzado por el estudio.

Las enfermedades y su curación presentan una variedad de casos, que si bien en muchos de ellos se da la ciencia la razón y el modo de combatirlas para su desaparición; las más veces no le es dado á esta misma formular un diagnóstico ni prevenir un sistema curativo.

Lo fenomenal es todo aquello que sale de las leyes comunes, y en este caso se encuentra el origen y curación de multitud de enfermedades. Deben, por lo tanto, fijar bien su atención en esto, todos aquellos que toman interés por el mayor bien de la humanidad doliente.

¿Qué cosa es la enfermedad? —El trastorno de las funciones orgánicas, así como el remedio no es otra cosa que

el restablecimiento á su estado normal de estas mismas funciones.

La locura es uno de aquellos hechos que más que otro alguno puede calificarse de fenomenal, porque muy poco debe haber estudiado la ciencia el que afirme conocer en qué parte del organismo está el trastorno que ocasiona tal enfermedad, y aun me atrevo á dudar que exista realmente algún trastorno orgánico en este mal.

¿Qué es, pues, la locura si no alcanza á producir lesión alguna? Muy mal podríamos llamarla enfermedad en este caso. Si el principio que he sentado es cierto—que la enfermedad es un trastorno en la regularidad de las funciones orgánicas,—la locura no es una enfermedad orgánica.

Si esto es así, indica que existe algo más de lo orgánico.

Pero; ¿nos es dado saber por ventura, lo que está fuera de la realidad ó sea la materia? Porque lo orgánico es lo verdaderamente material: luego si algo existe que afecte el organismo sin lesión orgánica, ese algo debe llevar otro nombre.

¿Qué nombre puede pertenecerle en tal caso? ¿será el de principio activo? Pero este principio es inherente á la materia, es inseparable de ella, es la fuerza.

Aquí se presenta otra dificultad: ¿No está acaso la vida orgánica sostenida por la fuerza? ¿No es la misma fuerza parte constitutiva del organismo? Si es, pues, que á estas preguntas se les da contestación afirmativa, ¿cómo la locura se puede eximir de la ley que ocasiona toda enfermedad?

Si queremos buscar algún otro medio para salir de la dificultad, llamaremos á la locura trastorno mental; pero esto no disipa en manera alguna nuestra duda, porque mientras no descubramos lesión en el organismo nos encontraremos siempre con un obstáculo insuperable para definir la locura.

Si como acabo de decir, le damos el nombre de trastorno mental, y este no es ocasionado por lesión orgánica, nos veremos precisados á confesar que los efectos intelectuales no dependen en manera alguna del organismo, y que son producto de un principio que no es materia, ó que en caso de serlo es de aquella que está fuera de nuestra percepción y alcance.

Lo expuesto es el resultado de las observaciones que estoy practicando.

Siguiendo mi propósito en el estudio emprendido para la investigación del origen de la locura, manifestaré sus resultados con el orden y sucesión con que las ideas aparecen en mi mente.

Quando el estudio analítico no presenta las causas de donde toma principio esta dolencia, es porque se escapan á este medio de observación. Luego la anatomía es insuficiente para marcar las causas que determinan la demencia.

Pues bien, no puede efectuarse ningún fenómeno, por raro que sea, que no reconozca una causa que le da origen, la que no por ser oculta ó desconocida deja de existir. Y ya que no la manifiesta el organismo después de la muerte, tratemos de investigarla en el sér viviente.

Los primeros síntomas de la locura se manifiestan por la fijeza de una idea y la falta de razón en que apoyarla, es decir, que no se presenta la ilusión que á toda idea primitiva sucede, para que tenga el carácter de las elaboraciones mentales en la gente cuerda, y que posee su cabal razón.

Tenemos, pues, que hay una idea, un pensamiento que no se presenta con el carácter común y ordinario, sino que el desgraciado sér en quien domina está atacado de locura.

Entonces se dice que ha perdido la razón y esto con mucha justicia, pues todo lo hace fuera de juicio el demente, á no ser que obre en momentos de lucidez.

De lo expuesto se deduce, que el recto criterio no pertenece al estado de demencia, pudiendo decir, que la falta de criterio es un estado de locura.

¿Qué cosa es el raciocinio y qué movimiento orgánico ó combinación material lo produce?

A esta pregunta permanecen mudas las ciencias naturales, pudiendo á lo más dar una contestación que ha de llevarnos á una dificultad que, de término en término, puede hacerse mayor; pues si decimos que el raciocinio es producto de la inteligencia, se preguntará qué cosa es ésta ó dónde se deriva.

Y esta série de preguntas nos llevará siempre á puntos del todo hipotéticos, que en la precisión que de las ciencias se exige no puede servir como base que tenga la solidez necesaria, para que la ciencia se presente triunfante é invulnerable.

Confuso ante la disyuntiva de caer en un error—propio de los que todo lo quieren encerrar en el dogma de la fe y en la pretendida revelación absoluta—ó de no decir nada, ó bien de manifestar mi impotencia confesando que las ciencias naturales son insuficientes para dar la clave de este problema; no sé qué partido tomar, fuera de una franca y leal emisión de mis ideas.

Jamás problema alguno ha ocupado la mente de un hombre con más insistencia que el que me tiene embargado por conocer el origen de la locura; pero apareceré disculpable ante los que quieran pasar su vista por el estado lastimoso que mi pobre sér les presenta.

Este es para muchos y aun para mí lo ha sido el de la demencia; pero cuando repaso todas las circunstancias y los

motivos que á él me han conducido, me creo en la plenitud de toda mi razón. Una sola cosa ignoro, y es el por qué de mi lastimoso estado.

¿Quién dejará de calificar de desgraciado al sér que estando en medio de la sociedad que le ha sido de trato frecuente se encuentra reducido á cero?

Este es mi estado. Nadie se fija en mí ni me atienden. No soy—no digo un hombre—pues ni aun ocupo el puesto del ente más infelíz.

Sufro á más otro desengaño. Siempre he creído que el sufrimiento mata; pero la muerte no vulnera mi sér. Yo he intentado por varios medios quitarme la vida, que por su misma rareza me es odiosa, y no obstante permanezco en el mejor estado de salud.

La razón es el sano criterio: por lo tanto, carece de ella todo criterio extraviado.

La locura es considerada por mí como falta de razón; aunque esto se lleve al máximum del sentido que puede derivarse de lo que acabo de sentar, y se diga, que todo falso criterio es locura; pues á tal conclusión me arrastran mis deducciones.

Así, pues, la locura es el extravío de la razón, y esta, se extravía por sí misma.

Voy á explicarme: Se ha dado en calificar de razón el producto mental, que se elabora en forma de raciocinio. De modo, que este es considerado como razón, aun cuando es falso, en cuyo caso arrastra al entendimiento que, entregado á sí mismo camina de uno á otro abismo, hasta ir á parar en los más groseros absurdos.

Una falsa idea que toma las proporciones gigantescas de verdad incuestionable, es suficiente para convertir al que la concibe, en monómano, y que se entregue á discreción en el dominio de todo lo inverosímil.....

Lo diré á mi pesar y lanzaré mi dicho á la faz del mundo.

Loco es todo aquel que, no queriendo confesar su pequeñez, se empeña en sostener teorías preconcebidas.

Loco es el que cree que su criterio es suficiente para marcar el hasta aquí á las leyes de la naturaleza.

Loco es el que abriga la pretensión de tener dominio sobre el progreso, é intenta imponer una fe ó ley absoluta sobre la conciencia científica ó religiosa de los hombres.

Loco he sido yo, también, cuando he creído que la materia conocida me podía dar la clave de todo lo desconocido. Mas como mi locura no reconoce más causa que el extravío de mi propio raciocinio, preciso es que por el mismo y por mi propia voluntad vuelva al uso de mi recta razón.

Reseñaré lo que me ha traído á estas conclusiones.

Repentinamente y como quien sale de un extraño sueño, me encuentro entre la sociedad que me ha sido de trato habitual, pero con sorpresa observo que mi presencia no es notada por mis amigos ó al menos tal pretenden manifestar.

Esto lo considero como una broma y con igual carácter les digo si no oyen la eufonía de mi voz; pero la broma continúa y toma el carácter de pesada.

Pierdo la paciencia y quiero atropellar sin miramiento ninguno lanzándome sobre todo lo que se presenta ante mí, mas continúa lo que yo tomaba por pura diversión, y trátase de convencerme que he perdido la vida.

Esto me causa una sorpresa de la que, no obstante mi situación, me rehago bien pronto; pero lo singular de mi estado no cambia.

Esto me conduce á la ira más desenfadada, y á todas las ofensas que prodigo se opone la más fría indiferencia.

Huyo avergonzado de aquel punto; pero ¡oh dolor! en donde quiera que me presento, me suceden iguales escenas. Entonces me parece que me encuentro entre locos y trato de hacerles ver su locura; pero mis afanes son del todo infructuosos, pues nada consigo.

Mi estado sigue lo mismo; el tiempo no corre ó tal me parece. En esta situación estoy esperando un cambio que no viene.

Debido á esto me creo loco y me imagino estar en un manicomio; mas entre los locos me pasa lo mismo que con los cuerdos. Esto me trae sufrimientos tan atroces que me hacen concebir la esperanza de que el dolor me arrancará la vida, pero espero inútilmente, pues nada de esto sucede.

Entonces en el paroxismo del dolor, en el colmo de la desesperación, intento quitarme la existencia; pero ¡cuán amargo es el desengaño que experimento! mi sér es invulnerable. No aparece la más leve herida ni aun el más ligero dolor físico, que debía ser la consecuencia de terribles caídas que verificaba, arrojándome en los más espantosos precipicios.

Mi vida continúa: la cólera y la desesperación nada producen en el sentido de matar la conciencia de mi individualidad.

Trato de darme cuenta de mi estado y juzgo que todo cuanto me ha pasado no cabe sino en el delirio de la locura. Me pongo á considerar lo que es esta enfermedad y lo que la ocasiona, logrando, por fin, algunos rayos de luz á los que debo el conocimiento de que mi estado físico ha cambiado.

Soy el mismo individuo, es verdad; pero no en la parte corporal, pues no siento las mismas necesidades ni puedo entrar en el trato común de mis semejantes, por los mismos medios que me han sido habituales.

* * *

No podría darme cuenta exacta de mi modo de ser actual, sin entrar en un órden de estudios y observaciones científicas, que sirvan para explicar mi estado presente, por lo que antes deseo saber de dónde vengo.

La ciencia es la lectura de las páginas que encierra el gran libro de la naturaleza; por lo tanto, á ella debo ocurrir para que, de una en otra deducción, pueda vislumbrar el camino que mi sér ha recorrido hasta el punto en que me hallo.

El hombre, según la clasificación de los modernos naturalistas, pertenece al reino animal, figurando en la clase de los mamíferos y ocupando su puesto en la primera familia de los primatos. Por lo tanto, se encuentra muy poco distante de los antropóideos, que forman la segunda familia del mismo órden.

En efecto: los estudios de anatomía comparada prueban que el hombre posee los mismos órganos y el mismo esqueleto que muchos individuos de las familias simias, encontrándose sólo ligeras diferencias, las cuales provienen del distinto uso y del mayor ó menor ejercicio de determinados miembros.

Sabido es que todo miembro que no se ejercita se atrofia, pudiendo llegar casi á su total nulidad, así como es verdad que aquellos que tienen un constante uso se desarrollan y perfeccionan. Esto queda probado con la mano del hombre y también con los órganos de la voz.

En cambio, sus pies, que no los emplea sino para la locomoción, se han atrofiado, hasta el punto de no poder servir, sino con mucha dificultad, para otro ejercicio.

Hay sin embargo una notable diferencia anatómica entre el hombre y las demás familias del orden de los primatos, la cual consiste en el desarrollo cerebral.

No se crea por esto que este desarrollo consiste en circunvoluciones. Este estriba en su peso que es triple del que tienen los monos, que mas desarrollo alcanzan en dicho órgano.

Por lo expuesto se ve que, aunque el hombre no es sino el primero de los animales, su inteligencia lo pone en condiciones de ocupar el puesto que ha alcanzado como rey, de los seres que viven y se desarrollan en vuestro planeta.

Continuando los estudios antropológicos y considerando de gran importancia el de la craneometría, veamos á qué punto alcanza la deducción que se desprende del estudio.

Encontrándose diferencias más notables entre los individuos de distintas razas humanas, que las que se encuentran entre individuos clasificados como de distinto género entre órdenes inferiores de los mamíferos, la ciencia no vacila en dividir las humanas en tres especies ó razas primitivas bien caracterizadas.

Estas son: la de los braquicéfalos de piel amarilla y pelo escaso: la de los doliocéfalos de piel blanca y pelo abundante y sedoso, y la de los proñatos-dolioséfalos también de piel negra y pelo abundante y lanoso.

Como se ve, la ciencia no se muestra inactiva y quiere que sus deducciones se apoyen en bases sólidas.

Muchos son los puntos que abraza la ciencia en sus observaciones, pero los expuestos pueden ser bastantes para mi propósito.

*
*
*

Todo vive en la naturaleza, puesto que sin vida no habría la manifestación del sér. La materia no es más que una manifestación de la vida.

Tan es cierto lo que digo que quien dice fuerza es como si dijera vida, puesto que ella es la manifestación sensible de un principio que se considera inherente á la materia, y esto con razón; pues sin este principio que produce la cohesión de moléculas constitutivas en todo cuerpo, este no existiera.

Entiéndase que en la denominación de cuerpo comprendo todo aquello que es capaz de afectar alguno de nuestros sentidos, aunque sea imponderable para los demás.

La luz, comunicada á los ojos por las vibraciones del ether, nos demuestra que la fuerza bajo la denominación del calor, es el motor ó principio de todos los fenómenos materiales.

La ciencia nos muestra nuestro planeta en épocas remotas y nos dice, que en el principio de su formación su estado era gaseoso. Ahora bien: ¿qué fuerza es bastante para volver á dicho estado toda la materia que nos es conocida? —El calor, luego si tal es la potencia del calor y este es el que engendra las vibraciones del ether, que es lo que llamamos luz, muy bien se puede deducir que la luz es la manifestación de la primera fuerza.

Sentado este principio busquemos después por qué série de fenómenos se trasforma esta fuerza en los distintos elementos ó sustancias simples, que reconoce la Química.

Sabido es que gran parte de estos se nos presentan en es-

tado sólido y con los caracteres que les ha valido la denominación de metales y que habiendo podido la ciencia liquidar los gaseosos ha llegado también, á solidificar algunos.

Esto nos conduce á creer que el frío es el que obliga á la materia á tomar la forma que afecta nuestros sentidos, por múltiples manifestaciones.

Bastante conocido es el origen del frío, pues casi no habrá quien ignore que este consiste en la falta de calor, por lo que se puede ver que la naturaleza es la lucha titánica entre el ser y el no ser.

¿Quién será el vencedor en esta tremenda lucha? ¿Existirá eternamente el ser, debiendo su existencia á esa fuerza poderosa que se llama calor, ó triunfará la inercia producida por el frío? ¿Puede ser una verdad que el frío triunfe por la inercia, cuando una vez se ha dado el hecho de que el movimiento engendra el calor?

—Creo que no: Por lo tanto declaro que la naturaleza es impercedera puesto que es el producto de una fuerza misteriosa y eterna, que engendra el movimiento universal.

¿Qué cosa es el principio de vida que se manifiesta en la naturaleza?

—Pregunta es esta que difícilmente se puede contestar de una manera satisfactoria para la ciencia; pero como eludir una cuestión no es resolverla, preciso es buscar una solución á este difícil problema, y como este es mi propósito, es de mi deber manifestar lo que alcanzo con mis deducciones.

Es un principio bastante conocido que donde quiera que hay materia, existe la fuerza. De ahí la deducción de que ésta es inherente á aquella.

Tenemos, pues, que la ciencia conoce bajo la denominación de fuerza el principio de vida, pues es punto incues-

tionable que la materia vive en cualesquiera que sea su estado y en la forma que se presente, sin que por esta aserción se forme una confusión entre las distintas manifestaciones de la vida, pues es muy distinta la orgánica de la inorgánica.

Muchos volúmenes y la reunión de todos los conocimientos humanos serían necesarios, para seguir punto por punto las distintas manifestaciones de la vida en la superficie de la tierra; por lo tanto, sólo me concreto á determinadas generalidades.

Las combinaciones químicas, que se producen de una manera idéntica siempre que se encuentran bajo el influjo de circunstancias favorables, es el principio de vida el que les obliga á formar en toda ocasión los mismos compuestos.

Pongamos un ejemplo: El agua, compuesta de hidrógeno y de oxígeno, es congelada ó reducida á vapor, sea por la acción de una baja temperatura ó bien por otra elevada.

Es indudable que bajo el influjo de distintas acciones cambia de estado; pero su vida permanece la misma, es decir, agua congelada ó sea sólida, ó bien en estado de vapor. No ha cambiado su naturaleza física, pues si el hielo se somete al calor producirá agua, y si el vapor se somete al frío agua producirá también.

Pero un fenómeno bien distinto se producirá cuando por medio de la pila ú otro procedimiento se descomponga el agua, separando sus principales elementos.

Independiendo el hidrógeno del oxígeno ¿qué resultará? Se me dirá que el agua ha sido descompuesta; mas yo tengo el atrevimiento de llamar á esta descomposición la muerte del agua, puesto que ésta ya no existe sino sólo sus componentes.

Si más tarde mezclamos estos en la proporción de dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno, tendremos sólo una mezcla; pero si provocamos la detonación habremos entonces efectuado una combinación, y el agua se nos presentará con su misma vida.

¿Qué ha sucedido durante estas distintas reacciones? simplemente esto: Que el agua ha muerto cuando ha sido descompuesta y que más tarde ha recobrado la misma vida cuando por la combustión de sus elementos ha sido recompuesta. Luego tenemos probado que el agua es inmortal.

De la misma manera que acabamos de hacer el análisis y síntesis del agua, podría hacerse con un sér del reino vegetal, con la diferencia de que no le es tan fácil al hombre restituir la vida de éste como lo ha hecho con el agua.

Esto prueba que conforme la naturaleza se eleva, la criatura humana desconoce cada vez más, en su conjunto, lo que constituye el principio vital, pues mientras en el análisis y síntesis del agua este no pierde nada, en el análisis del vegetal se ha escapado la vida.

En efecto: puede comprobarse que en los instrumentos de análisis está la mayor parte de los componentes, y quizá se aventure decir que todos; pero esto no es exacto porque les falta el principio de vida vegetal, cosa que se ve de una manera incuestionable, puesto que no se restituye á éste su misma vida, como se ha hecho con el agua.

Para explicar esta pérdida, no será bastante el alegar que el vegetal con que se ha hecho el análisis estaba sin vida, pues si este hubiera sido puesto en la tierra como estaca, hubiera seguido viviendo, siempre que circunstancias posteriores no le privaran de este principio.

La vida animal, ante las miradas del observador científico, es el producto tan sólo de la materia, convenientemente organizada.

Es lástima grande, según mi sentir, que los más adelantados observadores científicos, se fijen de preferencia en los estudios anatómicos, para deducir de ahí el origen de las enfermedades; y si son simplemente naturalistas, para ver en la forma y colocación de los músculos en el esqueleto, ó bien en las ramificaciones nerviosas ó circunvoluciones cerebrales, la analogía que tiene el hombre con el animal.

Se busca con decidida preferencia aquellos caracteres que ponen de relieve y manifestación que el hombre es el animal más perfecto, y que, —según toda probabilidad— su origen no es otro que su paso por todas las distintas gerarquías del reino animal.

Hay alguno que ha dicho: “La grandeza humana está en mirar de frente la verdad y aceptarla tal cual es, por fría y desconsoladora que parezca.”

Aunque opino de igual manera esto no es un obstáculo, en la actualidad, para que me ocupe de punto tan delicado como lo es la investigación de la verdad, con ideas que á mi pesar me arrastran mucho más allá del punto á que me había creído, se debían limitar las investigaciones científicas.

Bien está que esperemos el resultado de la verdad afrontándola de frente; pero esto no es decir que estamos en la obligación de sujetarnos á determinados medios de observación, porque nos parezca que los despojos materiales son buenos para servir de fundamento á la ciencia positivista, y hacer una completa abstracción de esa otra que se ha fundado con el nombre de Metafísica.

Aquí apareceré desempeñando un ridículo papel ante los que, como yo lo he hecho, se dan el título de realistas; es-

piritus fuertes que no pueden caer en la insensatez de dar más valor que la de un cuento fantástico—propio para cautivar á gente ignorante—á todo aquello que se presenta con el carácter de manifestación espiritual.

Todo lo tolero, mi partido está tomado y he de afrontar la verdad cualquiera que sea su carácter.

La vida, ó el principio que es causa de la inteligencia, es el principal punto de mi estudio, y siento haber esperado tanto antes de entrar de lleno en tan importante tarea. Cierito que este se presenta erizado de dificultades para darle un carácter científico; pero no hay obstáculo que pueda considerar insuperable el que ama y busca la verdad.

*
*
*

La vida es un hecho que se manifiesta en infinitas formas. Vida es la cohesión molecular; vida la afinidad de los cuerpos; vida la que da el sér en multiplicidad de formas, á todo el reino vegetal, y vida es, también, la que sostiene el reino animal.

¿Por qué esta variedad de formas bajo las cuales se nos presenta la vida?—La contestación no me parece de ninguna dificultad.—Es porque la vida está sujeta á una ley inmutable de progreso, cuya ley es la que esencialmente la caracteriza.

La muerte no existe, y sólo sí el cambio de formas ó modo de ser de los cuerpos.

Ya otra vez he manifestado que sería demasiado empresa el seguir la vida en sus múltiples manifestaciones: por lo tanto, me concreto á estudiarla en los séres inteligentes, puesto que el carácter con que esta se presenta en el hombre, es el mismo que afecta en todo el reino animal.

Dada ya su genealogía conforme á la ciencia moderna, tratemos de ver si ésta puede ser suficiente para demostrar el fin de la individualidad humana en su desorganización, á lo que llamamos muerte.

Más claro: ¿Concluye el hombre en el postrer instante de su vida?—Muchos científicos afirman que sí, pero contra esta opinión replican multitud de espiritualistas, comprendidos en una variedad de sectas, y aun la mayor parte de los libre-pensadores.

¿A quiénes pertenece la verdad?—Los hechos y no las palabras tienen que dar esta trascendental resolución.

Hay que advertir que coloco en el rango de hechos todos los fenómenos que nos presenta y puede presentarnos la naturaleza, y que no considero como tales aquellos que directamente afectan nuestros sentidos, siendo su carácter tal, que podemos sujetarlos á un minucioso análisis.

Investiguemos: La vida se presenta en los séres animales, como el resultado del perfecto funcionamiento orgánico, en todas aquellas partes que se pueden denominar funciones de interés vital. De modo, que faltando esta regularidad sobreviene la muerte, la que, según el decir de muchos, es la cesación del sér.

Siendo la vida la simple manifestación del organismo—según acabo de manifestar—claro está que todas las funciones y manifestaciones del hombre vivo obedecen á su organismo, de una manera ineludible.

Examinemos si esto es cierto. Según la clasificación de muchos naturalistas, el hombre sólo es individuo de los primatos, debiendo tan sólo este rango á su capacidad craneana, y por consiguiente á su mayor desarrollo cerebral; siendo mayor la capacidad ó talento del individuo cuanto más

desarrollo alcanza este órgano y es más considerable la extensión en superficie, de la sustancia gris.

¡Confundidos tienen que quedar ante esta solución científica todos los que pretendan otra cosa! Veamos, sin embargo, lo que nos dicen los hechos observados en la vida, y no en los despojos de la muerte.

La capacidad craneana del hombre es, sin duda ninguna, muy superior á la de sus afines que le siguen en la familia de la clasificación científica, y es por lo tanto muy natural, que el hombre supere en inteligencia al chimpancé y al gorila; pero dado ya este paso midamos el cráneo del hombre menos inteligente, y comparemos su capacidad cerebral con la de una lumbrera de la ciencia.

La comparación que se haga ¿responderá satisfactoriamente á las distancias comparativas que se establezcan, esto es, mediará la proporción exacta en inteligencia y en masa cerebral, haciendo la comparación entre el gorila, un ho-tentote y un Laplace?

Los hechos son los que deben contestar; pero mientras tal cosa se verifica yo afirmo que no y digo: Que dejando esto para los que tienen los medios de comprobarlo, no nos faltarán muchos otros que nos guien á una conclusión más definitiva.

* * *

El hombre se distingue y se aparta del animal, no por su cuerpo que es la representación de su sér material, sino por su inteligencia que, —preciso es decirlo— representa su sér espiritual.

La vida no es precisamente la que puede llamarse representación del espíritu, porque se puede probar que esta exis-

te en seres que no dan ninguna señal de poseerlo, á no ser que al principio vital se le dé tal nombre. Por lo mismo debo manifestar, desde luego, lo que es ó á lo que doy el nombre de espíritu.

Llamo espíritu á un principio individual, inteligente é indestructible.

Veamos ahora si encuentro medio de probar la existencia y supervivencia de este principio, aun después de la muerte del hombre.

El sér humano aparece sobre la tierra por via de sucesión, y la sucesión de la vida que sus padres le legaron al darle el sér material es precisa, para que pueda figurar entre sus semejantes, con un carácter incuestionable de personalidad, la que no puede presentarse fácilmente después de la muerte.

De ahí que lo más fácil es suponer que la personalidad del hombre dura sólo lo que es el período de esta vida.

Ninguna observación de las que se quieren abrogar exclusivamente el título de científicas, quiere pasar del punto en que se presenta la muerte, y cuando más se extiende es hasta estudiar sus despojos. Mas yo pregunto: ¿Es indispensable que las observaciones científicas se dirijan al estudio material de los cuerpos para merecer el nombre de tales? ¿Por qué no han de ser científicas las que se dirigen á hechos intelectuales y morales? ¿Podrá ser un obstáculo para fundar un estudio científico sobre la inteligencia y moral humanas, la opinión de algunos que dicen que la inteligencia y la moral son un hecho puramente convencional, porque á unos puede parecer moral lo que otros califican de inmoral?

Si es preciso que toda la humanidad califique los hechos de un modo igual para merecer el título de científicos, desde

luego digo que la ciencia no existe, pues jamás se alcanzará la uniformidad de calificación cuando deba ser dada por variedad de individuos.

Por fortuna la ciencia está basada en la observación y comprobación, apesar de que cuenta con algunos detractores.

La ciencia es el punto que puede servir de apoyo indeleble á las verdades conquistadas por la humanidad, sean del carácter que fueren. Es decir, que todo hecho observado y comprobado por los hombres merece el título de científico y alcanza el rango de verdad, pese á quien pesare.

Es incuestionable que la vida se presenta ante las miradas del observador como resultado de las funciones orgánicas. Tanto es así, que faltando la regularidad en las que se llaman de interés vital la vida se pierde, ó tal parece á nuestros sentidos.

¿Quién podrá creer que el hombre conserva al morir su individualidad, independiente de aquellos despojos materiales? Sólo aquel que pone los medios para investigarlo puede creerlo, ó que se considera satisfecho con el dicho de personas que son verídicas para él.

Mas para los que desconfían y que sólo la experiencia propia les puede satisfacer, yo les hago presente que tienen ante sí los hechos. Que los investiguen y estudien con toda perseverancia y se presentarán, sin duda, para dar un mentís á los que afirman que todo, en el hombre, acaba con la muerte.

* *
*

La inteligencia y la moral. He aquí los principales puntos de separación que existen entre el hombre y el animal.

Es tan marcada esta separación que no deja lugar ninguno á la duda; sin embargo, puede haber algunos que pongan

en tela de juicio esta afirmación considerando la mucha inteligencia de ciertos animales y la poca de algunos hombres.

Pero no debe olvidarse que, según toda probabilidad, el hombre viene del animal, lo que no es obstáculo para que en la actualidad se encuentre separado por un abismo de sus predecesores. Y si como es verdad hay una enorme distancia entre el uno y el otro, esta se debe tan sólo al desarrollo de su inteligencia.

No en un grado muy inferior participa de esta elevación la moral, que es la purificadora de las costumbres; sin desconocer por esto que esta potencia, exclusiva del hombre, deja todavía mucho que desear.

¿Cuál es el móvil de la inteligencia humana?—Se me dirá que la necesidad; pero yo no admito como exacta esta contestación, por creer que el móvil verdadero de la inteligencia es el deseo. Mas como á todo deseo debe preceder la voluntad para poder tenerlo, queda pues, claramente expresado, que el móvil de todas las acciones humanas, es la voluntad.

Ahora investiguemos si la voluntad procede del organismo y está sujeta á su mandato, ó si el organismo es el esclavo de la voluntad.

Hay que hacer desde luego una advertencia y es, que se efectúan en el hombre dos especies de fenómenos—como si existiera en él una dualidad—y son:

Primero: Los que efectúa la voluntad apesar del organismo.

Segundo: Los que éste lleva á cabo en contra de la voluntad.

El organismo puede manifestar al hombre una necesidad

y la voluntad de éste negarse á satisfacerla, así como también ocurrir lo contrario, esto es, que la voluntad tenga un deseo queriendo imponerlo al cuerpo con carácter de mandato, y que los órganos se resistan á obedecer y triunfar de la voluntad.

¿Qué motivo puede haber para que se manifiesten fuerzas contrarias en el sér humano, si todo está subordinado á la materia?

Nada mas natural que todo en la materia obedezca á esta sola fuerza, y si esto no se presenta así, lo lógico es suponerse que existen dos fuerzas.

Ahora bien: Dos fuerzas que obrando en un mismo sér tratan de anularse la una á la otra, no pueden dimanar de un mismo elemento, supuesto que se presentan como contrarias, y en abierta lucha, en la cual una sola es la que triunfa.

Decir que una sola es la que triunfa no es declarar—como podrían suponer algunos—que ésta es la única fuerza real y verdadera, puesto que la otra queda nulificada; pues si solo hubiera una no existiría la lucha.

Esta lucha, que es constante y pasa ante la vista de todos, se libra diariamente entre la existencia y la no existencia de los seres.

Todo nace, se desarrolla y muere. Esto lo vemos constantemente; no obstante, no todos lo comprendemos en su significación, porque no queremos tomarnos el trabajo de estudiar si en realidad esta lucha se libra entre la fuerza y la materia, ó entre éstas y el espíritu libre é inmortal.

¿Quién será el vencedor en esta tremenda lucha del sér contra el no sér?

—La naturaleza contesta diciendo:—Triunfará el sér, puesto que existo, y voy hácia la perfección. ¡Contestación

categorica que nadie que tenga el juicio sano osará contradecir.

Queda todavía otra observación y otra pregunta.

¿Quién hace marchar á la naturaleza por la vía del perfeccionamiento?

Ninguna respuesta se presenta más admisible que ésta: La ley de progreso. Esto dicen los hechos y en verdad que no puede ser más lógica la contestación.

Cada día vemos que todo pasa á ser lo que no era antes. Ejemplo: Yo soy un hombre, un sér que no existía, luego he venido del no sér.

Este y muchos otros hechos nos muestran que la naturaleza pasa del no sér al sér. Y si queremos remontar esta investigación en sentido retrospectivo, lo natural es que de tiempo en tiempo nos fuéramos aproximando á la simplicidad, en cuyo término se nos presentaría el principio de todo, el autor de la ley, que impulsa la naturaleza.

Dado que existe este principio que impone una ley tan sábia como lo es la de progreso, lo incuestionable es que sea perfecto, y en efecto lo es, porque la perfección está prescrita en su ley.

Este es el camino que trata de remontar la naturaleza y en el que avanza de día en día, ante la faz y apesar de los más incrédulos.

* * *

La naturaleza debe ser, precisamente, causa ó efecto. Será lo primero sino reconoce ningún principio que esté fuera de ella, y será efecto siempre que esté subordinada á producir manifestaciones que le sean impuestas por la primera causa.

Busquemos en sus manifestaciones la solución de este problema.

La naturaleza se nos presenta afectando multiplicidad de formas, y éstas tienen que revestir un carácter material para afectar nuestros sentidos.

Su estado actual nada dice al que trata de comprender, por un exámen superficial, el origen que han tenido los cuerpos que de algún modo le causan sensación; pero revela su historia al que toma por base de sus investigaciones el cúmulo de observaciones que, con el nombre de ciencia, han ido depositando las generaciones pasadas.

La ciencia manifiesta ya, en el estado actual de su progreso, que nuestro planeta antes de ser lo que hoy miramos ha tenido otro modo de ser que podemos llamar rudimentario. Este es el que guardaba cuando rodaba en el espacio, en estado gaseoso.

Ahora bien: ¿Qué es lo que ha causado un cambio tan radical en este fragmento del Universo?

La contestación no se hace esperar, ni presenta dificultad ninguna.—La trasformación es debida al progreso.—Pero si preguntamos á qué punto éste conduce, creo que la única respuesta es ésta.—El progreso conduce á la perfección porque si así no fuera se le llamaría retroceso.

Dado, pues, que el progreso conduce á la perfección y que quien progresa es la naturaleza, hay que admitir el principio de que ésta es imperfecta, y que por lo tanto no puede contener en sí el principio de perfección, por la razón de que no puede ser y dejar de ser una cosa al mismo tiempo. Luego, el principio y el fin de perfección está fuera de la materia.

Siguiendo la cuestión bajo otro punto de vista veremos lo que resulta.

Todo lo que afecta forma material nace y muere. Esto es, todo cuerpo consigue afectar una forma por la unión de ciertas moléculas, que pierde más tarde, cuando hay desorganización.

Cierto que, según la ciencia, no hay una sola molécula que se pierda ó anonade para siempre; pero siendo indudable que la naturaleza sigue esa ley inmutable que se denomina progreso, ¿qué sucede, pues, en las evoluciones de la materia?

—Que los cuerpos abandonan unos átomos por una parte y los recuperan por otra. Pero se observa, sin embargo, en todos los cuerpos orgánicos, que apesar de esta continua renovación de moléculas, envejecen y mueren.

Se me dirá que no obstante de esto la molécula vive; pero ¿qué progreso realizado encontraremos en la naturaleza si sólo admitimos la molécula, que hoy en un cuerpo, mañana en otro y así sucesivamente cambia de lugar, sin dejar de ser molécula?

Conclusión: Si la molécula tiene que ser siempre la misma no puede progresar: el progreso es, sin duda, una realidad; luego, el progreso no está en la molécula.

Pregunto en seguida: ¿La molécula es ó no material? Indudablemente que sí. Consecuencia: el progreso no viene de la materia, sino de la fuerza que la une.

La fuerza es la que produce la cohesión: ella es la que más tarde origina la vida orgánica, y es, por último, la que pasa á constituir y á ser una individualidad espiritual.

El progreso es, sin ningún género de duda, una realidad, el que se verifica por una cadena no interrumpida de adelanto. Luego, no puede cambiar de principio motor, sino que es preciso que éste sea siempre el mismo, que marche incólume hasta constituir una personalidad, atrayendo y

despidiendo en su continua renovación la molécula de materia; pero sin perder jamás la individualidad, la que adquiere en el momento de reconocerse tal.

Resúmen: La materia, por el solo hecho de progresar y marchar hácia la perfección, bajo el dominio de la fuerza que no tiene, manifiesta que no viene de sí misma.

No viniendo de sí—supuesto que pasa á ser lo que no era—no es el principio de las cosas, y en este caso es criada ú originada por el principio Absoluto, que es lo que llamamos Dios.

Mas, siendo la fuerza un ente imperecedero y progresivo, queda probado que si el hombre por esta misma fuerza se llega á considerar y á constituir una individualidad, ésta es la que se llama espíritu, quedando revestido del carácter que ella tiene, esto es, indestructible é inmortal.

* * *

¿Qué cosa es la inteligencia?—Muchos habrá que afirmen que es un resultado del organismo, otros dirán que es una facultad espiritual; pero yo pretendo hacer algunas observaciones, para tener en qué apoyarme al dar mi afirmación.

Desde luego se presenta una observación que hacer y es, que la inteligencia, considerada de una manera general, no es privilegio de la humanidad, pues es indudable que muchos animales la poseen. Sin embargo, se nota que entre la inteligencia humana y la del animal hay una notable diferencia.

Vamos, por lo tanto, á considerar separadamente algunos rasgos de la una y de la otra, siendo la del animal la primera que analicemos, puesto que es la más simple en sus manifestaciones.

La inteligencia animal la vemos manifestarse en los individuos de la misma familia, de una manera tan idéntica, que no necesita de la enseñanza de sus predecesores; pues se puede aislar del trato con sus semejantes, sin que por esto deje de poseer lo que podemos llamar la industria de sus mayores.

Se observa, también, que el animal desarrolla su inteligencia de una manera prodigiosa, siempre que se cultiva bajo el dominio de otra superior, como lo es la del hombre; aunque en semejante caso parece, más bien, que es la inteligencia humana la que se trasmite al animal y que éste obra como una máquina, que no tiene más inteligencia, en sus movimientos, que la que le trasmite su autor.

Se me objetará que entre la inteligencia de un animal educado y la que quiero atribuirle á la máquina, hay una enorme distancia; pero bien estudiado el punto encontraremos que esta enorme distancia sólo consiste en que el animal tiene una voluntad, de la que está privada la máquina.

No se entienda por esto que trato de dar al animal el valor de una simple máquina, pues ya lo he dicho, en el animal hay una voluntad, la que en algunos casos se manifiesta con caracteres asombrosos.

También hay varios ejemplos de la inteligencia animal, que parece llega á tocar los primeros límites del raciocinio; pero de esto á raciocinar como lo hace el hombre, hay un abismo, que no siempre ha existido, puesto que el hombre ha venido franqueándole, hasta llegar al punto en que se encuentra en la actualidad.

Pasemos á ver algunos rasgos de la inteligencia humana.

Si ésta la vamos á buscar en lo que—materialmente hablando—podemos llamar en el principio del hombre, es fuerza que acudamos al niño y, ¿cual es el carácter distintivo

de la inteligencia en este estado del sér humano? Quitado el instinto de alimentacion ésta es nula en la primera edad, pues no manifiesta ni aun aquella que trae consigo el animal ménos inteligente.

Se me dirá que el niño, en sus primeros dias y aún en sus primeros años, no puede manifestar otra cosa, porque no alcanza todavía el desarrollo de su organismo.

Verdad que concedo porque este es sucesivo y gradual; pero como se trata de salvar la dificultad nos vemos precisados á seguir este doble desarrollo material é intelectual, para ver si marchan conformes el uno con el otro.

Si la inteligencia fuese el producto del organismo, no habría más que hacer que esperar á que ésta se fuera manifestando gradualmente, y esto es lo que parece pone de manifiesto la naturaleza; mas debo advertir que cuando tal cosa se cree, es porque no se toma el trabajo de observar y estudiar con atención en un niño verdaderamente inteligente, si esta inteligencia se manifiesta en él de un modo repentino, llegando este momento más ó ménos tarde.

Las observaciones del género que acabo de proponer son muy difíciles de llevar á término, y pueden dar lugar á muchas equivocaciones. Por lo tanto, hay que valerse de la comparación.

Esta se efectúa poniendo en paralelo el propio ser con un niño, procurando por medio del recuerdo ir comparando las distintas edades de la vida, cuando el yo tenía la edad del niño que se observa.

El resultado de semejante investigación será: Que hay una época en la vida del individuo, más ó ménos lejana, en que, se tiene la conciencia absoluta del ser y de la individualidad.

Este recuerdo debe ser una cosa precisa y sin confusión, porque una sola impresión de éstas hay en el hombre.

Cuando esto se haga, el hombre podrá fijar la fecha en que en su vida actual ha recibido el principio inteligente que pertenece á la humanidad, á diferencia del que es propio del animal.

* *
*

Estando la naturaleza regida por una ley y siendo ésta la de progreso, es claro que todo debe marchar por una senda siempre ascendente.

La forma que afecta la materia es la que hiere nuestros sentidos, y por esto es que todo estudio de observación y comprobación está lleno de dificultades, pues tiene, cuando ménos que partir de la misma.

Ya, con anterioridad, hemos expuesto los principios en que se fundan las ciencias naturales, las que sólo pretenden dar como existente la materia regida por una fuerza que le es inherente, desconociendo todo otro principio.

Se ha dicho, también, que esta pretensión es un absurdo aun cuando se pretendiera sostener que el error está de nuestra parte, al suponer que existe algo fuera de la materia.

Hemos emprendido un estudio sosteniendo una discusión, y nuestro deber es continuar en la lucha.

Nuestro camino es árido y puede hasta sentarse el dicho de que es incierto, pues no sabemos el medio de seguir una senda que presenta muy pocos vestigios de haber sido frecuentemente recorrida.

Sin embargo; sin arredrarnos lo poco explorado del principio que con razones científicas tratamos de probar, lo emprendemos con entusiasmo, y seguiremos inquebrantables el estudio, hasta presentar lógicas deducciones.

El estudio que anteriormente he propuesto es espinoso y difícil, por lo muy expuesto que está á la confusión, sino se toman muchas precauciones.

La vida, he dicho, es la que debemos estudiar, y puesto que bastante se ha adelantado en el estudio de sus despojos, vamos, nosotros, á estudiarla en su actividad.

Ya he manifestado que los séres orgánicos obedecen una fuerza que los combina; y hablando del agua, he tenido el capricho de llamarla inmortal. Mas ahora intento pasar á la observación de la vida humana.

Antes he preguntado: "¿Qué es la vida?"—Si todo en la naturaleza fuera fuerza y materia, mi contestación sería ésta.—La vida es la regularidad en las funciones orgánicas.

Pero supuesto lo dicho como cierto, al momento se presenta una dificultad y es, que en semejante caso, la vida sería efecto y no causa, lo que á mí parecer es un absurdo, porque yo entiendo que las funciones orgánicas son efecto de la vida.

Busquemos saber, pues, de qué parte está la razón y pregunto: ¿Qué cosa es el hombre bajo su aspecto material?—Un compuesto de átomos que, en forma de esqueleto huesoso, músculos, nervios, arterias, &c., &c., están sostenidos por una fuerza.

Observemos, luego, quién desempeña el papel principal entre los átomos y la fuerza que los vivifica.

Está científicamente probado que los átomos se renuevan incesantemente en el sér, y sin embargo la vida sigue siendo la misma. Luego, si los átomos se desprenden de la fuerza que los ligaba para quedar á disposición de la fuerza que más tarde los solicita, queda probado que en el hombre la parte puramente de su sér es la fuerza, que es lo que llamamos vida.

Probado, pues, que la vida es causa y no efecto, queda demostrado que las funciones orgánicas le están subordinadas, pasando á ser su efecto.

¿Cuál es el lugar en que reside la vida?—Sabido es que se pueden perder varios miembros y la vida seguir su curso, así como se sabe que la lesión ocasionada en uno de ciertos órganos causa la muerte.

Y ¿qué sucede cuando por una lesión mortal se pierde la vida?—En semejantes casos parece que ésta es producto de la permanencia en buen estado, de los órganos que le son necesarios; pero la realidad es, nó que los órganos sean causa de la vida y necesarios para su existencia, sino que ellos son los instrumentos que sirven para la manifestación de la misma, que es el regular funcionamiento del organismo, movido por la fuerza llamada vital.

Demos el caso que la vida abandona el organismo que la movía, ¿qué sucede entonces?—Queda el cadáver, sin que sufra en el momento de la muerte la disgregación de átomos, que era de esperar, siendo la vida la fuerza que los unía.

Debo hacer una advertencia. Antes he dicho que en el hombre la parte puramente de su ser es la fuerza, que es lo que llamamos vida, lo que podría parecer una contradicción á lo que acabo de exponer: pero nótese que de ninguna manera he sentado que la vida es la que da cohesión á los átomos, sino la que los une, expresando con esta distinción que en el hombre vivo hay dos fuerzas:

Primera: la que da cohesión, que es la fuerza química.

Segunda: la que une los átomos que vienen en sustitución de aquellos que despide, para su regular funcionamiento. Esta es la fuerza vital.

*
* *
*

Los estudios verificados sobre el cadáver son muy numerosos y han proporcionado muchas luces de las que se ha aprovechado la ciencia; pero repito: estos no son suficientes para dar un conocimiento exacto del sér que se llama hombre.

Aunque de preferencia nuestro estudio se ocupa de la vida, no por ésto desprecia los indicios que para nuestro propósito puede proporcionarnos el cadáver, pues el cuerpo nos permite estudiar todo el mecanismo de esa complicadísima máquina, que constituye la parte material y perecedera del sér humano.

Todo el complicado funcionamiento de la vida nos la explica el cadáver; y como todas las ramificaciones nerviosas parten del cerebro, no es extraño que en este órgano se haya tratado de encontrar el asiento de la vida.

Los sentidos todos se encuentran en ese foco. Unos para llevar por medio del nervio óptico, la visión, otros para la audición, otros para el gusto, tacto y olfato.

Hagamos sobre los sentidos algunas observaciones.

Sabido es que el hombre puede carecer de uno ó de varios de ellos, dependiendo esto de algún defecto ó lesión en el nervio conductor, como sucede con el sentido de la vista y otros, que se puede tener el órgano exterior, y sin embargo estar privado de ellos.

Puede también ocurrir—como se experimenta en el sentido del tacto—tener algún miembro amputado y sentirlo como si existiera.

Esto consiste en que algunas veces el órgano es el defectuoso, y en otras lo es el medio conductor.

Considerando al hombre como un sér en el que no obra más que la materia y la única fuerza que se dice le es inherente, resultaría que la vida no es otra cosa que el regular funcionamiento de su misma máquina.

De modo, que los órganos conservados ó recompuestos podrían producir la conservación de la vida indefinidamente, pero no es esto posible, porque viene el agotamiento, así como puede procurarse abastecer al cuerpo de los elementos que le hacen falta, y la vida resistirse á asimilárselos.

¿Cuál es la explicación de esta contrariedad?—Tratemos de resolverla.

Esta se presenta en la naturaleza con un carácter que si bien es confusa en su tránsito, es bastante marcada en las especies superiores de los tres reinos, mineral, vegetal y animal.

La naturaleza presenta una escala no interrumpida desde el primero al último reino, y sin embargo, en el resultado se encuentra que en el modo de ser de cada uno es tan distinto, que á la simple vista se nota la diferencia.

La Química, habiendo llegado á disponer de ese método sorprendente llamado "análisis y síntesis," parece ser un apoyo inquebrantable para sostener la suposición de que en el universo no existe más que la materia.

En efecto: la Química presenta un número de sustancias que llama elementales, y con ellas forma todos los compuestos de la naturaleza.

Sabido es que en sus tres reinos se encuentran los mismos elementos, no obstante el distinto modo de manifestación ó de vida que afecta cada uno de ellos. Apesar de esto, un gran obstáculo ha encontrado esa ciencia poderosa y es, el de convertir los elementos unos en otros.

Dénsele éstos y formará la combinación de todas las sus-

tancias y cuerpos llamados compuestos: su éxito es asombroso en todo lo que se llama química inorgánica; pero empieza á serlo ménos en la denominada orgánica, y toca lo imposible en la vida animal.

Es una verdad que siempre que se unen dos ó más simples se produce un compuesto,—lo que se efectúa con desprendimiento ó absorción de calor,—y también lo es que en el laboratorio puede el químico formar todos los de la naturaleza, aun aquellos en los que se encuentran seres organizados; pero su poder es nulo desde el momento que en vez de sustancias se le pida la formación de órganos.

Podrá, tal vez, valiéndose de mecanismos complicados, producir la forma de órganos muertos, á lo que yo pregunto: ¿Cuál es el motivo de esta dificultad?

Siendo la materia la única existente y teniendo ésta su fuerza inherente, nada más lógico que producir en el laboratorio resultados idénticos á los que produce la naturaleza, siempre que se procuren en circunstancias favorables.

La dificultad está nó en que dejen de conocer los componentes de los cuerpos orgánicos; sino que al efectuarse el análisis se escapa un principio, esto es, la vida.

Se me dirá que si esto no lo ha conseguido la ciencia, porque todavía se encuentra un poco atrasada, sus adelantos son rápidos y lo conseguirá; pero todo esto ¿qué significa? Sólo afirmaciones á priori que nada tienen de científicas.

Ya hemos visto que las afirmaciones materiales se fundan en que el cadáver tiene todas las partes visibles que constituyen el hombre; y como éste no les muestra bajo el escalpelo ni el espíritu ni su vestigio, lo más cómodo es suponer que este no existe.

¿Qué ha perdido el cadáver?—Solamente el calor que es

el producto de la combustión del oxígeno, que los pulmones proporcionan á la sangre.

Ademas, el funcionamiento de la vida que ha desaparecido del sér, que bajo forma de cadáver se estudia, manifiesta el órgano que por su desarreglo ocasionó la muerte.

¿Qué falta, pues, á un cuadro tan completo para no poder negar la existencia del sér espiritual?—Nada: pero, ¿y el estudio de la vida? Este y no otro, es el que nos sacará de la dificultad.

*
**

La vida, ante la ciencia, es una fuerza misteriosa sólo conocida por sus efectos.

¿Podemos sentar afirmaciones sobre su esencia y origen?—Si tomamos ejemplo de los partidarios de la escuela positivista podemos hacerlo, puesto que sostienen que en la naturaleza no existe mas que materia con su fuerza inherente; pero como disentimos de semejante apreciación, veamos si podemos explicarnos la relación que esta fuerza tiene con la materia.

Para todo aquel que tiene algún conocimiento de historia natural, es bien conocido el distinto modo de manifestación que tiene la fuerza obrando sobre la materia inorgánica; de la que se efectúa sobre la orgánica, principalmente en los seres animales.

Se ha dado como cierta la afirmación de que la fuerza es inseparable de la materia, y de ahí, precisamente, parte la creencia de que le es inherente.

Los fenómenos físicos que produce el espíritu obrando sobre seres materiales que no son su instrumento propio—porque en tal caso nada tendrían de notables—están al alcance de todo experimentador.

Solo debe tener presente el que intente dedicarse á esta clase de experimentos, que toda comprobación de carácter científico no se consigue de primer intento.

Sobre todo, no debe olvidarse que aún en las experiencias ménos delicadas de la ciencia, si se quiere tener éxito se ha de proceder con seriedad y obrar con cierto método.

Valiéndose de estos medios, que son los que emplea la ciencia para el logro de las verdades científicas, se llega al conocimiento de una fuerza que no es inherente á la materia, y que obra con libertad sobre la misma.

Esto equivale á probar científicamente la existencia del espíritu, pues lo he dicho ya: "Todo hecho observado y comprobado por los hombres merece el título de científico y alcanza el rango de verdad, pese á quien pesare."

La vida tiene multitud de manifestaciones; pero éstas son mucho mayores en el hombre que en los animales. Esto depende de que en el animal obran principalmente dos fuerzas: la de cohesión y afinidad, y en el hombre se encuentra la espiritual.

Poco tendré que hacer con las primeras que no deja de estudiarlas la ciencia, aunque de preferencia se dedica á la primera; pero sí hay que hacer varias observaciones sobre la tercera, pues á ella debo el conocimiento de mi estado actual, que es el de espíritu.

* * *

Hace poco tiempo que dejé la vida terrestre y tengo muy presentes sus distintas fases, entre las que domina aquella en que me dije un día: Mi inteligencia es el juez soberano de mi sér, y éste se basta á sí mismo. Por lo tanto, no hay más verdad que aquella que pueda abarcar en mi mente.

Desde entónces quedé convertido en un sér esencialmente positivista.

Para mí la vida era el tránsito de mi personalidad sobre la tierra: después, la nada.

Tenía, sin embargo, un amor, que lo compartí entre la ciencia y el arte.

La ciencia me encadenaba y me hacía desear un más allá aunque sólo fuera el de la celebridad.

Perdí la vida orgánica y os es bien conocido lo lamentable de mi estado, en los primeros períodos de mi vida espiritual.

La intensidad de mi sufrimiento me hizo invocar el auxilio de un Dios que, durante mi tránsito por la tierra, sólo consideré como abstracción filosófica.

No conocía el estado que guardaba, y sin embargo, sentía una sed de verdad que me impulsaba al estudio de mi modo de ser, aunque la verdad que de tal estudio resultare me dijera que este era el de la locura.

Analicé y comparé y la luz empezó á sacarme de las nieblas de mi error.

Había tratado de combatir vuestras prácticas con el ridículo, ¡perdonadme! al fin veo que los rayos de una luz purísima desciende hasta vosotros. Trato de absorberla, y también siento su inspiración.

La doctrina de amor—que en sus rayos envuelve como ley única el progreso sin fin—es el crisol purísimo que, convertido en instrumento óptico por el deseo de verdad, es el motor del movimiento intelectual.

Veámos que interpretación doy á tan consoladora doctrina.

Existe de toda eternidad el foco del movimiento universal. Su fuerza es el amor, que comprende en sí, la actividad infinita.

La actividad es el movimiento, su negación la inercia. Donde se imprime un movimiento la inercia desaparece, y en su lugar queda la lucha. He aquí la creación: la lucha entre el ser y el no ser.

Expliquemos esta lucha según la comprendo.

El movimiento engendra el calor, el calor produce vibraciones y la vibración luz.

La inercia tiende á anular los efectos del movimiento, esto es, el calor. Este se debilita y por lo tanto se condensa, pues es sabido que la condensación es el enfriamiento, que es, á su vez, la oposición al calor.

De estos dos principios deduzco: que siendo la luz la manifestación del calor, la materia no es más que luz condensada.

He aquí un campo bastísimo abierto para la investigación de la ciencia, en lo futuro.

Mi pretensión no va más allá ni trato de dar á mis deducciones mas carácter que el de simple teoría, apoyado, sí, en observaciones científicas, que son las que le dan valor.

*
*
*

Sabido es que los soles son el centro de atracción de los sistemas planetarios: es también conocido que estos astros giran en torno de un eje que arbitrariamente se les ha supuesto, y no se ignora que estas masas incandescentes son arrastradas con su corte de planetas, hácia centros desconocidos.

Tratemos de inspirarnos en lo que expone el autor de la primera parte de esta obra "La Ley de Amor," para tener la explicación del movimiento universal.

Según la explicación de dicho autor—refiriéndose á la

formación de un sistema planetario primitivo como lo es el nuestro, nos dice:

"La voluntad divina obrando sobre la inercia engendra el movimiento. Este movimiento desarrolla calor, el calor produce vibraciones y las vibraciones engendran la luz.

Pero como ya sabemos que todo sistema es atraído por un centro desconocido, éste á su vez debe serlo por otro cada vez mayor, hasta lo infinito, esto es, hasta Dios, centro principal del Universo, hácia donde es atraída toda la creación, por el foco ardentísimo de su amor.

La voluntad divina engendra el movimiento, y éste, en manifestaciones infinitas de velocidad variable, forma la materia: luego, la materia no es otra cosa que un resultado del movimiento, y Dios el autor de todo lo existente, por la acción de su voluntad.

El sol, concentrando hácia su centro la mayor parte del calor, desarrollado por su movimiento, repara en su mayor parte las pérdidas de fuerza, sufridas por la inmensa irradiación.

El resultado de esta hipótesis científica será: Que el sol encierra la mayor parte de su calor en su centro, quedando la parte más condensada—que es la relativamente enfriada—para formar la fotosfera.

Esta es la que irradia la luz en sus vibraciones más rápidas, así como el calor, en las que tienen menos intensidad.

La fotosfera solar, según se sabe por el análisis espectral, muestra que están contenidos en ella los primeros vestigios de materia, como es el hidrógeno y algunos metales en estado gaseoso. Esto se explica por su misma atracción.

De lo dicho se infiere: Que las partes más lejanas del centro son las únicas verdaderamente materiales, pues siendo los metales la materia más densa que conocemos, y en-

contrándose en la fotosfera, que es por decirlo así, la envoltura solar; claro es que en su centro no existe la materia que nosotros conocemos, sino el calor, producto del movimiento.

Después de lo expuesto nada tiene de extraño que el sol nos manifieste el hidrógeno como su materia dominante; pues es sabido que este gas es la materia más ligera que conocemos, y por lo tanto la más lejana del centro de atracción, viniendo á ser la que ocupa la superficie de la fotosfera.

El movimiento y la inercia tienden á anularse el uno al otro, y por esto sostienen una lucha gigantesca, lucha que durará mientras la fuerza productora del movimiento exista.

Puesto que existe esta fuerza, tiene que venir de sí misma; por lo tanto, debe ser de toda eternidad. Siendo de toda eternidad, y siendo también su oposición la inercia; ésta ha estado y estará en lucha, de toda y por toda la eternidad.

He aquí explicado por qué la Potencia Criadora cria, desde la infinidad de su sér.

La misma oposición de principios entre el sér y el no sér, nos explica la gravitación universal.

La fuerza activa representa la que se conoce con el nombre de centrípeta, que atrae hácia los focos de movimiento todos los cuerpos. La centrífuga, tiende á separarlos de este centro, llevándolos á la inercia.

Volvamos al estudio del sol. Sabemos que toda fuerza produce un movimiento tanto más rápido, cuanto el medio en que se ejerce es ménos denso, y que todo movimiento pierde fuerza en su propagación, al alejarse del centro productor.

Nos es sabido, también, que el movimiento desarrolla mayor cantidad de calor, en cuanto más resistencia encuentra al ejercerse. El primer movimiento, pues, para romper la inercia, tiene que ser poderoso. Por lo tanto, desarrolla un calor inmenso, calor que es arrastrado y concentrado por la fuerza centrípeta, al centro del movimiento cuando éste es rotatorio.

Una vez vencida la inercia, el movimiento se acelera, y aunque el calor desarrollado está produciéndose en relación con la resistencia que es menor, en cantidad no disminuye, porque lo que ha perdido en resistencia, lo ha ganado en velocidad.

Como este calor desarrollado es concentrado por la atracción, los soles reparan por este medio las pérdidas de calor, causadas por la radiación.

Sabemos que el calor volatiza toda materia, convirtiéndola al estado gaseoso, y que sólo por el enfriamiento recobra su densidad. Luego, es lógico suponer que en el foco de un calor ardentísimo no existe la materia, y que ésta sólo se manifiesta en las partes más apartadas de ese foco.

Esto es lo que hemos supuesto en el sol, y parece estar apoyada nuestra suposición en la ciencia.

*
*
*

Vamos, ahora, á reseñar de qué manera concebimos la formación ó condensación de la materia. Para esto nuestro estudio pasará del sol á una nebulosa.

¿Qué cosa es una nebulosa y cuáles son las causas que concurren á su formación?

—Pregunta es esta ante la cual enmudece la ciencia, apesar de ser ella la revelación divina manifestada por la naturaleza, y de comprender por el trabajo humano el método

experimental; el cual es la reproducción, en pequeña escala, de lo que la misma produce en colosales proporciones.

Preguntas que se dirijen á lo infinito, en investigación de sus secretos, sólo pueden ser contestadas por lo infinito.

Somos muy pequeños, sobre todo yo, que envanecido con la grandeza humana, creí que sus conquistas en el terreno del saber eran bastantes, para negar el más allá del hombre, y la existencia de ese Sér Criador y ordenador del Universo.

Pero una vez reconocido mi error, siento el deseo de luz, y un fuego desconocido empieza á apoderarse de mi sér. Este es el amor á mis hermanos; y como este es el imán único que une los eslabones de la cadena infinita, preciso es para que esta atracción nos ligue para siempre, el conocimiento de la verdad.

Sigamos nuestro estudio:

“En el principio crió Dios el cielo y la tierra.” Esto no es más que dar forma á la palabra, para hacer conocer que todo lo existente viene de Dios; pues decir en el principio —cuando el Criador es la actividad infinita,—equivale á manifestar que, en la eternidad, Dios cria el espacio y la materia cósmica.

El espacio, es, porque Dios existe. La materia cósmica representa la extensión en que el universo se mueve. Y como sólo existe espacio desde el momento en que se conocen puntos de comparación para fijar medidas arbitrarias; por esto se dice que Dios crió el espacio y la materia cósmica, porque sin seres que comprendan las distancias y pueblen los mundos que lo llenan, sería como si no lo hubiera.

Los sistemas planetarios, en sus radiaciones de luz y de

calor que parecen perdidas en el espacio, derraman esa fuerza que podríamos decir está cansada de su actividad. Y esos viajeros, los cometas, la recogen en sus inmensas excursiones, en órbitas excéntricas. Son los condensadores de la luz, que es el movimiento derramado en el espacio.

Sus núcleos, como todos los astros, están animados de un movimiento rotatorio; y sus imponderables caudas indican su marcha seguida por la luz condensada, convertida en materia.

De modo, que estas estelas luminosas no suponen que dicha materia sea abandonada por ellas, antes bien la recogen en sus núcleos, por la rotación.

Estos viajeros,—arrastrados por los soles, de quienes son tributarios,—encuentran en su paso á otros, con quienes chocan, y se unifican.

Esta masa concentrada, queda entonces siendo tributaria de la fuerza más potente; pero su aumento en volúmen la lleva á correr órbitas mucho mas extensas y excéntricas.

Estas inmensas moles se convierten en centros absorbentes de todas las masas pequeñas que se le aproximan. Su trayectoria es cada vez más larga, hasta llegar á ocupar una distancia inconmensurable, del centro de atracción.

La rotación de estas masas llega á adquirir una velocidad estupenda: es una vorágine que traga cuanto se le acerca.

Ha dejado de ser un cometa para constituir lo que se llama nebulosa gaseosa que, á su vez, no es más que el principio de un sistema planetario.

Siendo la nebulosa de una tenuidad muy grande, no presenta la forma esférica de los planetas y tiene luz condensada de distintos sistemas planetarios.

La parte central gira con velocidad desigual de las partes que, aunque irregular, forma la periferia. Esto ocasiona el roce de moléculas, que por la resistencia que oponen en grados muy diferentes, de lo que podemos llamar ecuador y polos de esta misma rotación, producen calor; pero éste no es igual.

Las distintas temperaturas traen desequilibrio. El ecuador de este rodar sin orden llega á tomar una fluidéz que las demás partes no tienen. El espacio recorrido por este fluido es inmenso.

El movimiento interior ó central es una fuerza centrípeta; pero habiendo adquirido aquella masa proporciones enormes en el ecuador, á costa de la depresión de los polos, llega un momento en que la fuerza centrípeta se anula, porque la centrífuga la quebranta. Más tarde la domina, y entonces se verifica un cataclismo.

Una separación de la parte más elevada de este incalculable ecuador, forma por un momento un anillo líquido; pero bien pronto éste se rompe y se convierte en menudos fragmentos, los cuales se unen como líquidos que son.

La disminución de aquella enorme masa hace que su atracción central sea más débil, por lo que éstos se separan de ella con velocidad tal, que casi recobran en todas sus partes el estado gaseoso.

He aquí un sistema de soles que son los unos cortesanos de los otros, según sus distintas masas.

Los más pequeños de éstos son los que primero se enfrían y van pasando á ser planetas.

* * *

Los mundos, como todo lo que es criado, nacen y mueren. Este movimiento es continuo.

Hemos visto ya que la materia se forma por la condensación del movimiento y que éste es mayor en la materia más ligera—que es la menos condensada—y es fácil probar que ésta en cuanto más enfriada se encuentra tiene más fuerza latente, que no es más que movimiento condensado.

El agua, que es la que tiene grande extensión en ese planeta, nos servirá para hacer comparación.

Antes nos hemos ocupado de mostrar que el agua es el compuesto de dos gases, el hidrógeno y el oxígeno. También se ha manifestado que si se mezclan dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno—que es su composición química—ésta no se produce hasta que la mezcla se inflama.

La razón de esto está, en que los gases que forman sus componentes tienen una densidad muchísimo menor que la combinación, que es el agua; pues esta no representa en volumen sino una cifra como de cinco milésimos de aquellos. Pero en cambio tiene el agua la fuerza latente que encierran los gases.

Sabido es que por la combinación del hidro-oxígeno, puede el hombre producir las más altas temperaturas. Pues bien: siendo el calor la manifestación del movimiento—que está condensado en la materia,—cuanto mayor sea el calor que esta materia produzca, tanto más movimiento encerrará en su condensación.

De lo expuesto se deduce: Primero: que los gases mencionados están en el menor grado de condensación entre la materia que conocemos. Segundo: que estos gases para pasar á mayor condensación tienen que perder gran parte de su fuerza latente que es el calor. Tercera: que para perder calor necesitan inflamarse, y que en esta operación pueden poner incandescentes varios cuerpos, emitiendo una luz vivísima.

En este cambio sufren también una contracción, pues siendo en la mezcla tres volúmenes no producen más que dos en el nuevo estado, que es el de vapor, y este sufre una inmensa disminución de volumen, para pasar al líquido que es el agua.

De modo, que esta materia gaseosa—hidro-oxígeno—va continuamente perdiendo fuerza que es su calor condensado; pues si todavía continuamos la experiencia haciendo pasar el agua al estado sólido, necesitamos hacerle perder más su calor.

Sabido es que el agua se congela por el enfriamiento; pero en este paso se presenta un fenómeno raro y es, que después de alcanzar cierta temperatura que la hace experimentar una disminución de volumen cada vez mayor, llega á un punto que ya no sufre depresión, sino que desde aquel momento tiende á aumentar éste, hasta que se efectua la congelación.

Este fenómeno—uno de los pocos observados en el enfriamiento de los cuerpos,—es debido á la nueva forma de agregación molecular que constituye el hielo; pero se observa, al contrario de lo que se había creído en un principio, que el hielo sigue la ley general de los cuerpos sometidos al enfriamiento, esto es, la disminución constante de volumen, en cuanto más baja la temperatura.

Las medidas para graduar el calor y el frío son muy arbitrarias, pues nada nos prueba que el hielo no contiene ningún calor. Sin embargo, esta temperatura ha servido para marcar el cero del termómetro.

Pero, ¿será por esto verdad que bajo cero ya no existe el calor? No, pues vemos que la temperatura sigue bajando, con un frío mayor.

Ahora bien: como el frío no es mas que la ausencia de

calor, claro es que un cuerpo en cuanto más frío, más distante se halla de aquel.

Hemos visto que el agua bajo cierta temperatura en vez de sufrir la contracción, experimenta un aumento de volumen, aumento que no va en escala ascendente sino hasta el momento de la congelación, para seguir después la ley de contracción, que la llevará hasta la nulidad absoluta de volumen.

La explicación de esto se halla en que, siendo el calor la única ley de la naturaleza, ó más bien dicho, su único elemento, faltando la fuerza, que es el movimiento convertido en calor, el cual irradiado en forma de luz se condensa pasando por los distintos estados que afecta la materia; llega hasta una nulidad tal—cuando toca el enfriamiento absoluto—que es la pérdida completa de todo movimiento.

Esta nulidad es el no ser de donde solo el impulso del Sér Criador lo sacára, para servir de progreso á esa fuerza que, espiritualizada por la inteligencia que le dá la conciencia de su individualidad y la sabiduría, la eleva acercándose cada vez más hácia su Autor, por el sublime sentimiento de amor.

*
* *

Volvamos á ocuparnos de los planetas: Hemos dicho que la nebulosa se convierte en sistema de soles cuando están en estado incandecente, y que los satélites tienen su origen en las masas planetarias, como éstos lo han tenido en la nebulosa solar.

Lo natural es que los satélites, como originados de masas relativamente enfriadas, sean los primeros en adquirir condiciones de habitabilidad, y que sean, también, los que primero pasen á ser cadáveres planetarios. El satélite de

la tierra se encuentra en este estado y vamos á tratar de hacer su utópsia.

Su enfermedad y muerte no han tenido más causa que la inanición. Una pérdida continua de su fuerza vital, fuerza que no ha podido reparar, apesar de recibir las emanaciones vivificadoras del sol.

Esto no debe parecer extraño puesto que se ve diariamente desaparecer la vida de la superficie de la tierra, y esto no por falta de emanaciones, sino porque la fuerza vital se niega á asimilárselas.

He aquí lo que ha pasado con la luna. El calor, que es su vida, al ir perdiendo su intensidad, ha ido acabando por grados la velocidad de rotación sobre su eje, y sus días y sus noches se han hecho interminables.

De modo es que, un mundo falto de calor interior, sólo puede vivir del que su sol le proporciona; pero esto solo es assequible, cuando sus días y sus noches se suceden con frecuencia.

Cuando estos empiezan á prolongarse no es bastante el calor recogido durante el día, para reparar las pérdidas sufridas por la irradiación, durante largas noches.

Siendo el calor central el que impide la condensación de la materia, comenzando ésta á enfriarse es á la luz solar á la que sólo se debe la vida, en la superficie de los planetas.

Debemos advertir aquí, que los planetas necesitan tanto más de la luz del sol, cuanto mayor es su densidad.

Esto explica por qué la vida es susceptible de mantenerse en condiciones semejantes á la tierra, en todos los planetas del sistema solar.

La luna, durante sus largas noches, comenzó á sufrir todo el rigor de los hielos, que fueron haciéndose sentir cada vez más ascendiendo de los polos al ecuador.

Estos empezaron por matar lentamente la vida animal y vegetal, para pasar después de ser completa esta destrucción, con la vida misma del satélite.

La vida de sus pobladores concluyó cuando los hielos permanentes invadieron el ecuador. Después de esto empieza la muerte y descomposición del planeta.

La primera parte que pierde es la que podemos llamar la epidermis, esto es, la atmósfera, pues ésta sufre un enfriamiento tal, que pasa al estado líquido. Este se congela más tarde, y entonces empieza á perder lo que constituye su carne.

A medida que la atmósfera se condensa, la irradiación es mayor, pues le falta esa cubierta protectora.

Llega, por fin, á extinguirse por completo esa epidermis, y en este caso la carne, esto es, las partes blandas, se solidifican y secan.

El estado actual de la luna es sólo el de esqueleto, podéis contemplar su armazón huesoso. Ha perdido ya toda su materia flexible, que era la compuesta de átomos menos condensados.

Queda, pues, solo la hosamenta que, aunque lentamente, camina á su descomposición por una condensación cada vez mayor, que la conducirá al no sér.

Si hemos procurado entrar en estos detalles acerca de la muerte y descomposición de los mundos, es para ir desarraigando la creencia y la pretensión de que la materia inorgánica no muere.

Después de lo expuesto pueden entonar el de profundis á la inmortalidad de la materia, los que defienden este principio.

La luz es la fuente de la vida. El equilibrio de la naturaleza se sostiene por la renovación continua que, en fuerza y movimiento, engendra la luz.

Tiempo es ya de que busquemos las causas que producen las distintas manifestaciones que nos presenta la vida humana.

La luz en su potencia física, química y mecánica, nos basta para expresar las distintas fases de la vida animal. El principio productor de este agente físico nos dará también la clave de esa fuerza intelectual y moral que, individualizada, se llama el espíritu humano.

¿Cómo es que la fuerza productora y motor de la materia puede individualizarse y alcanzar la inmortalidad?—Cuestión es esta que nunca estará por demás discutir.

Muchos son los sostenedores del principio altamente consolador, de que el hombre concluye con la muerte. Inútil me parece repetir los puntos en que apoyan su afirmación, pero muy provechoso será siempre buscar la base en que descansa la creencia de la inmortalidad del espíritu.

La separación de las fuerzas que animan la materia es absurda. Por esto se ven aumentar las filas de aquellos que negando para el espíritu una creación especial, solo admiten la fuerza material que, aunque invisible sigue de un modo inseparable á la materia, en sus varias evoluciones.

El padre trasmite á sus hijos una parte de su propia vida, en la que no puede menos de manifestarse en el nuevo sér, los achaques que por herencia le han venido de sus progenitores.

Es tan fácil y natural seguir la escala de los seres en sus manifestaciones materiales, que por eso hay quien califica de ridículos y pretensiosos á los que quieren conceder al hombre más vida que la material.

Esto es lo positivo se dice. La vida orgánica está comprobada por la experiencia diaria y universal, por lo tanto ¿qué necesidad tenemos de entrar en abstracciones filosófi-

cas que sólo pueden tener realidad en la mente que las concibe? Si hay un más allá, si algo sobrevive á la muerte del individuo, lo sabremos cuando llegue la ocasión de conocerlo. Entretanto, bastante tenemos que hacer con las necesidades del presente.

Estas y otras semejantes han sido mis ideas, y parecen muy lógicas y bien fundadas, supuesto que el desengaño de este error ha de venir por sí solo y naturalmente, cuando llegue ese momento tan inesperado que se llama muerte.

¡Y no sabe el que de tal modo juzga que el error subsiste, y que no es bastante, no digo un corto espacio de tiempo; pero ni aun larguísimos períodos para disiparlo, y que será permanente hasta por millares de años, sino se buscan los medios de conocer la verdad.

El hombre anda siempre tras de los bienes de fortuna, y ¿cuáles es el aliciente que lo guía para correr en pos de ellos, sino es el de gozar y pasar del mejor modo posible el período de vida que se cree es el único que nos ha concedido la naturaleza?

Todo en la vida positivista tiende á evitar el sufrimiento presente y futuro y se cree, que cuando éste se presente de una manera inevitable, el suicidio puede ser el término de todo mal. Mas ¡ay insensato del que tal cosa cree! El dolor se posesiona del sér y se hace tanto más desesperante, cuanto que no se le puede poner término, ni se cree pueda cesar. Es un infierno en el que cada instante es de sufrimientos, y no se admitiría pasar un día en este estado, en cambio de un siglo de felicidad.

No exagero: lo digo por una experiencia reciente, y no deseo que otros sufran los tormentos que por mí han pasado.

Nadie impone estos tormentos. Cada criatura es el verdugo de sí misma, y debo dar gracias al Todopoderoso

que mi desesperante estado no se ha prolongado, como á muchos les sucede.

Esto parecerá ridículo á muchos por considerarlo falso, y creerán se trata de darles la creencia por el temor; pero sepan que mi único sentimiento es el de evitarles el dolor, y hacer que vayan tras de la felicidad verdadera, la que sólo es posible en la práctica del amor mútuo.

Estas ideas me parecen inspiradas por el sentimiento de caridad que empieza á manifestarse en mi sér.

Me he extendido en este preámbulo para que se vea que no es de tan pequeña importancia el conocimiento de los puntos que he tratado de desarrollar.

Debo advertir que hay algunos errores en mi dictado; pero estos no son de tanta importancia que no puedan ser tolerados por aquellos que en toda teoría nueva buscan antes el espíritu de élla, que la forma en que es presentada.

Hago notar esto para manifestar que un trabajo de la naturaleza como el presente, llevado á cabo por inspiración, es muy difícil que salga correcto en todo, pues hay muchas y grandes dificultades que vencer para lograrlo.

El único deseo que me ha guiado es el de ser útil á mis semejantes.

CHÁVEZ APARICIO.

*
* *

El Sér Criador es el principio de toda fuerza, porque es el que dá el impulso á los sistemas de soles y de mundos.

Esto no es decir que la fuerza sigue desarrollándose en sus distintos grados de progreso, bajo la potencia que le dió origen; pues si esto fuera así no existiera lo que llamamos creación, porque en este caso solo sería la manifestación del mismo sér que la guiaba.

La naturaleza nos muestra lo que pasa en su desenvolvimiento, por lo tanto, sin entrar de lleno en la forma de un desarrollo puramente filosófico, podemos, por un sistema comprensible para todos, manifestar que una cosa es la creación y otra el sér que le dá origen.

Si la naturaleza fuese guiada de una manera minuciosa y continúa por el sér que la ha criado, no siendo más que el desarrollo del plan concebido por el mismo, no presentaría la más pequeña irregularidad; pero es distinto lo que pasa, pues precisamente se presenta el desorden manifestado de varios modos, siendo entre ellos los llamados fenómenos, los que más se hacen sentir.

En efecto: ¿Qué otra cosa es un fenómeno sino un trastorno en el órden y regularidad con que se reproducen los seres? Esto nadie lo pone en duda, si bien se cree que este trastorno es debido á la casualidad; pero es fuerza hacer constar que todo en la naturaleza es el resultado de una causa.

Expliquémonos: La primera fuerza, para merecer tal nombre, tiene que ser independiente de la creadora, teniendo además que ser libre, aunque no con libertad absoluta.

La fuerza libre es el origen de todo lo fenomenal; y si el fenómeno no pasa de ser raro, es porque á pesar de la libertad que dicha fuerza tiene, está subordinada á la ley de progreso que le impone su autor, la que se cumple pasando aun sobre lo irregular.

La naturaleza, con su fuerza libre, adquiere el carácter de una voluntad, porque en vez de subordinarse á obrar siempre de una manera constante, tiende á la variedad. Pero en esta variedad no siempre llena los requisitos de obrar con sabiduría, lo que prueba, de un modo inequívoco, que no es la Sabiduría Infinita la que obra, produciendo el fenó-

meno. Sin embargo, el fenómeno es el que produce el progreso, pues á él se debe la variedad.

Veamos de que modo esto se explica: La fuerza obra, produce un movimiento, y manifiesta su independencia.—la que constituye una voluntad—porque no sigue de un modo inmutable el primer movimiento, sino que cansada de él le imprime variación. Desde luego aparece el fenómeno, un nuevo sér, distinto de su progenitor.

Ahora bien: Si este ser tiene condiciones de vida, esto es, no ser contrario á la ley de progreso, vive y subsiste; pero si el fenómeno manifiesta retroceso incuestionablemente, muere, sin tomar carta de naturalización en el reino del orden.

Por lo expuesto se viene en conocimiento: que al fenómeno se debe la infinidad de formas que afecta la materia, y se comprende, también, que éstas pueden ir hasta lo infinito.

Mas esta marcha debe ser siempre por una escala minuciosa, puesto que es la sucesión de los seres, y estos no pueden tener sobre sus progenitores diferencias, sino en un grado siempre pequeño.

Esto nos deja estimar el por qué la naturaleza de uno en otro sér no manifiesta sino pequeñísimas variaciones, las que se hacen sentir ya sea por la atrofia de un órgano ó por el desarrollo de otro, tendiendo á alcanzar nueva forma.

Quando un todo homogéneo se divide en fragmentos, cada partícula tiene las mismas propiedades del todo. Así, pues, cada uno de estos puede representar un todo, comparado con partículas más pequeñas del mismo.

Dado este principio no es extraño que un sér sea el origen de muchos que le son similares.

Por esto es que la naturaleza nos muestra una pluralidad de individuos de cada una de la multitud de especies, en que se dividen sus distintos reinos.

De modo, que la fuerza se divide en variedad de individuos, que poseen distintas propiedades en el reino inorgánico, y diferentes tendencias ó voluntades en el orgánico.

Inútil es para nuestro propósito estudiar las variaciones de todos los cuerpos: bástanos saber que en el reino orgánico cada cual obra de una manera independiente—como si en esto quisieran caracterizar el hecho de que obran por una voluntad que les es propia,—puesto que la acción no es la misma en cada uno de sus distintos actos.

Esto nos prueba que la fuerza convertida en voluntad—enteramente caracterizada en el reino animal—se pluraliza en multitud de individuos, cada uno con su voluntad propia, y que pueden por el uso de esta misma, tomar la derecha ó la izquierda, y que entre varios individuos que siguen distintas rutas se presenta por este solo hecho la felicidad para unos, mientras otros sólo experimentan contratiempos y penalidades.

Pues bien: Si en estos individuos existe la inteligencia, empiezan á formar la comparación entre la dicha y la adversidad; y como es natural que se inclinen hácia el goce y detesten el sufrimiento, la voluntad les hará buscar lo primero y procurarán librarse del segundo.

Pero faltos de toda experiencia caerán frecuentemente en uno y en otro, hasta que el tiempo les sirva de enseñanza; y con este caudal de inteligencia procurén que los tiempos de abundancia les proporcionen recursos, para los que más tarde se presenten de escasez.

Este modo de obrar se ve en varias especies de animales que trabajan de una manera colectiva, cuyo proceder les trae la prosperidad, mientras otra multitud son aventureras,

gozando unas veces hasta la saciedad para sufrir en otras el hambre.

Pregunto: ¿Quién da á esos seres la previsión ó la imprevisión? — Se me contestará que el organismo, que en unos es más inteligente que en otros.

Pero este organismo que debe ser el compuesto de fuerza y materia ¿por qué en unos es inteligente y en otros no? — Se me puede contestar que es por el mayor progreso. Mas, ¿qué cosa significa el progreso? — Se dirá que es el avance hácia la mayor perfección. — Y este avance ¿se debe á la fuerza y materia que son inherentes la una á la otra?

Siguiendo este camino se puede correr un dédalo de preguntas y respuestas, para encontrarse después de haberlo recorrido con las mismas dudas que al principio.

El hombre que se entrega á la investigación de las causas con este sistema, no puede menos que caer en el escepticismo.

Por fortuna existen medios en la naturaleza que son suficientes para fundar una fe necesaria para el hombre, cuyo sér es una mezcla de grandeza y pequeñez.

¡Criatura racional que posee la suficiente inteligencia para atreverse y lograr medir las distancias siderales, es, sin embargo, demasiado pequeño, para conocer su propio sér.

Salido de la materia no puede saber con certidumbre material si volverá al polvo de donde se levantara. ¡Mezcla confusa de sabiduría y de ignorancia, no puede decir que nada sabe, ni afirmar que todo lo comprende!

Por lo tanto, debe aprovechar su saber no para desafiar al infinito, marcando en la hora de la muerte el fin de su existencia como sér inteligente é individual, ni empequeñecerse hasta el grado de creer que no puede lanzar sus investigadoras miradas hácia el más allá de la tumba.

*
* *

La fuerza motora criada por el poder Infinito, y la fuerza condensada ó materializada, están tan íntimamente unidas que no es posible separar la una de la otra, sin destruir su sér.

Pero el progreso va modificando esta unión por simples propiedades primero, — que son la cohesión y afinidad, — presentándose estas mismas unidas más tarde á una tercera, que es la tendencia, para llegar en lo sucesivo á manifestarse con el carácter de voluntad.

De lo expuesto resulta: Que la materia por sus avances en el progreso, sigue un desarrollo que no pertenece á lo que propiamente lleva tal nombre, si bien se compone de los mismos elementos; pues si multiplica sus manifestaciones y propiedades, esto sólo se debe al distinto modo de obrar de su fuerza.

La naturaleza presenta en el reino animal multitud de formas con distintas voluntades, sin embargo de que los principios componentes de los distintos seres son los mismos.

Luego, si existe la variedad esto sólo se debe á la modificación, no de su materia que está formada de los mismos elementos, sino á su fuerza, que es la que se modifica.

Una advertencia que nos libraré de confusiones es: Que llamo materia al elemento tangible, el cual por necesidad debe de tener unida á la fuerza. Y como he dicho que ésta se modifica y progresa tomando su materia de los mismos elementos, debo, sobre esto, hacer una aclaración.

La materia con su fuerza inseparable es el átomo. Esta unión es la que manifiesta su sér. Más bien dicho: El átomo es un estado de condensación ó manifestación de la

fuerza, que no puede ir á más, ni á menos, sin quedar destruido.

Para nuevas manifestaciones y por un nuevo estado de la fuerza, se forma la molécula que, á su vez, es llevada á constituir un cuerpo por una fuerza más avanzada.

De modo, que cuando entre fuerza y materia hacemos una comparación, negando el progreso de la materia y admitiendo el de la fuerza; es porque bajo el nombre de materia sólo designamos el átomo simple. Y cuando hablamos de fuerza es de aquella que dá cohesión al átomo, para formar la molécula.

La fuerza progresiva es la que por el distinto modo de agrupar los átomos da origen á la variedad de moléculas, que vienen mas tarde á formar los cuerpos, llamados simples.

Por esto es que decimos: que los seres aunque compuestos de los mismos elementos, se manifiestan de maneras bien distintas.

Tiempo es ya de ocuparnos del hombre, y casi de una manera exclusiva, considerándolo como parte de un todo que se llama humanidad.

El hombre—según parece claramente manifestado, tanto por la investigación puramente científica, como por lo que manifiesta la revelación—se levanta del polvo. Es formado del barro de la tierra, en lo que se expresa bastante claro, que su sér lo debe á las evoluciones de la naturaleza,

Siendo el progreso el avance por lo fenomenal—como ya lo hemos dicho,—y siendo el adelanto muy poco dado á las bruscas transiciones han debido pasar muchos millares de años para que la naturaleza haya llegado al punto ocupado por el hombre: Y como es tan disimulado el paso de uno á otro sér, es natural que se tropiece con dificultades para marcar sus diferencias.

Una de tantas es que se encuentran muchos vacíos entre los seres de una y otra especie, en cuyos vacíos se caracteriza verdaderamente lo fenomenal, puesto que aunque no se deja ver la diferencia en lo esencial, que es el organismo, se manifiesta en la alteración progresiva que sufre la forma.

Sin embargo de esas gradaciones ligeras y de los cambios de forma que parecen bruscos; se presenta la humanidad terrestre como el producto exclusivo de las evoluciones de la materia.

Así, pues, parece lógico y hasta incuestionable que, puesto que el hombre muere, como todo ser perteneciente á la naturaleza, es un absurdo suponer y creer que en él existe un principio inmortal.

Confesar que hay una dificultad, de ninguna manera es decir que ésta sea insuperable, y puesto que el hombre ha podido darse cuenta, hasta cierto punto, de la naturaleza y las leyes que la rigen, poder debe tener para continuar investigando, hasta encontrar una luz que le ponga de manifiesto el más allá de la vida presente.

He aquí un imposible según el decir de muchos, y nada tan fácil como ésto si se ponen en práctica los medios que para el caso son necesarios.

Uno de los más indispensables es, que dichos trabajos sean verificados en colectividad, cuyo método es el que da la fuerza para elevarnos al conocimiento de nuestro futuro destino.

*
*
*

Si la historia de la vida necesita algunos volúmenes para dar cuenta del progreso realizado en una de las especies

animales, claro es que su extensión tiene que ser ilimitada si ha de mostrarnos el que ha realizado la especie humana.

Todo lo que hay escrito puede considerarse como la historia de la humanidad, puesto que es su producto y la manifestación de su inteligencia.

Las edades prehistóricas sólo puede conocerlas la ciencia, por un raciocinio inductivo.

Nosotros no tratamos de emprender una tarea tan árdua y difícil como lo es, la de formar la historia de la humanidad. Nuestro propósito es estudiar la vida del hombre; pero como éste—según se cree—vive tan poco tiempo sobre la tierra, considerándole sólo una existencia, por esto si intentamos darnos cuenta exacta de su vida, tendremos que estudiarla, no en el individuo, sino en la especie.

¡Tristes, muy tristes son los primeros pasos del hombre sobre la tierra! pues éste no es el soberano que nos presenta la Biblia, teniendo el señorío sobre todo lo criado. Su estado es muy inferior al que en el Génesis se le supone, tan inferior, que apenas se distingue de los animales, sus progenitores.

Al hombre del primer día casi no se le debe dar tal nombre, porque verdaderamente es el sér de transición entre éste y el animal; pero no nos horroricemos, porque si su principio es humilde y hasta se puede decir miserable, su fin es grande.

La fuerza progresiva, esto es, la que da distintas agrupaciones al átomo, va por el paso siempre de avance dando formas más perfectas y complicadas á la materia, en sus tres reinos; pero debe advertirse que ya en el dominio de lo orgánico la fuerza se multiplica, y constituye distintas fuerzas independientes.

Por esto hemos dicho que la fuerza unida al átomo, que

es la que le da sér, le es inseparable, porque la separación equivaldría á la destrucción: pero esta fuerza multiplicada sirve para dar cohesión á la molécula, debiendo advertir, que aunque es la misma fuerza multiplicada, por este solo hecho puede aplicársele la división, lo que es igual á decir, que en la molécula hay dos fuerzas: la del átomo y la que le es propia, lo que constituye una unión de fuerzas.

Tenemos definidas estas fuerzas químicas y podríamos hacer la separación de las demás; pero como ésto sólo es una reseña de los progresos de la fuerza, pasamos á una de sus transiciones más interesantes como lo es, la multiplicación y cambio de las fuerzas químicas, en plasto-dinámicas.

Esta nueva multiplicación trae consigo otra división muy radical, pues se presenta por ella una nueva fuerza, independiente y distinta de las que le han dado origen.

La fuerza vital sigue su multiplicación y divisiones, que no la llevan todavía al carácter de nueva fuerza; pero sí de distintas individualidades con voluntad propia, más ó menos desarrollada. En este paso domina sobre el reino animal; pero llega, por fin, el período de una nueva transición.

La individualidad animal más inteligente consigue tener la conciencia de su sér de una manera racional, y entonces hay nueva multiplicación y división de la fuerza.

En este período la fuerza se individualiza: no se divorcia de la materia, pero trata de imponerse á ella y busca el camino para conocer sus leyes, con el fin de convertirla en su dócil instrumento.

Todos los períodos que acabamos de enumerar son lentos y confusos. Su paso queda inadvertido por espíritus poco observadores; pero llega no obstante á conocerse el

cambio radical cuando se hace la comparación, salvando las distancias.

Cuando la fuerza individualizada en el hombre aspira á la inmortalidad, se caracteriza en él, de una manera suficiente, lo que se llama el espíritu.

El hombre no es sólo un animal, como indudablemente lo sería, si careciera de un espíritu inmortal. Por lo tanto, hay hechos en él que pertenecen al animal y acciones que corresponden al hombre; esto es, al espíritu, unido á la materia. Tratemos, pues, de separar los unos de los otros.

La inclinación ó instinto—á lo que llamamos pasión en el hombre—es la que hace progresar al animal.

El ser humano primitivo, siendo en su primer período más animal que hombre, no conocía más estímulo para su progreso que el que acabamos de mencionar; pero el hombre exalta su pasión con el deseo.

Con éste abusa—cosa que no puede el animal, por ser el deseo una facultad del espíritu—y el abuso en la pasión engendra el vicio.

En un principio no conoce los estragos que éste causa y es víctima de él; pero el amor infinito, que en todo obra, determina que estos mismos males causados por el vicio, sean el maestro que enseña á buscarles correctivo.

Todo mal reclama remedio, y como éste no consiste en el alivio del dolor sino en prever la causa y combatirla hasta su total desaparición, de aquí que la virtud sea una cosa real y estable, y de ninguna manera convencional, como muchos lo afirman.

En efecto: Tomemos como punto de comparación los vi-

cios de la gula y la lascivia—hijos del abuso en las pasiones naturales de conservación y reproducción,—y éstos nos dejarán ver que sus estragos no pueden ser desterrados en manera alguna sino por su antídoto, es decir, por las virtudes, templanza y castidad.

Con lo expuesto creemos queda plenamente manifestado de donde toman origen, el vicio y la virtud.

El organismo es una máquina que, movida por una fuerza, toma el movimiento que ésta le imprime.

Por eso vemos que las familias de varias especies animales, obran de una manera idéntica á sus progenitores, sin que sea necesaria para practicar su industria, la enseñanza de sus mayores.

Se ve, no obstante, que estas máquinas no son tan ciegas como las que fabrica el hombre, pues tienen un principio de voluntad. Esta voluntad es la fuerza vital que se ejercita para declararse más tarde una individualidad, inmaterial é inmortal, después de su paso ascendente por las distintas formas materiales.

Llegada esta fuerza á este punto, ya no está sujeta á debilitarse, ni puede perderse, sino que conserva siempre toda su intensidad é independencia, cuyo carácter es el que la hace inmaterial.

No por esto se crea que se aísla ó divorcia en absoluto de la materia; pero sí puede, según su progreso, tomarla con libre voluntad, como instrumento, para sus manifestaciones.

Esto lo hace eligiendo en un período su materia aquí, y en otro allá, sin que en estos cambios pierda su individualidad, ni pueda dualizarse.

La conciencia de la individualidad espiritual es confusa, mientras el espíritu no ha llegado á cierto grado de progre-

so, y sobre todo cuando se encuentra unido á la materia carnal.

Otra objeción que se nos puede hacer es: que siendo en la naturaleza todo progresivo, si los seres se suceden unos de otros y la fuerza se vifurca en su progreso, hasta constituir el espíritu humano, no existe la creación, puesto que son los mismos principios de la materia, que va modificándose, y que por lo tanto todo es producto de la misma; con lo que queda probado que Dios, sólo existe en la mente de los teólogos.

Este raciocinio no pasa de ser un absurdo; porque aun admitiendo que la materia sea de toda eternidad— lo que no es cierto.—no puede probarse en manera alguna que venga de sí misma, mientras es fácil manifestar que siendo progresiva y marchando de lo simple á lo compuesto y de lo imperfecto á lo perfecto, su origen es un manantial del cual mana la naturaleza la perfección, que sucesivamente va manifestando.

La materia es, porque existe el movimiento que la elabora. El movimiento, para que la materia no perezca, tiene que ser perpétuo, y siendo perpétuo es eterno.

Por lo tanto, el origen del movimiento es el sér Criador, y la creación es eterna é inmutable, puesto que el movimiento en el Universo es siempre de igual intensidad. Además, ese movimiento eterno es creación, porque la fuerza que emana de ese foco de todo movimiento se individualiza, para tornar por toda la eternidad al punto de donde partiera, que es Dios, principio de todo lo existente y fin necesario, al que jamás podrá llegar ningún sér criado.

*
*
*

El hombre orgánico es una máquina movida por la fuerza vital. El organismo, compuesto principalmente de cua-

tro elementos que son: el hidrógeno, el oxígeno, el carbono y el azoe, reune con sus distintos elementos distintas fuerzas, figurando como primitiva la que les da sér á los átomos.

Atraídos éstos en distintas proporciones por otra fuerza, forman las varias moléculas correspondientes cada cual al elemento que viene á constituirse en tal, por la colocación y número variable de átomos,

Las moléculas, formadas por la cohesión de los átomos y constituyendo elementos gaseosos—que por tal motivo están privados de una nueva cohesión, que debía unir las moléculas si se tratara de cuerpos líquidos ó sólidos—son atraídas por la fuerza vital que, agrupándolos de una manera especial en cada órgano, produce los músculos, tendones, arterias, tejidos grasos, etc., etc.

Aunque no son éstos los únicos elementos que componen el cuerpo humano, los enumeramos de preferencia, por ser los que principalmente lo forman; y si hemos dado esta pequeña y muy incompleta descripción, ha sido con el único objeto de reseñar las distintas fuerzas que funcionan en la máquina corporal del hombre, y sin más fin que marcar los distintos grados de progreso de la fuerza; pues mientras que la más rudimentaria no tiene otro oficio que dar el sér al átomo, la que le sigue entra en labores de mayor complicación para dar origen á moléculas que deben presentar distintas formas y propiedades, para que esta diversidad sirva á los distintos elementos que la naturaleza nos presenta.

La fuerza vital necesita mucha mayor inteligencia, pues ella casi con sólo los gases que se han enumerado forman esa máquina complicadísima, que se llama el organismo animal. Y no siendo bastante el trabajo de organizar llama á esa fuerza tan conocida en la Química, la cohesión, y la co-

loca en su lugar, para mantener la forma del organismo, hasta un período de tiempo más ó ménos largo, después que la fuerza vital abandona los cuerpos.

Todavía no es bastante esta fuerza como auxiliar de la vital, sino que reúne todas las que presenta la naturaleza, para quedar como motor y director de este gran trabajo que se llama vida, cuando el cuerpo está formado.

Todo objeto mecánico tiene que funcionar con una regularidad y orden admirables, por lo tanto, una máquina no puede servir como un agente universal en toda clase de trabajos, y muy raro es el mecanismo que puede destinarse á dos ó más fines.

Más sabia la naturaleza que el hombre, ha construido una máquina en el cuerpo humano que puede acomodarse á todos los usos; pero ésto sólo puede realizarse con la condición expresa de tener un director que, guiando los movimientos á determinadas partes, produzca los que se propone.

Este director da el mandato por una voluntad libre, y la máquina, que por medio de la fuerza vital está en acción, obedece en todo aquello que no es contrario á su mecanismo.

Para comprender los oficios que tienen las distintas fuerzas que en el hombre concurren á sus manifestaciones, preciso es entrar en un orden de comparaciones.

El animal no tiene más director en sus funciones que la fuerza vital, y sin embargo, éstas parecen hallarse muy lejos de las de una simple máquina. Esto es porque no tenemos la costumbre de juzgar como tal un mecanismo tan complicado. Tratemos, no obstante, de analizar algunas de sus funciones.

El animal es incuestionable que posee una voluntad. Es-

ta, para merecer tal nombre, tiene que obrar con cierta libertad, libertad por la que el animal puede moverse ó estar quieto según lo ordena su voluntad. Pero esta libertad no es bastante para que por el mandato de la voluntad dejen de tener su imperio las necesidades orgánicas sobre el cuerpo, ni puede sujetarse el animal á actos contrarios á los que la naturaleza le destina.

Hay varias experiencias y afirmaciones por las cuales se asegura que el animal puede imponerse privaciones y estar sujeto en cierto modo á determinadas prescripciones morales; pero ésto no es sino efecto de la educación que el hombre le da, valiéndose siempre, para conseguirlo, de sujetarlo á privaciones y á dolorosos castigos.

La gran dificultad que se presenta siempre para encontrar la línea divisoria entre el animal y el hombre, estriba en que no se quiere tener en cuenta que el hombre, en cuanto su sér corporal, no es más que un paso adelante en la escala del tercer reino.

Se busca en el hombre esa creación especial llevada á cabo por las manos del Sér Supremo, lo que en tal caso la línea que lo separa del animal debía ser palpable. Y mientras esta creencia se arraiga en unos, otros, que se han dedicado al estudio de la naturaleza, no quieren reconocer en el hombre más sér que el material.

Nosotros que sabemos que el hombre es, en cuanto lo corporal, el descendiente del animal, y que aun en su parte espiritual es debida á la individualización de la fuerza vital, no debemos buscar una separación que aisle al hombre del animal, ni tampoco debemos conformarnos con que se le confunda con éste, precedero como sér individual.

*
* *

La fuerza vital es más inteligente en el animal que en el hombre. La razón de esta superioridad es porque en el animal obra no sólo como fuerza motriz, sino también como principio inteligente.

Esta afirmación es fácil de comprobar, pues vemos al animal desde su más tierna edad, dotado de un instinto tan poderoso que no solo le sirve para satisfacer las necesidades de la vida, sino que le da el conocimiento innato de un arte, llevado en algunas especies hasta un grado prodigioso, como lo manifiestan el castor y la golondrina, entre muchas que se podrían citar.

La observación atenta del reino animal, puede servir para dar una prueba de que el hombre, considerado sin un principio espiritual, es de los seres menos favorecidos por la naturaleza; pues mientras el bruto necesita pocos cuidados por parte de sus progenitores, él moriría incuestionablemente, si se le tratara como aquellos.

El hombre viene al mundo desnudo y carece de armas ofensivas y defensivas, para sostener con ventaja la lucha por la vida. Esto no sólo acontece en el estado primitivo, sino que también se observa en la actualidad.

El ser humano del primer día es probable que sea el tránsito entre los monos clasificados en el orden de los primatos y el hombre prehistórico, encontrado este último como restos fósiles, y considerado por la ciencia como primitivo.

No se han encontrado todavía evidentes pruebas de la existencia de esta familia transitoria, mas, la razón de esto estriba en que su reinado sobre la tierra fué de corta duración, por no ser numerosa. Además, lo desfavorable de

sus circunstancias naturales para luchar con ventaja, la hizo capaz de verificar un violento tránsito.

Poseedor el hombre primitivo de un espíritu, que aunque rudimentario era bastante para que formara tribus, nos dejó sus despojos en aglomeraciones que han podido servir á la ciencia para fundar suposiciones acerca de la industria en su cuna, cuya época la han denominado edad de la piedra pulimentada.

No es esta sola la familia que puede contarse entre las extinguidas, sino que son muchas, y otras hay que también se encuentran cerca de su extinción, como son las de los grandes monos. Esto no porque su inteligencia sea escasa, pues sabido es que después del hombre ellos son los animales más inteligentes, sino por encontrarse en circunstancias desfavorables para sostener la lucha por la vida.

El hombre es sobre éste un soberano que, por su inteligencia, se ha conquistado el reinado sobre todo lo existente en la tierra. Pero como apesar de su inteligencia es un ignorante, no ha comprendido en su falta de luz que todo lo existente tiene una utilidad, y en su despotismo que lo caracteriza se ha declarado señor de horca y cuchillo, destruyendo inútilmente las especies, olvidando que todas son necesarias para un estudio concienzudo que, hecho sobre sus individuos, serviría para los experimentos de la esencia, que tratando del origen del hombre tiene precisamente que continuar sus investigaciones, hasta tener la sanción de los hechos consumados.

El hombre, como animal, en nada se distingue de una multitud de especies, entre las que unas parecen estar dotadas de lealtad, otras de astucia, de actividad, de pereza, etc., etc. Además, el hombre abusa en la pasión, lo que hace que sea en esta parte inferior á los animales.

Por lo tanto, si el hombre sólo fuera un sér material, no se le consideraría como un paso al progreso, sino antes bien se le llamaría sér degradado por su refinado sensualismo, que es tal, que ni se fija en sus extragos. Mas no le culpeis, porque sus abusos reconocen por causa la ignorancia.

El hombre al nacer no tiene más instinto que el de la alimentación. Todo lo que constituye el sér inteligente tiene que adquirirlo por la enseñanza.—Entiéndase que me refiero á la inteligencia del sér corporal.

Si se dejara abandonado á su propio impulso, indudablemente perecería; mas si ya un poco desarrollado se pusiera donde los alimentos que son indispensables para la vida abundaran, no moriría de hambre; pero su andar sería sobre las manos y los pies, y no daría ninguna muestra de lenguaje, ni de todas aquellas cosas que pertenecen al hombre; porque su fuerza vital, interrumpida por la fuerza inteligente, le dejaría en una degradación tal, que sería muy inferior á los animales más brutos.

De lo expuesto se debe deducir: que lo que en el hombre hay de superior, se debe solamente al progreso del espíritu.

Por eso vemos la niñez de Pascal entregada á los problemas matemáticos, y es también por la intuición porque desde la más tierna infancia hay individuos que son artistas, guerreros, hombres viciosos unos, y otros que poseen la virtud hasta el grado de ser llamados santos.

Es indudable que el cerebro del hombre es una máquina más perfecta que cualquier otro cerebro del resto de los animales; pero apesar de esto no se manifiestan sus efectos

ni en el niño de poca edad, ni en el hombre que no posee un espíritu avanzado.

El cerebro en el hombre es el resultado de la herencia: es como en el reino vegetal el progreso en la forma y combinación del colorido, que varía por la fecundación de distintas variedades, aunque de la misma familia.

En el organismo existe la misma propensión á la herencia, combinándose los defectos ó cualidades de los progenitores, extendiéndose éstos hasta formar facultades secundarias, esto es, facultades que pueden y obedecen á la fuerza vital.

Las fuertes pasiones, lo mismo que muchas enfermedades, pueden tener su origen en la herencia; pero éstas no obran en el individuo sobre quien recaen como una fatalidad inmerecida, como no lo es tampoco la posición social; pues todo esto pesa sobre el espíritu en quien recae, con el rigor de estricta justicia. Todo es la consecuencia de la elección, y ésta siempre la hace el espíritu, en relación con su progreso realizado.

Reconociendo el mismo origen el animal que el hombre, no es de extrañar que la vida orgánica se presente en tales condiciones de semejanza, que sea muy difícil marcar, en el principio, el punto donde acaba el uno para empezar el otro.

Este trance es tan lento y tan poco marcado como el que media entre los tres reinos de la naturaleza. Por esto se ven animales que parecen vegetales, vegetales como animales, hombres que tienen mucho del animal y animales que participan algo del hombre.

El progreso, no obstante, es un hecho, y llega por fin el período en que cada reino alcanza su carácter distintivo de los otros, de un modo tan marcado, que nadie, en lo sucesivo, los puede confundir.

El hombre, observado superficialmente, no se puede clasificar asignándole su lugar legítimo en la escala de los seres; pero con un poco de estudio se puede ver que, aquel en quien todas las pasiones tienen su imperio (y que si bien posee una inteligencia un tanto desarrollada no tiene bastante firmeza de carácter para oponerse á ellas, sino que es el instrumento y juguete de la materia) éste puede ser considerado como perteneciente al reino animal, pues le falta esta fuerza de voluntad que se adquiere con la experiencia, principio de toda sabiduría; pero el que siente en su ser la lucha frecuente entre dos poderes, de los cuales es vencedor unas veces para ser más tarde el vencido, éste, puesto que lucha, desconoce su dependencia absoluta del animal, y merece ser clasificado como hombre.

Sólo se puede esperar el triunfo cuando se lucha, y el vencedor es el héroe que se cubre de gloria, por la victoria que alcanza sobre sus enemigos.

En este último caso el espíritu es el señor, puesto que ha dominado por completo á la materia. Su categoría es más elevada, porque aunque obra unido á ella, es ya sin riesgo de que ésta lo esclavice. Por lo tanto, su rango lo encuentra bajo la clasificación del ángel.

Sigamos ocupándonos del hombre: Hemos dicho que éste se caracteriza desde el momento en que en su ser se entabla una lucha, como si fuera librada entre dos distintos individuos.

Asistamos á esta lucha para comprenderla, puesto que mientras ésta no exista, daremos al hombre el nombre de animal.

El hombre, cuando todavía pertenece al reino animal, siente la pasión y la necesidad de satisfacerla: la satisface y podría quedar tranquilo como le sucede al bruto; pero hay un paso en este estado de animalidad que lo encamina hácia al hombre, y éste es el deseo.

La pasión obra siempre como una necesidad, y como tal se le da cumplimiento; pero el deseo la enardece más y más convirtiéndola en insaciable, en cuyo caso toma el carácter de vicio.

Para que los seres no permanezcan indefinidamente en él, la ley inmutable de progreso obliga al orden, cuyo infringimiento trae consecuencias dolorosas.

El dolor reclama un remedio; pero este no es posible mientras no se evita la causa que lo ocasiona, para cuyo efecto es preciso ponerle un antídoto.

Como su mismo nombre lo indica éste es lo contrario á la causa del mal, lo que deja comprender que sólo puede ser remedio la virtud.

Desde el momento que al hombre se le presentan dos caminos que seguir tiene que luchar para apartarse del que considera nocivo á su progreso, cuya lucha se efectúa entre lo que llamamos bien y mal, de donde resultan las primeras ideas religiosas.

La religión es, por lo tanto, la cuna del hombre, pues desde el instante en que la religión nace, por imperfecta que sea, el ser animal ha pasado á otro reino: es hombre.

*
**

El hombre cuando conoce su ser, no se conforma con saber que existe, ni le basta el tener la certeza que ha de morir. Quiere conocer más, desea saber cuál es el origen no sólo de su personalidad, sino el de todos los objetos que le rodean. Esta pretensión es nada ménos que el origen de la ciencia.

Por lo tanto, se encuentra con dos caminos que seguir para la investigación de la verdad y son: la religión y la ciencia.

Sus primeras ideas son muy vagas y sus conocimientos muy inciertos. Si su vida estuviera sólo animada por la fuerza vital — que en cierto modo está pendiente de su organismo — no podría dar un sólo paso sobre sendas tan oscuras como lo son, la religión y la ciencia.

Permanecería como los demás seres, apesar de su desarrollo cerebral; pero como las leyes de la naturaleza se cumplen de una manera ineludible, la fuerza vital adquiere en su progreso la individualidad, y ésta desea y ambiciona con toda la intensidad de que es capaz una voluntad poco desarrollada, conocer la causa que da origen á la naturaleza; pues á pesar de su ignorancia cree, que no puede existir una obra sin autor.

Entre las distintas manifestaciones de la naturaleza, que ha sabido calificar de buenas y malas, no le parece que todas provengan de un mismo origen, y á cada una de éstas les atribuye un géneo ó divinidad.

Inútil parece decir que estos géneos se dividen en benéficos y maléficos, pues como el espíritu de estos hombres es rudo é ignorante, no puede alcanzar á una concepción metafísica, y materializa sus divinidades. De esto resulta, que su culto es tan imperfecto, como el sér que lo concibe.

Por esto no debe extrañarse que entre las primeras religiones figuren el Fetichismo, la Zoolatría, la Astrolatría, y también la Humanolatría, que á tal punto llegan aún las religiones, que más dominio tienen sobre la humanidad.

El primer paso está dado: la humanidad se separa del reino que le ha dado origen, desde el momento que funda la religión y la ciencia.

La primera le ha de dar la fe en que la naturaleza tiene su autor, y la segunda le ha de servir para que por medio del conocimiento de las leyes que rigen el universo, se com-

pruebe la existencia de ese Sér Infinito, al cual sólo puede conocerlo el hombre de una manera sucesiva y cada vez más perfecta por sus manifestaciones, pero jamás por su esencia.

*
* *

Las leyes metafísicas requieren un estudio tan extenso al ménos, como el que se ha verificado observando las físicas, pues pertenecen á la naturaleza tanto las unas como las otras.

Puede creerse á primera vista, que las leyes que se relacionan con el modo de ser del espíritu y sus manifestaciones, difieren esencialmente de aquellas que hacen relación á la parte material, y esto es un error, pues todo, en la naturaleza, tiene su íntimo enlace.

Los principios de observación, comprobación y cálculo que se aplican á la ciencia que estudia los cuerpos, llenan las condiciones que se requieren para la investigación de los fenómenos psíquicos.

Mal sistema es para alcanzar el conocimiento de las leyes que rigen á los espíritus, querer que todo sea el producto de meditaciones filosóficas y de principios revelados, pues es preciso tener en cuenta que en la naturaleza todo se enlaza, y que existe en lo espiritual un simil de lo material.

De la misma manera que en los cuerpos materiales existen las afinidades químicas, alcanza esta misma ley á los espíritus. De modo, que es por la afinidad como estos obran, sobre aquellos que les son más simpáticos.

Este paréntesis tiene por objeto disipar un error que no puede ménos de acarrear consecuencias desconsoladoras, y hasta muchas veces desastrosas.

Dado que existe la comunicación, se dice, esperemos la

prueba de ello, ambicionando prodigios que anuláran de una manera completa las leyes del universo.

Mas, si el hombre no puede adquirir nada por un mero hecho escepcional y de privilegio, sino por un orden sucesivo de progreso, y siempre por la benéfica acción del trabajo ¿por qué ambicionar como prueba de una verdad lo extraordinario y hasta podría decirse lo imposible? ¿Por qué se pretende que al ignorante le venga la manifestación de la sabiduría? ¿Por qué se forma la creencia errónea de que no debe conocer ni estudiar con empeño las ciencias naturales y que se relacionan con los hechos materiales, el que pretende recibir amplias instrucciones sobre los hechos espirituales? Tanto más se deben estudiar cuando estos tienen íntima coorelación con las anteriores, puesto que lo material, en el hombre, precede á lo espiritual.

Vuestros pensamientos no pasan inadvertidos para nosotros, y tiempo es ya de que se dé una aclaración.

Estáis al concluir una obra de la que negáis ser los autores, porque creéis que su contenido es debido á la acción de otras influencias, mas, la verdad es que dicha obra es el producto de una colectividad, y vosotros no estáis exentos de ella, pues os corresponde una parte muy activa y directa.

Ella contiene concepciones elevadas; pero tiene, también, algunas formas que algo se apartan del espíritu de su principal enseñanza, que es la ley de amor.

¡Qué esto no sea motivo de desaliento! pues si en sus páginas se encuentran verdades, éstas jamás dejarán de ser lo mismo, cualesquiera que sea su origen. Y los errores que contenga, en ninguna ocasión empañarán la verdad, porque estos, como tales, nunca serán comprobados.

No creéis tener el derecho de enmendar ó corregir como

sino fuerais los trabajadores que á cada paso habéis contribuido á elaborarla. Ciertamente que tiene la ayuda de la inspiración, pero esto no quiere decir que se debe considerar como totalmente revelada.

La inspiración que el hombre recibe no puede ser jamás en el sentido de anular sus facultades, lo que equivale á decir, que cuando el hombre está inspirado, está muy lejos de ser una simple máquina.

Se os ha dicho que es llegado el tiempo que todo aquel que ame recibirá en sí al Espíritu de Verdad, esto es, todo aquel que encamine sus actos al cumplimiento de la ley de amor, recibirá la inspiración de la verdad, y esto puede ser de una manera tan natural y de ordinario, que hasta parecerá que no se tiene tal inspiración.

Estudio, trabajo y amor, esta es la senda para acercarse á Dios, y estad seguros, que jamás en vuestras laudables tareas, os faltará la ayuda de espíritus de buena voluntad.

EPILOGO.

¡La religión y la ciencia! He aquí las principales vías por las que el hombre recibe la revelación de las manifestaciones divinas.

La religión, como lazo que une las criaturas al Criador,

prueba de ello, ambicionando prodigios que anuláran de una manera completa las leyes del universo.

Mas, si el hombre no puede adquirir nada por un mero hecho escepcional y de privilegio, sino por un orden sucesivo de progreso, y siempre por la benéfica acción del trabajo ¿por qué ambicionar como prueba de una verdad lo extraordinario y hasta podría decirse lo imposible? ¿Por qué se pretende que al ignorante le venga la manifestación de la sabiduría? ¿Por qué se forma la creencia errónea de que no debe conocer ni estudiar con empeño las ciencias naturales y que se relacionan con los hechos materiales, el que pretende recibir amplias instrucciones sobre los hechos espirituales? Tanto más se deben estudiar cuando estos tienen íntima coorelación con las anteriores, puesto que lo material, en el hombre, precede á lo espiritual.

Vuestros pensamientos no pasan inadvertidos para nosotros, y tiempo es ya de que se dé una aclaración.

Estáis al concluir una obra de la que negáis ser los autores, porque creéis que su contenido es debido á la acción de otras influencias, mas, la verdad es que dicha obra es el producto de una colectividad, y vosotros no estáis exentos de ella, pues os corresponde una parte muy activa y directa.

Ella contiene concepciones elevadas; pero tiene, también, algunas formas que algo se apartan del espíritu de su principal enseñanza, que es la ley de amor.

¡Qué esto no sea motivo de desaliento! pues si en sus páginas se encuentran verdades, éstas jamás dejarán de ser lo mismo, cualesquiera que sea su origen. Y los errores que contenga, en ninguna ocasión empañarán la verdad, porque estos, como tales, nunca serán comprobados.

No creéis tener el derecho de enmendar ó corregir como

sino fuerais los trabajadores que á cada paso habéis contribuido á elaborarla. Ciertamente que tiene la ayuda de la inspiración, pero esto no quiere decir que se debe considerar como totalmente revelada.

La inspiración que el hombre recibe no puede ser jamás en el sentido de anular sus facultades, lo que equivale á decir, que cuando el hombre está inspirado, está muy lejos de ser una simple máquina.

Se os ha dicho que es llegado el tiempo que todo aquel que ame recibirá en sí al Espíritu de Verdad, esto es, todo aquel que encamine sus actos al cumplimiento de la ley de amor, recibirá la inspiración de la verdad, y esto puede ser de una manera tan natural y de ordinario, que hasta parecerá que no se tiene tal inspiración.

Estudio, trabajo y amor, esta es la senda para acercarse á Dios, y estad seguros, que jamás en vuestras laudables tareas, os faltará la ayuda de espíritus de buena voluntad.

EPÍLOGO.

¡La religión y la ciencia! He aquí las principales vías por las que el hombre recibe la revelación de las manifestaciones divinas.

La religión, como lazo que une las criaturas al Criador,

sirve para dar los principios que, sujetos á una ley, forman la cadena de amor, por la cual se hace sensible á la criatura en todos los grados de progreso, la manifestación de la Divinidad.

El amor divino, irradiando por todo el universo, alcanza á todo lo criado; sólo que la asimilación de esta divina llama se distribuye según la absorción que hacen de élla, las diversas individualidades, siendo proporcional á su progreso. Esto se puede comprender mejor sujetándolo á una medida, calculada por la distancia.

El espíritu es más pequeño y se encuentra á mayor distancia de Dios, en cuanto es ménos su progreso.

No se entienda por esto que está sujeto á los caracteres de extensión que marca la medida de los cuerpos; pero consideramos su tamaño proporcional por su elevación en amor, y en el conocimiento de las leyes que rigen la materia.

La historia de la religión y de la ciencia, nos marcan el progreso continuo de la humanidad.

La religión es una, porque es el producto de un solo sentimiento. Sin embargo, por un hecho de ignorancia, los hombres la han pluralizado, declarando falsas los unos, las que profesan los otros, olvidando que el espíritu de adoración es el mismo en todas éllas.

El Politeísmo no tiene más origen que, siendo múltiples las manifestaciones de la naturaleza, no puede comprender el ignorante que todas sean el resultado de una ley única, por lo que se ha creído, que para diversidad de resultados se requerían distintos principios, divididos en dos ramas principales: esto es, los benéficos y los maléficos.

Pero inútil es repetirlo, cuando la historia lo comprueba. La religión es—como todo lo que hace relación á lo finito

—progresiva, y esto apesar de los que se empeñan en inmovilizarla.

Se dirá, sin embargo, que en la época actual se presenta, la humanidad más dividida que nunca en materias de religión, división que por sí sola patentiza que existen una gran pluralidad de éllas. Mas esta apreciación sólo puede caber en la mente de los absolutistas, es decir, de aquellos que creen que el hombre puede poseer algo absoluto, aun cuando sólo sea la verdad religiosa, sin advertir que el que poseyera tal verdad se identificaría con Dios, lo que sólo puede caber en el absurdo panteísta.

Pero ya lo hemos dicho: La criatura, como finita que es, sólo puede alcanzar el conocimiento de las cosas de una manera progresiva, esto es, sin término. Y como las religiones, por imperfectas que sean, no tienen más objeto que rendir culto al Criador, por la manifestación del amor que les es dado, no es de extrañar que en cuanto más ignorante es el hombre, más materialice su culto.

Mas, si todas las que se creen diferentes religiones, tienen un mismo fin, claro es que no son sino distintos grados de una misma escala.

Difícil de comprender es esto para los que están bajo el absurdo de que para llegar hasta Dios, basta una sola vida finita ó instantánea—como lo sería una existencia terrestre,—comparada con la eternidad.

Por esto es que unos singularizando la vida á un punto comparable con la nada, y otros pluralizándola, no pueden llegar á un acuerdo, y esto sólo por estar sujetos á los sentidos que, á cada paso, presentan la aparente destrucción de los seres humanos.

Pero sepan todos que la vida, así como la religión y la ciencia, en su apariencia de pluralidad, no son sí no: Una

religión en distintos grados de progreso; una vida en distintas manifestaciones, y una ciencia con diferentes ramos de aplicación.

Estos dos principios, la religión y la ciencia, — que muchas veces parecen estar en pugna, — no son más que dos distintos modos de manifestación de un mismo sér y de una misma ley; sólo que la religión se dirige á la esencia del sér, á lo espiritual, y la ciencia al estudio y comprobación de lo material, para de ahí venir al conocimiento de una ley que tanto rige á lo que en forma de materia se presenta, como á lo que por su origen y por esencia es inmaterial.

Esta ley, es la ley de amor.

*
* *

Hemos dicho que la religión y la ciencia son el producto de la revelación divina; pero mal modo de escudriñar como Dios se revela á sus criaturas, es creer que el Sér Infinito dicta á los hombres las doctrinas y enseñanzas, por las cuales deben encaminar sus pasos para alcanzar la felicidad eterna.

La revelación directa de la Divinidad sería de tal transcendencia, que quedaría impresa en el hombre, con el carácter de absoluta.

Esto sería equivalente á infundir en la criatura la divinidad, dándole la posesión de lo absoluto, siendo igual á hacer un Dios de cada hombre, lo que es imposible; porque sería la anulación del principio único que sólo Dios lo es, ó á que se absorviera en Él.

Dios se revela al hombre, esto es una verdad, puesto que sin esta revelación, jamás podría la criatura salir de su ignorancia; pero ésta se efectúa no de una manera directa, sino por medio de la creación y de las leyes que la rigen.

El hombre es, por la voluntad del que le dió origen, un

sér dotado de una libertad que, aunque finita, lo eleva á la altura de soberano, entre el círculo de lo mutable, sin que pueda jamás tomar el carácter de inmutable, que lo convertiría en infinito y absoluto.

El hombre, como sér criado para el progreso, tiene libertad, y con élla, puede dejar de obedecer la ley, y permanecer, en el tiempo, apartado de su cumplimiento.

Mas, fíjese bien la atención en lo que decimos: **El hombre puede por su voluntad y haciendo uso de su libertad, apartarse del cumplimiento de la ley y quebrantarla, contrariando sus preceptos;** pero esto sólo en el tiempo y jamás en la eternidad, cuyos actos son exclusivos de la Divinidad.

Apartado el hombre de la ley, sufre las consecuencias dolorosas que trae consigo tal separación; pero con su carácter de sér finito, no puede soportar el peso del sufrimiento, de un modo infinito.

Su voluntad, por enérgica que se la suponga, cede. Se aparta del camino que había emprendido, y entra en el cumplimiento de la ley, que Dios, como sabiduría infinita ha impuesto, para que criaturas finitas se encaminen eternamente hácia la verdad y el bien.

La ley de amor y de progreso, en el amor y por el amor, es el medio por el cual Dios se revela á sus criaturas. Por lo tanto, recibe la revelación divina el que da cumplimiento á la ley.

Dios se revela en sus leyes de un modo infinito; pero la criatura, como finita que es, recibe la revelación á medida de su progreso. De ahí que el conocimiento de la verdad sólo puede adquirirlo el hombre, de una manera progresiva.

Esto no impide que la verdad sea una, como lo es la religión, lo mismo que la ciencia: si en el camino que sigue la humanidad, el hombre no puede encontrar ni poseer la ver-

dad absoluta, explicado está por su naturaleza finita; pero Dios, que es la bondad infinita, pone la verdad al alcance de sus criaturas, para que por su paso por la eternidad, la vayan conociendo.

No debe culparse al hombre de que en sus principios religiosos se le vea idolatrando lo criado. Es condición de su naturaleza, y está visto que Dios, que es el Soberano Autor, tolera todos los cultos, aun aquellos que parecen más absurdos.

Si alguna culpabilidad tiene el hombre en materia de religión, es la de inmovilizarla, queriendo convertir en absoluto lo que es progresivo; pero por más que se esfuerce, jamás podrá detener el progreso que, pasando sobre la ignorancia, tiene que impulsar á la humanidad, grado por grado, hácia la sabiduría.

La religión y la ciencia marcan el camino regado por la sangre de innumerables mártires, y también por el sacrificio de multitud de descubridores.

La religión en su esencia es infinita é inmutable, porque es el lazo de unión entre la criatura y el Criador; pero en sus manifestaciones exteriores, es mutable y progresiva.

Los sacerdotes ó ministros, que para el culto externo se han venido sucediendo, son los verdugos de los Mesías que inician el progreso sin fin.

La religión para progresar con rapidéz, tiene necesidad de apóstoles que la prediquen con la palabra y el ejemplo; pero no de medianeros, entre Dios y los hombres.

A Dios le debemos rendir culto y veneración, es cierto; pero este culto es el cumplimiento de su ley, y la adoración se manifiesta amándole en espíritu y verdad.

*
* *

Dios se revela en la creación como autor supremo. El hombre, como criatura inteligente, absorve la revelación divina manifestada en todo lo existente.

El espíritu humano participa en un grado siempre ascendente de las perfecciones de su Criador. Su principio es pequeño, casi nulo; pero no obstante su pequeñez trae en su ser un germen que, desarrollándose, le arrastra al progreso.

Demasiado nos hemos ocupado ya de la humanidad, y es notoria su insignificancia. Es un átomo perdido en la inmensidad; pero ese germen—que se llama deseo—rompiendo su envolvente la empuja de un modo irresistible hácia lo desconocido, el cual le proporciona goces y dolores.

Quiere entregarse á los primeros y precaver los segundos. Para esto investiga, y no le satisface conocer los efectos de todo lo que le rodea; pretende conocer las causas, y entre estas la primordial, aquella que es el origen de todas las demás.

Emprende la tarea y las dificultades le rodean por todas partes; pero siente en su ser la fuerza del raciocinio, y la emplea para hallar la solución de los problemas más difíciles. Mucho yerra en sus deducciones, más tiene voluntad, y no desmaya hasta poder presentar un número de comprobaciones y lógicas razones.

No extrañéis que en un ser tan pequeño pueda existir algún poder. Esta pretensión no es más que el resultado de la fuerza increada que, por medio de la ley de progreso, arrastra todo lo criado dirigiéndolo al infinito, centro incomprendible para la criatura humana, hácia el cual converge toda la gravitación universal.

El hombre reconoce su pequeñez y no obstante ambicio-

na la grandeza. Trata de unir á su fuerza personal la fuerza colectiva, y funda la sociedad.

Una vez dado este paso desarrolla de día en día su inteligencia, origen de su grandeza, dando al mismo tiempo forma al lenguaje.

Desde este momento sus pasos en el camino del progreso podrían ser muy rápidos, sino fuera la lucha la que debe elevarlo.

Lucha, pues, por arrancar á la naturaleza sus secretos, y funda la ciencia: lucha por conocer el principio de las cosas, y funda la religión.

Dios, entre tanto que lo cria para el progreso, no le niega sus dones; y el hombre se hace filósofo y teólogo; discute y forma doctrinas, en las que trata de elevarse, hasta conocer la naturaleza divina.

No le tratéis de atrevido, pues es Dios mismo el que le impulsa, atrayéndolo hácia Sí.

El hombre cuando ha concebido la idea de un Ser Eterno, aspira y ambiciona la inmortalidad, no obstante que le consta por experiencia, que todo lo material muere.

Bajo esta idea juzga que, unido á su ser corporal y perecedero, tiene un principio inmaterial é inmortal. Esto no es un capricho vano sino el deseo que se eleva ya á la inmortalidad, deseo previsto y satisfecho por la Divinidad.

El hombre, como ser social, lleva su espíritu de asociación en todas partes. Por lo tanto, no es de extrañar, que así como existe la sociedad entre los espíritus encarnados, tenga su razón de ser entre los desencarnados, y que se presenten mutuo apoyo, los unos á los otros.

Dados ya los primeros pasos el hombre avanza, y lo hace tanto más rápidamente cuanto mayor es la altura á que se eleva, si bien no está libre de defectos. Se entrega á la re-

ligión y la exalta hasta el misticismo: se dedica á la ciencia y la conduce al materialismo.

No le culpéis: este es el resultado de la ignorancia que le domina siempre, aun en medio de esa sabiduría que le ha servido para sus prodigiosas conquistas, en el campo de la ciencia, con la que ha podido encontrar multitud de leyes de grandísimo interés.

Una de las más notables de estas leyes es la de gravitación universal, á cuyo conocimiento debe esas maravillas de cálculo, que le permiten medir las distancias que separan á muchos de los cuerpos siderales.

Pero oidlo bien: con todas estas conquistas, y con pesar y analizar sin salir de su laboratorio algunos de estos mismos cuerpos, repito, el hombre es un ignorante, porque si bien mucho sabe, es infinito lo que le queda por aprender.

*
*
*

El hombre, ser criado, alcanza por su progreso una facultad, que en cierto modo lo convierte en criador.

Veamos de qué manera esto se explica.

Dios crea de toda eternidad, y para que la creación no se confunda con su Ser absoluto, produce fuera de sí una voluntad libre pero finita, sin más sujeción que la dependencia necesaria de lo finito á lo infinito.

La voluntad libre criada por Dios, se individualiza en el hombre, y éste, por una ley inmutable establecida por el amor del Padre Celestial, para que pueda realizar su progreso, está sujeto al deseo de mayor felicidad.

Esta felicidad consiste en satisfacer una aspiración que incessantemente lo arrastra á ambicionar hasta lo infinito, y lucha para alcanzarlo; lucha que será eterna, porque es la condición del ser finito.

Siempre que el hombre en su lucha sigue la senda que conduce á Dios, avanza y se aproxima cada vez más á su fin; pero como este es el infinito, siempre tendrá ante sí el mismo camino, no pudiendo bastarle para alcanzarlo la eternidad.

¿Hay en esto motivo de desaliento para los seres criados?—De ninguna manera, porque si bien jamás llegaremos á alcanzar al Absoluto Criador,—lo que sería la pérdida de nuestra individualidad—podemos aproximarnosle cada vez más y más, con lo que iremos participando de sus perfecciones, aunque siempre en el límite de lo finito.

Por eso está muy bien sentado aquel principio que dice: "El hombre es la imagen de Dios," porque en un grado como acabamos de manifestar, tiene que participar de todas las perfecciones y poder infinitos.

Dios criador por la acción de su Verbo, que es el producto de su amor y que en amor torna á su origen, produce el espíritu de amor infinito y de verdad absolutos.

El amor como actividad infinita, rompe la inercia. Hé aquí la creación.

El movimiento teniendo su origen en Dios, se manifiesta fuera de su Ser, como actividad y voluntad finitas.

Esta actividad se convierte en una voluntad criadora; encerrada en el círculo de lo finito, la que empieza por criar un ser, verificando esto, individualizándose en el hombre.

Llegada á este punto necesita hacerse señora de la materia: desea tener dominio sobre ella, y este deseo, como inmaterial que es, la inmaterializa.

Una vez en este estado ya no está sujeta á las transformaciones de la materia, es decir, ya no puede morir, puesto que se ha independido de ella, y alcanza el rango de espíritu inmortal.

Desde este momento el ser criado puede ser, en el límite de lo finito, el criador de sí mismo, puesto que el hombre se labra su porvenir, lo que equivale á decir, que se labra á sí mismo.

Teorías muy atrevidas y atentatorias contra el poder Infinito parecen ser las que acabamos de exponer, y sin embargo, son muy verdaderas y racionales si se toma el trabajo de meditarlas; pues en nada menguan la acción Divina, ni el poder que conceden al hombre alcanza lo absoluto, que sólo puede residir en Dios.

Parece, sin embargo, que la práctica, ó más bien dicho la manifestación de la naturaleza, destruye nuestros argumentos por su base, pues lo contrario de lo que afirmamos se ve y se palpa diariamente. Más nosotros replicamos: ¿Y la observación, la comprobación y el cálculo, son tan infructuosas que nada digan respecto de esto?

No conocéis de una manera experimental la existencia del espíritu, y si os consta demasiado la mortalidad corporal; pero aquí preguntamos: ¿Se agotó ya el progreso? ¿ha dicho la ciencia su última palabra.

Cuando tan paulatinamente se adelanta en Fisiología, porque sus problemas son de excesiva dificultad, ¿no creéis, sin embargo, que esta ciencia, como todas, no tiene límite? Cuando conozca las causas que cortan la vida, ¿no creéis que podrá prolongarla dándole aun en lo material una especie de inmortalidad?

Los que están versados en la experimentación científica saben muy bien, lo difícil que es imaginar y construir los aparatos que se requieren para la comprobación de cada una de las leyes de la naturaleza; pero demasiado cierto y comprobado es, que cada nuevo instrumento útil para el caso es una fuente inagotable de la que brota un sin número de aplicaciones científicas, las que presentadas al vulgo le sorpren-

den, pareciéndole que el hombre, con su poder de inventiva, se eleva hasta lo infinito.

No se os exige creer en el absurdo; pero si se os pide que no os encerréis en negativas y comprendáis que, en la eternidad y caminando hácia lo infinito; el hombre criado será á su vez criador de prodigios y maravillas, imposibles de prever.

Confesémosnos, no obstante, finitos y pequeños, y humillémonos ante el eternamente infinito.

* * *

Lo que anteriormente hemos dicho les parecerá á muchos un atéismo disimulado. Más esto sólo indica que no comprenden en que consiste la independencia de lo finito con lo Infinito.

Tal vez dirán que nuestras afirmaciones son de tal trascendencia que equivalen á anular la acción de la Divinidad; pero sepan que muy lejos de esto se hallan nuestros propósitos, pues sólo negamos la intervención directa de Dios en los actos de la naturaleza, y en los individuales de cada criatura.

En nada se oponen á reconocer la dependencia precisa é incesante, de lo criado hácia el Criador. De esta dependencia resulta la permanencia del Universo, pues que al Criador se debe esa continua renovación de la fuerza que produce el movimiento y la gravitación Universal.

Hemos dicho que la criatura es libre y es verdad, pues si no lo fuera no habría en la naturaleza más personalidad que la Divina, y sería responsable de todos los actos de cada una de ellas, lo que no es verdad. Pero al decir que la criatura es libre no hemos querido expresar que ésta goce de una libertad tan amplia que se convierta en absoluta, puesto que es creada, y por lo mismo en todo debe ser finita.

Esto es lo mismo que decir que no pueden ser sus actos

de consecuencias infinitas ni de duración eterna, porque está sujeta á la mutabilidad.

Mucho se luchará y se procurarán todas las apariencias de verdad, para poder presentar como un absurdo lo que hemos venido exponiendo, porque pugna abiertamente con creencias y teorías muy arraigadas.

Esto que sucederá por una parte, y el deseo de evitar que se nos comprenda mal, por otra, es el motivo que nos hace insistir tanto en repetidas aclaraciones.

Queda un punto sobre el que no nos hemos expresado con la extensión debida y que, siendo de notoria importancia, es preciso aclarar.

Nos referimos al recuerdo de la vida pasada, ó de la anterior existencia.

El individuo se pregunta á sí mismo —cuando quiere dar ascenso á la doctrina que trata de la preexistencia del alma: —Si he vivido antes del período presente, ¿por qué no tengo memoria de los actos de esa vida? Justa es la pregunta y es preciso darle contestación.

La memoria es una cualidad que no pertenece al espíritu, la que no siempre es de notable extensión. Los hechos más notables se borran de ella aun en la vida presente, después de pasado cierto tiempo; y si algunos persisten es porque se renuevan con un recuerdo, el cual sirve como para esculpirlos con mayor profundidad en el órgano que recibe tales impresiones. Pero á pesar de esto cuando la época de que se hace mención es remota, no es fácil leer con claridad aquello que se desea recordar, porque el órgano aquel ha sufrido alteración.

Por eso es tan difícil conocer nada de lo que en el hombre se refiere á los primeros años de su vida, ni aun estando en presencia de multitud de niños que puedan observarse.

Y si esto sucede en la vida actual ¿qué tiene de extraño que no se recuerden los actos de períodos anteriores?

Cuando el espíritu desencarna lo más presente que tiene son los hechos de la vida que acaba de dejar, por lo que puede creerse en posesión todavía de la misma, puesto que aun después de haberla abandonado conserva un cuerpo fluídico, que posee la forma y cualidades del que queda entregado á la descomposición.

Más tarde, cuando toma un nuevo cuerpo terrestre, su envoltura espiritual se funde, en cierto modo, con aquel; pues es preciso que esté en relación con las aspiraciones del espíritu. Y como dicha envoltura le sirve de modelador, se ocupa en este trabajo; y todo aquello que conserva como un recuerdo por efecto de los órganos fluídicos, va perdiéndose hasta desaparecer.

Esta memoria perdida, con relación á la vida pasada, se dirá que es un mal, porque esto equivale á que cada encarnación sea igual á una vida nueva, lo que destruye la preexistencia. Más si sólo fuera la memoria la que nos marcara el progreso realizado en anteriores existencias, esta observación tendría algún fundamento; pero no es así, porque el adelanto que el espíritu realiza en toda clase de conocimientos y virtudes quedan grabados en él, de una manera indeleble.

La prueba de ello la tenemos en las aptitudes que cada criatura manifiesta, al poner en ejercicio su inteligencia.

El hombre cuando nace es un ser nuevo en cuanto al cuerpo. Las cualidades ó defectos morales que en él observamos, pertenecen al espíritu.

Estas son las inclinaciones especiales que se advierten en los niños, como lo es, también, lo que se ha dado en llamar genio ó talento natural.

VARIOS ESPIRITUS.

*
* *

Hermanos: vuelvo á vosotros; pero esta vez vengo á formar parte de la cadena de amor.

La ciencia es el descubrimiento de la verdad; por lo tanto, sólo es esencialmente científico lo que es verdadero.

La ciencia avanza y progresará siempre, porque su camino es infinito: se eleva desde el punto inferior que es la ignorancia, hasta la sabiduría que, en absoluto, sólo es atributo de Dios.

Muchas son las sendas que tiene que seguir el que se entrega á la investigación de la verdad. El hombre debe buscarla tanto para el conocimiento de lo pasado como para entrever el porvenir, sin despreciar las ventajas que en el presente resultan del conocimiento de las causas que, bajo el nombre de leyes admite la ciencia, como efectos naturales.

La ciencia en Marte tiene algunos miles de años de observación, sobre los que cuenta la ciencia terrestre. Prueba de ello son los experimentos para los cuales se ha prestado con éxito, mi pobre personalidad.

Esta introducción es con el objeto de que no parezca extraño ni fantástico lo que de la ciencia de aquel mundo pueda revelar.

La experiencia que, coronada por un resultado feliz me he prestado á contribuir, es la de un aparato que en el lenguaje científico terrestre se puede llamar *Psicoscopio*, por cuyo medio se probó—de una manera experimental,—la existencia del espíritu, haciéndolo visible ante una gran concurrencia, que presencié los repetidos experimentos que se hicieron.

Es una nueva rama de la Física á la que pertenece este

aparato, por el cual se puede, en un medio excesivamente enrarecido, hacer visibles cuerpos formados de fluidos, que aunque de una densidad menor que el hidrógeno, son no obstante mucho más densos que la atmósfera, en que se proyecta su forma.

Mi cuerpo espiritual, formado de fluidos en relación con mi progreso realizado, es mucho más denso que los cuerpos de los espíritus menos avanzados que abandonan el planeta Marte, en el que, por regla general, en la actualidad, sólo se efectúa una encarnación, gracias al adelanto moral á que han llegado sus habitantes. Por eso es que mi presencia les ha prestado gran servicio.

La atmósfera sumamente sutil, en que he sido sumergido obraba sobre mi perispíritu, como la atmósfera terrestre, sobre vuestros cuerpos. De modo, que he podido presentarme ante los espectadores de tal comprobación, con el mismo aspecto que guardaba en la tierra, cuando estaba en mi virilidad.

Durante este notable experimento se me dirigió la palabra, la que llegó á mí, con las mismas circunstancias con que recibimos el lenguaje mental; pero al dar la contestación á las preguntas que se me hacían, se aplicaba un nuevo aparato, para que la condensación de las vibraciones producidas sobre un medio de tan escasa densidad, se fuera multiplicando en fuerza, en una sucesión de medios, hasta llegar á la densidad necesaria para producir la audición, de los que presenciaron el experimento.

Cuando la correspondencia estuvo establecida de una manera satisfactoria, entramos en largos diálogos, los que por su parte fueron escritos. Por la mía, tuve el gusto de recibir varias contestaciones á preguntas que deseaba satisfacer, siendo una de ellas la del modo de efectuarse el movimien-

to de aquella asombrosa maquinaria, de la que más antes os he hablado.

La contestación fué: que esto se efectúa aprovechando la ley de gravedad, pero no sólo como suele utilizarse en vuestro planeta en algunas manifestaciones,—para lo que se necesitan circunstancias especiales,—sino de una manera casi general, por lo que su aplicación llena todos los requisitos necesarios.

Esta fuerza que en unos casos se llama gravedad, y que es la que origina la gravitación universal, tiene un modo especial de circular por la materia en corrientes continuas, que sufren multitud de alternativas al pasar por los distintos cuerpos que, en su conjunto, constituyen el planeta.

De modo, que estudiada y conocida esta fuerza, se facilita para que en su continua corriente preste su ayuda á los que sabiendo dirigirla la conviertan en motor, para la satisfacción de sus necesidades.

Podéis tener una idea de que es exacto lo que digo, cuando sepáis que esta fuerza es la misma que con el nombre de electricidad comenzáis á conocer.

Ya el magnetismo polar os puede, en la actualidad, prestar una gran ayuda, para comprender cual es la dirección que sigue, la circulación de esta fuerza.

VALERIANO LOZA.

* * *

Nuestro propósito es dar una instrucción provechosa, evitando todo aquello que consideramos de poca utilidad práctica.

Lo que se ha dicho relativo á otros mundos podría ampliarse mucho; pero esto en vez de ser provechoso no sería

sino para distraer la atención de algunos, y provocar las burlas de otros.

Creímos conveniente decir algo sobre el progreso realizado en Marte, porque esto sirve para ampliar los horizontes de la inteligencia, y provocar el deseo de un progreso más real, que el que pueden despertar las riquezas y vanidades terrestres.

Poco es, en verdad, lo que con relación á los habitantes de dicho planeta hemos referido, y sin embargo es suficiente para que sea calificado como el producto de una mente soñadora.

Pero sepan los que tales afirmaciones hagan, que los delirios más ardientes de una imaginación que concibiera lo más fantástico que le fuera dado, no podría producir ni las más pálidas imágenes de las realidades que contienen sólo los mundos, que forman vuestro sistema solar.

Muy satisfecha la humanidad terrestre del progreso contenido en su planeta, se conforma, según los grupos en que se halla dividida; unos en dejar de ser cuando llegue la hora de la muerte, y otros con una eternidad de goces ó sufrimientos, incomprensibles, en verdad, para seres finitos y mutables.

Para estos grupos lo que se dijera acerca de otros mundos, sólo serían novelas más ó menos bien forjadas.

Quedan, no obstante, los que creen en la pluralidad de los mundos habitados y que esperan ser sus pobladores; pero estos, también, sólo buscarían el recreo de su imaginación, en las narraciones que de otros planetas se les hicieran.

Procuren mejor cumplir todos el progreso que les es dado, poniendo en práctica **la ley de amor** en este mundo, en el que según parece la mayoría de sus habitantes se consideran muy felices, si les es dado satisfacer de una manera ostentosa no sólo sus necesidades, sino también sus vicios.

La cadena de amor,—de la que varias veces hemos hablado—se forma por una infinidad de variados eslabones enlazados de tal modo, que sólo se tocan los que tienen cierta afinidad entre sí.

De modo, que esta inmensa cadena cuyos extremos son: por una parte, la perfección y la grandeza, y por la otra, la pequeñez y la ignorancia, se conmueve por las corrientes de amor que descienden de su parte superior; solo que sus efectos están en relación con las distancias.

Esto quiere decir que cada uno de los que la forman es conmovido, según el punto en que se ha colocado, pudiéndolo mejorar siempre que para ello se disponga, encaminando todos sus actos á dicho fin.

Muchos, muchísimos son los que ven con indiferencia la unión á esta cadena, y les parecería despreciable formar parte de ella en sus últimos eslabones, porque su orgullo se resentiría de ello.

Más estos seres quedarían aislados del gran concierto universal, si no se encontrara para formar la cadena infinita el Ser Criador, que por la parte inferior impulsa á la creación dándole la fuerza motriz y el mandato de progreso, y que por la superior forma su liga atrayéndola hácia Sí, con el imán potente de su absoluto amor.

VARIOS ESPIRITUS.

*
* *

Como seres criados para el progreso eterno, nuestro trabajo no tiene límites. Siempre tendremos ante nosotros una instrucción bastísima que recibir, al mismo tiempo que la ley de amor nos obliga á comunicar á todos aquellos que tengan lá necesidad de ellos, los conocimientos que en la investigación de la verdad hayamos alcanzado.

Pero como es preciso medir hasta donde puede ser fructuosa la instrucción que se imparte, creemos llegada la hora de poner punto al presente trabajo que, como lo hemos dicho ya, adolece de algunos defectos.

Estos no son de un carácter muy marcado en lo que hace relación al amor práctico, porque si bien es cierto que algunas clases se pueden considerar atacadas con lo que decimos, esto no se puede calificar sino de susceptibilidad un poco exagerada.

No se puede condenar ningún abuso ni poner en claro falsas interpretaciones de doctrinas que se ven como santas é invulnerables, sin que todos aquellos que las profesan dejen de sentirse ofendidos en lo más sagrado de sus creencias.

Pero esto no es culpa de los que van en busca de la luz ni de la ley de progreso, que conduce al hombre hácia la verdad sin fin. Débese esto á la ignorancia que ha levantado altares para venerar á prohijados errores, los cuales son causa de que no se vaya en pos de mayor verdad, hasta lo infinito, la que por su mismo carácter de infinita le está vedado poseerla á todo ser finito.

MARÍA.

Debéis fijar muy particularmente vuestra atención en pequeños errores científicos que se encuentran en algunas partes de esta obra, que aunque especialmente es de un carácter filosófico-moral, no desdeña buscar algún apoyo en las ciencias naturales.

Podéis en todos los puntos que consideráis oscuros, poner las anotaciones que juzgéis convenientes, y pedir aclaraciones sobre los asuntos que no comprendáis. Los seres que hasta aquí os han inspirado, os ayudarán en este nuevo trabajo.

MARÍA.

NOTA DEL CIRCULO: En virtud de haberse separado de la población el *medium* que recibió la inspiración que forma el espíritu de ésta, (para nosotros, preciosa obra), antes de resolverse su publicación, no se pudo observar la práctica de su corrección, tal como queda indicado. No obstante, se han procurado todos los medios que han estado al alcance de los que la han dado á la luz pública, para que tuviera los menos defectos posibles, ya que no es dado al ser finito, presentar nada perfecto.

La inspiración de la profesía que sigue y que viene sellando este libro, fué recibida por otro *medium* cuando la obra se estaba ya publicando. La Sociedad resolvió agregarla á ella, creyendo que no producirá sino un buen efecto, á todos los que la leen.

POR LA SOCIEDAD,

José Sanmartín.

CONCLUSION.

En el último cuarto del siglo veinte, el Espíritu de Verdad estará de asiento sobre toda carne, es decir, sobre sabios é ignorantes, sobre justos y pecadores.

Un pastor nacerá entre las ovejas, que se hallarán esparcidas por toda la faz de la tierra, y las juntará en un solo redil.

No usará el cayado ni la honda: su palabra de verdad, más penetrante que el agudo silbido del práctico zagal, será el arma única que esgrimirá contra los lobos que, en numerosas manadas se prepararán para devorar no sólo á las ovejas sino también al pastor.

Pero como es preciso medir hasta donde puede ser fructuosa la instrucción que se imparte, creemos llegada la hora de poner punto al presente trabajo que, como lo hemos dicho ya, adolece de algunos defectos.

Estos no son de un carácter muy marcado en lo que hace relación al amor práctico, porque si bien es cierto que algunas clases se pueden considerar atacadas con lo que decimos, esto no se puede calificar sino de susceptibilidad un poco exagerada.

No se puede condenar ningún abuso ni poner en claro falsas interpretaciones de doctrinas que se ven como santas é invulnerables, sin que todos aquellos que las profesan dejen de sentirse ofendidos en lo más sagrado de sus creencias.

Pero esto no es culpa de los que van en busca de la luz ni de la ley de progreso, que conduce al hombre hácia la verdad sin fin. Débese esto á la ignorancia que ha levantado altares para venerar á prohijados errores, los cuales son causa de que no se vaya en pos de mayor verdad, hasta lo infinito, la que por su mismo carácter de infinita le está vedado poseerla á todo ser finito.

MARÍA.

Debéis fijar muy particularmente vuestra atención en pequeños errores científicos que se encuentran en algunas partes de esta obra, que aunque especialmente es de un carácter filosófico-moral, no desdeña buscar algún apoyo en las ciencias naturales.

Podéis en todos los puntos que consideráis oscuros, poner las anotaciones que juzgéis convenientes, y pedir aclaraciones sobre los asuntos que no comprendáis. Los seres que hasta aquí os han inspirado, os ayudarán en este nuevo trabajo.

MARÍA.

NOTA DEL CIRCULO: En virtud de haberse separado de la población el *medium* que recibió la inspiración que forma el espíritu de ésta, (para nosotros, preciosa obra), antes de resolverse su publicación, no se pudo observar la práctica de su corrección, tal como queda indicado. No obstante, se han procurado todos los medios que han estado al alcance de los que la han dado á la luz pública, para que tuviera los menos defectos posibles, ya que no es dado al ser finito, presentar nada perfecto.

La inspiración de la profesía que sigue y que viene sellando este libro, fué recibida por otro *medium* cuando la obra se estaba ya publicando. La Sociedad resolvió agregarla á ella, creyendo que no producirá sino un buen efecto, á todos los que la leen.

POR LA SOCIEDAD,

José Sanmartín.

CONCLUSION.

En el último cuarto del siglo veinte, el Espíritu de Verdad estará de asiento sobre toda carne, es decir, sobre sabios é ignorantes, sobre justos y pecadores.

Un pastor nacerá entre las ovejas, que se hallarán esparcidas por toda la faz de la tierra, y las juntará en un solo redil.

No usará el cayado ni la honda: su palabra de verdad, más penetrante que el agudo silbido del práctico zagal, será el arma única que esgrimirá contra los lobos que, en numerosas manadas se prepararán para devorar no sólo á las ovejas sino también al pastor.

Más el Espíritu de Verdad que estará con él, triunfará sobre todos.

Los albores de esta penosa á la par que feliz jornada, están en vuestro horizonte: pueden distinguirlos ya los que tengan ojos para ver.

La tierra será regada con la sangre de innumerables víctimas inocentes, antes que llegue la aurora de este día.

Los déspotas y los tiranos del espíritu, harán sentir todo el peso de su despotismo, sobre los débiles y oprimidos; pero ¡ay de los opresores!

Un grito de indignación, salido de la intensidad del sufrimiento, resonará por todos los ámbitos de la tierra; y los oprimidos, con la matanza y el incendio, destruirán la opresión.

La tierra en aquella fecha vomitará por varios puntos el fuego contenido en sus entrañas, y se experimentarán trastornos en casi toda su redondez.

En la atmósfera se producirán también espantosas revoluciones, más esto acaecerá al fin de tan calamitosa transición.

La necesidad del amor entre los hombres, se hará sentir cada vez más, y sus apóstoles, irán en aumento en todas partes.

Roma, apartada del Espíritu de Cristo, declarará enemigos suyos á los hijos de la luz y del amor, y encenderá la guerra para exterminarlos.

¡Hé aquí los lobos; hé aquí las ovejas!

El grito de los oprimidos será el de libertad; pero ¡ay! pronto de oprimidos se convertirán en opresores, siguiendo por este orden el camino de las represalias.

Roma, inmiscuída en la política, morirá en manos de ésta, y bajo el rigor de los oprimidos—convertidos en opre-

sores,—su templo será destruído, y sus afiliados quedarán sin patria, llorando su ruina.

El Espíritu de Verdad siempre de asiento sobre toda carne.

El pastor que ha de venir, hoy está entre vosotros; es el labrador que con incansable afán esparce la semilla, que ha de dar vida al rebaño que renacerá antes que esto acontezca.

Su misión está empezada y no terminará hasta el establecimiento del reinado de Dios sobre la tierra, esto es, hasta que el amor sea la única ley entre los habitantes de este planeta.

Que la aurora de este día no os encuentre de cara á la puesta del sol.

Moriréis y renaceréis, y tenéis que recibir de nuevo el bautismo. Moriréis por la carne: renaceréis en espíritu.

¡Que vuestro renacimiento sea en la verdad, y vuestro bautismo en el amor del Padre.

Esto os deseo: Yo JUAN.

